

SI TE ATREVIERAS A QUERERME...

LINA GALÁN



zafiro

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1 Paula
Capítulo 2 Darío
Capítulo 3 Paula
Capítulo 4 Darío
Capítulo 5 Paula
Capítulo 6 Darío
Capítulo 7 Paula
Capítulo 8 Darío
Capítulo 9 Paula
Capítulo 10 Darío
Capítulo 11 Paula
Capítulo 12 Darío
Capítulo 13 Paula
Capítulo 14 Dánae y Aarón
Capítulo 15 Darío
Capítulo 16 Paula
Capítulo 17 Darío
Capítulo 18 Paula
Capítulo 19 Dánae y Aarón
Capítulo 20 Darío
Capítulo 21 Paula
Capítulo 22 Darío
Capítulo 23 Paula
Capítulo 24 Darío
Capítulo 25 Paula

Capítulo 26 Dánae y Aarón

Capítulo 27 Dos desconocidos, tres semanas antes

Capítulo 28 Paula

Capítulo 29 Darío, una hora antes

Capítulo 30 Paula

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Me llamo Paula, estoy divorciada (por suerte), no tenía un trabajo decente desde hacía años (a pesar de mis estudios), no tengo pareja (ni ganas), ni tengo hijos (mi mayor pena).

Por todo ello me resistí a celebrar mi último cumpleaños, precisamente, porque tengo poco que celebrar. Pero mis amigas se empeñaron en que me hacía mucha falta divertirme, así que me llevaron de fiesta y... bueno, prefiero olvidar esa noche.

Ahora que por fin he encontrado un buen trabajo, creo que ha llegado el momento de cambiar de aires, aunque para ello tenga que alejarme de mis amigos, mi casa o mi pueblo. Necesito encontrar mi propio lugar y asegurarme de que puedo valerme por mí misma, tras tantos años de dependencia económica y emocional.

Ha sido una decisión un tanto precipitada (rarísimo en mí, que le suelo dar vueltas y vueltas a las cosas), pero, de pronto, lejos de mi entorno habitual, tengo un empleo perfecto, nuevos amigos y una casa (aunque compartida). Y hasta puede que me conceda un poco de diversión.

Si estás pensando en sexo, sí, has acertado, porque no puedo permitirme nada más. Soy incapaz de amar a un hombre después de... (prefiero no mencionarlo). Pero tener una aventura con semejante pedazo de hombre... ¿Me atreveré?

Así que, decidido: ¿para qué buscar amor, tan difícil de encontrar, si podemos tener sólo sexo?

SI TE ATREVIERAS A QUERERME...

Lina Galán

zafiro 

*A todas aquellas mujeres que un día decidieron dejar de
tener miedo. En especial a Montse y Coral, mis amigas,
dos valientes*

Prólogo

—¿Diga?

Silencio.

—¡Diga! —insisto.

Pero, de nuevo, silencio, como cada maldito día, como cada maldita vez. Quizá parece oírse el retazo lejano de una respiración, pero no agitada, sino tranquila, pausada. Todo lo contrario de la mía.

—¡Sé que eres tú, desgraciado! —grito.

No tiro el teléfono al suelo porque no sería la primera vez y no me puedo permitir el gasto de uno nuevo. Tengo que conformarme con insultar, gritar, lanzar el móvil contra el sofá y llevarme las manos a las orejas para no oír más mientras yo también me dejo caer sobre el asiento. Me hago un ovillo y me balanceo sobre mí misma, como si mis propios brazos fueran barrera suficiente para protegerme del peligro.

Al final, como siempre, mi único consuelo es el llanto, un llanto desgarrador, lleno de rabia e impotencia por no poder hacer nada.

—¡Déjame en paz! —vuelvo a gritar—. ¿Me oyes? ¡Déjame vivir de una vez!

Al otro lado de la línea, alguien acaba de colgar.

Memoria selectiva para recordar lo bueno; prudencia lógica para no arruinar el presente; optimismo desafiante para poder encarar el futuro.

ISABEL ALLENDE

Capítulo 1

Paula

Otra noche en la que las pastillas para dormir apenas me han hecho efecto, pero, al menos, ahora empiezo a sentir que el sueño me vence. Los párpados pesan, los músculos se relajan, mi mente comienza a quedarse en blanco... Sé que debe de ser tarde, porque intuyo filtraciones de la luz del sol entre las persianas, pero no tengo planes y no tengo prisa...

—¡Paula! ¿Qué haces todavía en la cama? ¡Son las once de la mañana! ¡Vamos, arriba!

Oh, no, mis amigas acaban de entrar en mi casa. ¿Quién les daría una llave para que entraran cuando les diera la gana?

—Por favor, chicas —gruño antes de meter mi cabeza bajo la almohada—. No he dormido nada, dejadme en paz.

—¿Dejarte en paz? —exclama Claudia—. Pero ¿de qué vas? ¡Si es tu cumpleaños!

—¡¿Y qué?! —contesto. En realidad, no me gustan las sorpresas y no me hace ninguna ilusión recordar que hoy cumplo treinta y tres años. Pero está claro que a ellas sí, porque una acaba de abrir la ventana y la otra está tirando de la sábana—. Joder...

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... —me cantan las dos a dúo.

Me incorporo exasperada, abro los ojos y ahí están, mis amigas, que son más que eso y a las que tanto quiero. Son como hermanas, lo mejor de mi vida, y están sosteniendo una pequeña tarta con una vela encendida. Me

miran con tanto cariño y alegría que ya no soy capaz de gruñir ni un solo segundo más. Soplo la vela y ellas sueltan la tarta sobre la mesilla antes de lanzarse a mi cama y caer sobre mí.

—¡Felicidades, cariño! —gritan entre risas.

—Ya os lo diré yo a vosotras cuando cumpláis mi edad —resoplo.

—Es verdad —suspira teatralmente Micaela—. Qué será de nosotras cuando seamos tan ancianas como tú. ¡¿Quieres dejar de quejarte?! ¡Y levántate ya, que hoy hay mucho que hacer!

Claudia tira de mí y Micaela coge la tarta para llevarla a la cocina. Busca unos cubiertos y unos platos y la reparte en tres trozos. Nos dejamos caer las tres en la encimera y nos ponemos a comer, aunque yo necesitaría mejor un café, algo que Micaela sabe deducir y se dispone a preparármelo.

—Qué rica está —digo cuando me llevo el primer trozo a la boca.

Me emociono sin que se note cuando reconozco el sabor de mi tarta favorita: el bizcocho más suave bordeado de almendras, la mejor crema pastelera del mundo y el toque de las fresas naturales. Mi amiga tiene las mejores manos que he conocido en mi vida para la repostería.

—Por favor —salta Micaela—, la duda ofende.

Micaela es dueña de varias panaderías y sigue horneando el mejor pan de la zona, a pesar de estar casada con un marqués. Sí, sí, lo he dicho bien, con un marqués.

Mi amiga llegó al pueblo hace unos tres años, con muy poco dinero y muchas ilusiones. Se montó una panadería que en poco tiempo se llenó de clientes y fue durante esa época en la que nos conocimos las tres, aunque, en realidad, al que primero conoció fue a Salva, el marido de Claudia, un amor de hombre. Todo lo que tiene de intimidante su apariencia, con tantos tatuajes y *piercings*, lo tiene él de maravilloso. Tienen un hijo de cinco años, Joel, aunque sólo sea hijo biológico de Claudia, que se quedó embarazada de un sinvergüenza que se desentendió de los dos. Ahora, Joel tiene a Salva, el mejor padre para el niño más adorable.

Y fue en esa época también cuando los habitantes del castillo medieval que hay enclavado junto a la playa decidieron solicitar los servicios de Micaela para que les sirviera el pan a domicilio. Ella se enamoró del marqués que vivía allí, él se prendó de ella y, ¡zas!, historia de amor con boda incluida.

También fue entonces cuando yo... No, mejor dejar al margen las historias tristes.

—Espero que no se te haya olvidado que hoy nos vamos de fiesta —dice Claudia mientras sigue masticando.

—No me apetece —contesto tan tranquila.

De repente, las dos se quedan quietas, me miran, se miran y vuelven a mirarme.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclama Claudia—. ¡He conseguido que Salva se haga cargo de todo, lo mismo esta noche que mañana! ¡No puedes dejarnos tiradas!

—¡Y yo también lo he dejado todo bajo control! —añade Micaela—. Además, no he acompañado a Roderic en su viaje a Londres. ¡Y compré con antelación tres entradas para aquella discoteca tan exclusiva de la que hablamos!

—¡Vale! —grito exasperada—. ¡Está bien! Parece que voy a tener fiesta de cumpleaños, diga yo lo que diga.

—¡Bien! —salta Claudia. Los rizos de su cabello bambolean alrededor de su cabeza y no puedo resistirme, de nuevo, a su alegría.

—Pero que conste —les digo para que lo tengan claro— que no voy a emborracharme como seguro pretenderéis. No voy a vestirme con ropa demasiado llamativa y no voy a enrollarme con nadie.

—Pero ¿por qué? —exclaman las dos.

—Pues porque no tengo nada que celebrar. Mi vida es un asco, ni siquiera tengo un trabajo decente.

Durante el tiempo que estuve casada, debido al trabajo de comercial de mi

marido, a sus continuos viajes, y por tener que cambiar de domicilio más de una vez, no trabajé en nada. Me dedicaba a ejercer de primorosa ama de casa. Por eso, la llegada de Micaela supuso un cambio tan agradable para mí, porque, aparte del regalo de su amistad, empleé todo el tiempo que pude en ayudarla a montar la panadería primero, y a atender a la clientela después. Más tarde, tras mi separación, decidí buscarme algo y encontré alguna cosilla aquí y allá: en una gestoría, de dependienta o en un supermercado, a pesar de mis estudios de Economía, porque mi tiempo de inactividad me pasó factura.

De repente, mis amigas ponen los brazos en jarras y se miran la una a la otra como si yo no estuviera presente.

—Esta chica no folla mucho últimamente, ¿verdad? —le pregunta Micaela a Claudia.

—Para mí que no.

—Pues no le iría nada mal. Por lo menos, se levantaría con mejor cara y ánimo.

—Eso seguro.

—Pobre Paula... No tiene ni idea de lo bien que le iría un buen polvo.

—Totalmente de acuerdo.

—¡Eh, chicas! —les advierto—. ¡Hola! ¡Estoy aquí! ¡Os estoy oyendo!

—Ya, ya —me dicen como si oyeran llover. Me cogen cada una de un brazo y me arrastran hasta el cuarto de baño—. De momento, vamos a ver cómo llevas el cuidado personal.

Micaela me abre la blusa del pijama para echarles un vistazo a mis axilas, y Claudia estira el elástico del pantalón para mirar hacia mi parte más íntima y mis piernas.

—¡Eh! —grito escapando de ellas—. ¡Un poco de intimidad!

—Joder —exclama mi amiga marquesa—, no tiene ni un pelo.

—Su piel está suave y perfecta —corroborra Claudia, con la sorpresa reflejada en sus grandes ojos—. Ahora mismo no sé si odiarte, guapa, pues los años que estuve sin pareja, cuidando de Joel, casi podía hacerme trenzas.

—Pero yo no tengo apenas vello —me defiendo— y el poco que me sale es rubio, como mi pelo. Además, no tengo hijos que cuidar y me sobra el tiempo.

Ahora he conseguido que nos invada el silencio y que una capa de pesar nos envuelva a las tres. El tema de mi incapacidad para concebir es un triste asunto que procuramos evitar.

—Calma, chicas —las tranquilizo—, no pasa nada. Lo tengo todo pensado. En cuanto encuentre un buen trabajo y me estabilice, voy a adoptar un niño. No necesito a un tío para tenerlo, porque sola me basto y me sobro. ¿Me ayudaréis? Seréis sus «titas».

—Claro que sí —me abrazan las dos emocionadas.

—Pues ya está —sentencio—, tíos fuera. Con mi horrible experiencia, a eso es a lo que aspiro, a tener mi propia familia monoparental, junto a vosotras, vuestros maridos y Joel. Punto.

—Nos parece genial, cariño —comenta Micaela—. Pero nuestra intención al llevarte de fiesta esta noche no es buscarte un novio. Únicamente queremos que te diviertas, que pases un buen rato, que bailes, rías y, a poder ser, eches ese polvo que tanto necesitas. Así que —me interrumpe cuando voy a abrir la boca—, en vista de que tu piel da asco de lo perfecta que la tienes, sólo necesitas darte una ducha y dejarte tu bonito pelo rubio suelto, que con coleta pareces una niña. Pero la ropa te la elegimos nosotras. ¡Y no se admiten quejas!

—Qué miedo me dais —bufa.

Entre las dos abren mi armario y empiezan a sacar prendas que extienden sobre la colcha. En sólo un minuto, mi cama parece un expositor del Bershka el primer día de rebajas.

—¿No tienes nada medianamente sexy?

—Pues no creo.

—¡Eh! —exclama Claudia desde dentro del armario con su voz de pito en forma de eco—. ¡Creo que he dado con algo! ¡Mirad!

Vemos volar por el aire un par de prendas que, sin darme apenas cuenta, acaban colocadas sobre mi cuerpo después de que me hayan desprendido del pijama. Cuando me miro al espejo, no puedo evitar soltar un bufido.

—Parezco una buscona —les digo—. Y encima es ropa de hace mil años.

Ha sido una forma de disimular y ocultar que no me acaba de disgustar lo que estoy viendo, puesto que son dos piezas sencillas que me sientan bastante bien. Por un lado, una falda negra, un poco demasiado corta, pero que parece disimularlo el volante de tul que la bordea. Y, por otro, una blusa del mismo color, sin mangas y ajustada y que, en lugar de botones, se cierra con una fina cremallera hasta donde se crea necesario. Yo me la he subido hasta que mis pechos quedan cubiertos.

—No pareces ninguna buscona —gruñe Claudia al tiempo que me baja la cremallera y deja a la vista mi canalillo. De pronto, me parece que las tetas me han aumentado un par de tallas—. Sólo pareces una chica joven que tiene un cuerpo bonito y que puede lucirlo. Además, suerte tienes de que aún te sirva la ropa de hace años. Seguro que yo intento hacer lo mismo y parezco una muñeca Chochona a la que intentas vestir con ropa de la Barbie.

Por descontado, Claudia vuelve a hacerme reír con sus ocurrencias y casi se me olvida que salir esta noche de fiesta va a ser una penitencia para mí.

No ha habido forma de escapar y aquí estoy, rodeada de gente, de ruido, de música, de manos que sujetan vasos, de oscuridad mezclada con luces intermitentes que acaban dejándome casi ciega. Mis amigas me miran sonrientes mientras se bambolean al son de la música. Gritan y elevan los brazos y yo intento imitarlas, aunque me da la sensación de que sus sonrisas son demasiado evidentes, poco sinceras. Están demasiado pendientes de mí, esperando que me desate y disfrute, pero no parecen tener suficiente con que

baile y salte un rato. Sé que esta noche esperan algo más de mí, como si el simple hecho de cumplir años fuese el detonante para desatarse.

—¡Vamos a buscar algo de beber! —grita Claudia en mi oído.

Micaela le acaba de guiñar un ojo y piensan largarse las dos en busca de algún combinado saturado de alcohol de máxima graduación. Pero deben de haber olvidado que las conozco demasiado bien.

—¡Os acompaño! —respondo.

—No hace falta —me dice Claudia algo nerviosa.

—¿Qué os pasa? —les pregunto mientras llegamos a la barra—. ¿Os preocupa que no podáis emborracharme esta noche?

Me pido un refresco y me llevo el vaso a la boca ante la mirada impotente de mis amigas.

—Joder, Paula —bufa Micaela—. Así no hay manera.

—¿No hay manera de qué? Yo me estoy divirtiendo igual.

—¿Ah, sí? —me pregunta con retintín—. ¿Te atreves, entonces, a acercarte a ese tío que no deja de mirarnos? El de la camisa azul. Está bastante bueno. Al menos, está potable para sacarle un polvo, que es lo único que buscas.

—Yo no busco nada, y no voy a liarme con ningún desconocido —sentencio—. Así que no insistáis.

—Tal vez Paula busca algo más especial —interviene Claudia—. Como esos dos tipos que acaban de entrar. El más bajito está bueno, pero el más alto... Joder, necesito beber algo. Se me acaban de pegar hasta las bragas. Menudo espécimen.

—Vaya, vaya —sonríe Micaela—. Y tanto que ese tío es algo más especial, ¿no te parece, Paula? Por cierto —dice con sonrisa taimada—, me parece que te está mirando.

—Está mirando a todas partes —contesto—. Además, hay docenas de mujeres más llamativas que yo, como tú, por ejemplo.

Micaela siempre ha atraído mucho a los hombres, con su exótica belleza

morena. Su largo cabello negro, su piel aceitunada y sus grandes ojos color ámbar hacen de ella una mujer muy deseable. Al lado de ella debo de parecer descolorida, con mi pálida piel, mi lacio cabello claro y mis ojos grises. Mi rostro no tiene nada que lo haga resaltable, y dudo mucho que ningún tío se fije en mí a estas alturas. Aunque empiezo a dudar si esas palabras son mías o un malnacido me las inculcó de tal manera que he acabado creyéndolas y con mi autoestima en un profundo agujero: «¿A qué viene pasarte ahora tantas horas en esa puta panadería? ¿Te crees que vas a ligar con algún cliente? Vamos, Paula, mírate. No estás tan buena como la zorra de tu amiga y nadie te mira a ti...».

Despejo la cabeza para sacarme ese recuerdo de encima.

El tipo que acaba de entrar habla algo con su amigo sin dejar de otear el horizonte. No parece muy animado, y da la sensación de que lo hayan obligado a venir a este lugar. No como su acompañante, cuya bonita sonrisa adorna su cara desde el momento en que han aparecido en el local.

El hombre continúa mirando a su alrededor, y da la impresión de que Micaela lleva razón, pues parece que nos mira a nosotras. Más concretamente a mí.

¡Dios, menuda mirada! Acabo de sentirla impactar contra mis ojos y ha conseguido que mis entrañas se vuelvan líquidas y me haya puesto a sudar de repente. Tal y como ha dicho Claudia, necesito beber algo que me enfríe por dentro.

—¿Buscabas esto? —bromea Claudia antes de deslizar sobre la barra un nuevo vaso para mí.

Le doy un pequeño sorbo, pues no me fío de lo que haya podido mezclar con el refresco, pero parece que no sabe a alcohol. Sin pensarlo dos veces, me lo bebo casi de un tirón.

—¡Paula! —me advierte Claudia—. ¡No bebas tan rápido!

—Me ha entrado una sed de repente... —confieso.

—No me extraña —continúa Micaela con sorna.

Hago un esfuerzo y me armo de valor para volver a mirar. No me atrevo, estoy nerviosa y me da mucha vergüenza, pero necesito mirarlo de nuevo por si me he flipado un poco y el tipo no es tan atractivo como me ha parecido. Además, seguro que ya no nos mira y se ha largado a dar una vuelta.

En fin, le echo valor, levanto la vista y... ¡mierda! ¡Sigue mirando! Y yo juraría que es a mí a quien mira. Sí, sí, es a mí. Joder, me estoy poniendo de los nervios. Esto de no salir con nadie me ha vuelto de lo más idiota. Sólo porque un tío me está mirando, me he puesto histérica. Pero es que... menudo tío. Es alto y ancho de hombros, con el pelo castaño y las facciones algo marcadas, con una amplia mandíbula suavizada por su boca de apetitosos labios. Pero son sus ojos claros los que me están trastornando. Me miran fijamente, me atraviesan y, por un solo instante, he creído que no había nadie más que él y yo.

Y tengo mucho calor. No suelo sudar y me siento empapada. La blusa negra se me está pegando a la piel y siento una necesidad visceral de bajarme la cremallera para que entre un poco de aire entre mis pechos. Percibo una pequeña gota deslizarse entre ellos, lo mismo que a mi espalda, pero no creo que me atreva a bajar la cremallera.

¿O acabo de hacerlo?

Empiezo a no poder dominar mis movimientos o mis pensamientos, y me parece que tampoco es para tanto, que la visión de un hombre al que me follaría ahora mismo no debería impresionarme de esta forma.

¿He sido yo la que ha pensado eso? ¿He dicho «follar»?

—¿Qué te ocurre, Paula? —me pregunta Micaela algo preocupada—. Estás empapada en sudor y eso no es normal en ti.

—Ya lo sé —respondo.

Con torpeza por los nervios, termino de beberme el contenido que queda en mi vaso. La bebida fría bajando por mi garganta parece calmar un poco este ardor que me consume. Pero sólo un poco...

—Por favor —le digo al camarero—, otra Coca-Cola por aquí.

—¿Y esos calores? —insiste Micaela—. ¡No me digas que es por el tío ese que no deja de mirarte!

—No digas tonterías. —Me bebo el contenido de mi vaso de nuevo y me paso el dorso de la mano por la frente mojada.

—¿Estás segura? —Mi amiga sonrío ladina al contemplar al tipo, que sigue mirándome—. Pues yo diría que, de pronto, acabas de recordar que tienes algo entre las piernas que no se usa desde hace tiempo. Y que ese tío debe de tener el complemento perfecto a ese algo para poder darle el uso conveniente. Y bien grande, considerando su complejión.

Sin dejar de mirar mi vaso, observo de reojo. Joder, ahora me mira y sonrío. Me parece contradictorio que al sonreír su gesto se vuelva aún más duro, pero debe de ser por esa sonrisa que luce, tan engreída, tan arrogante, como si pensara que, en cuanto se me acerque, me voy a derretir y a caer en sus brazos.

¡Pues de eso nada!

Aunque, sólo de pensar que se me acerca y me habla, mi corazón amenaza con salirse por mi boca.

—Siempre estás con lo mismo, Micaela —le digo—. No todo en la vida es sexo.

Vale, nada más pronunciar la palabra «sexo», me he excitado. ¿Se puede saber qué demonios me está pasando?

Por cierto, Claudia acaba de acercarse a Micaela para decirle algo sin que yo me entere. Hablan, gesticulan, Micaela parece sorprendida pero suelta una carcajada, y Claudia parece algo contrita... En fin, no tengo ni idea de lo que están diciendo, aunque parece no importarme. Mi cuerpo empieza a ser únicamente consciente del hombre que me mira, del calor, de los sonidos que me rodean... Como si mis sentidos se hubiesen desarrollado de pronto, oigo perfectamente el ruido de los cubitos de hielo que danzan en las copas, de los susurros de la gente, del entrechocar de los cuerpos sudorosos que bailan en

la pista. Incluso me parece percibir las gotas de sudor flotando en el aire, el roce de las pieles y las ropas, suspiros, gemidos...

¿Qué me está pasando? Coloco el vaso sobre mi frente y hasta creo oír el crepitar del contraste entre el frío y el calor. Por poco no se rompe el vaso en pedazos por el cambio de temperatura.

—Hola, pareces acalorada. Puedo invitarte a tomar algo más.

Mi recién hiperdesarrollado sentido del oído reacciona ante esa voz tan masculina y profunda, haciéndome levantar los ojos hacia ella. Mi sorpresa es mayúscula cuando contemplo tan de cerca al hombre que no dejaba de mirarme.

Y a esta mínima distancia es..., parece... Dios, me he quedado sin palabras hasta en mi mente. No puedo seguir pensando. Sólo puedo admirar su pecho, que, a la altura de mis ojos, deja ver su camisa entreabierta. Su piel está cubierta de oscuro vello e intento seguir con la vista su camino, envidiándolo por no poder meterme yo también bajo su camisa. Levanto los ojos y contemplo el rostro más masculino que he visto en mi vida, duro, potente, marcado. Su boca sólo pide ser besada, aunque lo mismo podría decirse de sus mejillas, su mandíbula, su barbilla, su cuello... Inesperadamente, miro hacia abajo en busca del bulto de su bragueta. ¿La tendrá grande, tal y como dijo Micaela?

¡Pero ¿en qué estoy pensando?! ¡¿He perdido la cabeza o qué me pasa?!

No encuentro a mis amigas por ninguna parte. ¿Dónde se habrán metido? Me siento tan extraña..., pero a la vez exultante y más viva que nunca.

—No, gracias —consigo balbucir—. Prefiero bailar un poco. ¿Me acompañas?

Extiendo la mano hacia él, sorprendida conmigo misma por lo que estoy haciendo, pero es que no puedo dominarlo. Sólo deseo que se quede a mi lado, que me siga mirando, que me hable, que me sonría, que pronuncie mi nombre, que me bese...

Sacudo la cabeza para despejarme. Algo extraño me está ocurriendo. Es

como si otra Paula se hubiese introducido en mi mente y en mi cuerpo, una Paula diferente, atrevida, la que acaba de decidir que ya es hora de sentir, de vivir...

—Con mucho gusto —responde con un ronco susurro.

Antes de que tome mi mano, me doy la vuelta y, atravesando con no poco esfuerzo todo un mar de gente, camino hacia la pista de baile, en cuyo centro me coloco y comienzo a bailar de forma lánguida y sensual. Siento que una nube me envuelve, esponjosa, caliente, suave y confortable. Y me encuentro en la gloria, como si mi cuerpo no pesara, como si mi mente no pensara. Acaba de desaparecer todo el dolor, el miedo, los malos recuerdos o el descorazonador futuro. Estoy flotando, flotando... Pero, al mismo tiempo, algo voraz y abrasador recorre e inunda mi cuerpo. Por primera vez en años, el deseo me consume y a la vez me libera.

Sigo bailando y observo unas grandes manos posarse en mi cintura. Sonrío, porque sé perfectamente quién es el dueño. Me giro y aquí lo tengo, al bombón de ojos claros, que baila conmigo al mismo compás que yo, ignorando también la música que nos envuelve y que todo el mundo baila de forma mucho más acelerada. Docenas de cuerpos danzantes nos rodean, pero nosotros los ignoramos, únicamente pendientes uno del otro, de nuestros movimientos, de nuestras manos, de nuestras miradas.

Por fin, me animo, me atrevo, y decido tocarlo. Subo las manos por sus brazos, acariciando la suavidad de su camisa, hasta llegar a sus hombros y, con un punto más de alevosía, rodeo su cuello y enredo mis dedos entre las guedejas de su cabello.

Él, por supuesto, no parece tener ningún problema en tocarme. Sus manos aprietan fuerte mi cintura antes de bajar por mis caderas y posarse en mis glúteos, que aprietan al tiempo que aprovecha para acercarme a él con brusquedad.

Humm, sí, qué maravilla estar pegada a él. Sus manos siguen masajeando mi trasero mientras yo me sigo moviendo y provoco que su miembro, ya

duro, se aloje entre mis piernas. ¡Dios!

Lanzo un gemido cuando ese contacto consigue calmar ligeramente mi ardor al mismo tiempo que me hace desear más, mucho más. Me deslizo sobre él, arriba y abajo, arriba y abajo. Estamos tan cerca el uno del otro... Ahora he decidido acariciar su pecho, enredar las puntas de mis dedos entre el remolino de vello que lo cubre, sin dejar de mover las caderas suavemente, rotando. Recibo el impacto de su mirada, que quema mi retina, y hasta percibo el calor que desprende.

Así llevamos varios minutos. No hemos necesitado ni hablarnos, únicamente nos hemos mirado y acariciado con sutilidad. Pero creo que ha llegado el momento en que mis juegucitos no son suficientes para él y ha decidido probarme, saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Por eso, sus manos ahora son más osadas y su boca acaba de aterrizar en mi cuello, donde deposita sus labios para dejar su húmeda marca.

¡Madre mía! Oigo perfectamente su respiración acelerada y percibo el calor de su boca en mi piel, donde me parece que acaba de quedar una marca visible, tal es el fuego que ha desprendido.

Aprovecho para corresponderle y apoyo la cabeza en su hombro para poder pasar la lengua por su cuello y por su oreja sin que nadie se entere de lo que hago, aunque creo que la multitud que nos rodea no se percata ni de que existimos. Ante mi caricia, noto cómo se estremece y sus dedos acaban hundidos en mi carne, avisándome así de que estoy traspasando el límite de su aguante. Pero yo ya no puedo parar. Si hace unos minutos sólo me apetecía mirarlo o que me mirara, ahora ya no me conformo con eso. Necesito algo más, mucho más. Mi cuerpo arde y entre mis piernas no para de brotar humedad. Oigo suspiros y ya no sé si son suyos o míos, si esto es realidad o fantasía...

De pronto, se separa de mí y casi tiemblo del frío que me acaba de entrar con la falta de su calor. Me mira, mucho más duro que antes, con una intensidad que casi da miedo, pero que sólo yo sé que es por el deseo. Me

toma con fuerza de un brazo y tira de mí para que salgamos de la pista repleta de gente.

—Ven conmigo —creo que lo oigo decir, porque el alto nivel de decibelios de la música hace imposible oír nada.

Me dejo arrastrar, tropezando con personas y copas que casi me tiran encima, tal es la velocidad que ha tomado el desconocido que tira de mí. Parece que duda si seguir por una u otra dirección, pero no deja de caminar a grandes zancadas para separarnos de la aglomeración de gente que nos impide avanzar. Con esfuerzo, nos alejamos de la pista y conseguimos llegar a una zona más tranquila, de reservados y rincones oscuros. Todavía cogida por su mano, observo cómo, a pesar de que parecía haber encontrado lo que buscaba, no da la impresión de estar convencido, por lo que continúa su camino hasta encontrar una escalera que señala una zona de acceso prohibido. Bajamos y nos encontramos con un pasillo en penumbra y varias puertas que lo acompañan. Prueba uno de los pomos, que cede al girar, y abre la puerta para que accedamos al interior, donde el pobre resplandor de una lúgubre luz de emergencia nos indica que es una especie de almacén, pues las oscuras siluetas que nos rodean parecen pilas de cajas que no tengo ni idea de lo que pueden contener.

Al oír cerrarse la puerta a mi espalda y sentirlo a él justo detrás de mí, sé perfectamente para qué me ha traído aquí. Y no sólo no voy a pararlo, sino que lo deseo con todas mis fuerzas, más de lo que he deseado nada en mi vida.

Claro que él ni se propone preguntar, porque apenas me da tiempo a girarme que ya me está tomando por la cintura para estamparme contra la pared y sentarme sobre un bidón metálico que supongo contiene algún tipo de bebida. Decidido, sin esperar una mínima réplica de mi parte, baja la cremallera de mi blusa, tira hacia abajo del sujetador hasta rasgarlo y hace brotar mis pechos. Los mira con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada, pero no los toca, con lo que siento que se endurecen y me duelen

por el ansia de que lo haga. Cierro los ojos, esperando, pero su próximo movimiento es abrir mis piernas, subirme la falda hasta la cintura y tirar de mis bragas, que acaban en algún rincón. A continuación, se abre el pantalón, extrae su miembro, se coloca un preservativo, se acerca... y es únicamente en ese instante cuando parece pedirme permiso.

¿Permiso? ¡Ja! ¡Como no me folle ahora mismo me muero!

Por supuesto, se lo concedo. Lo tomo por las caderas, lo atraigo hacia mí con fuerza y... ¡Dios! Ya está alojado en mi interior. Expulso un gemido que casi me deja sin respiración. Hace tanto tiempo que no creo que aguante ni un minuto. Así que, con mi permiso concedido, me sujeta con fuerza por los muslos y comienza a embestir con furia, sin dejar de mirarme, sin que deje de mirarlo yo a él. Tengo las manos sobre el filo del bidón para no caerme, pues sus embestidas me alzan tanto que no siento nada bajo mi trasero. Pero lo que siento en mi interior... no puedo explicarlo. Los fuertes golpes de su miembro en mi vagina, los envites de su pelvis en mis muslos o los gemidos que ambos exudamos me provocan un placer inigualable, inconmensurable, único. Y, para rematarme de gusto, sus manos aterrizan sobre mis pechos y comienzan a pellizcarlos con fuerza al tiempo que deja caer su cabeza sobre la mía y, de esta forma, tengo mucho más presente su aliento, su olor, sus gemidos en mi boca, su cuerpo fuerte empujando contra el mío...

Ya no puedo más, siento que mis entrañas se rompen por dentro, que mi sangre quema y que exploto en mil pedazos con el orgasmo que acabo de alcanzar. Él debe de haberlo experimentado igual, pues sus jadeos se vuelven gruñidos y un último envite lento y profundo es su último movimiento antes de quedarnos quietos, casi agonizando por falta de aire. Con cuidado, se retira de mí, se deshace del preservativo y vuelve a abrocharse el pantalón. Yo apenas siento un solo músculo. Creo que he implosionado por dentro y estoy hecha pedazos, así que extraigo fuerzas de alguna parte recóndita y consigo bajarme de mi asiento improvisado para comenzar a recomponer mis ropas.

Por primera vez en mucho rato, siento que algo no encaja. No entiendo

para nada que yo esté aquí, escondida entre trastos, casi a oscuras y con un desconocido, con el que, para más inri, ¡acabo de follar!

Ay, Dios. Dentro del barullo que hay ahora en mi cabeza empiezo a pensar con un poco de coherencia, aunque unas repentinas náuseas consiguen que pare de recapacitar para centrarme en este malestar. Ya he conseguido tapar mis pechos con la cremallera y me he bajado la falda. Ni siquiera intento ponerme a buscar mis bragas. Doy un paso y ese simple movimiento me hace crear la ilusión de un terrible movimiento sísmico bajo mis pies.

—¿Estás bien? —El desconocido parece interesarse por mi estado, pero trato de disimular todo lo que puedo para que no me crea una idiota.

—Estoy bien —consigo contestar.

—Vamos, salgamos afuera para que te dé un poco el aire. Te veo bastante pálida y estás sudando.

Él abre la puerta y yo salgo hacia el pasillo en penumbra, deseando subir ya la escalera para irme... ¿adónde? ¿No estaba yo con alguien?

—¡Paula! —Oigo de pronto unos gritos y noto el impacto de unas personas que chocan conmigo.

¡Claro! ¡Mis amigas!

Y alguien más las acompaña. Entre la bruma de mi visión borrosa logro ver a Salva, el marido de Claudia, mi gran amigo. Él también refleja la preocupación porque seguro que lo han llamado. No entiendo tanto escándalo. ¿No querían que me divirtiera?

—¿Dónde te habías metido? ¡Nos tenías muertas de preocupación! —exclaman ellas.

—¿Estás bien? —murmura Salva, que ya me tiene cogida del brazo, siempre en actitud tan protectora. Micaela lo bautizó bien como «nuestro salvador».

—Pues...

Todos nos callamos al ver al apuesto desconocido surgir de entre las sombras. Mis amigas alucinan totalmente, con la boca tan abierta que me dan

ganas de asestarle a cada una un puñetazo en la barbilla, a ver si la cierran de una vez.

—No hace falta que vengáis a salvarla —dice el tipo—. La chica está perfectamente bien conmigo.

—¿Estabas con él? —exclama Claudia—. ¿Aquí abajo?

—¿Te la has tirado? —le pregunta Micaela al desconocido. Como siempre, sin pelos en la lengua—. ¡Contesta, gilipollas!

—Me parece que eso no es de vuestra incumbencia —contesta él con una sonrisilla que les da toda la razón.

Los dos hombres se miran en un duelo de miradas. Salva suele amilanar a los tíos con su presencia, pero éste no parece inmutarse.

Yo apenas oigo, ni veo, ni siento. Me encuentro fatal. Me duele tanto la cabeza que mi estómago acaba de revolverse hasta ponerse del revés.

—¡Te dije que era muy arriesgado, Claudia! —creo que grita Micaela—. ¡Ni siquiera tenías idea de la dosis exacta!

—¡Ya lo sé! —contesta la aludida—. ¡Pero me parece que tú tenías las mismas ganas que yo de que pasara algo así! ¿O no?

—Esto se nos ha ido de las manos, joder. Mañana Paula nos mata y tira nuestros cuerpos a mi propio horno de pan para hacernos desaparecer y no dejar huellas.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —interviene el guaperas—. ¿Acaso sois sus niñeras?

—Cállate, capullo —contesta Micaela, que no se achanta ante nada ni nadie—. Si creías que acababas de anotarte un tanto follándote a mi amiga, ya puedes restarlo de tu *ranking*, porque resulta que la pobre no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¿Qué quiere decir con que no tenía ni idea? —pregunta el tipo, alucinado.

—¡Pues eso! ¡Que aquí, mi amiga —señala a Claudia, aún contrita— ha echado algún tipo de sustancia en su bebida! ¡Algo que la ha puesto cachonda

perdida!

—¡No me eches toda la culpa a mí, tía! —Claudia observa de reojo a su marido, sabiendo que le espera una buena regañina.

El tío bueno me mira, algo apesadumbrado. Se lleva una mano a la cabeza y desliza sus dedos entre el pelo.

—Lo siento —creo que me dice—. Yo... pensé que eras consciente de lo que hacías. No suelo ir por ahí bajándoles las bragas a las que no saben lo que hacen.

¿Me está hablando a mí? Dios, no oigo nada. Y lo veo todo borroso. Qué mal me encuentro. Siento ya los espasmos en mi estómago y no voy a poder parar el vómito. ¡Sálvese quien pueda!

Noto la arcada surgir de mi boca, acompañada de todo lo que tengo en el estómago..., justo delante del tío guapo. Todo ha caído encima de él. Tras las convulsiones imparables de mi cuerpo, me paso el dorso de la mano por los labios mientras observo el panorama: el pobre tipo cubierto de vómito de la camisa a los pies.

—¡Mierda! —grita horrorizado al verse bañado en restos orgánicos malolientes.

—¡Paula! —exclaman mis amigas, que se tapan la boca ante semejante espectáculo.

—Yo... lo siento —logro balbucir. Creo encontrarme mejor, aunque si el mundo se empeña en dar vueltas a mi alrededor, no respondo de lo que pueda suceder.

—Vale más que nos vayamos —dice Micaela—. Salva, por favor, ayúdala.

Mi amigo me toma entre sus fuertes brazos y Claudia extrae de su bolso un pañuelo perfumado que me coloca sobre la boca.

—Vámonos de aquí —rezonga Salva.

Yo escondo el rostro en su pecho, no sea que con el bamboleo le vomite también a él.

—¡Un momento! —oímos decir al desconocido, que ya hemos dejado atrás—. ¡Escuchadme! ¡Dejadme hablar con ella! ¡Decidme al menos...!

Pero nos vamos corriendo los cuatro sin mirar atrás.

—Pobre tipo —señala Claudia mientras corretea—. Al menos podríamos haberle ofrecido algo para la tintorería.

—Que le den —contesta Micaela—. Ya se lo ha cobrado en carne.

Siento las manos de Salva clavarse en mis piernas mientras no para de refunfuñar.

¡Quiero morirme! ¿O ya estoy muerta?

¡Dios! La cabeza me explotará de un momento a otro, aunque podría tomármelo como una liberación para dejar de sufrir. Lo peor es el malestar que me revuelve por dentro, la sensación de vértigo, las náuseas, la sed... Tendré que hacer un esfuerzo y moverme si quiero beber un poco de agua que me calme.

Aunque no es tan fácil como creía. Cada párpado me pesa un kilo y a duras penas puedo moverlos un milímetro, lo suficiente como para saber que no estoy en mi cama ni en mi casa. Reconozco la habitación libre de la que dispone Claudia, cuya vivienda se sitúa encima de la panadería que regenta con su marido y que le compraron a Micaela en su momento.

Y ¿por qué estoy aquí? Ah, claro, porque anoche nos fuimos de fiesta y...

¡Oh, por favor, no!

Abro los ojos de golpe cuando mi memoria rescata ciertos momentos de la noche pasada: gente, música, unos ojos claros, una sonrisa pecaminosa, un tórax masculino, gemidos y calor, mucho calor...

Ahora es cuando de verdad deseo morirme.

Cierro de nuevo los ojos y coloco mi brazo sobre ellos para volver a la oscuridad. Ojalá se olviden de mí y no venga nadie a esta habitación durante

años para no verme obligada a hablar de... de... ¡Madre mía! ¡Me veo follando con un tío! Que, por otra parte, parece una afirmación muy normal... Siempre que no tengamos en cuenta que era ¡un maldito desconocido!

Alguna neurona debe de haberme explotado ahora mismo, seguro.

—¡Tita, tita, tita! ¡Levanta, que ya es de día!

Lanzo un gemido de agonía cuando Joel entra como un torbellino en la habitación. Y no digamos cuando se tira sobre mí en la cama y comienza a dar saltitos. Dentro de mi cabeza acaba de hacerse un cóctel de cerebro.

—Joel, por favor —gimo—. No grites ni te muevas tanto. Tita Paula se encuentra fatal.

—¿Estás enferma? —Se acaba de tumbar a mi lado y me mira de forma tan adorable que soy incapaz de reñirlo por nada. Aunque empiezo a pensar que es un arma de la que dispone para engatusarnos a todos—. ¿Te duele la tripa?

—Sí —respondo—, me duele la tripa, la cabeza, los ojos. Todo en general. Así que no te muevas o vomitaré.

—Entonces —me dice con su infantil ceño fruncido— te pasa igual que a mamá. Ella también ha vomitado esta mañana. La oí desde mi habitación.

—Qué raro —murmuro—. Dudo mucho que ella bebiera lo mismo que yo.

—¿Tú también tienes un bebé dentro de la panza?

—¿Cómo dices? —Ya no me importa que mi cabeza se desintegre. Me incorporo en la cama y miro fijamente al niño—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque cuando empecé a ver a mamá vomitar hace unos días y le pregunté si estaba enferma me dijo que era porque llevaba dentro un bebé. No entiendo que un bebé pueda hacer eso.

—¿Estás seguro? —le pregunto—. ¿Mamá te ha dicho que va a tener un bebé?

—Sí, lo mismo que papá. Él ya me ha dicho que tendré que ayudar a cuidarlo, pero no sé si me apetece. Me ha explicado que ahora es pequeño

como un garbanzo pero que engordará y tendrá que salir de la tripa de mamá. ¿Para qué van a tenerlo si no para de molestar?

El pequeño continúa lamentándose de su próxima condición de hermano, pero yo sólo puedo pensar en lo mal que me hace sentir que mis amigos no me hayan dicho nada. Entiendo que sufran por mí y mis inútiles deseos de ser madre, pero siempre hemos sido sinceros los unos con los otros. Las mentiras acaban doliendo más que una verdad dicha a tiempo.

—Perdona, Joel, cariño —le digo al niño mientras intento levantarme de la cama sin que tema caerme por los mareos y las náuseas—, pero tengo que meterme en la ducha. ¿Puedes esperarme hasta que salga?

—¡Claro! —Pega un salto de la cama al suelo que hace que me muera de envidia y corre hacia el salón—. Estaba viendo la tele en el sofá hasta que lleguen papá y mamá de trabajar en la panadería. Mami ya ha subido esta mañana a hacerme el desayuno y no ha querido despertarte, pero acuérdate de que luego iremos a casa de tita Micaela.

Es cierto, ya no me acordaba de que hoy teníamos comida en el castillo. Ahora mismo sólo soy capaz de desvestirme y meterme bajo el agua fría, que golpea mi rostro y casi me provoca dolor, pero un dolor necesario que parece arrancarme los restos de malestar que aún quedaban en mi cuerpo. No así los de mi mente, que todavía gira sin parar, sobre los acontecimientos de anoche, sobre mis amigas y su decisión de no hablarme del embarazo o la de echarme algo en la bebida que me hiciera comportarme como una zorra salida...

Cuando salgo del baño envuelta en una bata que Claudia ya me tiene preparada para cuando vengo a su casa, me dirijo al salón, donde Joel ya está con su madre, riendo y bromeando. Su risa infantil se clava en mi corazón y me produce un leve pinchazo, mezcla de dolor y de felicidad.

—Hola, Paula —me saluda Claudia—. Ya te has levantado.

Está claro que mi amiga no tiene la conciencia tranquila. Ella, tan jovial, tan alegre y con esa luz que desprende, se ha vuelto algo apagada en cuanto he aparecido.

—Sí —contesto—. Me ha costado trabajo, pero al final me he levantado.

—He ido a tu casa a por ropa para que puedas arreglarte para ir a casa de Micaela. Roderic ya ha vuelto de su viaje. ¿Cómo te encuentras?

Le lanzo una mirada de reojo al niño sin dejar de observar a su madre. Debe de entender que no puedo hablar de según qué cosas delante de él.

—Joel, cariño —acaba entendiendo—, ve a tu cuarto, quítate el pijama y ponte la ropa que te he dejado encima de la cama. Ya sabes vestirme solo, ¿recuerdas?

—Jo, ¿no podéis hablar conmigo delante? Estoy terminando de ver este capítulo...

—A tu cuarto, Joel, por favor. Tu padre está acabando de recoger en la panadería y subirá enseguida. ¡Vamos!

—¡Pues vaya rollo! —El niño no deja de refunfuñar mientras obedece a su madre y sale del salón.

Una vez que nos quedamos solas, Claudia continúa inquieta, retorciéndose las manos y sin atreverse a mirarme a los ojos.

Por fin, decido hablar yo.

—Tuviste que quitarme la ropa manchada y cambiarme antes de meterme en la cama.

—¡Qué menos! —dice contrita—. ¡Perdóname, Paula, por favor! Yo sólo quería que te animaras, que lo pasaras bien. Llevas mucho tiempo sin salir, apenas sin sonreír... Hablé con Micaela de la posibilidad de hacer que te emborracharas, pero nos lo ponías muy difícil, así que se me ocurrió pedirle a un amigo alguna cosilla que te animara un poco...

—Ésa fue una idea estúpida. —Las dos nos giramos hacia esa voz. Salva, su marido, acaba de entrar en casa, y el rictus de su boca demuestra que todavía está enfadado con ella—. ¿Qué clase de amigo era ése? ¿El camello del barrio?

—¡Joder, Salva! —exclama ella suplicante—. ¡Ya te he dicho mil veces que no medí las consecuencias! ¿Voy a tener que pedir perdón toda mi vida?

—A mí no —le dice serio—. A Paula.

—¡En ello estoy!

—Dejad de discutir, por favor —les digo tensa—. No soporto que lo hagáis por mi culpa.

La pareja se mira y ambos ceden, pero sé perfectamente que sólo lo hacen por mis antecedentes con mi ex. Se sienten mal por si verlos discutir hace que se reaviven ciertos malos recuerdos en mí.

—Tampoco es necesario que me tratéis como si fuese de cristal —digo molesta.

—No lo hacemos por eso —suspira Claudia—. Pero no me queda más remedio que seguir pidiéndote disculpas hasta que me perdones.

—Nuestra amiga te perdonará —interviene Salva—, porque Paula es un cielo incapaz de seguir enfadada con ninguno de nosotros y porque tiene un corazón enorme, pero eso no quitará que lo que hiciste fuera la mayor estupidez de tu vida.

La pobre Claudia ya empieza a lloriquear.

—¡Joder, Claudia! —insiste su marido—. ¡Nos la encontramos sin bragas con un tipo que no conocía de nada! ¿Y si hubiese dado con algún indeseable?

—Por favor, Salva. —Coloco mi mano sobre su brazo tatuado y procuro calmarlo—. Déjalo ya, no pasa nada. Soy mayorcita, y haberme enrollado con un desconocido tampoco es como para creerlo una tragedia. —Me dirijo a su mujer—: Ven aquí, cariño.

Le abro los brazos a Claudia y ella se lanza sobre mí para abrazarme. Le doy un montón de besos en su húmeda mejilla y hago todo lo posible para que se tranquilice. Aunque, cuando lo consigo, me aparto de ella y miro a la pareja con cierto recelo.

—Pero ahora que esto está aclarado y olvidado, y aquí no ha pasado nada grave, ha llegado el momento de que me respondáis los dos a algo. ¿Vais a tener otro hijo?

Silencio. Ambos se miran y después desvían la mirada al suelo.

—Pues eso —los riño apuntándolos con mi dedo índice— me parece bastante más feo que lo de anoche. Joder, ¿qué coño os pasa conmigo? Ya os he dicho que no soy de cristal, que podré soportar que vosotros y el resto del mundo siga teniendo hijos.

—Quisimos esperar un poco más.

Sonrío para mis adentros cuando observo a Salva avergonzado. Ofrece una imagen francamente peculiar, tan grande, tan fuerte, con la mayor parte de la superficie de su cuerpo tatuada, con su oscuro cabello tan corto y con varios *piercings* en la ceja y las orejas...

—¿Esperar? —pregunto—. ¿A qué?

Se vuelven a mirar, esta vez más preocupados.

—¿Qué está pasando aquí? Decidme ahora mismo qué me estáis ocultando...

—Mami, papi —nos interrumpe Joel—. Ya estoy vestido. ¿Nos vamos ya? Me aburro mucho y quiero jugar en el castillo.

El tema queda en receso gracias a la intervención del pequeño, pero sólo por ahora.

Siempre, por mucho tiempo que pase y muchas ocasiones en las que venga, sentiré admiración por este lugar. Cada vez que se alza ante mí la reja de este imponente castillo medieval me quedo sin respiración, sintiéndome la más afortunada del mundo porque sus dueños sean amigos míos. Hace sólo dos años, mi amiga Micaela convenció a su marido el marqués para que abriera este lugar al público. Él accedió y lo abre un par de veces al año, con lo que cualquiera puede admirar sus muros de piedra cubiertos de hiedra, las almenas, las robustas puertas que dan acceso a un maravilloso vestíbulo circular rodeado por una veintena de armaduras, cofres, arcones, bustos o

estandardtes. No se puede acceder a todas las estancias, pero sí a las más llamativas y emblemáticas, como el antiguo salón de baile, la sala de los retratos o diversas habitaciones donde se pueden apreciar muchos de los tesoros de la época, como muebles, tapices, vestidos, joyas o armas.

He cogido mi coche para venir hasta aquí junto a mis amigos, ya que Salva dispone de moto para moverse y Claudia conduce una furgoneta para hacer repartos a domicilio; lo que ya hizo Micaela en su momento, pero ésta, a pesar de que ha intentado seguir con su oficio de panadera, la verdad es que muchas veces ha de estar al lado de su marido, en sus viajes, negocios o reuniones.

Es precisamente Micaela quien nos recibe nada más aparcar en la entrada. Baja los escalones de piedra y, después de darle un achuchón a Joel y un abrazo a nuestra pareja de amigos, se dirige a mí con un velo de preocupación en su hermoso rostro aceitunado.

—Lo siento de veras, Paula. —Me abraza y yo me dejo abrazar por ella. Siempre hemos conectado de manera especial. Puede que sea un poco impulsiva, o no sea capaz a veces de parar su lengua viperina, pero esconde un gran corazón que no le cabe en el pecho. Siempre ha estado más pendiente de ayudarnos a nosotros que a ella misma—. Debería haber parado a Claudia a tiempo, con lo que soy igualmente culpable. Además, también estaba deseando que te enrollaras con algún tío bueno, sin pensar en que debe ser algo que decidas por ti misma cuando lo creas conveniente.

—Ya no hay más que hablar —le digo—. Ya está olvidado. Lo que me ha dolido bastante más es el secretito que os traéis entre manos. ¿Desde cuándo me tratáis como si fuera una niña desvalida?

—Desde que el cabrón de tu marido te mandó al hospital de una paliza —me suelta.

Ahí está, la Micaela clara y directa que yo conozco.

Una vez hemos atravesado el vestíbulo y subido la escalera de piedra que nos lleva al comedor, nos encontramos con el otro anfitrión y dueño del castillo, heredado tras varias generaciones. Se trata del marqués de Requesens, el marido de Micaela. Lo mismo que me pasa con su hogar me pasa con él, que, a pesar de las veces que lo haya visto o hablado y de la confianza que ya nos tengamos, nunca acabo de acostumbrarme del todo a su magnífica presencia. Es altísimo y tan atractivo que no puedes dejar de mirar sus ojos azules y su rostro casi perfecto. Y digo «casi» porque resulta un tanto asimétrico debido a que uno de sus ojos es de cristal, pero dicha imperfección no hace sino conferirle un aire aún más misterioso que hace suspirar a toda mujer que lo conoce.

—Hola, Paula. —Me saluda con un suave beso en la mejilla que me hace cerrar los ojos. Generaciones de antepasados nobles parecen haberle dejado una huella innata de elegancia y sofisticación. Por eso, por ejemplo, no me hace el más mínimo comentario sobre la noche pasada, aunque sé perfectamente que su mujer debe de habérselo contado todo. Aun así, consigo ver un velo de preocupación en su enigmática mirada—. ¿Cómo estás?

—Hola, Roderic —le contesto—. Estoy bien, gracias. Sobre todo ahora que volvemos a estar todos juntos en tu maravilloso castillo. Aquí parece que te olvidas de todo y sólo piensas en admirar cada detalle que te rodea.

Sí, deseo evitar cualquier respuesta que implique explicar algo de anoche, pero es cierto lo que le he dicho. Éste es un lugar tan mágico que consigue que tus problemas se queden de la reja para afuera.

El comedor está espectacular. Sobre la mesa ya están dispuestos los cubiertos y la vajilla con toda clase de bebidas y un exquisito aperitivo. Después de que nuestros anfitriones tengan que restringirse muchas veces a reuniones formales o de etiqueta, cuando nos reunimos el grupo de amigos conseguimos que todo sea mucho más relajado. Somos nosotros mismos, sin

formalidades, sin tener que dirigirnos al marqués como «su ilustrísima». Y él nos lo agradece de corazón.

—¡Mami, papi! —aparece Joel corriendo hacia nosotros mientras charlamos y tomamos una copa de vino—. ¡Mirad qué me ha regalado tío Roderic!

El niño nos muestra encantado una espada y un escudo protector de caballero medieval.

—¿No puede hacerse daño? —comenta Claudia.

—Tranquila —responde el marqués—. La espada carece de filo. Es uno de los conjuntos que utilizaban los escuderos más jóvenes para practicar. Eso sí, es original. Data del siglo XIII.

—Es una pasada —comenta Salva—. Gracias.

Salva es hombre de pocas palabras, pero suelen ser las adecuadas. Él y Roderic no empezaron con muy buen pie cuando se conocieron, pero ahora confían plenamente el uno en el otro.

Por fin nos dirigimos a la mesa cuando nos anuncian la comida. Yo estoy riendo por alguna gracia de Joel y todavía sostengo una copa en la mano. De pronto, desde el bolso que permanece colgado en mi silla, se oye la melodía de llamada de mi móvil. Y yo, sin poder evitarlo, comienzo a temblar. Mi mano se afloja, se abre, y dejo caer la copa que sostiene, que acaba en el rústico suelo hecha añicos junto a una gran mancha de vino ante mi impotente mirada.

—¡Paula! —me grita Micaela.

—Yo... lo siento. —Pero sigo sin reaccionar. Me he quedado petrificada, sin poder moverme por el pánico que recorre y paraliza mi cuerpo. El teléfono continúa sonando y sonando...

—Me cago en todo ya —despotrica Claudia. Coge mi móvil y descuelga—. ¡Oye, tú, maldito hijo de puta! ¿Quieres dejarla en paz de una vez? ¡Contesta, cabrón! —Después nos mira a todos y suelta el teléfono sobre la mesa—. Ha colgado. El muy cobarde ha colgado.

—¿Aún continúa llamándote ese maldito desgraciado? —me pregunta Salva con su penetrante mirada verde.

—Sí —logro balbucir—. Todavía me sigue llamando.

—¿Cada cuánto te llama? —insiste mi amigo—. ¡Contesta, Paula!

—Cada día —digo tras un suspiro, después de observar cómo me miran todos—. Me llama cada maldito día. Pero nunca dice nada.

—¡Tienes que denunciarlo! —exclama Micaela—. ¡Te está acosando! ¡Eso es hostigamiento!

—Lo sé —asiento—, y está denunciado, pero todavía no se ha podido demostrar que sea él.

—¡Genial! —bufa Micaela—. ¡No tuviste suficiente con aguantarlo mientras estuviste casada con él, que, después de salir de la cárcel, decide seguir jodiéndote la vida!

—¿Por qué no lo olvidamos y comemos? —les digo a todos mientras me siento en mi lugar en la mesa—. De verdad, no me apetece para nada hablar del tema.

—¡No podemos olvidarlo! —salta Claudia—. ¡Ese tipo te maltrató durante años, Paula!

—He dicho que hoy no, por favor —insisto de una forma un tanto borde—. De verdad, hoy prefiero no tener como tema de conversación a Abel. Creo que no se merece un solo segundo de nuestros pensamientos.

Parece que he logrado convencerlos.

Conseguimos, después de unos minutos de incertidumbre y miraditas de lástima hacia mí que detesto, proseguir con nuestra velada. Para cambiar radicalmente de tema, saco a colación el tema de mi inestabilidad laboral. A pesar de que me indigna la precariedad que inunda el mercado actual de trabajo, ya me conformo con lo que sea, siempre y cuando fuera posible que me durara más de un mes. Mientras me muevo entre tiendas de ropa u otros ámbitos para los que ya no tengo edad, procuro reciclarme y no dejo de repasar mis estudios de Economía y de hacer cursos de Gestión

Administrativa. En su momento decidí abarcar ese sector porque confiaba en convertirme en funcionaria del Estado, pero mis continuos cambios de residencia o volcarme en mi entonces marido no me lo facilitaron.

Y vuelta de nuevo a pensar en él... Cuántos años, demasiados, pensando sólo en Abel, en su bienestar, en que sus vueltas a casa fueran lo más confortables posible, en tenerlo todo a punto, en intentar quedarme embarazada...

—Si quieres —Roderic interrumpe mis pensamientos y a punto estoy de darle un beso en agradecimiento—, podría hablar con algunos contactos que tengo dentro del mundo empresarial.

—Pues hace sólo unos meses te habría dicho que no —le contesto—, pero hoy te voy a decir que sí, Roderic, que te agradecería en el alma que me echases una mano, porque llevo meses enviando currículums y solicitudes de empleo y no hay manera. Estoy cansada de este pueblo, de la gente que me mira con lástima, de cobrar por ayudaros en la panadería... Necesito un cambio de aire.

—No sabíamos que estuvieras tan harta de este lugar —suelta Micaela algo molesta.

—Entiéndeme, no me malinterpretes, Micaela. Esto no tiene nada que ver con vosotros. Sois lo mejor que tengo, pero reconoce que me iría bien salir de aquí, intentar hacer algo por mí misma por una vez en la vida; olvidar...

—No te preocupes, Paula —me dice suavemente el marqués—. Todos te entendemos. Te echaré una mano desde mañana mismo.

—Gracias, Roderic.

Parece que he vuelto a tensar un poco el ambiente. Deben de estar todos demasiado mal acostumbrados a la Paula que no se queja de nada, a la que todo le parece bien y que le pone buena cara a todo. Pero, procurando no ser una desagradecida, temo que si no me decido a dar el paso me acabe consumiendo en este pueblo, rodeada de ciertos malos recuerdos que cada vez machacan más mi carácter y hasta mi espíritu.

Así que vuelta de nuevo a un cambio de tema. Aunque el que tengo en mente no va a ayudar precisamente a suavizar la situación. Necesito algunas respuestas y decido sacar a relucir el tema del embarazo de Claudia otra vez.

—Por cierto, ya os vale —digo mientras me llevo a la boca una de las gambas del cóctel—. No comprendo lo de no decirme nada sobre el embarazo. ¿Acaso pensáis que no me iba a hacer ilusión? ¿Cómo se os ocurre ocultármelo?

Como esta mañana en casa de Claudia, observo más miradas y más caras de preocupación. Frunzo el ceño. Algo hay que no quieren decirme y no entienden que me hacen sentir demasiado inútil.

—¿Pensáis contarme de una vez qué está ocurriendo aquí? —les pregunto.

—Vamos, Micaela —interviene el marqués—. No puedes demorarlo más. Es tu amiga...

La miro a ella con expresión interrogante. Sigo con el ceño fruncido, sobre todo al comprender que es Micaela la que me oculta algo, pues es la que más claramente suele decir las cosas, a la que menos le importa lo que diga el mundo.

—Te estoy esperando —la informo.

—Está bien. —Suspira y mira a su marido, que la observa embelesado con ojos de enamorado—. Yo también estoy embarazada.

—Pero no nos hemos puesto de acuerdo ni nada parecido —salta Claudia, totalmente a la defensiva—. Yo ya estoy de tres meses y Micaela acaba de hacerse la prueba. De verdad, Paula, ha sido una auténtica coincidencia y...

—Cállate, Claudia —la corta Salva—. Lo estás estropeando.

Acabo de quedarme con la boca abierta. Jamás pensaría mal de mis amigas y admitiría sobre brasas candentes que estoy feliz, muy feliz, y que les deseo toda la felicidad del mundo porque se la merecen. Pero también soy humana, y no puedo evitar sentir ese leve pellizco que produce la envidia.

No creo para nada que yo vaya a ser más infeliz por no tener hijos, nada de eso. Tampoco creo que una mujer deba ser madre porque sí, o porque su

vida esté encaminada a serlo, simplemente, por haber nacido mujer. Pero reconozco que las horas y los días en los que me sentí tan sola durante mi matrimonio se habrían hecho más llevaderas si hubiese tenido a una persona a quien entregarle mi cariño. Sé que haber tenido un hijo con Abel habría sido un verdadero desastre, en cuanto a temas de custodia o visitas, pero yo nunca pensé en el padre, sino en ese niño o niña que habría llenado mis horas vacías.

Por eso sigo manteniendo en mi mente la idea de adoptarlo, yo sola, sin necesidad de tener pareja, porque a mí me viene que ni pintado el refrán que dice «Más vale sola que mal acompañada». A los hechos pasados me remito.

—Me alegro mucho por las dos —sonríe y alargo la mano para tocar las de mis amigas—. Por los cuatro, mejor dicho. Y espero que me creáis cuando digo que me alegro.

—Es cierto que acabo de saberlo —comenta Micaela—, pero ahora entiendo que no tenemos excusa. Somos nosotras las que te empujamos a divertirte, a salir, a que rehagas tu vida y te hagas más fuerte, y luego resulta que nos pasamos la vida protegiéndote. Y creo que no te hacemos ningún bien.

—No pasa nada, de verdad —trato de tranquilizarlos—. Sólo estoy pasando por una fase temporal de reubicación, pero tengo el presentimiento de que todo va a cambiar, de que dentro de poco mi vida dará un vuelco inesperado. A mejor, por supuesto.

—Claro que sí —me conforta mi amiga—. Si te sirve de consuelo, ni Claudia ni yo lo esperábamos. —Sonríe pícaro—. Ha sido algo inesperado y confiamos en que nos ayudes un poco.

—Por supuesto —respondo—. Siempre y cuando tu marido no pueda ayudarme a encontrar trabajo. Porque si lo encuentro... no podré ayudaros.

Sonríe divertida al marqués y él me devuelve el gesto con un guiño. Presiento que, muy pronto, todo va a cambiar.

Capítulo 2

Darío

Hoy no encuentro nada de lo que busco. Llevo demasiado tiempo rebuscando y revolviendo en mis cajones, en mi mesa, incluso en mis archivos del ordenador. Yo, que me pongo histérico ante un papel fuera de sitio en mi mesa o ante una mota de polvo, resulta que estoy convirtiéndolo todo en un auténtico caos. Estoy tan concentrado en mi búsqueda que apenas soy consciente de los golpes en la puerta de mi despacho. Antes de que dé permiso, ésta se abre y aparece mi ayudante, Aarón, el cual no necesita de mi aprobación para entrar.

Por cierto, sí, tengo ayudante, asistente, secretario o como se diga, y es un hombre. No sé si será algo habitual, pero ni me interesa ni me importa si lo es o no. Cada día estoy más satisfecho con mi decisión de aceptarlo para el puesto, desde aquel día en que se presentó para cubrirlo.

—He pedido una secretaria —le comuniqué el día que apareció ante mí con toda la naturalidad y seguridad del mundo.

—¿Tal vez porque pensabas tirártela entre reunión y reunión?

—Por supuesto que no —contesté irritado—. Busco a alguien competente. Si me follo a alguna mujer sobre mi mesa no será la que pueda joder mi trabajo.

—Y ¿no te parezco suficientemente competente? —Tiró sobre mi mesa una carpeta con infinidad de recomendaciones que demostraban su experiencia.

—Ya veo —le dije tras ojear aquellos informes—. Va a resultar que eres perfecto para el puesto.

Desde entonces, ha demostrado ser digno de mi decisión. Además, es mucho más que mi ayudante: es mi asistente, mi agenda personal, mi mano derecha... y mi amigo. Hemos conseguido formar una pareja un tanto peculiar, que lo mismo discutimos de trabajo en mi despacho que nos vamos de fiesta y acabamos ligando o pillando un buen pedo.

De todos modos, ahora mismo, con el mal día que llevo, me irrita su presencia. Verlo ahí, mirándome con esa sonrisilla de suficiencia, como diciéndome sin palabras que me conoce y sabe perfectamente qué me pasa..., me está sacando de mis casillas.

—¿Qué quieres, Aarón? —pregunto irritado.

—Pero ¿qué lío tienes aquí montado? —pregunta con un deje de diversión—. ¿Se puede saber por qué estás envuelto en este follón? Tienes hasta el pelo de punta y una pinta horrible. Si te viera ahora cualquiera de tus empleados, no te tomaría muy en serio ni creería que eres el respetadísimo Darío San Martín, el presidente de una gran empresa automovilística.

—Será porque ya llevo aquí más horas de las que puedo contar —gruño—. Así que suelta lo que tengas que decir o lárgate para que me pueda marchar a casa ahora mismo.

—Vengo a repasarte el orden del día de mañana. Te recuerdo que a primera hora tienes una reunión con el consejo de administración. A media mañana tienes cita con el representante sindical y, al mediodía, comerás con el ministro de Economía. Y por la tarde recibirás la visita de la representante de la empresa que nos proveerá de los nuevos dispositivos electrónicos, mucho más fiables que los anteriores. Las pruebas que estamos realizando así nos lo confirman. Por si ya te lo estás preguntando —sonríe—, sí, has tenido suerte: es una mujer.

—Perfecto —respondo mientras voy cerrando el ordenador y los cajones de la mesa—. ¿Algo más?

—Sí, Darío, ahora ya como amigo y no como empleado. Tú a mí no me engañas. Estás así desde aquella noche en que te ligaste a aquella chica rubia a la que sus amigas echaron algo en su bebida.

—Estoy así..., ¿cómo?

—Vamos, tío, no te hagas el loco. Llevas unos días de lo más chocante. Lo mismo estás en la inopia mientras te está hablando el director de fábrica como te cabreas con cualquiera sin venir a cuento y te lanzas a soltar veneno por la boca. Por no hablar de la cara de frustración que me llevas o las arrugas de tu ropa.

Qué asco me da a veces que me conozca tan bien.

—No sé de dónde has sacado esa idea...

—Deja de mirarme con esa cara de falso sorprendido —me interrumpe—, porque estoy seguro de lo que digo.

—Muy bien, Sherlock —le digo—. Si tan listo eres en saberlo todo de mí, ¿por qué no aprovechas y me echas una mano?

—¿Qué quieres que haga?

—Ayudarme a encontrarla.

—Joder, ¿tanto te impactó? —se sorprende—. ¿No fue un simple polvo de discoteca? Porque no entiendo que tú, tan acostumbrado a las mujeres, a los líos de faldas y a tus amantes, te hayas quedado tan impresionado con una chica que apenas resaltaba entre las demás y que, para colmo, te vomitó encima. ¡Menudo pestazo echabas!

Prefiero callarme antes de decirle que debe de tener atrofiado el sentido del gusto por las mujeres. La chica era preciosa, pero lo que me llamó la atención fue mucho más que una cara bonita.

—No sé, Aarón. Creo que conectamos nada más vernos.

—Sí, claro, porque iba como una moto. Si en lugar de aparecer tú, hubiese sido otro, se lo habría tirado igual.

—No lo creo. La primera vez que nos miramos, ella aún no había bebido. Estoy seguro porque la vi acercarse a la barra la primera vez.

—A ti lo que te pasa —me explica con un deje de exasperación— es que estás cabreado porque pensaste que, de nuevo, una mujer caía rendida ante tus irresistibles encantos. Pero no llevas nada bien pensar que sólo estuvo contigo porque le dio un inesperado calentón producido por vete a saber qué.

—¡Joder, Aarón! ¿Tanto te cuesta creer que me guste una mujer para algo más que el sexo?

—Pues me cuesta bastante —responde muy ufano—, porque resulta que eso, precisamente, es lo que hiciste con ella: tirártela. Y no irte a charlar bajo una frondosa parra.

Pongo las palmas de las manos sobre la mesa y me quedo mirando a mi amigo con una de mis penetrantes miradas, una de aquellas con las que intento decirle que, o me ayuda, o lo echo a patadas de mi despacho.

—¡Vale! —exclama resignado—. Acepto que hubo conexión, que la chica te gustó y que te gustaría volver a verla para cerciorarte de que es algo más que un capricho. ¿Me quieres explicar cómo coño quieres que la encuentre?

—¡Y yo qué sé! ¡Piensa tú, que para eso te pago!

—Qué mal acostumbrado te tengo —me dice cruzando sus brazos con una sonrisa arrogante—. Te consigo demasiadas cosas.

—Pues consígueme alguna pista de la chica. —Me levanto por fin, me pongo la chaqueta del traje y me encamino a la puerta—. Lo único que sé de ella es que sus amigos la llamaron Paula.

—Me pides algo realmente difícil...

—Más difícil será aguantarme si no lo haces.

—Está bien —gruñe—. Intentaré encontrarla.

—Más te vale.

Cuando consigo cerrar la puerta detrás de mí, sabiendo que acabo de llegar a mi apartamento, un profundo suspiro emerge de mi boca, a pesar de la

mezcla de cansancio e irritación que arrastro. Enciendo las luces del salón, lo atravieso..., y la presencia de algo me hace detenerme. Mejor dicho, de alguien.

—Hola, cariño. Cuánto has tardado.

Joder, es Celia. ¿A quién coño se le ocurriría la idea de darle una llave para que pudiera ofrecerme «sorpresitas» de esta índole? Antes de que yo haya abierto la boca, se levanta del sillón donde permanecía sentada a la espera de mi llegada y se planta ante mí con un fruncido mohín en su boca de labios rojos y carnosos. A continuación, desata el cinturón de su abrigo, lo deja caer al suelo y se queda completamente desnuda ante mí, tan sólo con unos altos zapatos rojos y su larga y exuberante melena negra sobre los hombros.

—Pero no me ha importado esperarte —me susurra de forma lasciva y sensual—. La expectativa de lo que me espera contigo me vuelve tan loca como tú.

Camina hacia mí, con pasos cortos y lentos, bamboleando las caderas y abanicando las pestañas. Joder, ¿qué pude verle a esta mujer tan previsible?

Aunque la respuesta la tengo a la vista: sexo fácil.

Nunca me he liado con trabajadoras de la empresa, pero sí suelo tener mis aventuras con empleadas de otras compañías, representantes de empresas anexas o posibles clientas ansiosas por hacer tratos conmigo. Celia es la secretaria de dirección de una de nuestras empresas proveedoras y sólo tuvo que mirarme al acabar una reunión para saber que estaba dispuesta. El sexo con ella ha estado entretenido, pero mi reciente falta de tiempo ha propiciado que lo nuestro dure demasiado y ella crea cosas que no son. Empieza a agobiarme con sus constantes llamadas, sus visitas a mi despacho y su sempiterna presencia.

—Celia, he tenido un mal día y estoy cansado...

—No te preocupes, yo te quito de un plumazo toda esa tensión que no puedes disimular.

Su curvilíneo y desnudo cuerpo se pega al mío y acerca su boca para besarme. Sus gruesos labios lamen de forma experta mi boca y mi lengua mientras sus manos comienzan a trajinar con mi cinturón. Pero no logro que el erótico beso ni el tacto de su piel desnuda en mi ropa acaben excitándome.

—Celia, por favor, tenemos que hablar...

—Después —susurra—. Ahora déjame. Déjame que te toque, cariño. Estoy tan caliente...

Mi cabreo acaba de alcanzar el grado máximo. No soporto que me obliguen a nada, y Celia comienza a presionarme. Ahora sólo me apetecería tomarla de un brazo y echarla de mi casa, pero no puedo evitar cerrar los ojos cuando ella me abre el pantalón y extrae mi miembro para acariciarlo entre sus finos dedos de impecable manicura.

—¿Ves? —murmura—. Ya estás listo para mí.

Sin dejar de mirarme con sus ojos oscuros, se agacha ante mí y se introduce mi miembro en la boca. La sensación de su lengua en mi glande es sublime, pero sigo demasiado malhumorado como para disfrutarlo. Me la chupa de forma experta y perfecta, pero cuando abro los ojos y contemplo su rostro, vuelvo a cabrearme. Me molesta ver su cara.

Al final, aun sin demasiadas ganas pero con muchísimo deseo de desahogar esta frustración que me corroe, la tomo de los hombros para levantarla y la acerco a la mesa del salón, donde, con bruscos movimientos, la siento y le abro las piernas. Busco un preservativo en el bolsillo interior de mi chaqueta, me lo coloco y la empalo con un certero golpe de las caderas.

—Oh, sí, Darío...

Sujetándola por los muslos, continúo lanzando bruscas acometidas para follármela, más que por deseo, por puro afán de desahogo. Los últimos días han estado cargados de tensión, de noches sin dormir, del recuerdo de una suave mirada gris que me transmitió una parte de la paz que necesito. Pero no he conseguido ninguno de mis objetivos, mucho menos encontrar la manera de volver a tener esos ojos frente a mí, por lo que aprieto los dientes, me

muevo más aprisa aún e intento esforzarme por alcanzar el orgasmo. Ni siquiera lamento el daño o la incomodidad que pueda estar causándole a Celia. Sólo necesito correrme e intento fijar la vista en el movimiento desenfrenado de sus pechos, en sus oscuros pezones, o en escuchar sus gemidos de placer.

Celia lanza un grito de gozo cuando estalla su clímax. Yo me concentro en el calor ardiente y resbaladizo que envuelve mi polla y acabo acompañándola, profiriendo un ronco rugido cuando encuentro mi propio desahogo.

—Eres maravilloso, Darío. —Mi amante suspira satisfecha mientras continúa sentada en el filo de la mesa, demostrando que la incomodidad no la ha vencido. Rodea mi cuello con sus brazos en busca de mi boca, pero logro apartarla de mí con la excusa de deshacerme del preservativo.

—Será mejor que te marches, Celia —le digo con seriedad—. Se ha terminado.

—¿Marcharme? No entiendo... Pensaba servir una copa, charlar, pasar la noche contigo. Pero si te apetece descansar...

—Celia —la corto—, no me estás entendiendo. Quiero que te marches. Quiero que esto acabe aquí.

—¿De qué demonios estás hablando? —Ahora no puede disimular su arranque de furia.

—Ya me has oído. Vístete, devuélveme las llaves y vete.

—¿Tenías que decirlo después de follarme? —Con premura e indignación, toma el abrigo del suelo y vuelve a colocarlo sobre su cuerpo desnudo—. Menudo hijo de puta estás hecho.

—No te hagas la agraviada, Celia, por favor. Tú tenías más ganas de este polvo que yo.

—Eres único haciendo que tus mujeres se consideren una mierda —gruñe—. Te encanta este papel de machito dominante y echarnos a todas de tu vida, creyéndote un gran follador que puede elegir a la que quiera.

—No digas sandeces —le contesto. Si hace un rato me agobiaba, ahora

empiezo a odiarla.

—Si tan poco te importaba, ¿por qué no me echaste mucho antes de tu vida? Llevamos seis meses juntos, Darío, no me digas que sólo he sido un polvo fácil porque no me lo creo. No pusiste impedimento alguno al verme aparecer en tu despacho para ir a esperarte, o en darle oficialidad a nuestra relación cada vez que hemos salido juntos en público. Habré sido tu amante, pero no me has escondido como a las otras.

¿Qué le digo? ¿Que no me molesté en ninguno de esos detalles porque tampoco me importaban?

—Celia, por favor...

—Vete a la mierda —me suelta—. ¿Ya tienes a otra?

—No —le contesto convencido—, no hay nadie en este momento. Sólo voy a darme un tiempo de tranquilidad, de centrarme en el trabajo.

Sus ojos han brillado con regocijo. Sé perfectamente qué debe de estar pensando: que si no hay otra mujer, todavía tiene posibilidades, que en cuanto me dé el calentón volveré a ella.

Pero nada más lejos de mi pensamiento.

—Está bien —suspira—. No voy a montarte una escenita de mujer despechada, me quiero a mí misma demasiado como para eso.

No me río en su cara por no empeorar, precisamente, dicha escena.

—Hasta pronto, Darío —se despide de mí.

—Las llaves —le digo después de extender mi mano hacia ella—. Devuélvemelas.

Con furia, las saca de su bolso y me las planta en la mano con la oscura intención de clavármelas en la palma. Después, se gira hacia la salida y desaparece dando un sonoro portazo.

Un manto de alivio acaba de cubrirme ahora mismo. Será mejor que me dé una ducha y me vaya a la cama si mañana quiero responder ante mis obligaciones.

Mi descanso no ha mejorado, y mi humor todavía menos. Después de varios días de continuos problemas laborales, de discusiones con varios jefes de sección y de la bronca que he tenido que recibir del director del consejo de administración, estoy que muerdo. Mi ayudante no parece muy molesto con mi situación, pues acaba de entrar en mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja que sólo me apetece borrarle de un puñetazo.

—Si no traes alguna buena noticia —le digo sin despegar la vista de mi mesa y los documentos que estoy revisando—, será mejor que te largues o no respondo.

—Soy portador de inmejorables noticias —responde—. ¿Por cuál empiezo?

—Podrías comenzar por decirme que el montaje del nuevo modelo ya está en marcha.

—Eso, para empezar.

—Pues mejor que eso —le digo aliviado— no puede haber nada más.

—Yo diría que sí. —Me mira tan sonriente que comienza a escamarme.

—¿De qué se trata? ¿Por fin te has echado novia? —le suelto con ironía.

—Yo no. Pero tal vez tú...

—No puede ser... —digo con los ojos muy abiertos cuando sospecho lo que me va a decir.

—Pues sí —replica de forma triunfal mientras me muestra una sencilla carpeta de papel—, puedes creerlo. He encontrado a tu Paula. Ya puedes subirme el sueldo o pagarme un buen restaurante cada fin de semana de lo que me queda de vida.

—Pero ¿cómo lo has conseguido? —Intento, entusiasmado, arrebatarme la carpeta, pero quiere hacerse el interesante y la aparta de mis manos.

—No te creas que ha sido fácil. Se me ocurrió hablar con empleados de la sala de fiestas, pero no supieron decirme nada, lo mismo que dando su

descripción a personas que reconocí aquella noche, así que opté por creer que era una búsqueda sin salida. Hasta que, aquí mismo, una de las responsables de Recursos Humanos se cruzó conmigo. Iba cargada con cientos de solicitudes de empleo para destruir y se me ocurrió que podría haber una mínima esperanza. Yo mismo las repasé una a una y... ¡bingo! Encontré a tu chica misteriosa y folladora eventual de discoteca.

Cuando me alarga la hoja, un cosquilleo de anticipación se apodera de mí. Las mismas puntas de mis dedos queman por el afán de cogerla y leer todo lo que quiero saber.

—Se llama Paula Ayala y envió su currículum hace ya unos meses. Iba a ser destruido porque, como otros candidatos, parece estar preparada pero carece de experiencia.

De la voz de Aarón sólo me llega el eco lejano, porque no puedo quitar ojo a la fotografía que acompaña el currículum. No hay duda, se trata de ella, de la misteriosa chica que me tiene tan intrigado que apenas soy capaz de ocupar mi mente con otra cosa que no sea aquella noche. Además, mis ojos vuelan a sus datos, donde puedo leer el pueblo en el que vive, la edad que tiene, su estado civil, su nombre...

Tal vez viva un poco lejos, pero espero que no sea un problema; tiene treinta y tres años, aunque pensé que tendría menos; está divorciada, algo que me parece perfecto, y, como ya supuse, se llama Paula.

—Contrátala —le digo a mi ayudante, sin tener idea de lo que pueda estar diciendo en este momento.

—Bueno... —titubea—, tengo que hablar con algunos responsables para ver si hay un hueco para ella.

—Le harás una entrevista para despistar, pero la contratarás inmediatamente.

—Veré qué puedo hacer...

—La quiero en Administración —insisto—. Tenemos una vacante en Asesoría Fiscal y Estudios de Proyectos.

—Pero, Darío, ése es un puesto para alguien más preparado. Esta chica lleva años sin trabajar más que en una gestoría o en una panadería.

Dejo el currículum sobre la mesa, apoyo las manos en ella y miro a mi amigo fijamente. Él aguanta mi mirada, parece debatirse entre si hacerme caso o enviarme a un manicomio y, al fin, no tiene más remedio que rendirse.

—No sé ni para qué te rebato —me dice ofuscado—, si acabas haciendo conmigo lo que te da la gana. Deberías estarme más agradecido.

—No te pases —le digo—. No ha sido más que una puta casualidad haberla encontrado. Así que menos exigir.

—Tal vez haya sido una casualidad —me acaba rebatiendo—, pero se me tuvo que ocurrir a mí dónde buscar. —Abre la puerta y desaparece por el pasillo.

Sonrío. Tiene razón. Es el puto amo, y lo sé. Ahora mismo salgo de este maldito despacho y me voy con él a celebrarlo.

Capítulo 3

Paula

No estamos en época de IVA, módulos o declaraciones de Renta, por lo que mis servicios en la gestoría vuelven a quedar aparcados. De momento tengo que conformarme con ayudar a mis amigos en la panadería, concretamente a Salva en el horno, pues Micaela ha venido hoy a echar una mano para atender a la clientela junto a Claudia. Todavía hay gente que no entiende que, siendo marquesa, siga dedicándose a supervisar las dos panaderías que tiene en el pueblo, pero deberían saber que Micaela no es mujer de estarse en casa para vivir de su marido o de montar rifas benéficas. Ella es una luchadora que sabe que no ha tenido nada gratis y que seguirá luchando por aquello en lo que cree.

También habría que decir que, cada vez que ella atiende, la afluencia de clientela crece considerablemente. La curiosidad de la gente no tiene límites, y continúa siendo una atracción ver despachando el pan a la mujer que consiguió enamorar al mismísimo marqués de Requesens.

Mientras tanto, en el horno junto a Salva, intento sujetar las bandejas donde va descargando las barras de pan. A pesar del calor del lugar, no puedo reprimir la sonrisa al observarlo, con su camiseta blanca pegada al cuerpo por el sudor y sus musculosos brazos cubiertos de tatuajes, mientras maneja las pesadas cestas con facilidad pasmosa.

—Sujeta la bandeja con fuerza —me dice—. Descargaré en ella todo el pan integral.

—De acuerdo —contesto.

Yo llevo puesta una bata blanca, en cuyo bolsillo guardo el móvil. Justo ahora, en este momento, decide sonar, algo que no sería mayor problema para cualquiera, pero mi caso es diferente: es superior a mis fuerzas. No puedo evitar sentir un pánico atroz cada vez que suena, como ahora mismo, que, del respingo que doy por el miedo, mis manos se ven forzadas a soltar la bandeja. Ni siquiera soy consciente de las docenas de barras de pan que acaban tiradas en el suelo.

—Mierda... —murmuro al ver el estropicio—, lo siento, lo siento...

—¡Deja de lamentarte, Paula! —Salva suelta la pala de madera que sujetaba, me toma de los hombros e intenta hacerme reaccionar—. ¡Olvídate del pan y mírame! ¿Otra vez te está llamando ese cabrón?

—No... no lo sé. —Con la mano temblorosa, saco el teléfono del bolsillo y observo la pantalla. Frunzo el ceño al comprobar que no se trata del número habitual que ya conozco, sino de un número diferente—. Espera, Salva, creo que puede ser una llamada importante. ¿Diga? —contesto.

—¿Es usted la señorita Paula Ayala? —me pregunta alguien al otro lado de la línea.

—Sí, yo misma.

—La llamamos de la empresa Taes en respuesta a su solicitud de empleo. ¿Le iría bien venir mañana para una entrevista?

Me he vuelto a quedar sin palabras, pero ahora por la emoción.

—¡Por supuesto! ¿A qué hora?

Espero que no se haya notado un entusiasmo demasiado exacerbado, del tipo «¡Dios mío, me muero y te besaría ahora mismo, seas quien seas!».

—¿Le parece bien a las nueve de la mañana?

—¡Perfecto! ¡Allí estaré!

—La esperamos. Buenos días.

No sé si llevo más de un minuto mirando la pantalla del móvil como una idiota después de haber colgado.

—¡Salva! —reacciono por fin—. ¡Van a hacerme una entrevista de trabajo nada menos que en Taes! ¡Seguro que Roderic me ha echado una mano!

—Me alegro por ti, cariño. —Mi amigo me envuelve entre sus fuertes brazos y me besa en la sien. A pesar de mi mala suerte en otros ámbitos de la vida, me considero la más afortunada por tenerlos a todos ellos—. Te lo mereces.

—Ya sé que debe de ser un enchufe —le aclaro—, pero necesito esta oportunidad. Y seguramente me contratarán para hacer fotocopias, pero me importa un comino. Pienso currármelo para ganarme un mejor puesto poco a poco.

—Ésa es mi chica.

—¿Qué sucede aquí? —nos interrumpen Claudia y Micaela—. Hace rato que deberían haber salido las barras integrales del horno.

—¡Me han llamado para una entrevista de trabajo! —exclamo exultante—. Por favor, Micaela, agrádeselo de mi parte a Roderic. Seguro que él ha tenido mucho que ver para que me llamen de una empresa tan importante como Taes.

—¿Roderic? —Frunce el ceño—. Creo que él no ha tenido nada que ver, Paula. Ayer mismo me dijo que todavía no había tenido oportunidad de hablar con nadie y que hasta pasado mañana no podría entrevistarse con un empresario amigo suyo.

—Tiene que haber sido él, pero no importa, Micaela. —Estoy tan contenta que no sé lo que digo ni lo que hago—. Importa que, por una vez, creo que voy a tener la suerte de mi parte.

—¿Sabes que esa empresa está más allá de Barcelona? —pregunta Claudia un tanto confundida—. Está demasiado lejos para ir y volver todos los días.

—Todavía no voy a hacer planes —le digo—. Es demasiado pronto para saber si me contratarán o no. Si, como dice Micaela, Roderic no ha tenido nada que ver, lo más probable es que me metan una patada en el culo. Y si me cogen..., pues ya veremos.

Aunque ellos no lo crean, he tenido suficiente tiempo para pensar en dicha posibilidad. Si consiguiera un trabajo lejos de aquí, no sólo sería un milagro, sino que vería el cielo abierto. El cambio de aires que necesito lo presiento cada día más cerca.

Me he levantado a las seis de la mañana, me he duchado, arreglado y tomado un café a toda prisa. Después he cogido mi coche —obtenido de mi divorcio, al igual que la casa— y me he plantado en la autopista con destino a Barcelona. Y, todo ello, sabiendo que es para nada.

Ayer mismo, Roderic me confirmó que él no había tenido nada que ver en esto, que no había hablado con nadie de esta empresa, por lo que estuve a punto de tirar la toalla. Pero no voy a hacerlo, porque siento que debo aprovechar la ocasión y demostrar que sirvo para algo más que para estar en casa, limpiar o cuidar de un marido.

Son todavía las ocho y media cuando ya avisto el aparcamiento para los empleados. Es enorme y está casi lleno, pero logro encontrar un hueco para mi coche en la parte reservada a las visitas. Después de parar el motor, antes de bajarme, inspiro con fuerza. Estoy nerviosa y un poco desbordada por la contemplación de todo lo que me rodea: personas que entran y salen de las puertas de las oficinas, las fábricas y los almacenes, camiones y furgonetas de transporte, edificios inmensos y acristalados... Hace tanto tiempo que no tengo un trabajo decente que los nervios comienzan a hacer estragos en mí y temo que me den retortijones de barriga y tenga que salir corriendo en busca de un lavabo.

—Tranquila, tranquila —susurro a mi imagen en el espejo retrovisor—. Todo va a ir bien. Si pudiste con Abel, puedes con todo.

Esa última frase es una especie de eslogan personal. Si fui capaz de sobreponerme a la continua guerra física y psicológica de la que fui víctima,

seguro que seré capaz de soportar una entrevista de trabajo que no me servirá de nada.

Después de identificarme frente al vigilante y la persona de recepción, me hacen esperar en una moderna y estilosa sala. Me desconcierta en cierto modo que no haya nadie más que yo, pues me esperaba docenas de personas nerviosas aguardando a ser llamadas para tener la oportunidad de una mejora en su vida. Pero no hay nadie, únicamente empleados que vienen y van que apenas reparan en mí.

Debo de llevar sólo unos minutos aquí, pero el hecho de estar sentada en el filo de una incómoda silla de diseño, con una falda estrecha y unos altos tacones, consigue que me parezcan horas. No paro de revolverme, estirarme la falda, inspirar y espirar... Una de esas espiraciones se me atasca en la garganta cuando un hombre joven aparece ante mí. Rápidamente, me pongo en pie y a punto estoy de torcerme un tobillo por el brusco cambio de postura.

—Buenos días —me saluda, afable—. La señorita Ayala, supongo.

—Yo misma. —Joder, acabo de darle un apretón de manos que debe de haberle descoyuntado los nudillos.

En respuesta, él me hace un repaso visual y sonrío de forma casi imperceptible. Acabo de notar cómo me he puesto colorada.

Mierda, seguro que la entrevista es para un puesto en fábrica o almacén, para pintar carrocerías o precintar cajas, y el tipo debe de haber flipado al verme con esta ropa de Barbie Oficina.

—Encantado. Soy Aarón y yo mismo le haré la entrevista. Acompañeme a mi despacho, por favor.

Sigo sus pasos y observo a mi alrededor el bullicio de las oficinas. La mayoría de los trabajadores están pegados a sus teléfonos o a sus ordenadores y hacen caso omiso de nuestra presencia, aunque detecto algunas serias miradas de reojo hacia mi acompañante. Debe de ser alguna clase de jefe, por lo pronto que bajan todos la mirada. Y ya vuelvo a ponerme más nerviosa y a despotricar mentalmente contra mí misma y los años desperdiciados de mi

vida; por sentirme tan vulnerable y desprotegida ante una cosa tan trivial como una entrevista de trabajo.

Una vez en su despacho, el hombre cierra la puerta y me invita a sentarme antes de hacerlo él mismo detrás de su mesa. Demasiada parafernalia me parece para una posible simple empleada como yo.

Por cierto, ahora que me veo obligada a mirarlo porque me está hablando, frunzo ligeramente el ceño al contemplar detenidamente sus facciones. Me suena de algo. No sé si lo he visto en alguna parte o se parece a alguien, pero, por más que hago memoria, no logro recordar. Aunque tampoco creo que sea momento para pensar en si este tío se parece a alguien o he podido verlo en otra parte, cosa que dudo.

Creo que estoy desvariando. Me centraré en lo que me dice o se dará cuenta de mi evasión mental.

—Veo que está usted lo suficientemente preparada para el puesto — comienza a decirme mientras repasa mi currículum—. Graduada en Economía, máster en Finanzas y Marketing, cursos de posgrado en Gestión Administrativa...

Ahora viene el momento en el que se percata de que la mayoría de esos títulos son antediluvianos o me pregunta por mi experiencia laboral. Ya mismo me veo levantándome de la silla, dándole la mano y agradeciendo su pérdida de tiempo.

—Perfecto —contesta, sin embargo, ante mi alucine total—. Aquí dice que vive usted en un pueblo de Tarragona. ¿Cómo piensa hacerlo para venir cada día a trabajar?

—Pues mi idea es, si consiguiera un trabajo, trasladarme a vivir aquí.

—También informa usted de que es divorciada. ¿Continúa en esa misma situación?

No entiendo qué relación con el puesto puede tener esa información, pero habrá que responder, claro.

—Sí —contesto—. Sigo divorciada y no tengo hijos, por si le interesa

saberlo.

Creo que debo de haber respondido de una forma un tanto crispada y se me ha notado, porque he sobresaltado a mi entrevistador y me ha mirado de una manera un tanto extraña, como si lo hubiese pillado en falta. Sus bonitos ojos verdosos siguen clavados en mí y brillan ligeramente, como si en el fondo se estuviese divirtiendo con esta situación.

Un poco molesta, decido mirarlo fijamente yo también. Tengo que reconocer que es bastante mono. Va vestido de forma impecable, con traje gris, camisa blanca y corbata de rayas, y lleva el cabello peinado con algún tipo de gel para disimular las ondas. Aunque lo más bonito, sin duda, es su blanca y afable sonrisa. Debe de tener más o menos mi edad y no lleva alianza.

Y sigo pensando que lo he visto en alguna parte...

—Pues, señorita Ayala, si usted no tiene más compromisos, estoy encantado de comunicarle que puede pasar a formar parte de nuestra plantilla desde el próximo lunes.

—¿El próximo lunes?! —exclamo.

—¿Tiene algún problema?

—No, no, claro. Pero, no sé... Ni siquiera me ha dicho para qué puesto me contratan o las condiciones...

—Claro, perdone. —Vuelve a parecer incómodo. Me da la sensación de que el pobre no debe de realizar muchas entrevistas de esta índole—. Las condiciones serían éstas. —Coloca ante mí una hoja con una serie de datos: contrato de seis meses prorrogables, un puesto en Administración y un sueldo de infarto—. Si le parecen bien, el lunes mismo firmaría usted el contrato.

—Creo que aquí ha habido un error —le planteo—. Tal vez querían ustedes a otra persona para ese puesto y se han equivocado al llamarme a mí...

—Le aseguro que no hay ningún error —me aclara—. ¿No se cree capaz de llevar a cabo tareas sobre asesoramiento fiscal o contable, estudios

estadísticos o evaluación de viabilidad de proyectos?

—Pues...

Detengo mi respuesta, porque iba a responder que no, que desde mis estudios apenas he hecho otra cosa que declaraciones de Renta; que no voy a ser capaz de controlar los recursos de una empresa de este calibre; que no voy a ser capaz de...

Pero se acabó, ya estoy harta de ir por la vida por debajo de mis posibilidades, de creer que puedo menos de lo que soy capaz. De temer equivocarme.

Pues esta vez, si me equivoco, no pasará nada. Y, si pasa, no puede ser tan malo. Mucho peor me parece volver a casa con la cabeza gacha por haber vuelto a sentir miedo. Estoy harta del miedo.

Eva, mi psicóloga, tiene toda la razón. O me hago fuerte, o seguiré siendo débil.

Y ya he elegido.

—Claro que soy capaz —le respondo.

—Pues entonces —se pone en pie y me tiende la mano— será un placer tenerte entre nosotros. Hasta el lunes, Paula. Y tú puedes llamarme Aarón.

—El placer será mío. —Correspondo a su apretón de manos con firmeza.

Una vez nos hemos puesto de acuerdo, salimos del despacho y se dispone a acompañarme hasta el vestíbulo, pero estoy demasiado nerviosa, las piernas me tiemblan y se me ha secado la boca. Mi cabeza es un caos de ideas y preguntas sin respuesta, y necesito tomarme un respiro antes de irme.

—Perdona —le pregunto a mi entrevistador—, ¿podrías indicarme dónde están los servicios?

—Por supuesto. Al fondo a la izquierda. Si te parece, ya nos despedimos aquí.

—Gracias por todo —le digo antes de darle la mano y de desviarme hacia donde me ha indicado. No echo a correr por vergüenza.

Una vez en el baño, me apoyo en la encimera del lavamanos y suspiro con

fuerza. Dios mío, en qué me he metido.

Abro el grifo del agua, me lavo las manos y me extiendo después la humedad por la nuca y la frente. Me miro al espejo y hago una mueca ante la palidez que me otorga el exceso de maquillaje en los ojos y los labios pintados de marrón. Qué horror. El lunes no me maquillo tanto ni loca.

En medio de mis cavilaciones, sale una chica de uno de los inodoros y va derecha a lavarse las manos. Observo de reojo su melena lisa y castaña pero teñida de azul de la mitad a las puntas, el *septum* que le atraviesa la nariz o el tono oscuro con el que se ha pintado los ojos, los labios y las uñas. Todo el conjunto le confiere un aire moderno y desenfadado con un toque gótico, a pesar de que su vestimenta se limite a unos vaqueros y una camisa blanca.

—Hola —me saluda a través del espejo—, ¿eres nueva?

—Pues, más o menos —sonrío con una mueca—. Empiezo el lunes en el departamento de Asesoría Fiscal y Proyectos.

—Vaya —se sorprende mientras se seca las manos con una toalla de papel—, ése es un puesto de los buenos. No te lo tomes a mal, pero, aunque seguro que estás preparada, debes de tener buen enchufe.

—Pues... no —digo algo contrariada, pensando si no habrá sido Roderic quien ha tenido algo que ver—, envié un currículum y me han llamado.

—Perdona —se disculpa—, menuda presentación. Debo de haberte parecido una arpía, pero te juro que soy de fiar. —Sonríe—. Me llamo Dánae, y antes de que me preguntes, a mis padres los entusiasmaba la mitología griega. Tuvimos un perro llamado *Aquiles* y una gata que se llamaba *Perséfone*. Un derroche de imaginación —ironiza.

—Encantada, Dánae. —Nos damos dos besos en las mejillas—. Yo soy Paula.

—Pues perdona, Paula, pero para haber conseguido la hazaña de entrar a trabajar aquí —me dice bajando la voz—, no pareces muy contenta.

—Todo ha sido muy rápido —contesto—. Después de pasarme años sin trabajar y meses buscando un empleo decente, me llaman para citarme en esta

gran empresa. Acabo de hacer la entrevista y me han cogido. Creo que aún no lo he asimilado.

—Tienes de aquí al lunes para mentalizarte —me dice divertida—. Pero puedes estar tranquila. Aquí se está muy bien. Hay que currar mucho, pero tenemos un buen sueldo y los compañeros son todos muy majos.

—Lo que tengo que hacer de aquí al lunes es encontrar un lugar para vivir lo más cerca posible —suspiro—. Vivo en Tarragona y, hasta que lo consiga, me va a tocar hacer más de doscientos kilómetros diarios.

—Vaya —se lamenta—, menuda putada.

—Si pudiese encontrar aunque fuese un piso compartido...

—El caso es que... —La chica se pone a cavilar consigo misma, se toca el *piercing*, se muerde una uña pintada de negro y, por fin, parece haber descubierto algo—. ¿Por qué no te vienes a vivir a mi casa? —me pregunta de sopetón—. No me irían mal unos euros para hacer frente a los gastos y a ti se te solucionaría el problema. ¿Qué te parece?

—¿A tu casa? —pregunto sorprendida—. No sé...

Me ha pillado tan de sorpresa que no se me ocurre qué decirle. Podría comentarle lo de no conocernos de nada o... Bueno, no se me ocurre ninguna réplica más, pero ésa creo que es más que suficiente. Somos dos desconocidas y me está sugiriendo que vivamos juntas. Es una locura, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé —me dice—, que no nos conocemos de nada. Pero te propongo una cosa: te vienes el fin de semana para probar. Si todas nos llevamos bien, te quedas. Si no nos convence a alguna de nosotras, te vas.

—¿Todas? ¿Cuántas personas viven contigo?

—Dos —me contesta risueña—, pero seguro que te van a encantar.

Y ahora viene ese momento tan típico en mí en el que dudo, en el que no me atrevo a dar el paso, en el que pienso en los pros y en los contras, en lo que dirán mis amigos o la gente, en que aceptar esta locura no sería sensato ni lógico... Porque ésa he sido siempre yo, Paula la sensata, la lógica, la que

siempre queda bien, la que todo el mundo espera que haga lo correcto. En resumen, Paula la perfecta.

Pero ¡qué demonios! ¿No estoy pensando en un cambio en mi vida? Pues, si no empiezo cambiando yo misma, a pocos cambios podré aspirar. ¿Qué se espera de mí? ¿Qué espero yo misma de mí? Tal vez no coincidan las dos respuestas, pero si algo he aprendido en mis sesiones de terapia es que ha de prevalecer lo que yo desee por encima de lo que desean los demás para mí, por muy buenas intenciones que tengan. Y empiezo a estar un poco cansada de ser esa Paula tan perfecta. Ya fui perfecta ama de casa y esposa, y si hubiese podido también una perfecta madre.

Es una locura, lo admito, aceptar la oferta de una desconocida para vivir en su casa, pero también es cierto que yo soy igualmente una desconocida para ella, así que estamos en igualdad de condiciones.

¡Vamos, Paula! ¡Adelante! ¡Empieza a tomar decisiones aunque no sean las perfectas! Como ya pensé antes, si me equivoco, no será ninguna tragedia.

—Me parece bien —le digo por fin a la chica del pelo azul—. Este fin de semana haremos la prueba. Si no saliera bien, me buscaré otra cosa.

—¿De verdad? ¡Bien! —exclama dándome un abrazo—. Ya verás cómo sale bien. Apunta mi teléfono y dame el tuyo.

Nos intercambiamos los números, a pesar de que algunas pequeñas dudas vuelven a asaltarme. Estoy tan poco acostumbrada a hacer lo que se sale de la norma que hasta temo reprenderme a mí misma.

—Ahora tengo que irme o se me acumulará la faena. Sólo soy una auxiliar contable pero, en cuanto me descuido, tengo un montón de correos de media empresa. ¡Hasta el sábado, Paula!

Mi imagen en el espejo da hasta risa. Menuda cara de tonta se me ha quedado.

—¿Cómo que te vas a vivir con una desconocida? —me grita Micaela ante el asombro de todos los demás—. ¡Y este mismo sábado ya!

—¡Y dale! —contesto—. Me han contratado en una de las mejores empresas del país —intento sonar tranquila y convincente—, así que voy a aprovechar para reorganizar mi vida. Y me gustaría que me ayudarais.

—Pero ¿vas a irte? —pregunta Claudia preocupada—. ¿Vas a dejar de vivir aquí? ¿No te veremos?

—Claudia, por favor, que no me voy a vivir a Moscú. Bajaré los fines de semana, si me dejáis alguna habitación libre, pues he decidido que alquilaré mi casa. Debería haberlo hecho hace tiempo y no limitarme a tirar al contenedor las cosas de Abel. Lo he dejado todo en manos de la agencia inmobiliaria, pero si ocurre cualquier cosa, me llamáis, ¿de acuerdo?

Está claro que seguí viviendo en la misma casa que compartí con Abel por temas económicos y por comodidad, porque estaba harta de tantas mudanzas. Mis dos amigas me ofrecieron mil veces que me fuera a vivir con ellas, pero preferí tirar la mitad de los muebles, cambiar el tono de pintura de las paredes y continuar viviendo en el mismo sitio. Pero, ahora que me voy, me siento más liberada que nunca. En cuanto consiga alquilarla, sumaré ese dinero a mi sueldo y empezaré a ahorrar para comprarme mi propia vivienda y tener más posibilidades de una adopción futura.

Ya sé, estoy haciendo cábalas antes de la cuenta, pero ¿quién dice que no se puede soñar? Porque, a mí, este sueño me va a infundir todas las ganas del mundo para volver a empezar.

—Me da mucha pena que te vayas, Paula —solloza Claudia—. Y lo poco que te vamos a ver.

—A mí también me da pena —interviene Micaela—, pero tienes razón. Siento incluso rabia por no haberlo pensado antes y no haberte ayudado, Paula. Esa casa, este pueblo, siempre la misma gente que te mira con lástima... Sólo espero que en ese trabajo te traten bien y que tus nuevas compañeras de piso sean, al menos, tan maravillosas como nosotras. —Me

guiña un ojo y me abraza—. Mucha suerte, cariño —me susurra—. Te la mereces más que nadie.

—Gracias, Micaela.

A partir de ahí, todo es un compendio de abrazos, buenos deseos y lágrimas. Especialmente emotivo es el abrazo de Salva, que me achucha con fuerza para decirme sin palabras lo mucho que me quiere y me va a echar de menos. Incluso Roderic parece emocionado, y empiezo a pensar, que, a pesar de sus negativas, ha tenido que ser él quien me ha ayudado a encontrar un trabajo así. Por lo que me dijo Dánae, es casi imposible que contraten a nadie sin recomendación. Me parece un poco triste que las cosas funcionen así, pero ahora mismo no voy a quejarme.

—Gracias a todos —les digo intentando aguantar las lágrimas—, pero no os preocupéis. Ya veréis cómo en sólo unos días vuelvo a estar por aquí.

Ya he acabado de coger mis cosas, de momento las más necesarias, y las he guardado en el maletero de mi coche. Lo cierro y me monto en el asiento del conductor antes de que me dé tanta pena mirarlos a todos que decida no marcharme.

—¡Llama cuando llegues! —grita Claudia mientras arranco—. ¡Y llama cada vez que puedas!

—¡Ten cuidado! —exclama Micaela—. ¡Cualquier cosa, ya sabes! ¡Nos plantamos allí en un santiamén!

Me despido con la mano y salgo pitando. Prefiero que no me vean llorar.

Por fin, he aparcado el coche frente a la dirección que me ha enviado Dánae en un mensaje. Mientras seguía las indicaciones del GPS, he podido observar que es un pueblo no demasiado grande pero próspero, cuya buena economía se debe, precisamente, a la empresa donde empezaré a trabajar en breve y a todo un conjunto de fábricas que, indirectamente, trabajan para ella.

No está muy lejos de Barcelona, sólo lo suficiente para no tener que vivir en la gran urbe. Me he acostumbrado a vivir en pueblos pequeños y creo que en éste me voy a sentir bien.

El domicilio de mi futura compañera se encuentra en una casa adosada pero antigua que ha quedado encerrada entre otras mucho más modernas. Con la mano sobre la frente para esquivar el sol, levanto la vista para observar la única planta de la vivienda y una buhardilla con un estrecho balcón, donde un par de macetas albergan unos pocos tallos secos. La pintura de la fachada, de un color asalmonado, parece reciente y bien conservada.

En fin, es hora de dejar de remolonear y decidirse a entrar. Llamo al timbre y, sólo unos segundos más tarde, aparece en la puerta la chica del pelo azul.

—¡Paula! —Nos damos un par de besos—. Has llegado pronto. Pasa, por favor. Te enseñaré la casa y te presentaré al resto.

Tras el pequeño recibidor, con tan sólo una pequeña consola donde dejar las llaves, un perchero y un paragüero, atravesamos un pasillo que desemboca en un bonito salón con confortables sofás, unas estanterías y una gran pantalla de televisión.

—¿Qué te parece? —me pregunta la chica—. Sé que desde fuera puede dar la impresión de una casa pasada y anticuada, pero yo me he encargado de darle un toque más actual. Ya verás la cocina qué chula es.

Pasamos a la cocina y, efectivamente, está genial. Todos los muebles, así como la mesa, las sillas y los electrodomésticos son blancos, lo que ayuda a difundir la claridad que entra por la ventana, cubierta por unos bonitos visillos del mismo color.

—Éste es el baño. —Me abre otra puerta y admiro un bonito y funcional baño completo—. Pero no te preocupes, tú no tendrás que compartirlo con nosotras.

—¿No? —pregunto asombrada. Empiezo a notar cierta inquietud por lo misterioso de la identidad de las chicas que faltan por aparecer—. ¿Dónde

voy a dormir yo? Y ¿dónde están las demás?

—Paciencia —me dice con expresión pícar—. De momento voy a enseñarte tu dormitorio, que está arriba.

—¿Arriba?

—Sí. En esta planta tenemos todas las estancias, incluidos tres dormitorios. Pero en la buhardilla dispondrás de más intimidad. Acompáñame.

La sigo mientras subimos una escalera de caracol situada en una esquina del salón. Al llegar a la planta superior, no puedo evitar abrir mucho los ojos, y la boca casi se me descuelga de la impresión.

—Dánae... —susurro—, qué bonito.

Bajo los techos inclinados, contemplo un amplio dormitorio con unos muebles algo anticuados pero blancos, componiendo lo que parece toda una habitación de princesa. Las blancas cortinas ondean por el viento y me asomo por el pequeño balcón que da a la fachada y desde el que puedo ver la calle y mi coche aparcado. Ya estoy pensando en quitar las plantas secas de las macetas y sembrar flores. Mezclaré los tonos violeta y blanco...

—Y aquí tienes tu propio baño —continúa la chica—, aunque no tan completo como el de abajo. En lugar de bañera tiene ducha.

—Es perfecto —le digo, todavía en trance.

—Pues ya está. Ya puedes subir tus cosas, colocar la ropa en el armario, tus potingues en el baño...

—Pero —la interrumpo— ¿cuándo voy a conocer al resto?

—¡Joder, es verdad! —ríe—. Vamos, bajemos y te las presentaré.

Empiezo a cavilar diversas posibilidades sobre la misteriosa identidad de las chicas que faltan, curiosidad que deja de increparme en cuanto oímos algo de ruido en la cocina, y es allí adonde nos dirigimos. Por fin, conozco a la segunda inquilina de la casa. No puedo sorprenderme más cuando la veo.

—Hola, chicas, voy a prepararme un té —nos dice—. ¿Queréis uno?

—Un poco más tarde, tía —le contesta Dánae—. Ahora quiero presentarte

a Paula, la chica que va a vivir con nosotras. Paula, ésta es Emily d'Angelo, mi tía.

La mujer se vuelve hacia mí con un elegante giro que hace volar su larga bata de color morado. Lleva un pantalón negro, un jersey blanco con toques dorados de brillo y unos tacones, así que no sé por qué cubre su ropa con esa bata de refulgente raso, aunque entiendo que le da ese aire de diva. Lleva el cabello de color rojo brillante, peinado con las puntas hacia fuera, y va perfectamente maquillada. A pesar de su aspecto de diva, no puede disimular que debe de estar muy cerca de los sesenta años.

—Hola, querida —me saluda con un imperceptible beso, haciendo tintinear sus pulseras y anillos—. Espero que te encuentres a gusto aquí.

—¿Emily d'Angelo? —pregunto alucinada—. ¿La actriz de teatro?

—La misma —contesta ella sorprendida—. ¿Ves, sobrina? No todo el mundo me ha olvidado.

—¡Claro que no! —intervengo, aún impresionada—. Todavía recuerdo, cuando era pequeña, las revistas del corazón que leían mi madre y mi abuela con fotos de usted a todo color, de sus viajes, sus actuaciones...

—Oh, querida —se lamenta la mujer—, de eso hace ya mucho tiempo. Ya no me llama nadie para actuar desde hace casi dos décadas.

—Qué pena —le digo mohína.

—Pero tranquila —me susurra Dánae—, que no te vas a quedar sin verla actuar. De vez en cuando, para recordar viejos tiempos, nos regala alguna de sus más memorables actuaciones aquí en casa, sólo para nosotras.

—Me encantaría asistir a alguna.

—Por supuesto, querida. Por cierto, ¿te gusta mi casa?

—Sí, es muy bonita. Y la buhardilla que me han reservado es una maravilla.

—¿No sabías cómo decirle que la casa es tuya, Emilia? —pregunta Dánae con retintín—. Por cierto —comenta ladina, mirándome—, odia que la llamen por su nombre real.

—Voy a ir preparando el té —dice la mujer, que se da la vuelta para ignorar el comentario—. Os espero.

Cuando salimos de la cocina no puedo evitar mirar a Dánae con expresión interrogante antes de recibir su explicación.

—Emily es mi tía, y, a pesar de la intensa vida que ha llevado, lleva años más sola que la una. Ya irás viendo cómo no paramos de lanzarnos pullas, pero la quiero un montón. Si no fuera por ella..., a saber dónde habríamos acabado.

—¿«Habríamos»? —le pregunto, a sabiendas de que queda todavía una persona por presentarme.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico —me explica mientras atravesamos el pasillo—, justo cuando más los necesitaba. Yo tenía quince años y estaba embarazada. —Da un par de golpes en una puerta, la abre, y nos encontramos con una adolescente tumbada en la cama con unos auriculares puestos mientras desliza su dedo sobre la pantalla del móvil. Lleva un pantalón corto, una camiseta y su largo cabello castaño recogido en una coleta.

Dánae le quita uno de los auriculares y la chica la mira ceñuda.

—¿Qué quieres, mamá?

—¿Tú no tenías un examen?

—Tranquila, es muy fácil. ¿Algo más? Estaba hablando.

—Sí —murmura la madre con los ojos en blanco y después me mira—, ella es Noa, mi adorable hija de quince años. Noa, te presento a Paula, la chica que os dije que se iba a quedar a vivir aquí.

—Ah, es verdad, lo siento. —Se incorpora en la cama y se acerca hasta mí para darme un par de besos—. Hola, Paula, bienvenida. Espero que, a pesar de mi madre y tía Emily, conserves la cordura.

—Oh, claro —interviene su madre con los brazos en jarras—, habló la sensatez personificada.

—Sabe perfectamente —me susurra a mí, como si estuviésemos solas—

que soy la más juiciosa de las tres. Así que ya sabes, Paula. —Vuelve a tumbarse y a colocarse el auricular—. Si necesitas alguna opinión importante, dirígete a mí.

—Lo tendré en cuenta. Un placer, Noa —le digo sonriente antes de salir de su cuarto.

—Y estos dos personajes son mi familia —me dice Dánae de forma teatral—. ¿Qué te parece?

—Me parece que no me voy a aburrir —río.

Volvemos a la cocina, donde Emily ya ha preparado la mesa con un espectacular juego de té de porcelana.

—No te impresiones demasiado —bromea Dánae—. Mi tía vivió una temporada en la campiña inglesa en la mansión de un lord inglés y adoptó muchas de sus costumbres.

Nos sentamos alrededor de la mesa, tomo mi taza, y compruebo que el té está delicioso. Hacía siglos que no lo probaba, y menos uno tan bueno.

—He tenido relaciones con multitud de hombres —nos relata la mujer mientras continúa sirviendo—, de todas clases y condiciones, desde muertos de hambre hasta un par de políticos muy, pero que muy importantes. Pero no intentes sonsacarme, no diré nada.

—Ya estamos...

—Ya sabes, Dánae —replica la mujer—, que no hablo para no armar un escándalo y protegeros a ti y a tu hija. Porque si hablara... ¡Ay, si yo hablo...!

Su sobrina bufa y me mira resignada. A mí me hace gracia y agradezco mentalmente tener una compañera tan interesante y entretenida como Emily.

—Y dígame, señora D'Angelo... —comento para tratar de encontrar un tema de conversación.

—Señorita D'Angelo —me corrige—. Ningún caballero osó llevarme al altar.

—Será que ninguno te lo pidió nunca —especifica Dánae—. Te limitaste a

ser la amante de todos ellos.

Yo le hago un gesto para que me deje seguir.

—¿Por qué dejó los escenarios?

—Ah, querida. —De forma pomposa, bebe de su taza y la vuelve a dejar sobre la bandeja—. ¿Por qué motivo puede ser? ¡Pues por un hombre!

Su sobrina vuelve a elevar los ojos. Parece que sabe lo próximo que su tía va a soltar.

—Me enamoré perdidamente de un rufián. Guapo como un demonio, pero un zalamero y un vividor. Cuando quise darme cuenta, me había vaciado las cuentas, los bolsillos y mis joyeros, dejándome como único recuerdo unas cuantas cicatrices. Tenía la mano muy larga, y no únicamente para robarme.

Siento, de golpe, cómo el calor ha abandonado mi cuerpo. Noto mis mejillas frías, que deben de haberse vuelto pálidas, pues la sangre ha decidido dejar de fluir.

—Menudo hijo de puta —gruñe Dánae—. Después de vago, maltratador y... Paula —frunce el ceño al mirarme—, ¿te ocurre algo?

Pero a mí no me salen las palabras.

—Tranquila, querida —me consuela Emily al tiempo que toma una de mis manos y me mira cómplice—. Ya nos lo contarás algún día.

—Sí —murmuro—, ya os contaré.

¡Por fin! Ha llegado el día clave en mi nueva vida: mi primer día de trabajo. No sé si mostrarme exultante a sabiendas de que sería para disimular que estoy atacada de los nervios. No he dormido nada esta noche y me he levantado un montón de veces. Hasta he vomitado una vez. Por favor..., lo mío no es normal.

—Es normal —me ha dicho, sin embargo, Dánae—. Llevas siglos de ama de casa o trabajando en tu entorno, en tu pueblo, junto a personas que

conoces y con mucha menos responsabilidad.

Para colmo, Emily se ha propuesto ponerme divina de la muerte para mi primer día, y se ha encargado de maquillarme, peinarme, rociarme con uno de sus perfumes, que me tiene mareada perdida...

—Créeme —me ha dicho—, la primera impresión es la que cuenta. ¿Sabes que yo tenía mi propio peluquero y estilista? Ah —suspira—, cuánta gente había a mi alrededor. Lo que hace la fama y el dinero...

—Lo que pasa —ha interrumpido Dánae— es que mi tía ya ha desistido de cambiarme el *look* a mí y ha visto el cielo abierto contigo, Paula. Si te dejas llevar por ella, en pocos días estarás maquillada y perfecta incluso para dormir.

—Todavía no entiendo que puedas trabajar en una oficina con ese aspecto..., ¿cómo se dice? ¿Gótico? —le pregunta Emily.

—Se dice: «Me visto como me da la gana porque lo que cuenta es lo que valgo».

—Lo guapa que ibas a estar si te quitaras ese horrible gancho de la nariz y te dejaras tu color natural de pelo.

—No pienso quitarme nada.

En fin, que ya estamos aquí. Por fortuna, me veo respaldada y más tranquila por la presencia de Dánae. Juntas hemos venido en mi coche y hemos solicitado mi acreditación al vigilante de la entrada para que cada día pueda atravesar la barrera sin problema. Hemos saludado a la recepcionista y subido hasta la planta de Administración.

Me vuelve a angustiar observar el ambiente de trabajo al que tan poco acostumbrada estoy y la cantidad de gente que ya comienza a ocupar sus lugares habituales. La sección en la que voy a trabajar es la de Asesoría Fiscal y Contable, dentro de la planta de Administración. Inspiro con fuerza. Podré hacerlo. Tengo que poder.

—Ésta será tu mesa —me dice Dánae—. Yo estoy cerquita, en Contabilidad, así que, cualquier duda, ya sabes. Siempre que sea facilita,

claro. Apiádate de una pobre contable que sólo sabe hacer facturas.

Suspiro cuando la veo alejarse aunque sólo sea unos metros. Ya estoy sola y miro mi lugar de trabajo como si fuera un monstruo que va a devorarme de un momento a otro, a pesar de lo bien ordenado y surtido que está, con todo el material necesario, que, además, tiene pinta de estar sin estrenar.

Todavía me tiemblan las piernas mientras tomo asiento. Antes de que me dé tiempo a tocar nada, sólo a encender el ordenador, aparece ante mí Aarón, el tipo que me hizo la entrevista, igual de elegante y sonriente que aquella vez.

—Buenos días, Paula —me saluda—. ¿Ya te estás acomodando?

—Buenos días, Aarón. Pues sí, eso intento, aunque estoy un poco nerviosa. Tendréis que decirme qué debo hacer.

—No te preocupes, ya verás cómo esos nervios desaparecen pronto. Trabajarás en coordinación con otro compañero. —Le hace una seña a un chico con gafas que parece algo tímido y éste se acerca—. César será el encargado, además de resolver tus dudas, de ayudarte y de hacerme saber cualquier problema. La comunicación interna se hará mediante correo electrónico. Ahora mismo, en tu correo asignado, encontrarás el primer proyecto que has de evaluar. Se trata de que estudiéis la viabilidad de dicho proyecto, sobre todo su financiación.

—O sea —interviene César—, que tenemos que decirles lo que les puede costar.

—Exacto —sonríe Aarón—. Así que a trabajar. Te dejo en buenas manos, Paula. Ah, y en breve te llamaré para decirte que puedes pasar a firmar el contrato.

—Muchas gracias por todo —le agradezco antes de que desaparezca al fondo de la sección.

Parece que empiezo a tranquilizarme un poco. No sé qué tiene ese hombre que me transmite serenidad. Al abrir mi correo, César ya está a mi lado y también me ofrece seguridad y calma.

—¡Paula! —me sobresalta Dánae, que ha aparecido de repente frente a mi mesa—. ¿Se puede saber quién eres y por qué el mismísimo ayudante personal del presidente es el que te da las instrucciones?

—¿Ayudante personal del presidente? —repito totalmente alucinada.

—¿No sabes quién es ese tipo?

—Pues no tenía ni idea —contesto, aún sin poder contener mi asombro—. Ni siquiera cuando me hizo la entrevista.

—¿Que Aarón te hizo una entrevista de trabajo?! —exclama al tiempo que abre tanto los ojos que temo que se le vayan a salir de la cara. Incluso César ha apartado la vista del ordenador y me mira con estupefacción.

—Qué extraño —murmura este último—. Ya me ha parecido raro que él en persona me designara como tu compañero. Más aún que se haya presentado aquí esta mañana para saludarte. Pero ¿una entrevista? Eso sí que es rarísimo. Para eso están los de Recursos Humanos.

—¡Ya te digo! —insiste Dánae—. El muy estirado del pijo remilgado este no se digna aparecer por aquí ni por Navidad. Anda y que se despeñe con su Ferrari, a ver si así se despeina.

—Joder, Dánae —salta César—, que no es mal tío.

—Pues a mí me cae como el culo —insiste.

Y yo pues desconcertada que sigo. Y no porque a mi nueva amiga le caiga mal Aarón, aunque tampoco lo entienda, sino porque comienza a mosquearme el hecho de haber podido entrar aquí. Ya no hay duda de que el marido de Micaela lanzó sus tentáculos de marqués para que me contrataran. Lo que me sigue turbando es el trato de preferencia que me dispensan.

En cuanto pueda, hablaré con Aarón y le diré que haga el favor de disimular un poco. No quiero ningún trato beneficioso de su parte ni de la de nadie.

Capítulo 4

Darío

A veces tengo la sensación de que me paso media vida encerrado entre las paredes de este despacho y la otra media en la sala de juntas. La gente, seguramente, sólo sabrá ver el coche que tengo, los trajes que visto o los viajes que realizo, pero no tienen ni idea de lo que me ha costado llegar hasta aquí o de la gran proporción de tiempo y de mi vida que debo aportar.

Miro la hora en mi reloj y suspiro al ver lo temprano que es, el tiempo que ya llevo aquí y el horrible día que me aguarda. Aunque hay algo que me ha hecho levantarme esta mañana con un toque más de optimismo: espero que mi ayudante entre de un momento a otro y me informe sobre algo que llevo días esperando que ocurra.

Precisamente, un solo toque en la puerta hace que me apoye en el respaldo de mi sillón, cruce las manos sobre la mesa y espere esas noticias.

—Buenos días —me saluda mi asistente.

—Buenos días, Aarón. Dime, ¿cómo ha ido? —Trato de disimular mi expectación.

—Bien. —Con parsimonia, sabiendo que me va a exacerbar, se cruza de brazos y me sonrío—. La señorita Paula ya está acomodada en su puesto de trabajo.

—Perfecto —contesto—. ¿Está nerviosa por el puesto que le hemos dado?

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo? Imagino que tendrás pensado algún plan para inventar una excusa y presentarte en su departamento, poder

verla...

—No —lo interrumpo—, ése no es el propósito. Voy a darle todo el día para que se acomode y se tranquilice antes de que me vea, no sea que se asuste y salga corriendo.

—Estaba colocada, Darío; no creo ni que te recuerde.

—Estar colocado no es lo mismo que sufrir amnesia —gruño—. Tú haz lo que yo te diga. Verás, esto es lo que tienes que hacer...

—No me acaba de convencer mucho, pero lo llevaré a cabo —me dice Aarón después de escuchar mi plan para mi encuentro «casual» con Paula—. A veces dudo que tengas treinta y ocho años, cuando veo los jueguitos que te traes entre manos con las mujeres para sacarles un revolcón. Juegos que, para más inri, yo te ayudo a preparar. Me tienes explotado.

—Yo que tú dejaría de criticar —le digo—. Porque, si recordamos la original manera que tienes tú de ligar, podríamos tener una discusión muy divertida.

—Qué cabrón que eres —refunfuña—. Pues si querías una mañana divertida, ahí fuera tienes esperando a tu amiga Lara, la periodista que quiere hacerte una entrevista.

Lanzo un bufido. Si hay algo que no me apetezca una mierda en este instante es tener revoloteando a mi alrededor a una periodista que, a la vez que no deja de hacerme preguntas, me diga claramente con su mirada que está loca porque me la folle.

Supongo que habré de tomármelo como puro marketing.

—Dile que pase.

Mi ayudante sale de mi despacho al tiempo que da paso a Lara. Ella aprovecha para lanzarme una de sus sensuales miradas antes de acercarse a mí y darme un beso en la mejilla.

No puedo negar que la periodista tiene un polvazo, aunque es un poco joven para mi gusto. Lleva su oscuro cabello corto y viste con unos vaqueros estrechos y rotos, un top ajustado y unas botas de tacón. Mi mente no puede evitar imaginarla sentada sobre mi mesa, desnuda, tan sólo con las botas puestas, mientras le echo un polvo salvaje que la hace gritar de gusto. Algo fácil de fantasear si es ella la que no ha dejado de insinuarse, desde que se presentó aquí hace una semana para pedirme la jodida entrevista.

—Hola, Darío. Pensaba que ya te habías olvidado de mí. —Le hago un gesto para que se siente en uno de los sofás y le ofrezco un café.

—Ya ves que no. —La acompaño en el asiento con otro café para mí.

Cruza las piernas de forma provocativa y se inclina con disimulo para dejar la taza sobre la mesa, de forma que puedo ver desde aquí perfectamente uno de sus pechos, pezón incluido.

—¿Comenzamos con las preguntas?

—Cuando quieras.

—¿Qué supuso para ti ponerte al frente de una empresa tan importante hace ya cuatro años? Eras muy joven. ¿Cómo cambió tu vida?

Me hace varias preguntas formales combinadas con alguna más personal que yo respondo de forma ambigua. Con mi experiencia, capto de forma irrefutable el juego de seducción que se trae, en cada palabra, en cada gesto, en cada sonrisa o movimiento de su lengua. Pero si algo de verdad le dije a Celia en mi despedida fue que voy a tomarme un tiempo de descanso en lo que a polvos rápidos se refiere. Siempre y cuando no vuelva a repetir con cierta rubia que no me quito de la cabeza.

—En fin —concluye la chica mientras se pone en pie—, creo que ya lo tengo casi todo. Sólo me faltaría una última conversación en un ambiente, digamos, más relajado que tu despacho. ¿Qué te parece? ¿En tu casa o en la mía?

Sonrío. Polvo fácil donde los haya. Pero ya no me atrae la idea de esa facilidad, de esa accesibilidad. Necesito algo diferente, algo más trabajado,

donde el juego de la seducción se alargue un poco más.

—Tengo mucho trabajo, Lara. Me pillas en una época de muchas reuniones y decisiones importantes. De todo lo que quieras hablar aquí, tienes la puerta abierta, pero nada más.

—Es una forma bastante elegante de rechazarme —dice con un mohín—. Pero no pienses que soy de las que se rinden a la primera.

Se me acerca y me da un beso en los labios que yo mismo corto cuando siento su lengua intentar abrir mi boca.

—Hasta la próxima, Lara.

No parecía habérselo tomado a mal hasta que me he negado a seguir con el beso. Coge su bolso y desaparece del despacho dando un portazo.

—Vaya —dice Aarón tras un silbido—. A ésa no pareces haberla dejado muy satisfecha.

—Sabes que nunca he follado en mi despacho —gruño al ver aparecer a mi ayudante—. Simplemente, hay mujeres que no aceptan un no por respuesta.

—¿Has rechazado a Lara? Joder, Darío, no te reconozco.

—Cállate y prepárame todo lo necesario para la próxima reunión en la sala de juntas. ¿Recuerdas lo que has de hacer con respecto a...?

—Sí, tranquilo, haré ese numerito de circo que me has pedido. Por cierto —comenta cuando abre la puerta—, ya vamos mal de tiempo, así que procura acabar pronto con tu novia, que ya viene hacia aquí.

—¿Quién?

Suelto un largo suspiro cuando Celia aparece en mi despacho.

—¿Qué quieres, Celia? Tengo una reunión ahora mismo, así que...

—¿Ya te has liado con la periodista esa que acaba de salir?

—No voy a hablarte de mi vida, Celia. ¿Algo más?

—Sí —dice alterada—, que, aunque me hayas largado de una forma tan rastrera, tú y yo seguimos teniendo una relación profesional, por lo que voy a seguir viniendo aquí, así que quiero que me recibas cuando sea necesario o

esa misma «relación» puede malograrse si mi jefe se entera. Algo que no le iría nada bien a tu empresa.

—¿Me estás amenazando, Celia?

—Por supuesto —me dice acercándose a mí, provocativa—. Quiero que nos sigamos viendo o la cosa se pondrá muy tensa entre mi jefe y tú.

—¿En serio estás tan loca por mí que necesitas chantajearme?

—Eres un malnacido. —Me mira con sus grandes ojos oscuros llenos de odio—. Sí, necesito seguir viéndote, porque te deseo tanto que temo obsesionarme contigo. ¿Es eso lo que querías oír?

—Por supuesto que no, Celia. De lo único que pretendo hablar contigo es de trabajo, porque las relaciones se acaban, terminan, forman parte del pasado, y eso debes entenderlo. Cuando quieras hablar de algún tema laboral, aquí estaré, ya lo sabes. Pero no pretendas acosarme ni obligarme a nada, Celia, porque no te gustará tenerme como enemigo.

Sigue mirándome como si deseara que yo muriera ahora mismo, pero le devuelvo esa misma inquina con creces. La cosa podría haber sido divertida hasta que ha pretendido tocar mi trabajo, y eso no se lo permito a ella ni a nadie.

—No pienses que vas a deshacerte de mí con esa facilidad —me dice rechinando los dientes—. Me tendrás aquí cada vez que haga falta.

—Tendrás que pedirle cita a mi ayudante —replico con tranquilidad.

—Por supuesto.

Sale de mi despacho con la barbilla levantada, dando rápidos pasos con sus altos tacones, mientras Aarón le sujeta la puerta y me mira con una de sus sonrisillas.

—Y ya van dos rechazadas hoy —me suelta—. Más vale que te salga bien la que vamos a liar dentro de un rato.

—Tú haz tu trabajo y calla.

—A la orden, señor presidente —me contesta con sorna antes de cerrar la puerta.

Capítulo 5

Paula

Aunque, con seguridad, nadie es consciente de ello, siento ganas de saltar y gritar de la alegría. Con el paso de las horas, cada vez me he sentido más cómoda y tranquila, realizando mi trabajo bajo la supervisión de César y la ayuda del resto de mis compañeros y compañeras. Pero, por encima de todo, esas pocas horas han servido para inyectarme una buena dosis de optimismo y autoestima, cuando hemos comprobado el resultado de nuestro trabajo con satisfacción. Para ser la primera vez, creo que lo he hecho bastante bien, según César, y ahora sólo falta que desde arriba den el visto bueno.

Todo el personal me ha recibido de maravilla, y eso ha sido otro punto más para que me haya tranquilizado. Dánae me ha ido presentando poco a poco y después nos hemos reunido un pequeño grupo en el comedor de la empresa para almorzar. Las risas y la complicidad han ocupado el hueco de los nervios que arrastraba desde la entrevista.

Ahora, mi única preocupación es hablar con Aarón para decirle que, aunque no sé quién o qué le hayan podido decir sobre mí, no es necesario que me supervise él mismo, que puedo seguir el mismo cauce que cualquiera dentro de la sección.

Por cierto, mientras repaso unos estudios estadísticos, lo veo aparecer al fondo, pero me da la impresión de que viene demasiado deprisa y con semblante de preocupación, por lo que no me va a parecer el momento idóneo para exponer mis quejas a su trato de favor. Lo haré más tarde.

—Atención todos —murmura Dánae, de forma que la oigamos la mayoría —: Ya huele a rancio por aquí.

—Dánae, por favor... —le recrimina César.

—No me digáis —insiste ella— que no os llega un tufillo nauseabundo a naftalina y bolas de alcanfor.

No puedo evitar sonreír al reconocer que esas palabras van dedicadas al ayudante del presidente, sobre todo al verlo aparecer, tan compuesto y perfecto. Entre las risas de la hora de la comida, hay quien ha llegado a decir que tiene una máquina en su despacho donde él mismo se introduce y al cabo de un minuto sale lavado, planchado, peinado y perfumado. Que ése es el motivo de que nunca lleve un pelo fuera de su sitio ni una arruga en la camisa.

—Buenas tardes —saluda Aarón, aunque se le ve claramente intranquilo —. Necesito la ayuda de alguno de vosotros. La secretaria que siempre me ayudaba en estos menesteres hoy no ha venido y el resto no pueden dejar su puesto.

—¿Qué sucede? —pregunta César.

—El presidente lleva horas reunido en la sala de juntas con el consejo de administración y acaba de estropearse el dispensador del agua. Únicamente necesito que alguien de vosotros me ayude a llevar unas cuantas botellas de la máquina.

—Conmigo no cuentas —responde Dánae—. Ni loca me meto en esa cueva de buitres carroñeros.

—Esos buitres no me caen demasiado bien —replica Aarón—, pero no tengo ningún interés en asustarlos con tu presencia.

—Retrógrado gilipollas... —murmura Dánae.

Aarón desliza la vista sobre cada uno de nosotros, pero todos deciden que éste es el mejor momento de mirar hacia el suelo, de coger algo que se les ha caído, de consultar sus correos... Yo, como la pardilla del lugar, soy la única

que le devuelve la mirada porque me da pena que los demás lo ninguneen de esa forma.

—¿Paula? —me pregunta—. ¿Me ayudarías tú?

—Que conste que entre mis múltiples trabajos pasados no está el de camarera —le digo, algo aprensiva por tener que entrar en la sala de juntas.

—Gracias, Paula —me responde con una de sus bonitas y contagiosas sonrisas—. Me has salvado la vida. Acompáñame, por favor.

Me levanto de mi silla y, antes de seguirlo, observo cómo todos me observan como si me llevaran directa al patíbulo. Me sorprende que Dánae, en lugar de hacer algún chiste, se limite a mirarnos de reojo.

Junto a Aarón, atravieso diversas secciones y corredores hasta que paramos en la sala donde podemos encontrar varias máquinas dispensadoras de comida y bebida. Mi acompañante saca una especie de llave del bolsillo y abre la máquina que sólo dispensa agua y empieza a coger botellas y a pasarme varias a mí.

—Madre mía —le digo—. ¿Cuántas necesitamos?

—Unas veinte. —Cuando las consigue, cierra la máquina y me insta a seguirlo de nuevo.

Accedemos a una zona más tranquila de la planta, donde se encuentran varios despachos de jefes y salas de reuniones. Hago una mueca cuando nos encaminamos directamente al despacho custodiado por una placa dorada con una intimidante inscripción: DARÍO SAN MARTÍN. PRESIDENTE.

—Tranquila —dice el ayudante cuando atravesamos la puerta doble, negra con manijas doradas—, ahora no hay nadie.

Cuando entramos, él abre una vitrina y comienza a sacar vasos y a dejarlos sobre una mesa, mientras yo me dedico a observar mi entorno. Es un enorme y agradable despacho, lleno de luz gracias a los grandes ventanales y a las blancas paredes que contrastan con los negros y brillantes muebles, como su vasta mesa, los sofás de piel o las estanterías que cubren dichas paredes.

Aunque tengo que dejar de mirar cuando observo que Aarón ha colocado

un par de bandejas brillantes sobre la mesa para distribuir las botellas en una y los vasos en la otra.

—Paula —llama mi atención—, tú llevarás las botellas y yo los vasos.

—Pero... —titubeo—, todas las botellas en una bandeja van a pesar mucho.

—¿Prefieres llevar los vasos? —me dice divertido.

Observo con aprensión los finos y altos vasos que tintinean peligrosamente cuando Aarón levanta la bandeja y trago saliva antes de negar con la cabeza.

—¿No puede venir alguien más a ayudarnos?

—Lo siento, pero el presidente no quiere a más gente de la imprescindible entrando en los despachos de la presidencia. Ya tuvimos un caso de espionaje industrial y ésa ha quedado como norma principal.

Y supongo que con esa explicación me he de conformar. O no me queda más remedio.

Salimos del despacho bandejas en ristre y recorreremos un pasillo que acaba con otra doble puerta cuya placa dorada informa de que vamos a entrar en la sala de juntas. Observo con aprensión la bandeja que llevo en las manos llena de botellas e inspiro con fuerza para que los temidos nervios no vuelvan a aparecer.

—Tranquila, Paula —intenta serenarme Aarón. Me impresiona verlo a él portando la bandeja repleta de vasos de cristal con una sola mano mientras da unos toques a la puerta para pasar después a abrirla—. No te preocupes. Haremos lo siguiente: tú pasarás delante y te encontrarás la gran mesa ovalada frente a ti. Te dirigirás a la derecha, pero sólo para rodearla, pues el presidente se encuentra a la izquierda de la mesa y tienes que servirle a él en primer lugar, y después al resto. Pero siempre encontrándote tú a la derecha de la persona a la que sirves. ¿Lo has entendido?

—Creo que sí. —En realidad, no estoy muy segura ni de haberlo oído, tal es la preocupación que me invade ahora mismo por dentro y me presiona el

estómago.

—Pues vamos allá.

Abre la puerta y me topo en primer plano, tal y como me ha dicho, con la gran mesa ovalada rodeada de hombres con traje y caras de aburrimiento, aunque no me haya atrevido a mirarlos más de un segundo. Siguiendo las instrucciones, me dirijo a la derecha, rodeo la mesa y camino hasta el vértice de la misma, donde supongo se encuentra el presidente. Me enorgullezco de haber sido capaz de llevar la bandeja y sostenerla con una mano mientras cojo una de las botellas y me dispongo a colocarla frente al hombre del que sólo puedo ver su cabello castaño. Antes de que me dirija al próximo accionista, el presidente levanta la cabeza, me mira, me sonrío y me lanza un imperceptible «gracias».

Y si ahora mismo hubiese podido pedir un solo deseo, habría pedido que me tragase la tierra.

¡Dios! Esa boca, esa sonrisa, esos ojos claros como un cielo que presagia tormenta... Jamás podría haber olvidado esa mirada, esos labios...

De pronto, mi cuerpo reacciona ante la visión del desconocido y se vuelve blando, sin fuerzas, con lo que mi brazo es incapaz de sostener la bandeja y ésta se desploma sobre la mesa. Las botellas de agua rebotan y terminan cayendo al suelo, donde acaban reventando y salpicando de agua todo lo que encuentran a su paso.

Al ver el estropicio que he causado, me quiero morir. El hombre de los ojos claros, con su traje chorreando agua por todas partes, se levanta con rapidez de su sitio y trata de acercarse a mí.

¡Joder! ¡O lo lleno de vómito o lo baño en plena reunión!

—Yo... yo..., lo siento, de verdad...

—Tranquilícese —me dice el hombre al que no he podido olvidar, el supuesto presidente de la empresa donde acabo de entrar a trabajar. No sé si me he vuelto loca, pero no puedo pensar—. No tiene importancia, tranquila.

En medio del revuelo que he creado, intento recoger algo del suelo, pero

yo misma me echo el agua de varias botellas sobre la ropa y acabo provocando que mi blusa se moje y se transparente el encaje de mi sujetador.

—Por favor, señorita. —El tipo de los ojos claros se agacha junto a mí, me toma de las manos y me ayuda a ponerme en pie. Creo que unas cuantas lágrimas pugnan por salir de mis ojos ante la impotencia de la situación—. No hace falta que haga nada, de verdad. Llamaremos al servicio de limpieza y así tendremos una excusa para acabar con este tedio de reunión. ¿No les parece, señores?

—Sí, sí —contestan algunos con ironía para destensar el momento—, ya tenemos pretexto para largarnos de aquí.

—¿Lo ves? —me pregunta. Su voz es la misma, la que yo recuerdo, la que surge tantas veces en mis sueños más eróticos. Pero, ahora mismo, esa voz masculina y profunda se ha cubierto por un velo de ternura que me transmite paz y hace posible que me calme, dentro de lo que cabe—. Al final tendremos que darte las gracias por lo que ha pasado.

Y me sonrío. Oh, madre mía, esa sonrisa... No puedo evitar recordar por un instante que esa boca se paseó por mi cuello y por mis pechos, y que esos ojos me miraron mientras me penetraba con fuerza y me producía el mayor placer de mi vida...

Creo que me estoy mareando y, al final, los nervios acaban por romperme y siento una fina lágrima caer por mi mejilla.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito una y otra vez.

Antes de que el presidente vuelva a intentar tranquilizarme, Aarón se acerca a mí y me toma de un brazo para sacarme de la sala.

—Vamos, Paula, salgamos de aquí. Será mejor que te dé el aire.

Me dejo arrastrar por él hasta el que creo que es su despacho. Una vez allí, acerca una silla hasta la ventana, me insta a sentarme y abre las cortinas para dejar entrar algo de brisa del exterior. Después, se acucilla frente a mí y me mira con preocupación.

—¿Estás mejor?

—Creo que no me recuperaré de esto en la vida. —Intento sonreír al tiempo que lo miro. Tengo ahora mismo su cara tan cerca que observo detenidamente sus facciones y, como si la compuerta de mis recuerdos difusos se acabase de abrir, soy capaz de descubrir por qué me sonaba su rostro: Aarón era el que acompañaba al otro tipo aquella noche.

¿Puede ocurrirme algo más hoy para que desee que se abra el suelo bajo mis pies y pueda caer hasta el más profundo abismo?

—Te pido disculpas, Paula —me dice—. No debería haberte pedido que me ayudases a algo así cuando sólo llevas un día aquí y todavía debes de estar nerviosa.

¿Debería decirle que servir unas botellas de agua no ha sido para tanto? ¿Debería aclararle que el motivo es otro?

Me relajo un poco cuando pienso que ni uno ni otro han parecido reconocerme. Ambos, en especial el presidente, me han hablado con la máxima educación, y en ningún momento he visto ni un atisbo de burla en sus miradas o alguna palabra que pudiera hacer creer que me han reconocido. Deben de estar acostumbrados a salir de ligue y a tirarse a las mujeres para luego olvidarlas.

—No es culpa tuya —le digo—. Ha sido una tontería. Una de las botellas se me ha resbalado y he liado una buena.

Un par de golpes en la puerta y su posterior apertura advierten que alguien acaba de entrar. Giro la cabeza para encontrarme al mismísimo presidente junto a nosotros con semblante de inquietud.

—Perdona —me dice—, ¿te encuentras bien?

—Ha sido un accidente —contesta Aarón por mí, algo que me conmueve por intentar defenderme ante su jefe—. Puedo asegurarte que Paula no estaba para nada nerviosa y lo habría hecho perfectamente.

—Paula —repite el otro. He sentido un inesperado placer al oír mi nombre en su boca—. ¿Es así cómo te llamas? —Asiento de forma mecánica—. Pues, Paula, no dudo de que lo habrías hecho genial, pero no podemos esperar que

tengas que saber servir mesas cuando seguro que eres una buena economista. Acepta mis disculpas.

No me sale ni una palabra de la boca. Ya van dos disculpas, del presidente y su ayudante. Todavía estoy flipando.

—Perdona otra vez, Paula —interviene Aarón—, aprovecho para presentarte al presidente de Taes, Darío San Martín.

Darío. Lo que para mí no era más que un bonito recuerdo y un sueño erótico resulta que tiene nombre, y es precioso.

—Un placer —me dice al tiempo que extiende la mano hacia mí.

Me levanto de la silla para ponerme frente a él y correspondo a su saludo con un apretón de manos.

—El placer es mío.

¡Creo que acabo de ponerme roja como un tomate! ¿A quién se le ocurre pronunciar la palabra «placer»? ¿Y a quién se le ocurre volver a tocarlo?

Por fortuna, el apretón de manos ha durado un segundo y no me ha dado más tiempo a pensar en lo que hicieron esas manos en mi cuerpo.

—En fin —trato de zanjar la conversación—, creo que será mejor que vuelva a mi puesto. Y gracias por su comprensión, señor San Martín.

—Ya nos veremos, Paula. Y gracias a ti.

Conforme salgo del despacho, recorro pasillos y me dirijo a mi sección, mi cabeza no deja de dar vueltas y mi ánimo cae a plomo hasta el suelo. Hace tan sólo una hora me encontraba feliz y satisfecha, agradecida de mi suerte por haber hallado, por fin, un trabajo donde se valoran mis conocimientos, con buen ambiente y bien pagado, el sueño de mis últimos dos años. Pero ahora todo eso peligra. Me turba sobremanera pensar que una noche me echaron algo en la bebida y que acabé follando con un desconocido... ¡que resulta ser mi jefe! ¡El presidente de la compañía, para mayor inri!

¿Tendré que irme de aquí?

Al acercarme a mi puesto, intento pensar qué les voy a decir a mis compañeros, aunque agradezco mentalmente que se hayan ido todos ya y sólo

Dánae me esté esperando para irnos a casa.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mientras recojo mi mesa y nos disponemos a bajar hasta el aparcamiento—. Estás pálida. ¡Y mojada!

—Nada —le digo, ya en el ascensor—. Sólo que se me han caído las botellas de agua, se han roto, y he mojado la mesa, el suelo y al presidente.

—¡Joder, Paula! Y ¿qué te han dicho? Seguro que esos cerdos te han hecho pasar un mal rato.

—No, no, nada de eso. Han sido muy comprensivos. Aarón es un cielo, y el señor San Martín ha sido muy amable.

—Vaya dos —bufa mientras nos montamos en mi vehículo—. Putos jefazos de mierda, opresores y tiranos. No hay más que verlos en sus pedazos de coches y con sus trajes a medida para saber la vidorra que se pegan.

—No seas dura —le digo—. No me han parecido malas personas.

—No digo que lo sean. Sólo que, entre otros privilegios que les otorga el dinero, tienen fama de follarse todo lo que se mueve.

Mis manos acaban de clavarse en el volante. Yo fui una de esas con las que suele tropezar.

—¿A trabajadoras de la empresa?

—No —responde—. San Martín cambia de amante como de calzoncillos, pero suelen ser clientas o colaboradoras de otras empresas. Las veo desde la ventana cómo entran y salen.

—¿Y Aarón?

—No se le conoce relación alguna, pero dicen que alguien lo ha visto en locales de alterne. Con esa pinta que tiene de antiguo, no me extraña. Seguro que debe de pagar para que se la chupen.

—Pues a mí me parece muy guapo —le digo sonriente—. Además de amable y simpático.

—Es idiota rematado. Y un capullo.

—Da la sensación de que te molesta que sean unos calaveras.

—¿A mí? —exclama con demasiado ímpetu—. Por mí como si practican

una orgía diaria.

Después de estacionar el coche en la calle, entramos, por fin, en casa. Cuando atravesamos el corredor, me sorprende encontrarme con el salón totalmente diferente de como estaba, con todos los muebles cambiados de sitio. Alguien ha colocado varios asientos en fila delante de lo que simula un escenario. Todo está a oscuras excepto esa parte, y únicamente Noa permanece sentada en una de las sillas. Es ella quien nos recibe cuando entramos en la estancia.

—¡Vamos! —nos susurra—. ¡Que la función está a punto de empezar!

—Es verdad —murmura Dánae mientras se sienta y yo la imito—. Hoy toca pase privado de Emily d'Angelo.

De pronto, Emily aparece de detrás de unas cortinas ataviada con un vestido blanco de los años cuarenta y una mueca que nos conmueve a todas, con la que expresa una especie de vulnerabilidad y de fuerza a la vez.

—Se trata —me susurra Dánae— del personaje de Blanche DuBois.

—¿De la obra *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams? —le pregunto.

—Exacto.

Emily nos deleita con varias escenas de la obra, donde su personaje, Blanche, se muestra en cierto modo soñadora pero derrotada, por la caída de su reputación y por su incapacidad para encontrar el amor. Al final, las tres espectadoras aplaudimos a rabiar y Emily se inclina ante nosotras como si fuera la triunfadora de la noche.

—¡Maravillosa! —aplaudo—. ¡Genial!

—Gracias, cariño. —La mujer se acerca a mí para apretar mi mano y mirarme con ternura, a pesar de no perder ese aire de estrella famosa.

Después de recoger el salón, las tres nos sentamos a cenar un guiso de verdura que ha cocinado Emily al mediodía y que está delicioso. Las tres comienzan a hablar sobre qué les ha deparado el día porque tienen esa costumbre, contar sus experiencias diarias a la hora de la cena. Emily tiene

bastante para contar, con todos los preparativos de su actuación, haber encontrado el vestido, montar ella misma las luces...

—Pues yo he tenido un día de lo más normal —continúa Noa—. Aunque debo resaltar que un chico me ha pedido para salir y le he dicho que no.

—¿Por qué? —le pregunta su madre.

—Porque lo único que va a conseguir es hacerme perder el tiempo, desviarme de mis estudios y poco más. No es el momento.

—Pero ¿no te gusta? —insiste Dánae.

—Es demasiado guapo, y eso sólo puede suponer un montón de problemas.

Lo dice tan segura y con tanta entereza que no podemos evitar reír.

—Pues perfecto, hija. Al final vas a tener razón y eres la más sensata de esta casa. —Da un trago de agua de su vaso antes de comenzar ella misma—: Mi día ha estado bastante entretenido al ser el primero de trabajo de Paula, pero me parece que para ella no ha estado tan bien. Explícalo tú, Paula.

—Estaba yendo perfecto —contesto tras tragar lo que tengo en la boca—, hasta que...

Antes de acabar me suena el móvil y casi me atraganto. Lo tengo encima del mueble y lo miro como si fuese un bicho a punto de morderme. Noa, tan diligente como siempre, se levanta y me lo trae, como si me hiciese el favor del siglo. De todos modos, descuelgo, porque si no lo hago sé que seguirá insistiendo hasta que me quede sin batería.

—¿Diga?

Silencio.

—¿Diga?

Más silencio. Y, después, el pitido que demuestra que han colgado.

—¿Quién era? —me pregunta Dánae.

Las miro a las tres y ellas me miran a la vez a mí, expectantes. Sus rostros no pueden ser más honestos y me recuerdan que ellas me han abierto su casa, sus vidas y su corazón de par en par.

—Mi exmarido —contesto apenas sin volumen de voz.

—¿Estás divorciada? —me pregunta Noa.

—Yo diría —interviene Emily— que no has tenido otro remedio, ¿no es cierto?

Me mira con unos sabios y brillantes ojos castaños que parecen decirme sin palabras cuánto me entiende.

—Vamos —suelta Dánae—, que el tipo es un pieza que te ha hecho la vida imposible. Por eso el cambio de vida, supongo —prosigue Dánae—: De trabajo, de domicilio, incluso de provincia.

—Sí —contesto—, pero no me gustaría hablar mucho del tema. He tenido un día bastante intenso y prefiero subir a mi habitación, si no os importa.

—Claro que no. Hasta mañana.

La enésima llamada de Abel apenas me altera ya. Voy a seguir con mi vida y no pienso dejarme amedrentar por un cobarde escudado tras un teléfono.

Ya me he duchado y acostado y pretendo descansar, pero no puedo cerrar los ojos sin que el rostro de Darío San Martín ocupe mi mente. Si antes ya se había adueñado de mis sueños, ahora, al volver a verlo, ha conseguido que su recuerdo se reavive con más fuerza si cabe.

Cierro los ojos y me traslado de nuevo a aquella noche. Estoy bailando con él, tocándolo, tentándolo. Luego salimos corriendo y acabamos en aquel apartado almacén, donde vuelve a mirarme con lujuria antes de abrirme la blusa y arrancarme las bragas para penetrarme con fuerza. Siento perfectamente su lengua en mis pechos, su respiración en mi boca, su polla entre mis piernas embistiendo con fuerza...

Sólo que, ahora, no son sus manos, sino las mías, las que están tocando mi cuerpo. Bajo los tirantes de mi camiseta y cubro mis pechos, cuyos pezones

noto duros y doloridos. Los pellizco entre los dedos y el placer comienza a invadirme. Mis caderas se mueven por instinto y una de mis manos baja para posarse sobre mis braguitas y empezar a acariciar mi sexo. La tela ya está húmeda, pero es una barrera y la aparto para poder tocarme directamente. Mis caderas cada vez van más rápido, lo mismo que mis manos, que continúan en mis pezones y mi vulva. Comienzo a jadear cuando el placer me invade. Mi dedo corazón se desliza ayudado por la humedad y acaba alojado en el interior de mi vagina. Ahora sí, me veo obligada a abrir las piernas, a embestir con mi mano, y emito un gemido que acaba ahogado por la almohada, porque me he dado la vuelta en cuanto he explotado en un dulce orgasmo. Dejo que las convulsiones remitan mientras respiro de forma entrecortada y me abrazo a la almohada, sintiéndome, como siempre, culpable.

En mis años de matrimonio nunca disfruté del sexo. Al principio, yo era como una muñeca que se dejaba hacer. Más tarde, el sexo con Abel empezó a limitarse a polvos de reconciliación, o, lo que es lo mismo, a follarme tras una discusión con bofetada incluida, reduciéndose a correrse él. Si alguna vez tuve alguna necesidad, tenía que paliarla conmigo misma. Nunca conseguí alcanzar el orgasmo con una penetración.

Hasta aquella noche, en la que follé con un desconocido. Un desconocido que ahora conozco.

Tiro de la sábana y cubro con ella hasta mi cabeza, avergonzada por lo que acabo de hacer, por saber que me excita imaginarlo a él, pero ahora con una cara y un nombre: Darío San Martín. Agradezco mentalmente a la Providencia que sea el presidente y yo no vaya a tener apenas relación con él.

Capítulo 6

Darío

Ya era hora de poder relajarme tranquilamente en mi apartamento y repantigarme con los pies sobre el puf a juego con el sofá y una copa en la mano tras una relajante ducha. Sonríó cuando pienso en los acontecimientos del día. Un día verdaderamente extraño y lleno de sorpresas. Por un lado, la cuestión laboral se ha puesto un poco cuesta arriba, pero estoy seguro de que el próximo lanzamiento del nuevo modelo de coche deportivo tendrá el éxito que esperamos.

Y, por otro lado..., no puedo sentirme más satisfecho por cómo se han sucedido los acontecimientos. Mi plan, ejecutado a la perfección por mi asistente, ha permitido que pueda encontrarme a Paula sin que ella sospeche manipulación alguna. Y, de paso, ha supuesto que ella crea que todo ha sido una casualidad y, sobre todo, que no la he reconocido.

Perfecto. Ahora debe de haberse quedado más tranquila, cuando haya comprobado que no la recuerdo.

¿Lo mejor del plan? Que he podido comprobar de primera mano que ella a mí no me ha olvidado. Lo supe en cuanto levanté la vista y me miró, cuando se puso tan nerviosa que dejó caer la bandeja repleta de botellas, con lo que acabó salpicando a varios miembros de la junta, incluido yo mismo.

Hago una mueca. No pude evitar sentirme mal al verla tan azorada, pero sé que su mal rato acabará valiendo la pena. Desde que la vi en la barra de aquella sala de fiestas, sentí un impacto tan fuerte que aún no me he

recuperado lo suficiente. Descubrí en ella una mezcla de fragilidad y fuerza que todavía me resulta chocante, pero es algo que pienso explorar y averiguar. Humm, sobre todo explorar...

Vaya, están llamando al timbre. Frunzo el ceño porque no espero a nadie y mucho menos me apetece ver a nadie. Echo un vistazo por la mirilla, porque como sea Celia juro que no le abro la puerta, así grite hasta mañana.

Pero es Aarón. Abro, lo dejo pasar y vuelvo a sentarme en el sofá.

—¿Tú no tenías hoy una cita? —le pregunto.

—No me digas —refunfuña mientras se acerca por su cuenta al mueble bar y se sirve una copa.

—¿Qué ha pasado?

—No se ha presentado. —Da un trago a la bebida—. Debo de haber parecido un pardillo.

—No te creas tonto por eso —le digo. Mi ayudante se sienta a mi lado y estira los pies para apoyarlos junto a los míos. También deja caer la cabeza en el respaldo del sofá y lanza un suspiro—. A todos nos han dado plantón alguna vez.

—Ya —bufa—, sobre todo a ti.

No dejo de asombrarme cada vez que veo a Aarón dispuesto a salir en busca de una noche de sexo. Es como ver a mi amigo en el cuerpo de otro hombre, tal es el cambio de aspecto tan radical que sufre. Sus perfectos trajes, sus camisas y corbatas impolutas y su pelo engominado son sustituidos por ropas mucho más informales y un peinado más natural.

—Lo que te pasa es que estás así de agobiado porque te has quedado sin polvo.

—No entiendo que me lo digas de esa forma —gruñe—, cuando tú eres el primero que lo sufre cuando te ocurre y me lo haces sufrir a mí.

—Y ¿a qué ha venido salir hoy —le pregunto—, y no esperar al fin de semana? Te recuerdo que mañana madrugas y te quiero como un reloj en tu puesto.

—Y yo qué sé —murmura antes de terminarse el contenido del vaso—. Me apetecía follar. Punto.

—Te conozco, Aarón, y soy un tío, así que no me vengas con cuentos. Sé lo que es tener un calentón repentino, y eso sólo te lo ha podido ocasionar un encuentro con cierta mujer que te tiene demasiado trastornado.

—Que te den, Darío.

Aarón sabe que sólo fuera del ámbito laboral puede hablarme de esa forma, porque dentro de la empresa soy su jefe, pero fuera soy su amigo.

Y por eso aprovecho para tocarle un poco más los huevos.

—Joder, Aarón, como te he dicho, soy un hombre, pero puedo reconocer perfectamente a un tío que vale la pena. Eres atractivo, simpático, elegante, amable y el tipo más inteligente que he conocido. ¿Por qué demonios no puedes ligar de otra forma que no sea por internet?

Mi amigo se levanta del sofá y vuelve a servirse whisky con hielo. A este paso acaba con mi mejor botella. Después, en lugar de sentarse, comienza a dar paseos por el salón.

—Lo sabes perfectamente.

—Vamos, tío, yo también sé lo que es enamorarse de alguien que te acaba abandonando. Lo pasaste muy mal cuando aquella zorra te engañó, pero imagínate yo.

—¿Y? —exclama—. Tampoco te veo yo muy por la labor de tener pareja estable. En tu caso, tu despacho hace el trabajo de una página de contactos. Te limitas a tías fáciles y a polvos rápidos, así que no te comportes como un hermano mayor, que no te pega nada.

—Tal vez eso haya cambiado —le digo al tiempo que dejo mi copa en la mesita de centro y coloco los brazos detrás de la cabeza—. Quizá, a mis treinta y ocho tacos, esté pensando en sentar la cabeza.

—¡Ja! —responde—. ¿Lo dices por Paula? Eso no te lo crees ni tú. Además, todavía no la he visto babear por ti.

—Si lo único que buscara fuera que babearan por mí, me limitaría a

acostarme con Lara o a seguir con Celia. Pero me he dado cuenta de que ya no me conformo con eso. Quiero algo más.

—Claro —sonríe con ironía—, yo sé lo que buscas: a una mujer que no se aproveche de ti y se lance a tus brazos a la primera de cambio. Paula, por ejemplo, podría haber aprovechado el polvo que echasteis en la discoteca para acercarse a ti. Sin embargo, al pensar que no la habíamos reconocido, ha preferido seguir en el anonimato. ¡Ah!, y hoy mismo ha hablado conmigo para decirme que no entiende el trato de favor que le estoy dispensando y que desea que la trate como al resto de los compañeros. ¿Qué te parece?

—Pues que yo llevaba razón —sonríe—. Que me pareció diferente nada más verla y que por eso pienso conquistarla.

—Te pareció diferente porque si no llega a estar colocada no te la follas. Eso es lo que te ocurre, Darío, que te gusta jugar. Pero te cansarás de ella, como de las otras.

—¿Quieres apostar algo?

—No —suspira—, ella no se merece ser parte de una apuesta.

—Te recuerdo que es para mí. —Lo miro ceñudo.

—No digas tonterías, Darío, ya lo sé. Pero me parece una mujer muy especial.

—En realidad —sonríe ladino—, te pega más ella que esa otra mujer que te trae de cabeza y que tú y yo sabemos.

—Creo que será mejor que me largue. —Cambia de tema de forma radical, aunque intento pincharlo un poco más.

—Sólo una pregunta más antes de irte, Aarón. Cuando te citas con chicas a través de la red, ¿les pides que se tiñan el pelo de azul?

—Vete a la mierda —me contesta antes de tirar el vaso sobre la mesa y largarse dando un portazo.

Suelto una carcajada. Me encanta aguijonearlo.

Ahora ya puedo seguir pensando tranquilamente en mi próximo paso con la chica rubia de mirada de ángel.

Capítulo 7

Paula

Qué verdad es aquella que dice que el tiempo todo lo cura. Sólo han pasado unos días desde el desastre que monté en la sala de juntas, el mismo día que descubrí la identidad del presidente, y han sido suficientes para que todo quede olvidado y yo pueda proseguir haciendo mi trabajo con normalidad. Ya hemos enviado César y yo nuestra propuesta de asignación de recursos y hemos sido informados de la gran aceptación que ha tenido entre los responsables, incluyendo al presidente.

Me surge en la pantalla el símbolo de correo interno. Como suele ser habitual, es de Aarón, a pesar de que le dije que no me parecía bien su trato de favor. Pero ha acabado convenciéndonos, pues no sólo se dirige a mí la mayoría de las veces, sino también a César, ya que están todos los de arriba bastante nerviosos por la bajada de ventas y el lanzamiento del nuevo modelo, por lo que nuestro trabajo resulta ser imperiosamente importante.

Esta vez, sin embargo, me pide que vaya únicamente yo a su despacho para firmar ciertos documentos relacionados con mi contrato. Me levanto de mi sitio y me dirijo a la zona de presidencia, que ya conozco desde aquel fatídico día. Llego a la altura del despacho de Aarón, desde el que se puede advertir la cercanía de la doble puerta negra que custodia el del presidente, a tan sólo unos pasos de distancia. Antes de dar un par de toques con los nudillos, observo abrirse esa misma puerta y salir a una mujer morena,

guapísima, vestida con un ajustadísimo traje de chaqueta de color rojo y unos zapatos de un par de palmos de altura.

—Hasta la próxima, Darío —se despide con voz melosa—. Espero que... acabemos poniéndonos de acuerdo. —Le da un beso en la mejilla y se aleja pasando por delante de mí, aunque ni debe de haberse percatado de mi presencia.

Menuda segunda intención llevan esas palabras. Hago una mueca al recordar la fama de ese hombre, que, por cierto, está plantado ahora mismo en el vano de la puerta, mirándome. Me lanza una sonrisa, tan arrogante como la recuerdo, y cierra la puerta.

¡Madre mía! Poso las manos en mis mejillas cuando noto a la perfección el calor en mi piel. Debo de haberme puesto de nuevo roja como una adolescente tímida.

Por fin, decido pedir permiso para entrar en el despacho de Aarón, entro y me lo encuentro sentado tras su mesa, inclinado ante una multitud de papeles. Sigo sin entender que Dánae lo critique tanto. Si no fuera porque las relaciones de pareja ya no tienen cabida en mi vida, juro que intentaría algo con él. Me gusta, me inspira confianza y, sobre todo, dudo que tratara de hacerme daño. Además de ser muy guapo.

Lo sé, todavía deben de quedar hombres así en el mundo, y la muestra la tengo con los maridos de mis amigas, pero yo no pienso arriesgarme. Ni ante la mayor muestra de cariño, de confianza y de fe volvería yo a caer. Me conozco bien las palabritas de Abel, la forma en que me convencía para que lo creyera y regresara con él. Pero nunca más.

—Ah, hola, Paula —me saluda—. Siéntate, por favor, ahora te doy unos cuantos papelotes más para firmar. No te preocupes, rutina. Aunque puedes leerlos antes, por supuesto.

Hago lo que me pide y comienzo a estampar mi firma en diversos documentos. Como él dice, sólo son rutinarios, como el tema de las

vacaciones que ya me explicó, las bonificaciones o la tarjeta definitiva para mi identificación.

—Pues ya está —le digo antes de ponerme en pie—. Si no necesitas nada más...

—Bueno —titubea ligeramente—, nosotros ya estamos, pero el señor San Martín desea hablar contigo.

—¿Conmigo? —exclamo—. ¿Por qué? ¿Ha tenido consecuencias el lío que formé en la sala de juntas?...

—No, no —me interrumpe—, claro que no. Creo que sólo quiere preguntarte cómo vas. Supongo que te ha visto llegar y querrá quedar bien, no te preocupes. Si fuera para algo malo, yo lo sabría, tranquila. Sé de antemano hasta cuándo se va a rascar.

—Claro —le sonrío—. ¿Quién se niega a ver al presidente? —digo con una mueca.

Es el mismo Aarón quien se encarga de abrirme la puerta de su despacho y acompañarme hasta la de su jefe, donde da un par de toques y la abre para dejarme pasar.

—Tranquila, Paula —susurra—. Todo está bien.

Y, con esa calma que suele contagiarme, accedo al despacho del presidente de la compañía, sin poder evitar sentir un leve cosquilleo en el estómago por lo nerviosa que me pone su presencia. Mejor dicho, porque no puedo eludir el recuerdo de lo que pasó entre nosotros en la oscuridad en medio de un montón de cajas.

No me ayuda en absoluto tener que esperar, puesto que se encuentra ahora mismo sentado en su sillón, dándome la espalda mientras está hablando por teléfono. Pasando de mí, continúa su conversación durante unos minutos más, hasta que, en un movimiento de lo más teatral, gira su sillón y se queda frente a mí. Debe de haber sido ahora cuando se ha percatado de mi presencia y aprovecha para despedir a su interlocutor. Cuando cuelga, se queda unos

segundos mirándome, acomodado en su sillón, con las manos sobre la mesa y su ardiente mirada azul claro clavada en mí.

Vale, perfecto, ya siento el rubor en las mejillas de nuevo.

—Usted dirá, señor San Martín.

—Hola, Paula —me saluda de una forma un tanto..., cómo diría yo..., íntima—. He podido acceder a tu trabajo realizado con César y, para ser el primero, lo he visto muy bien.

—Gracias, señor San Martín. La verdad es que me encuentro muy a gusto en esta empresa. Todos me han ayudado mucho y espero poder seguir aprendiendo cada día. No imagina la oportunidad que me han dado al permitirme trabajar aquí.

Qué lata que cuando estoy nerviosa me dé por hablar sin parar y decir tonterías.

—Me alegro mucho, Paula.

De nuevo, ese deje sensual que cubre las palabras que salen de su boca.

Hay un instante de silencio y vuelvo a ponerme un poco nerviosa. Este hombre parece cavilar algo, pero sin dejar de mirarme, por lo que tengo de nuevo la oportunidad de admirar sus facciones, tan masculinas, tan atractivas, tan atrayentes. Por un instante, vuelvo a perderme en la claridad de sus ojos y, sobre todo, en esa boca, que podría volver loca a cualquier mujer que se le pusiese por delante.

—¿Te acuerdas de mí, Paula? —me suelta de repente.

Ahora ya no es sólo en mi cara donde noto el calor, sino en todo el cuerpo. Creo que mis divagaciones deben de haberme confundido y no es eso lo que él ha dicho. No puede ser.

—Perdone, señor San Martín. ¿Cómo dice?

Tras mi pregunta, se levanta de su sillón y camina hacia mí. Se coloca tan cerca que soy capaz de observar mi imagen en el iris de sus ojos y de percibir cada punto en la piel de su barba rasurada. Su olor penetra en mis fosas

nasales y me transporta de inmediato a nuestra lujuriosa noche. Parpadeo y doy un paso hacia atrás por instinto.

—Me has oído bien, Paula —insiste—. Te he preguntado si te acuerdas de mí. Porque yo no he podido olvidarte.

Joder, joder, joder. Y me lo suelta así, a bocajarro. ¿Qué hago? ¿Salgo corriendo o lo mando a freír espárragos?

—No sé de qué me está usted hablando, señor...

—Vamos, Paula, deja de disimular —murmura.

Como de pasada, estoy viendo una de sus manos acercarse a mi cara. Trago saliva. Los dedos de esa mano se posan en mi mejilla. Ahora parece que acerca la otra, cuyos dedos se deslizan por mi pelo.

¡Dios! ¡Cuántas sensaciones de golpe!

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando —prosигuen sus susurros—. Eras tú, la de aquella noche. La que bailó conmigo, la que me tocó, la que luego me acompañó hasta aquel cutre lugar para acabar...

—¡Basta! —lo corto al tiempo que me aparto de él—. ¿Qué pretende? ¿Echarme? Porque si es así no tiene más que decírmelo y me habré largado por esa puerta antes de que se dé cuenta. Pero deje de reírse de mí.

—¿Reírme? —contesta con seriedad—. No me estoy riendo. Tan sólo expongo unos hechos que ocurrieron.

Me mira con esa arrogancia que tan bien recuerdo. No entiendo cómo es posible que me atraiga tanto un tipo como él.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunto. Tengo los puños apretados y mi indignación acaba de llegar a su punto más álgido.

—Creo que eso tiene fácil respuesta —me dice, aún con su sonrisa sardónica—. Quiero volver a repetir lo que pasó entre nosotros. En un lugar más cómodo, por supuesto.

—Pues me parece que es bastante difícil repetir algo que ni siquiera recuerdo que ocurriera.

El muy engreído vuelve a acercarse a mí hasta que tengo que apoyarme en

una de las paredes. Está demasiado cerca. Su aliento calienta mi mejilla y después mi oído cuando susurra su respuesta:

—No digas mentiras.

¡Será capullo! Ya me está tocando la moral.

—Oiga usted, señor presidente —le suelto, sin tomarme la molestia de apartarlo de mí; así, cerquita, me oirá mejor—. Ya he oído por ahí que está usted muy acostumbrado a que las mujeres se quiten las bragas nada más verlo, pero...

—A ti te las quité yo —me interrumpe—. Y no te quejaste.

Lo ignoro.

—Pero sepa usted que yo, a pesar de que crea lo contrario, no voy a seguirle el juego. Si por eso piensa despedirme, hágalo.

—No voy a despedirte —dice con el ceño fruncido—. No soy ningún acosador.

—Pues entonces, perfecto. Así, como usted es el todopoderoso presidente de Taes y yo una simple economista, no tendremos que vernos para nada ni tener relación alguna.

—¿Ningún tipo de relación? —insiste con su ironía—. ¿Estás segura de eso, Paula?

—Completamente. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

—Por supuesto. —Me hace un pomposo gesto para que pueda marcharme.

—Por cierto —digo cuando ya sujeto la manija de la puerta—, ¿desde cuándo lo sabe? ¿Cuándo supo que yo era...?

—Digamos que lo supe muy pronto —responde tan tranquilo.

—Buenas tardes, señor San Martín. Me voy a mi puesto de trabajo.

—Hasta pronto, Paula.

Intentando por todos los medios que mi dignidad no fracase ante mi nerviosismo, abro la puerta del despacho y comienzo a caminar con rapidez a través del corredor. Estoy tan en *shock* que no tengo muy clara ni la dirección que estoy tomando ni recuerdo dónde está mi sección, apenas sé dónde me

encuentro. Suspiro de alivio cuando avisto la puerta del servicio. Entro, me apoyo en el lavamanos y comienzo a respirar con dificultad.

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¡Joder! ¿El mundo es un puto pañuelo o qué? Con lo bien que marchaba todo...

Ahora comienzo a entender el trato de favor. Está claro que Roderic contactó con algún jefe de esta empresa, incluso pudo ser el mismísimo San Martín. Me reconoció y decidió divertirse un rato a mi costa. Jodido imbécil.

Ya no sé qué emoción es la que vence ahora mismo dentro de mí. Estoy enfadada, indignada, nerviosa y preocupada. Al mismo tiempo, no puedo evitar sentir una leve punzada de vanidad al saber que un hombre como San Martín me recuerde de un simple rato de placer y desee volver a repetir conmigo.

Debo de estar loca de remate, porque me estoy mirando en el espejo para cerciorarme de lo que un hombre como ése ve en mí. Contemplo a una mujer de treinta y tres años, delgada, con el pelo rubio, aunque podría pasar por menos edad. No acaba de estar mal, es mona, pero yo la conozco y sé que esconde demasiadas cicatrices bajo esa apariencia normal.

Aun así, no me resisto a comprobar la suavidad de mi pelo, o a darme la vuelta para contemplarme por detrás. Estoy bastante buena todavía... Y también estoy fatal de la cabeza por ponerme a pensar algo así, pero en mi defensa diré que, desde que un compañero de la gestoría me pidió acompañarlo al cine recién divorciada, ningún hombre ha vuelto a fijarse en mí. Mucho menos uno como Darío San Martín.

En fin, será mejor que me baje de mi nube de ego y descienda a tierra firme. Ese tipo ha querido reírse un rato de mí y ya está.

Salgo del baño y, tras atravesar alguna zona aún desconocida para mí, encuentro el departamento de Administración, pues ya divisó a mis compañeros a lo lejos. Antes de acceder, me topo de golpe con alguien que resulta ser Aarón.

—Ah, hola, Paula, te estaba buscando. Necesito que César y tú hagáis un estudio de un proyecto que...

—Tú lo sabías, ¿verdad? —lo interrumpo.

Acabo de caer en la cuenta de que el amable ayudante del presidente era el amigo que lo acompañaba aquella noche, por lo que tiene que estar al tanto de todo.

—¿Cómo dices?

—Vamos, Aarón, me caes bien, te he cogido aprecio, incluso te defiendo delante de mis compañeros de sus injustos calificativos hacia ti. ¡Y resulta que tú me lo pagas mintiéndome! «Yo sé de antemano hasta cuándo se va a rascar.» Lo sabías, ¡admítelo!

—Yo... —suspira; veo que ha decidido ser sincero—, lo siento, Paula. Cuando a Darío se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien lo pare. Y ahora te tiene metida a ti.

—Ya —bufo—, me parece genial. Es un tipo rico y guapo que puede hacer lo que le dé la gana. Pero tú, Aarón, ya podrías haberme avisado de que me habías reconocido al entrar a trabajar aquí.

—Sí, bueno... —Me da la extraña sensación de que ha querido decirme algo y se ha mordido la lengua—. De verdad que lo siento, Paula. Sólo quiero que sepas que no has de marcharte de aquí, que estamos muy contentos contigo.

—No pensaba hacerlo —le digo con la barbilla alzada—. Pienso demostrar lo que valgo a pesar de vosotros dos. Además, ya le he dicho a tu preciado jefe que no existe razón para que tengamos que volver a vernos.

—Tú no conoces a Darío —sonríe—. Más vale que tengas muy claro que no quieres nada con él o no dejará de intentarlo.

—¿Algo más, Aarón? —lo corto.

—Le he dejado los datos del proyecto a César. Nos vemos, Paula. —Y desaparece por el pasillo con una sonrisilla que no me gusta nada. ¡Será idiota también!

Joder, al final voy a tener que darle la razón a Dánae, que no los aguanta a ninguno de los dos. Ella, precisamente, se acerca a mí cuando tomo asiento frente a mi mesa.

—¿Qué ha pasado, Paula?

—Nada —murmuro—. Ya te contaré.

Dánae y yo nos encontramos en el supermercado, haciendo la compra antes de llegar a casa. Durante el trayecto en el coche, yo estaba tan abstraída en mis cosas que apenas hemos hablado. Ahora, mi amiga se dedica a echar en el carrito toda clase de productos casi sin mirar lo que coge. Frunzo el ceño al ver la expresión crispada de su rostro, y ella se ha dado cuenta de que la miro después de llevar un buen rato en Babia.

—¡Vale! —exclama parando en seco el carrito—. Cuéntame ahora mismo qué lío te traes entre manos con el rancio de Aarón.

—¿Con Aarón? —pregunto alucinada.

—Sí, con Aarón —repite, claramente crispada—. Os he visto discutir esta tarde. Y no hablemos de los viajecitos que te pegas a su despacho cada dos por tres.

Ay, ay, que mi amiga del pelo azul no está siendo muy sincera en lo que se refiere a sus sentimientos hacia Aarón. Me parece a mí que esto es bastante parecido a una escena de celos, y yo de escenas de celos sé demasiado. Aunque espero que ésta no acabe conmigo en el suelo de una bofetada.

—¿Me estás preguntando si tengo un lío con él?

—¡No sé! —Vuelve a alterarse—. ¡Dímelo tú!

—¡Pues claro que no!

—Entonces ¿puedes explicarme todos esos viajes a nuestra sección cuando se pasaba siglos sin aparecer antes? ¿O tus visitas a su despacho? ¡Te pasas la vida hablando con él!

—Y ¿por qué te importa tanto, si puede saberse?

—Pues... —suspira—, joder, Paula, perdona. Menuda estupidez. Si te lías con Aarón, no debe importarme una mierda.

—Pero te importa —afirmo.

Ella vuelve a suspirar y me mira con expresión impotente.

—Tranquila —le digo—. Será mejor que vayamos a casa y hablemos.

Nos ponemos a la cola de la caja para pagar, justo detrás de una mujer con un niño pequeño sentado en el carrito. Tendrá un año, más o menos, y no deja de lanzarme balbuceos o de tenderme su manita regordeta.

Tal vez lo mejor en estos casos sería darme la vuelta, ignorar al bebé o procurar mirar para otro lado, pero debo de ser masoquista, porque no puedo rechazar la sonrisa que pueda lanzarme un niño. Emocionada, me acerco a él y le tomo la mano, que la tiene pegajosa de haber comido una galleta que le ha dado su madre. Me aproximo un poco más y paso mi mano sobre su pelo suave. Le sonrío e inspiro su olor, ese aroma tan maravilloso que desprenden todos los bebés.

—Perdona —me dice la madre—. Ha estado comiendo y te va a poner perdida.

De forma diligente, me ofrece una toallita húmeda que extrae de su bolso. Pero, cuando la cojo, decido limpiarle las manos al niño con ella.

—No importa —le digo sin dejar de mirar a su hijo—. Hola —saludo al bebé—. ¿Sabes que eres muy guapo?

El niño suelta una carcajada infantil y me muestra sus cuatro únicos dientes. Le devuelvo la sonrisa antes de que se me salten las lágrimas y me despido de él cuando su madre coge el carrito y desaparecen del local.

Ya de vuelta en el coche, observo de reojo a Dánae mientras conduzco. Sigue algo callada y me aflige que esté así. Pero pronto estamos en casa, descargamos la compra y nos encontramos a Emily cocinando mientras canturrea.

—Hola, chicas —nos saluda con alegría—. Ya era hora de tener

provisiones.

—Tiene muy buena pinta eso que estás haciendo —le digo antes de acercarme e inspirar el aroma.

—Algo se me ha tenido que pegar de todos aquellos años en los que comía en restaurantes con los mejores chefs del mundo —contesta exultante al tiempo que me ofrece la cuchara con un poco de salsa.

—Humm, delicioso —le digo.

De nuevo, durante la cena, cada una de nosotras cuenta una parte de su día. Dánae y yo nos limitamos a hablar del trabajo, sabiendo que nos espera una conversación en privado.

—Por cierto —me pregunta cuando ya estamos recogiendo la mesa—, no sabía que te gustaran tanto los niños. He visto cómo le hacías carantoñas al de la cola del supermercado.

—No es que me gusten tanto —respondo—. Lo que pasa es que las personas solemos querer lo que no podemos tener.

Silencio. Todas se han quedado paradas con los platos en las manos. Parecen tres estatuas vanguardistas de algún museo de arte moderno.

—No puedo tener hijos —digo tranquilamente.

—Pero —interviene Dánae— ¿lo has intentado? Ahora hay muchos centros de reproducción asistida.

—Lo intenté todo durante mi matrimonio. Pero me cansé de estimulaciones ováricas, tratamientos de fertilidad y fecundaciones *in vitro* sin éxito.

—Eres muy joven —comenta Emily—. Ya tendrás tiempo de volver a probar.

—No —respondo—, no volveré a pasar por nada de eso. He decidido que, más adelante, adoptaré un niño por mi cuenta. No necesito un padre.

—Tu marido te pegaba, ¿verdad? —me pregunta Noa. Las otras dos mujeres la miran horrorizadas—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? Creo que ya tenemos la suficiente confianza como para hablar del tema.

—Tranquila, Noa —le respondo—. Sí, mi marido me maltrataba, física y psicológicamente. Ha estado en la cárcel por haberme mandado al hospital con su última paliza.

—¿Por eso te llama y cuelga?

—No sé por qué hace eso —respondo—. Debe de seguir queriendo martirizarme.

Hemos acabado de recoger y me siento genial por haberme sincerado con mis amigas. Porque ya son eso, mis amigas. Es posible esconder algunos secretos en tu interior, seguramente casi todos lo hacemos, pero de vez en cuando sienta de fábula soltar unos cuantos.

—¿Puedo pasar? —Dánae está asomada a la puerta de mi habitación y ya lleva puesto un pijama de pantalón corto y camiseta de Minnie. Con ese atuendo y sin el oscuro maquillaje que suele llevar en ojos y labios, parece mucho más joven.

—Claro —le digo desde la cama, aunque todavía estoy sentada en ella porque intentaba leer un poco.

—Perdona por haberme puesto así antes —me dice mientras se acomoda a mi lado—. Tú has sido sincera con nosotras esta noche y mereces que yo también lo sea.

—Te gusta Aarón, ¿no es cierto?

—¡Joder, Paula! ¡Mírame! ¡Y recuerda cómo es él! ¡No pegamos ni con cola!

—Y ¿eso qué tiene que ver?

—Pues que él me mira como si yo fuera un cubo de basura maloliente.

—¿Y tú? ¿Cómo lo miras tú?

—Pues peor. Me saca de quicio que vaya de perfecto.

—Y ¿no has intentado llevarte bien con él? No sé, conversar, tomar un café... Quizá os parecéis más de lo que piensas. El aspecto físico o el estilo de cada uno a la hora de vestir no deberían ser impedimento para gustarse.

—Déjalo, Paula. Llevo tres años en la empresa y siempre nos hemos

bufado como dos gatos de callejón. Ahora ya no hay remedio. Lo dejaré para mis sueños eróticos imposibles. —Suelta una carcajada que me hace reír también—. Perdona otra vez. En serio pensé que te gustaba.

—Y me gusta —le digo, dejándola noqueada—. El otro día pensé que, si no fuera porque no volveré a tener una relación en mi vida, habría intentado tirarle los tejos. Pero resulta que hoy me los han tirado a mí, de ahí la discusión que has visto con Aarón.

—¿Aarón te ha tirado los tejos?

—No. Ha sido Darío San Martín.

—¡La puta! —exclama—. ¿Qué me estás contando? ¡Si nunca se ha liado con ninguna de las trabajadoras!

—Hoy es la noche de las confidencias —suspiro—. Tienes que saber que yo ya conocía a Darío antes de entrar en la empresa.

—¿Tuviste un lío con él?

—No exactamente. Mis amigas me echaron algo en la bebida una noche en una discoteca. Lo único que recuerdo es a un desconocido follando conmigo en una habitación a oscuras. Ah, y que le vomité después.

—Y ese tío era... —Dánae alucina—. ¡San Martín! ¡Joder, Paula, lo vuestro es coincidencia y lo demás son tonterías!

—No he podido ser más gafe, tía.

—Y digo yo... —Mi amiga se tumba en mi cama boca abajo y me mira con interés—. ¿A ti te gusta San Martín? Por mucho que lo odie, puedo ver que el tipo tiene un polvo.

—Claro que me gusta, pero...

—¿Pero? —me corta—. No tienes a nadie a quien rendirle cuentas. Además, entiendo lo de tu aversión a las relaciones, pero ¿y el sexo? Tenemos necesidades, Paula, y un vibrador acaba por aburrir.

—Lo sé, te lo aseguro.

—Tener una pequeña aventura con el presidente debe de dar un morbo...

—Anda ya. —Le doy con la almohada en la cabeza y reímos un buen rato.

—¡Te lo digo en serio! —continúa riendo—. Nadie tendría por qué saberlo. Tendrías tu ratito de sexo y, cuando se acabara, se acabó. Dentro de la empresa no se enteraría nadie, y tú, a seguir con tu vida.

—Cuánto sabes tú de eso —le digo divertida—. A ver, guapa, cuéntame cómo lo haces tú para tener sexo sin que nadie se entere.

—Pues tengo —dice con jactancia—. Cuando me da la gana y sin que nadie lo sepa. Bueno, sólo tía Emily, a la que no se le escapa una.

—Y ¿cómo lo haces? —pregunto interesada.

Justo cuando va a contármelo, unos toques en la puerta son el prelude de la visita de Noa.

—Hola, perdón, pero necesito comentar algo con mi madre.

—Claro —contesta Dánae mientras me mira y hace un gesto con el que me dice que tendré que esperar.

Cuando ya he apagado la luz de la mesilla, me quedo un rato despierta pensando. Sí, sería una locura, pero nada más imaginar que hago algo así, siento la sangre correr más rápida por mis venas. Me parece, incluso, sentir cómo mis células florecen, mis órganos se reavivan y mis sentidos mejoran. Mi piel parece más receptiva y percibo perfectamente el tacto de la sábana en mis piernas, mis hombros, mis pechos, que se han vuelto más duros y sensibles.

Madre mía, río yo sola al imaginarme a Claudia y a Micaela si les dijera lo que estoy pensando. Después de pasarse dos años intentando inculcarme eso precisamente, lo primero que me dirían sería: «¡Te lo dije!».

Pero las cosas suceden cuando suceden. Es ahora cuando me apetece hacerlo. Ha sido como una nueva ilusión, como un juguete nuevo que quiero tener.

—Mi nuevo trabajo —murmuro—, mi nueva casa, mis nuevas amigas, un amante...

Vuelvo a reír y a reír antes de quedarme dormida con una sonrisa en la cara.

Si esperaba que hoy fuera el día en que Dánae me contara su secreto, me he quedado con las ganas. Primero, se nos ha hecho tarde en casa y hemos tenido que venir corriendo, insultando ambas a los conductores que no iban lo suficientemente rápido. Después, al llegar al trabajo, nos hemos encontrado con una montaña de crispación y de nervios, pues los jefes han exigido que terminemos diversos proyectos hoy mismo y la gente anda por los pasillos despotricando de ellos.

Al final, los temas personales han quedado para nueva orden, pues hoy no es día para andar de tertulias. César y yo somos de los más perjudicados, ya que Aarón nos ha enviado un montón de correos con instrucciones que nos están volviendo locos. Al final, se ha presentado en persona mostrando una faceta de él que yo aún no había conocido: la del jefe exigente.

—¡Paula y César! —nos ha gritado—. ¡Han de estar esos números acabados o nos cortarán la cabeza, a mí el primero!

—¿Para cuándo? —se me ocurre preguntar.

—¡Para ayer!

—No nos dará tiempo —me quejo.

—Pues tendremos que quedarnos a hacer horas extras —nos dice—. Se os pagarán y punto. —Y desaparece sin dejar que volvamos a soltar una sola queja.

—Joder —gruñe César—. Hoy es mi aniversario de boda y quedé con mi mujer en que saldríamos a cenar. Incluso habíamos encontrado una canguro de confianza para la niña.

—No te preocupes —le digo—. Tú te marchas y ya me quedo yo.

—Pero, Paula...

—Insisto —le digo—. No vas a echar a perder tu noche romántica por unas cuantas prisas. Yo no tengo ni marido ni hija, así que puedo quedarme

toda la noche si hace falta.

—Muchas gracias, Paula —responde conmovido—. Te lo compensaré otro día, te lo prometo.

—Tranquilo, ya me lo devolverás cuando lo necesite. Y ahora, ya puedes ponerte a currar hasta la hora de irte.

Ya ha pasado casi la totalidad de la jornada y muchos compañeros comienzan a marcharse. Apenas he comido ni parado para ir al baño, pero estoy convencida de que podré entregar los cálculos si me quedo un par de horas más.

—Paula, cariño —me dice Dánae—, ¿puedo ayudarte en algo?

—No, no, guapa, tranquila. ¿Tienes cómo marcharte?

—Sí, César puede dejarme de camino a su casa.

—Estupendo. No sé a qué hora llegaré, Dánae. Id cenando vosotras.

—Sí, claro. Te dejaremos algo preparado en la cocina. Hasta luego, preciosa. No te canses. —Me da un beso en la mejilla—. Y procura no quedarte a solas con quien tú ya sabes. —Sonríe—. O tal vez sea lo mejor...

Le tiro un lápiz antes de que se vaya, mientras va dejando atrás la estela de su risa.

Poco a poco me he ido quedando sola, pues, enfrascada en mi tarea, sin desviar la vista del ordenador, no me he percatado de nada de lo que sucedía a mi alrededor. Los ojos me escuecen y tengo la espalda que me cruje, pero, por fin, puedo entregarle a Aarón todo lo que nos ha pedido. Le envió una copia a su correo y, cuando le deje otra impresa sobre su mesa, me marchó.

Cuando me levanto de mi silla, tengo las piernas tan entumecidas que me cuesta caminar. Recojo la mesa, apago el ordenador, cojo mi bolso y me encamino hasta la zona de despachos. Muchas de las luces ya se han ido apagando, y me resulta algo fantasmagórico mi entorno debido a la falta de iluminación y de gente.

Al llegar al despacho de Aarón, doy unos toques en la puerta pero nadie responde. Abro con cuidado, me asomo y, a pesar de que una pequeña

lámpara permanece encendida, no veo a nadie. Me parece raro que se haya ido y se haya dejado el despacho sin cerrar, pero decido entrar de todas formas, pues sólo será un momento lo que tarde en dejar los documentos sobre su mesa. Después de hacerlo, antes de darme la vuelta para marcharme, oigo unos pasos y me sobresalta una voz a mi espalda.

—Paula, ¿qué haces aquí?

—Señor San Martín... —titubeo—, he venido a dejar los cálculos que nos pidió Aarón con urgencia a César y a mí. Creí que estaría él en su despacho, lo siento.

He recordado que al «señor presidente» no le gusta ver a nadie en esta zona desde lo del espionaje, y me siento algo violenta al verme descubierta precisamente por él.

—Sí, tranquila —me calma, sin embargo—, lo sé. Aarón ha tenido que marcharse, pero quedamos en que yo mismo le echaría un vistazo a vuestro trabajo y cerraría su despacho. —Alarga la mano y le doy los documentos.

Los revisa por encima y yo me quedo plantada delante de él. Me da la extraña sensación de que alterna su tiempo entre mirar los papeles y mirarme a mí por encima de ellos.

—Tiene buena pinta —murmura—. Gracias, Paula, por quedarte hasta tan tarde. No debe de quedar nadie ya en la empresa. Salvo tú y yo.

De nuevo, ese toque de sensualidad que aporta a sus palabras vuelve a aparecer.

—De nada, señor San Martín. —Doy un paso hacia la puerta—. Si no desea otra cosa...

—Sí deseo otra cosa —murmura—. Te deseo a ti, Paula. Y lo sabes perfectamente.

Cierro los ojos. Creo que estoy temblando, pues una cosa es envalentonarse una misma en su propia casa y tomar una decisión, y otra muy distinta, llevarla a cabo cuando llega el momento. Como la fábula del cascabel y el gato.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—No recuerdo qué fue lo que me dijo.

—Vamos, Paula, claro que lo recuerdas.

Estoy quieta, como congelada, aunque, con este hombre cada vez más cerca, no es frío precisamente lo que siento. Se ha acercado tanto que noto el calor de su cuerpo y de su aliento, aunque esta vez no me ha dado la gana de echarme hacia atrás y quedarme acorralada entre él y la pared. Tengo que hacerme todo lo fuerte que pueda cuando me enfrente a Darío San Martín.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Sé reconocer perfectamente cuándo una mujer me desea —susurra aún más cerca de mí, si ello es posible—. Y tú me deseas, Paula. Lo noto, lo siento, lo huelo.

Tardo en contestar, pero le aguanto la mirada sin un resquicio de duda. Me digo que éste no es momento para parecer una frágil flor delicada.

—¿Ha llegado a esa conclusión porque follé con usted mientras no sabía lo que hacía?

—No —responde—. Lo sé desde que me miraste por primera vez.

—Oh, claro. Supo leer mi mente.

—No me hizo falta. Tuve suficiente con verte aferrarte a tu vaso como si te fuera la vida en ello.

—Mis amigas me echaron algo en la bebida, y lo sabe.

—Antes de eso ya te excitaste —susurra—. Sólo con verme. Tus ojos me dijeron sin palabras que estabas deseando que pasara lo que sucedió después.

Trago saliva por la bola que se me está haciendo en la garganta. No hay escapatoria con este hombre. Sabe lo que sentí, sabe que lleva razón y sólo le haría falta saber que, incluso ahora mismo, sus palabras evocan el recuerdo de lo que me hizo sentir. Noto cosquillar ciertas partes de mi cuerpo y carraspeo para disimular que ya no parezco tan segura como hace un minuto.

—Si no hubiese bebido de aquel vaso, nada habría ocurrido entre usted y yo.

—Pero ocurrió, Paula, y ahora sólo podemos afrontar las consecuencias.

Tal vez esté en lo cierto. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte, sobre todo mis continuas réplicas inútiles.

—Está bien, lo admito —acabo por decirle—. Me sentí atraída por usted nada más verlo y, aunque fuera por motivos ajenos a mí, echamos un polvo estupendo. ¿Contento? Aunque estaría bien que supiera que con darle la razón no le abro las puertas a nada.

Abre mucho los ojos, como si no esperase esa respuesta tan clara y directa de mi parte. Pero, seguidamente, le brillan de regocijo. Se cree vencedor y yo dejo que lo crea.

—¿Sabes qué es lo que más me apetece en este momento? —vuelve a susurrarme en un tono aún más bajo si cabe.

—Sospecho unas cuantas posibilidades —contesto como si estuviera tan tranquila. Y no es que esté nerviosa por lo obvio, sino expectante, ilusionada, anhelante.

—Yo también sospecho unas cuantas —continúa con sus susurros—, pero ahora mismo, en este momento, lo que más deseo es besarte. Porque tú y yo hemos follado, Paula, pero no nos hemos besado.

Madre mía, me acaba de dejar desconcertada. Claro, tiene razón, no he probado su boca, a pesar de haberlo sentido dentro de mí; a pesar de haber alcanzado el mayor éxtasis de mi vida, con él...

Me obliga a dejar de pensar cuando sus manos abarcan mi rostro y lo acercan al suyo. Mi corazón late a mil por hora cuando, por fin, sus labios se pegan a los míos, sobre todo cuando siento su lengua abrirse paso entre ellos para abrir mi boca.

¡Dios! Su lengua experta entra, busca, lame y arrasa con todo lo que encuentra. Se pasea por mi lengua, por mis labios, por mis dientes, y yo sólo puedo pensar que ardo, que me quemo, que el placer que estoy recibiendo supera con creces cualquier expectativa de un beso. Enlazo los brazos alrededor de su cuello para pegarme más a su cuerpo y él exhala un gemido

que siento en mi garganta. Sin interrumpir el beso, me toma por la cintura y me sienta sobre la mesa de su ayudante, ignorando los objetos que acaban cayendo al suelo. Sólo estamos pendientes de nuestras bocas, nuestros jadeos y nuestras manos, que se pasean por el cuerpo del otro. Las suyas están enredadas en mi pelo, y las mías tiran con fuerza de las solapas de su chaqueta. Me asombra comprobar que podamos seguir besándonos, minutos enteros, sin saber de dónde podemos estar obteniendo el aire para respirar. Al final, él es el primero en abandonar mi boca, pero sólo para deslizar sus labios por mi mandíbula y mi cuello. Y vuelvo a quedarme sin respiración. Termina separándose de mí para poder mirarme con su arrogancia habitual.

—Creo que tú deseabas lo mismo —sonríe con regocijo.

—Eso parece —contesto. Hago lo que puedo para respirar sin que se note el esfuerzo que tengo que realizar.

—¿Entonces? —pregunta mientras me observa bajarme de la mesa y recomponerme—. ¿Aceptarás que volvamos a vernos? Tengo un apartamento en la ciudad. Mucho más cómodo que un almacén lleno de cajas.

¿Para qué andarnos con rodeos? Somos adultos y no unos novatos, así que no merece la pena esperar que él sea más sutil o delicado para pedirme una aventura sexual.

Aun así, me regodeo al pensar en hacerlo esperar un poquito para darle una respuesta. Sólo un poquito más.

—Lo pensaré —le digo, tratando de no mirarlo.

—No sé qué más tienes que pensar...

—Le he dicho que lo pensaré —lo corto—. Mañana le daré una respuesta. Haga que Aarón venga a buscarme y aprovecharé para hablar con usted. Hasta mañana, señor San Martín.

Doy una vuelta que ni la mejor bailarina de ballet y desaparezco pasillo abajo con una disimulada y taimada sonrisa. Seguro que él debe de estar igual, creyendo que ha vuelto a conseguir una amante por sus irresistibles

encantos. No dudo que los posea, pero me satisface pensar que, realmente, he sido yo la que lo ha conseguido a él.

Ya en el aparcamiento, comienza a sonar mi móvil. Debe de ser Dánae, pues, con todo, se ha hecho más tarde de la cuenta y me sabe fatal que me estén esperando.

—¿Diga? —contesto a la llamada.

—¿Paula?

El bolso se me ha resbalado de la mano y ha caído al suelo. Ha sido un milagro que la otra mano siga sosteniendo el móvil, después de escuchar la voz que llevaba tanto tiempo sin oír. La voz del temor, la voz de los sentimientos de culpa, la voz de la desesperación.

—Por favor, Paula, no cuelgues. Sólo quería saber si estabas bien. He visto que ya no vives en nuestra casa. ¿Dónde vives ahora?

Ni loca pienso contestar a eso. Mis dedos se clavan con fuerza en el teléfono ante la impotencia que siento ahora mismo.

—¿Qué quieres, Abel?

—Nada, de verdad. Sólo quería hablar contigo, saber que estás bien, que eres feliz.

—Estoy bien, pero no es necesario que me llames. Te recuerdo que estamos divorciados y ya no es necesario retomar ninguna clase de contacto.

—Yo no quería el divorcio, Paula, fuiste tú. Para mí sigues siendo mi mujer.

Hago rechinar los dientes. ¡No te jode que fuera yo la que solicitara el divorcio!

—Quise el divorcio porque, además de maltratarme, me engañabas con otra, Abel. ¿Te parecen suficientes motivos?

—Lo sé, lo sé, y merezco todo lo que me ha pasado. Sólo quería hablar un minuto contigo, Paula, pedirte perdón. De verdad que lo siento si te he molestado. Sólo quería oír tu voz.

—Adiós, Abel.

Cuelgo el teléfono y tengo que apoyarme en el coche para no tambalearme. ¡Volver a oírlo después de tanto tiempo...! ¡Dios! ¡Qué duro!

Y lo peor es que ha vuelto a hacerlo: ha conseguido hacerme sentir mal, incluso culpable. ¿Cómo es posible?

Supongo que fueron demasiados años en los que me hizo creer que sin él no era nadie. Años durante los cuales primaron en mi vida la inseguridad, la culpabilidad y la baja autoestima, todo ello provocado por él. Aquellos altibajos que le daban, por los que unas veces se presentaba en casa tirándolo todo, gritando o insultando, y en otras ocasiones le daba por estar cariñoso y tranquilo, colmándome de regalos y de mimos. Eran estas últimas veces las que yo aprovechaba para quejarme, y su respuesta solía ser no hacerme caso o decir que exageraba. Ni siquiera podía quejarme a nadie, porque, de cara a la galería, éramos una pareja perfecta, y él, un marido modélico. El día que, después de mi último ingreso en el hospital, decidí dar un nuevo rumbo a mi vida, comencé por demostrar mi fortaleza a toda esa gente que primero no me había creído y después sintió lástima por mí. Mi triunfo fue que, al querer demostrarles a todos que mi desgracia me había hecho más fuerte, descubrí que no lo había conseguido para ellos, sino para mí misma.

Sin darme cuenta, estoy llorando, y no de rabia, impotencia o tristeza únicamente, sino también por los años perdidos y desperdiciados. Porque él siempre volvía y suplicaba mi perdón, con palabras bonitas, con una joya... Yo dudaba, pero, al final, me convencía de que me quería y me hacía creer que era yo la que había hecho algo mal.

Todo por las dudas. Las mismas que acabo de sentir hace un minuto, cuando me ha pedido perdón.

Capítulo 8

Darío

La mejor guinda para el día de hoy es tomarme una copa junto a Aarón en un local de moda. Buena música, chicas guapas y los combinados más exquisitos que se pueden disfrutar en la ciudad. Diviso a mi amigo en la barra, pensativo, dándole vueltas a la bebida de color verde que sujeta entre los dedos. A pesar de llevar el cabello al natural y haberse desprendido de la corbata, continúa vistiendo uno de sus trajes de marca. Perfecto. Hoy no es día de sexo para él.

—Un dry martini, por favor —le pido al camarero cuando ya me he sentado al lado de Aarón.

—Para ciertas cosas sigues siendo un tradicional —me suelta mi ayudante después de dar un trago a su combinado.

—Por supuesto —respondo—, y no me escondo. Ya verás cómo, en un tiempo, te lo demuestro más aún.

—Joder, Darío, si ya resultó execrable el numerito de la sala de juntas, el de hoy me ha parecido patético.

—¿Te refieres a decirle a Paula que fuera a tu despacho a última hora sabiendo que no ibas a estar? ¿Sabiendo que yo estaría en tu lugar?

—Exactamente —contesta mientras pone los ojos en blanco—. Me he sentido como el estudiante que pega chicles en la silla de la profesora.

—¿No vas a preguntarme si ha dado resultado? —le pregunto antes de darle un trago a mi copa.

—Con esa cara que traes de «me la he follado», no hace falta que te pregunte nada.

—No hemos llegado a tanto, pero casi. Tenerla dispuesta para mí encima de tu mesa me ha resultado un tanto chocante —le digo con jocosidad.

—Joder... —gruñe—. Espero que valgan la pena todas las artimañas que estás utilizando, porque si llegaras a algo con ella algún día y se enterase de tus manipulaciones...

—Pero no se va a enterar —lo corto—. Te veo un poco malhumorado, colega. ¿Por qué no intentas ligarte a cualquiera de las guapísimas chicas que nos rodean? —Giro el taburete para apoyarme en la barra y tener una buena vista panorámica del local—. Fíjate en aquella de allí, la de la blusa negra ajustada. Tiene cara de buscar acción. Y tiene unas buenas tetas.

—Y tú me la señalas por las tetas, no porque lleve el pelo teñido de azul. Vete a la mierda, Darío.

—Joder, Aarón, no te cabrees. Sólo quiero decirte que a mí siempre me ha gustado admirar la mercancía antes de probarla. No entiendo que puedas quedar con mujeres sin haberlas visto antes.

—Porque sólo es sexo, Darío, te lo he dicho miles de veces. Me importa una mierda su cara, su edad o su aspecto.

—Yo también busco únicamente sexo, amigo, pero quiero que tengan un aspecto agradable. En fin, ya no voy a pincharte más. Veo que no tienes tu día.

—No, no tengo mi día —refunfuña—. Será mejor que me vaya. Aquí te dejo con toda una selección de mujeres para elegir. Oh, no, perdona. Ahora te has obsesionado con una sola y no pararás hasta tenerla debajo. O encima. Hasta mañana, *jefe*.

Río cuando se marcha. Y no porque no lleve razón, puesto que sí, no pararé hasta tener a Paula debajo, o encima. Y más ahora que acabo de comprobar que, como pensaba, ella está igual de deseosa que yo por estarlo.

Cuando ha admitido su deseo por mí, no he podido sentirme más

satisfecho. Tal vez le haya insistido más de la cuenta o haya montado un par de escenas favorables a mí, pero, al final, ha acabado cayendo. Lo veía venir.

Doy un trago a mi bebida para enfriarme un poco por dentro, porque, si sigo recordando nuestro encuentro, inevitablemente acabaré pensando en el beso. Joder, debería haber hecho como en la discoteca, bajarle las bragas y follarla allí mismo con lo dispuesta que se ha mostrado. Pero esta vez voy a hacerlo bien. Quiero a Paula para algo más que un polvo. Bueno, sí, admito que estoy loco por follármela de todas las formas posibles, pero me apetece algo más. Empiezo a estar un poco cansado de sexo por sexo con mujeres que, a la larga, no se diferencian tanto de las que se tira mi ayudante, puesto que, a pesar de gustarme físicamente, no conozco nada más de ellas, ni siquiera me importan. Ya son cuatro años los que llevo así, follando por follar, y creo que ha llegado el momento de algo más, de algo diferente, de algo que no me haga pensar tras un polvo: ¿ya está? ¿Esto es todo?

—Hola, guapo. —No me había dado ni cuenta de que tenía a mi lado, precisamente, a la chica del pelo azul y las buenas tetas—. Llevo rato observándote y no dejas de sonreír. ¿Por qué no me cuentas de qué te ríes? Tal vez prefieras reír conmigo.

De nuevo, no he tenido que mover un dedo para tener a una mujer dispuesta para mí frente a mis narices.

—Y ¿de qué iba a reír contigo? —le pregunto.

—Ven a mi casa y lo compruebas por ti mismo. —Para decir esta última frase, ha pegado su boca a mi oreja y colocado su mano en mi bragueta. Humm, sí, dedos expertos, que, más que hacerme reír, me elevarían al cielo.

Mi amigo debe de tener razón y lo mío comienza a ser de locos, porque voy a rechazar a esta preciosidad. Sólo tengo en mente el momento en que mañana haga llamar a Paula y ella me dé una respuesta.

Capítulo 9

Paula

Es tarde cuando entro por la puerta de casa, y parece que todo está a oscuras. A tientas, no sea que encienda una luz y pueda molestar a alguien, llego hasta la cocina y pulso únicamente el interruptor de la luz de la campana. Con esa tenue iluminación, puedo ver que me han dejado algo de cena sobre la encimera, cubierto con papel de aluminio. Sin embargo, no me molesto en destapararlo. Me he quedado sin hambre.

Cuando ya voy a marcharme de la estancia, algo me hace refrenarme. Es un olor poco habitual en la casa y bastante desagradable. Inspiro con fuerza y reconozco el olor a puro. Me giro en busca de su origen y observo el resplandor rojizo del cigarro a través de la puerta vidriera de la cocina que da a un pequeño patio donde tendemos la ropa. Abro la puerta y no puedo evitar una sonrisa al contemplar a Emily sentada en una silla plegable de playa mientras se fuma un enorme puro. Más gracioso aún que el hecho en sí es ver que viste como si fuera a presentarse esta misma noche en la gala de los Óscar. Lleva un largo vestido cubierto de lentejuelas y una diadema en el pelo de la misma tela, aparte del cargante y esmerado maquillaje.

—Emily —digo para advertirla de mi presencia—, ¿qué haces aquí a estas horas?

—A mi edad no necesito dormir mucho —me responde—. Además, es la única hora del día en la que puedo entregarme a uno de los pocos vicios que puedo permitirme sin que me vean mis sobrinas.

—Eres toda una Sarita Montiel —bromeo—. Sólo te falta ponerte a cantar *Fumando espero*.

—¿Quieres un poco? —Me ofrece el cigarro y niego con la cabeza—. También tengo cigarrillos. —Abre su bolso y me muestra todo un surtido—. Tengo rubio, negro, mentolados...

—De verdad que no, gracias —le digo—. Joder, Emily, pareces un contrabandista cualquiera.

Sonrío, pero sé perfectamente que ella ha captado que mis ojos no sonrían y mi mente anda algo lejos.

—Le he sonsacado algo a mi sobrina —me comenta tras una calada y la consiguiente expulsión de humo—. Creo que andas un poco taciturna porque te debates entre ser la amante de uno de tus jefes o seguir con tu «apasionante» vida.

—He captado tu ironía, Emily —le digo con una mueca.

No, claro que no es cierto que mi funesto ánimo se deba a esa cuestión. Pero ahora mismo prefiero que crea eso a tener que explicarle el motivo real o hablarle de Abel y la llamada telefónica que me ha trastornado.

—¿Te he dicho alguna vez la multitud de amantes que pasaron por mi cama?

Creo que unas mil doscientas veces.

—Pues deberías saber —continúa— que fueron muchos y muy variados, y que de cada uno de ellos saqué alguna nueva sabiduría. Mis ansias de vivir eran las que me guiaban entonces, y no me arrepiento de ello.

—Supongo que eran otros tiempos —le digo—. Y tú eras una diva del teatro y yo no soy nadie.

—No digas algo así —me reprocha—. Todos somos personas de este mundo, con una vida que debemos transformar en nuestra propia historia. ¡Eso es lo que tienes que hacer tú! ¡Convertir tu vida en una historia única!

—Mi vida, hasta ahora —respondo—, no ha tenido mucho que transformar. No puedes comparar tu vida con la mía.

—Pues más a mi favor. —La antigua actriz se incorpora un poco más en su silla plegable y posa el cigarro en un cenicero de plástico con la publicidad de una desaparecida marca de cerveza—. Eres muy joven, Paula, todavía estás a tiempo de reescribirla. Si no lo haces, nadie lo hará por ti. Mírame a mí. —Hace una mueca—. Si no hubiera hecho lo que me hubiese dado la gana, ahora sería igual de vieja, de pobre y de decrepita y, para colmo, ni siquiera tendría mis recuerdos. Pero hice lo que me apeteció y viví intensamente.

Aunque ella cree que me está aleccionando para que me lance y tenga un amante cuando me plazca, sus consejos, sin que lo sepa, me están sirviendo para cualquier ámbito de mi vida y mi ánimo actual.

—Haz —insiste—, sobre todo, aquello que antes te daba miedo. Es la mejor forma de sentirse viva y de no arrepentirse nunca de lo que no hiciste. Y si la gente no está de acuerdo o te critica, que les den. Nadie podrá devolverte luego lo que no has vivido.

—Agradezco tus consejos, Emily. Aunque —sonrío con picardía— debes saber que mi cara de abatimiento se debe al cansancio y a un largo día de trabajo. En realidad, ya había decidido que tendría una aventura con mi jefe.

La mujer profiere una larga carcajada que deja ver su perfecta dentadura.

—Bravo, Paula, me alegro. Espero que, a pesar de todo, mis consejos te hayan servido para algo más.

Me guiña un ojo y me deja sin réplica. Esta señora tiene una especie de radar que detecta los sentimientos de las personas.

—Por cierto, Dánae debe de estar despierta todavía. Me dijo que, fuera cual fuese la hora a la que llegaras, te esperaba en su habitación.

Le doy un beso en la mejilla para agradecerle su apoyo y voy en busca de su sobrina. Doy un par de toques en la puerta de su cuarto, que abro tras su permiso, y me la encuentro leyendo en la cama con la luz de su mesilla de noche.

—Menudas horas. —Suelta el libro y se incorpora—. Esa gentuza te está

explotando, joder.

—He tardado un poco más de la cuenta —le aclaro—, pero no todo ha sido trabajo. —Me siento en el filo de su cama y compongo una expresión pícaro.

—¡Te has tirado a San Martín!

—¡No! —exclamo—. No seas burra, Dánae. Sólo hemos hablado, nos hemos besado... y le he dicho que lo pensaría.

—Humm, detalles escabrosos..., cómo me gustan. Aunque ese tiempo que le has pedido ha sido para despistar, ¿verdad?

—Por supuesto.

Las dos estallamos en carcajadas, hasta que recuerdo que me debe una explicación.

—No disimules hablando de mí y desembucha, guapa. Todavía estoy esperando que me expliques tu forma de tener sexo de forma discreta.

—Muy fácil: tengo citas por internet.

—¡Dánae! —grito—. ¿Por internet?

—¿Qué pasa? —se defiende—. Es una forma tan buena como cualquier otra. Formo parte de una web de contactos, donde, siempre con pseudónimo, quedamos en algún lugar de Barcelona, alejado de miradas indiscretas. Se llama Relax.com, y hasta ahora he quedado satisfecha con el resultado. Nótese el doble sentido de la expresión... —Ríe y me hace reír a mí, aunque no me acaba de convencer.

—No sé, Dánae, no quiero parecer una antigua, pero esa forma de quedar... con desconocidos...

—¿Conoces tú acaso a San Martín? No veo que sea tan diferente.

Me ha dejado sin respuesta. Hasta ahora no lo había visto así, pero tal vez lleve razón. Debe de ser que, a pesar de que voy a hacer algo que jamás imaginé hacer, todavía me considero demasiado tradicional.

—Perdona, Paula —se disculpa—. No era mi propósito darte ninguna lección. Sólo decirte que eso es precisamente lo que busco, tipos anónimos.

—Me mira con una expresión un tanto triste—. Tengo una hija adolescente y vivo en la casa de mi tía, donde mi sueldo es el único que entra. Lo último que busco es conocer a alguien y tener una relación. Sólo necesito un desahogo de vez en cuando que no funcione con pilas. —Reímos las dos de nuevo.

Definitivamente, tiene razón. Nuestras razones son diferentes y muy parecidas al mismo tiempo, por eso tenemos el mismo objetivo.

—A mí me dejó preñada un cerdo que no quiso saber nada del tema —me explica—, y a ti otro cerdo te maltrató. Lo lógico es que, ahora, sea nuestro turno; que seamos nosotras las que los utilicemos a ellos. Sin enamoramientos ni gilipolleces.

—No tienes que convencerme de nada —ríe—. ¿Para qué buscar el amor cuando podemos tener sólo sexo?

—Discreción, por favor —me dice cuando hemos acabado de reír—. Suelo aprovechar las ocasiones en que Noa se queda a dormir en casa de su amiga para programar mis citas.

—Lo mismo digo. No quiero que nadie sepa en la empresa que me he acostado con el presidente. Aunque sólo vaya a ocurrir una vez.

—Por supuesto —me confirma—. Lo malo va a ser lo largos que se me van a hacer los días hasta que mi hija pase la noche fuera —ríe—. ¡Con tanto hablar del tema, me han entrado unas ganas...!

Decidida, camino con paso ligero a través de los corredores que separan las distintas secciones. Tal y como le dije ayer a San Martín, Aarón me ha hecho llamar como si tuviese alguna duda con el último proyecto que les envié. Una vez en la zona de presidencia, dudo si llamar a una u otra puerta, pero Aarón me facilita la decisión cuando sale del despacho de su jefe y me la deja entreabierta.

—San Martín te espera, Paula.

Lo dice tan tranquilo, como si me estuviera esperando realmente para una cuestión laboral. He de suponer que el ayudante está acostumbrado a este tipo de cosas. Como cuando lo vio liarse conmigo en la discoteca, o cuando le haya explicado el motivo por el que vamos a hablar ahora, o le haya hablado de la intención que ambos tenemos de liarnos... Por un instante, vuelvo a sentir el rubor en las mejillas, avergonzada por lo que pueda estar pensando de mí. Lo bueno de Aarón es que es un profesional ante todo y jamás parece tener una mirada de reproche, de diversión o de burla cuando se trata de su jefe.

—Gracias.

Esta vez, el presidente no me espera tras el refugio de su teléfono, sino sentado al otro lado de su mesa sin dejar de observarme. Su silueta imponente se recorta contra la claridad del ventanal que tiene a su espalda, y me da la sensación de que ésa es, precisamente, su intención: la de impresionarme.

—Hola, Paula.

—Buenos días, señor San Martín.

—¿Vienes a darme una respuesta?

Sonrío para mis adentros. Sí, acepto que pretendiera impresionarme, pero no me parece que lo haya conseguido demasiado. Y no lo ha hecho porque no ha podido disimular la expectación que le produce el deseo de saber mi respuesta.

—Por supuesto —le digo de forma que parece que tratemos de cualquier tema de trabajo.

—¿Y bien? —Lo dicho: sus ojos claros no pueden esconder el ansia de saberse vencedor.

—Mi respuesta es «sí». Usted y yo podremos tener una pequeña aventura.

—Fantástico. —Cómo no, ahora sus ojos brillan aún más y su boca depredadora se curva en una mueca de satisfacción—. Pero, ahora que vamos a... intimar, creo que puedes llamarme Darío.

—Lo dudo, señor San Martín. —Prosigo con mi seriedad porque no quiero que me malinterprete o crea cosas que no van a suceder—. Dentro de la empresa, usted seguirá siendo un alto cargo que nada tiene que ver conmigo. Así que, en cualquier recinto de la misma, continuaré dirigiéndome a usted como tal.

—De acuerdo —contesta con el ceño algo fruncido.

—Porque ha de quedarle claro que aquí, aparte de su ayudante, que supongo está al tanto de todas sus correrías, nadie va a tener ni la más mínima sospecha de que algo pueda estar pasando entre usted y yo.

—Nunca me ha importado que la gente hable, pero si ése es tu deseo, lo respeto.

—La gente podrá seguir hablando —le aclaro—, pero no de mí. Usted podrá seguir con sus novias, amantes o con quien le plazca. No exijo fidelidad ni exclusividad. Únicamente tendremos algún encuentro sexual que se podrán prolongar hasta que uno de los dos decida que se han acabado.

—¿Has terminado? —me pregunta claramente irritado.

—De momento, eso es todo —le contesto—. ¿Nos veremos en algún motel o algo parecido?

—No. —Coge una de sus plumas y garabatea algo en la hoja de una pequeña agenda que tiene sobre la mesa—. Ésta es la dirección de mi apartamento en la ciudad. —Me ofrece la hoja después de arrancarla—. Dispone de aparcamiento en los bajos del edificio. Me encontrarás allí todos los días menos fines de semana y festivos. ¿Cuándo tenías pensado ir?

—¿Le parece bien hoy mismo?

Mi pregunta lo sorprende hasta el punto de parar sus movimientos y quedarse algo confundido.

—Hoy mismo estará perfecto. No tengo ninguna reunión ni plan previsto.

—Pues entonces —le digo mientras doblo el papel con la dirección y me lo guardo en el bolsillo de la camisa—, hasta luego, señor San Martín.

—Hasta luego, Paula —lo oigo decir mientras abro la puerta y salgo de su

despacho sin apenas mirarlo.

Bien. Creo que le ha quedado claro que lo mío no va a llegar ni a aventura, rollo o lío de faldas que él pudiese haber imaginado. No soy el trofeo de ningún hombre que demuestra su hombría según las amantes que es capaz de tirarse o de las veces que las cambia. Me apetece sexo porque jamás lo he tenido satisfactorio, y porque este hombre me pone. Punto.

Llego a mi sección y diviso a Dánae haciéndome un gesto con la mano para que me acerque. Está mirando por la ventana y compone una expresión con la que parece anunciar que ha descubierto América.

—Mira —me dice señalando hacia la ventana—, como te dije, desde aquí puedo ver las visitas de San Martín. Esa que ves entrando por la puerta es Celia, su amante, la que más tiempo le ha durado hasta ahora. Llevan varios meses juntos, aunque hay rumores de una posible ruptura. Algo que no puede saberse con certeza porque ella representa a una empresa anexa a la nuestra y es normal verla aparecer por aquí.

—Seguro que siguen juntos —comento mientras diviso a la mujer morena que ya vi salir de su despacho.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—No, pero el otro día los vi juntos, y saltaba a la vista que hablaban de forma muy íntima. Además, hoy me ha dicho que sólo podremos quedar en días laborables porque durante los festivos tiene sus propios planes.

—No me lo puedo creer —susurra mientras aprieta los puños y abre al máximo sus ojos azules—. ¡Has quedado con Darío San Martín!

—Chist, calla —sonrío—. Ya te dije que ésa era mi intención.

—¿Dónde habéis quedado?

—En su apartamento. —Saco la hoja de papel donde ha escrito la dirección y se la muestro—. Está en Barcelona. Supongo que en medio de una gran ciudad es más discreto.

—Sí, es ahí donde dicen que tiene sus citas. Espero que no te topes con las cosas de Celia —me dice con una mueca.

—Me da exactamente igual —replico—. Ya le ha quedado claro que entre nosotros no va a haber nada más allá de un revolcón.

—Así me gusta. —Aprieta mi mano—. ¡A ver si se han creído algunos tíos que sólo ellos van a poder usarnos como clínex!

—Lo único que me sabe mal —le digo con cara de circunstancias— es que esta tarde tendrás que volver sola a casa.

—No te preocupes —sonríe pícaro—. Es por una buena causa. Le diré a César que me acerque, aunque siempre puedo recurrir al autobús de la empresa que nos lleva hasta el pueblo, tal y como hacía antes de que tú llegaras.

—Gracias, Dánae, pero seguramente esto será cosa de un solo día. Dudo mucho que un tipo de la experiencia de San Martín quiera alargar una aventura con alguien como yo, cuya mayor proeza sexual de su vida la tuvo con él mismo y porque estaba colocada.

—Pero le dejaste huella, está claro. —Me guiña un ojo.

—Ya, sobre todo en la ropa, después de la vomitona —ríe—. Será mejor que volvamos al trabajo o tu querido Aarón nos echará la bronca.

—¿Mi querido Aarón? Por favor, no digas chorradas... —Pone los ojos en blanco antes de sentarse en su sitio. Durante un solo instante me ha parecido ver un leve rubor sobre sus mejillas.

Sonrío. Supongo que no hay edad máxima para los amores platónicos.

Voy siguiendo las indicaciones del GPS mientras conduzco. No me conozco bien la ciudad y me resulta caótico el tráfico, la cantidad de carriles para cada vía o no saber cuándo podré girar en cada cruce. Por fin, encuentro la calle y diviso el edificio que, tal y como me ha dicho San Martín, dispone de aparcamientos cubiertos en los bajos. Estaciono en el hueco que veo libre junto al coche del presidente, el cual reconozco de verlo en la empresa: un

fantástico todoterreno de color negro, el modelo más caro y lujoso de la marca que preside.

Antes de apearme, me miro en el espejo interior, repaso el carmín de mis labios y me echo unas gotas de perfume. Inspiro. Ahora no voy a echarme atrás, qué tontería.

Dudo cuando tengo que tocar el timbre del portal. Mi dedo se queda en suspensión frente al número que debería pulsar, sin acabar de atreverme a hacerlo. Pero parece que para eso sí me ha puesto las cosas fáciles la Providencia, pues un vecino que sale a la calle abre en este momento y me pregunta si quiero entrar.

—Sí, claro, gracias —respondo. O eso, o irme corriendo.

Mientras subo en el ascensor, ya me siento fatal. No entiendo por qué, pero es una especie de remordimiento, como me ha pasado cada vez que he intentado hacer algo en mi vida fuera de lo convencional. Comienzo a oír la insidiosa vocecilla que habita en mi cabeza y que jamás ha dejado de martirizarme, diciéndome una y otra vez: «¿Qué haces, Paula? ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿De verdad? ¿Amante de ese pedazo de tío? ¿Desde cuándo te crees una rompecorazonas? Lo más probable es que San Martín se haya reído de ti. Tú no excitas ni a un ciego. No eres guapa, ni eres simpática o graciosa. Eres vulgar, del montón, de las que deberían conformarse con lo que ya tenían...».

—¡Basta! —murmuro entre dientes—. Déjame en paz.

Esa que me habla no soy yo, ni mi conciencia, es él, Abel, mi ex, y ya no está conmigo, ya no puede dominarme. Ahora puedo hacer lo que me dé la gana. Ya no existen los gritos ni los reproches, los golpes o las lágrimas.

El espejo del ascensor me devuelve una imagen algo fantasmagórica, pero he regresado a la realidad. Cada vez que me asaltan esos horribles pensamientos, sólo tengo que hacerlos callar y hacerles saber que yo soy más fuerte. Que la Paula débil se quedó tirada en el suelo de la cocina de su casa,

cuando su amiga Micaela la encontró molida a golpes con el rostro desfigurado. Ahí murió, dejando que naciera la nueva Paula.

Bien. Ya estoy mejor. Mis tacones retumban en las baldosas del rellano antes de que vaya a llamar al timbre. Vuelvo a dudar un instante, esta vez sólo por pensar que quizá no esté a la altura de un hombre como el que me espera tras esa puerta.

Retrocedo unos pasos. Puedo haber dejado atrás el miedo, pero no la sensatez.

Joder, ¿qué hago?

A punto estoy de volverme hacia el ascensor cuando oigo una conocida voz a mi espalda.

—¿Paula? He oído pasos frente a mi puerta y he pensado que serías tú. ¿Adónde vas?

—A ninguna parte. —Alzo la barbilla y me planto ante él.

Uf, madre mía. Si con traje, corbata y gemelos está imponente, ahora mismo, sólo con el pantalón y la camisa blanca, está para enmarcarlo.

—Pasa, por favor.

—Gracias —contesto mientras accedo a la vivienda y doy un rápido repaso visual.

Es un apartamento de dimensiones bastante aceptables, aunque me esperaba algo más sofisticado. Hay sólo unos pocos muebles, y la decoración se limita a un televisor, una alfombra en color blanco y unos pequeños focos de luz en los techos que pueden graduarse en intensidad. Lo más resaltante, con diferencia, es el tono que cubre las paredes, de un intenso color carmesí.

Un picadero en toda regla.

—No estaba seguro de que vinieras. —Sin dejar de hablar, se dirige a un mueble bar y extrae una bandeja con botellas y vasos. En dos de ellos arroja unos cubitos de hielo que después cubre con whisky. Le da un pequeño sorbo a uno y me ofrece el otro.

—No bebo, gracias —lo rechazo.

—Vamos —me insiste—, te sentará bien.

Tiene razón, un poco de alcohol me quitará esta vergüenza que siento ahora mismo. Doy un trago y lo siento bajar por mi garganta mientras me calienta desde la tráquea hasta el estómago.

—Pues aquí estoy —respondo a su primera afirmación.

—Ya lo veo —susurra mientras bebe.

—Bonito piso —le digo para dejar de sentir su excitada mirada—. El color de las paredes es muy... interesante.

Sonríe, pero tarda unos segundos en decir algo.

—Mi intención no es dar una falsa impresión —explica—. Este apartamento tiene, sencillamente, el cometido que estás pensando. Tengo una casa en otro lugar, donde estoy todo el tiempo que me permite el trabajo. Aquí procuro relajarme.

Muy sutil.

—Espero no haberte asustado con esa afirmación —continúa—. Tranquila, no voy a abalanzarme sobre ti.

—Lo sé —respondo.

Y es cierto, sin saber el motivo concreto, no he temido en ningún momento que vaya a comportarse como un animal en celo. Lo que me preocupa es pensar que pueda tener a una mujer esperándolo en ese otro lugar que me dice. Y no Celia, precisamente, sino una esposa. Observo su dedo carente de anillo, pero eso no dice mucho. Abel se lo quitaba aduciendo que se le podía enganchar o perderlo, pero no eran más que excusas para parecer soltero.

—¿Está casado?

Mierda, ¿y a mí qué me importa? Me daría de puñetazos por preguntar eso.

—No, no he vuelto a casarme —me responde.

—Ya —contesto, dando por hecho que está divorciado—, supongo que, como yo, después de un divorcio no vuelves a pensar en ello.

—¿No has oído nada sobre mí? —me pregunta, algo desconcertado—. Soy viudo. Mi mujer murió hace más de cuatro años. Me extraña que no te lo hayan dicho por ahí.

Tierra, trágame y no vuelvas a permitir que salga... En cien años, por lo menos.

—Yo... lo siento, de verdad, no tenía ni idea...

Cuando me encuentre a Dánae o a Aarón, los mato.

—No importa, ya ha pasado tiempo —me dice—. ¿Y tú? Sé que estás divorciada. ¿Qué ocurrió?

Un latigazo de frío acaba de recorrer mi cuerpo.

—Verá, señor San Martín...

—Darío —me corrige—. Quedamos en que, una vez fuera de la empresa, me llamarías por mi nombre.

—Pues, verás, Darío, querría que te quedara una cosa clara. No he aceptado venir aquí para que hablemos de nosotros. No me importa tu estado civil, lo que has hecho durante el día o hace un año. No voy a contarte nada de mi vida ni de mí, y, por supuesto, no hablaremos de trabajo. Si te parece bien así, perfecto, si no, me marchó ahora mismo y nos ahorramos problemas.

—Parece que lo tienes todo bien pensado —dice tras dar un trago.

—No es porque esté acostumbrada a esta situación. Antes de nada, deberías saber que nunca he hecho algo parecido, que mi experiencia es demasiado pobre, que no entiendo que tú hayas podido fijarte en mí aunque sea sólo para pasar un rato...

—Lo sé, Paula —me interrumpe—. Precisamente es mi experiencia la que me dice que tú no la tienes. A pesar de nuestro «repentino» primer encuentro.

—Ya. —Compongo una mueca al pensar que fue consciente de mi poca destreza—. Todavía no te he pedido disculpas por haberte vomitado encima. Yo...

Mierda, no debería darle explicaciones. Tengo muy claro lo que debo y lo

que no debo hacer o decir. La vulnerabilidad es para la otra Paula, no para la nueva, la que ha decidido presentarse aquí.

—¿Qué te parece —vuelve a interrumpirme al verme algo inquieta— si nos sentamos un poco y tratamos de romper el hielo? No creo que relajarnos un momento vaya a quebrar alguna de esas normas tuyas.

Con una sonrisa amistosa, me señala el sofá y ambos nos sentamos en él. Darío se acomoda colocando un brazo sobre el respaldo, con el vaso en la mano y con el cuerpo orientado hacia mí. Creo que lo mejor será imitar un poco esa pose relajada.

Yo también me dejo caer en el respaldo y doy un par de pequeños sorbos a la bebida. A pesar de lo extraño de la situación, este hombre consigue calmarme con sólo una de sus sonrisas. Tiene razón. No creo que se salga de mis normas que charlemos un poco antes de... lo que vaya a pasar.

—Estás perdonada por vomitarme encima —comienza a decir mientras compone un mohín con sus bonitos labios—. Verme obligado a tirar mi ropa y mis zapatos valió la pena.

Creo que he conseguido no ruborizarme ante ese comentario. Al menos, no me parece sentir calor en mis mejillas. Por eso, me lanzo y decido que hablar de esa noche es aceptable para tomar algo de confianza sin llegar a tenerla del todo.

Difícil de entender, lo sé, pero yo me entiendo.

—Espero haberlo enmendado de alguna forma si hubo otra ocasión en la que te bañé en agua embotellada. Una cosa por la otra, quiero decir.

Qué poca gracia tengo, por favor. Será mejor que no vuelva a intentar hacer un chiste o quedaré fatal.

Sin embargo, Darío sonríe. Y me mira. Me encanta que haga las dos cosas.

—¿Qué pasó ese día? —le pregunto—. ¿No me reconociste o decidiste reírte un rato de mí?

—Por supuesto que te reconocí. Pero, dado el momento de nervios por el que estabas pasando, decidí no decirte nada. ¿Te imaginas, ante todo el

consejo de administración, después de haber dejado caer todas las botellas, que me hubiese dirigido a ti? Que hubiese dicho: «¡Vaya, menuda coincidencia...! ¡Si es la chica que me tiré en la discoteca!».

—Ya, claro —sonrío sin poder evitarlo.

—¿Por qué tus amigas te pusieron algo en la bebida? ¿Querían que te lanzaras después de tu divorcio?

—Algo así —contesto con cautela.

—¿Cuánto hace que te divorciaste?

—Darío...

—Vamos, Paula. Yo te he contado que llevo más de cuatro años solo, y seguro que tú misma has deducido que, desde entonces, sólo me interesan cierto tipo de mujeres y de relaciones.

Ya lo sé, joder. Ya lo imagino. Pero si ahora él comienza a contarme lo mal que lo pasó con la muerte de su amor y prosigue con que después ninguna mujer podrá estar a su altura y que por eso únicamente las utiliza para el sexo, esto puede acabar en drama. Más todavía si yo continúo con mi historia de maltrato para rematar el clavo. Podríamos acabar los dos llorando.

—Algo que yo no te he pedido, Darío. ¿Por qué ese interés en que hablemos de nosotros si ambos sabemos para qué estoy aquí?

—Tienes razón —suspira—. No me hagas caso. —Suelta la copa sobre la mesa que tiene a un lado del sofá y, después, retira la mía de mi mano para hacer lo mismo—. ¿Qué es lo que te gusta, Paula?

—¿A qué te refieres?

—En el sexo. ¿Qué te gusta hacer? ¿Alguna preferencia o manía?

—Pues... —No tengo ni idea. Es la primera vez que un hombre me pregunta algo así o espera que yo dé el primer paso. Aunque le veo perfectamente su lado bueno y tengo que aprovechar la ocasión.

Por fin, bajo la vista hasta su pecho. Al haberse desprendido de la corbata, ha desabrochado algunos botones de la camisa y ofrece una magnífica vista de su tórax cubierto de vello. Recuerdo que, aquella noche, sentí una

imperiosa necesidad de besarlo ahí y no lo hice, así que ya tengo muy claro lo que más me apetece.

Sin decirle nada, me deslizo sobre el sofá para acercarme a él y poso mi mano sobre su camisa. Darío me mira con las pupilas dilatadas pero tampoco dice nada y me deja hacer. Comienzo a desabrochar el resto de los botones de la camisa, lentamente, deleitándome con el tacto de la tela y de su piel. Cuando consigo pasar todos los botones por su ojal, abro la prenda del todo y dejo a la vista la totalidad de su tronco, desde el tórax hasta la cintura. A punto estoy de relamerme cuando contemplo el amplio pecho y su abdomen plano. Una mata de oscuro vello cubre la piel que tanto ansío besar.

Aún en silencio, inclino la cabeza y poso los labios en el centro de su pecho. El vello cosquillea mis labios y el calor de su cuerpo se funde con mi piel. Cierro los ojos ante las sensaciones que me invaden y me producen tan esperado placer.

Pero no pienso detenerme aquí. Sin despegar la boca de su piel, me desplazo hacia un lado y me topo con uno de sus pezones, que aprovecho para circundar con la lengua y lamerlo, y lo mismo hago con el otro.

Acabo de percibir la inspiración que ha hecho y el imperceptible jadeo que ha exhalado. Bien. Me lo estoy pasando genial, pero mucho mejor si sé que él no es inmune a mis caricias.

Ese gemido suyo me da alas, y decido pasar mi lengua por mucha más superficie, desde su pecho hasta su abdomen, subiendo de nuevo por sus costados y acabando en su cuello mientras mis manos abarcan sus hombros. Siento la aspereza bajo mi boca y mis manos, y su piel está tan caliente... De pronto, después de besar y lamer su nuez de Adán, siento que toma mi rostro entre las manos y me mira durante largos segundos mientras su respiración agitada calienta mis labios. Tras un descarnado gemido, se apodera de mi boca y me besa de una forma apasionada, profunda, enredando su lengua en la mía, saboreando cada hueco y cada rincón. Sin dejar de besarme, me lanza contra el sofá y comienza a desprenderme a tirones de mi blusa y mi falda,

hasta dejarme en ropa interior. Él sólo está vestido de cintura para abajo, y se coloca de rodillas sobre la alfombra mientras yo sigo sentada en el sofá.

—¿Tienes algún problema en que lo hagamos aquí mismo? —me pregunta con voz ronca.

—No, ninguno —respondo expectante.

Tal y como esperaba, no procede a abrirme de piernas sin más. Como el amante experimentado que es, comienza por una de mis piernas, tomando mi pie todavía calzado con el zapato, y desliza la lengua por mi pantorrilla, mi rodilla y mi muslo. Sigue subiendo, se detiene un instante sobre mis braguitas y continúa besando mi estómago. No puedo expresar lo que esas caricias producen en mí, el placer de sentirme adorada por un hombre como Darío.

Cuando llega a la altura de mis pechos, se deshace del sujetador de forma diestra y se queda unos segundos admirándolos antes de lanzarse sobre ellos y comenzar a lamer y a mordisquear mis pezones.

¡Dios! Ahora sí que estoy en el cielo. Ni siquiera sabía que mis pechos fueran tan sensibles, que pudiera alcanzar esta cota tan alta de placer con su estimulación. Abro las piernas y muevo las caderas por instinto al tiempo que me oigo a mí misma gemir de gusto.

—Tranquila, tranquila —me sosiega Darío con una de sus manos sobre mi vientre—. No te lances tan rápido, controla tu placer.

¿Qué dice éste de controlar nada? ¡Hace siglos que no me toca nadie, y no puedo más!

Me asalta la timidez otra vez por un segundo, ante sus palabras y la postura que mantenemos, pero no pienso más en ello en cuanto Darío agarra el borde de mis bragas, las desliza por mis piernas y las lanza al suelo, dejándome completamente desnuda frente a él, sólo con los zapatos puestos. Ahora sí debería sentir vergüenza, al contemplar su rostro entre mis piernas, pero, sorprendentemente, sólo siento deseo. Un deseo que hace que anhele como nunca que me hagan sentir placer únicamente por placer. Y Darío es sexo en estado puro.

Lanzo un grito cuando su boca aterriza en mi vulva y lame mis labios íntimos, alternando su lengua y la aspereza de su barba y sus dientes. Al apresar mi clítoris entre sus labios, estallo en un resplandeciente orgasmo que me hace gemir y mover las caderas de forma que embisten con fuerza contra su boca mientras él lame hasta el último fluido de mi clímax y deja que mis espasmos se atenúen.

Qué rabia haber acabado tan pronto. Darío es un hombre para saborear durante horas y yo no he sabido aprovecharlo.

Pero, por supuesto, no hemos terminado. Yo estoy desmadejada sobre el sofá y él se pone en pie para terminar de quitarse el resto de su ropa. Cuando lo contemplo desnudo ante mí, casi se me seca la boca. Si tuviera una pizca de sentido artístico, lo pintaba ahora mismo para inmortalizarlo sobre un lienzo y poder contemplarlo el resto de mi vida. Este hombre no aparenta esconder bajo su ropa elegante un cuerpo tan magnífico, alto, fuerte, fibroso, de piel morena cubierta de vello, sobre todo en su torso, en sus piernas y alrededor de su excitado miembro, que apunta erguido y grueso hacia mí.

Entre mis cavilaciones, contemplo cómo alarga la mano hacia la mesita de las bebidas, bajo la cual hay una repisa, de donde obtiene una caja de preservativos.

Muy previsor. Me da la sensación de que debe de tener provisiones por todo el apartamento.

Se sienta en el sofá, se pone el preservativo y, a continuación, tira de mí para que pueda colocarme sobre él.

—Ponte tú encima, Paula —me dice—. Así podrás controlar tu placer.

No esperaba menos de él. Amante experto y generoso. Ideal.

Hago lo que me dice y me pongo a horcajadas sobre sus piernas. Agradezco que la luz del día haya dejado paso a un cielo vespertino que me hace más fácil hacer lo que estoy haciendo. Darío también me ayuda, colocando su miembro en la entrada de mi cuerpo y tomándome de las caderas para que, con una fuerte embestida, pueda penetrarme hasta el fondo.

¡Dios! De nuevo el placer me asalta, me quema por dentro. Nuestros rostros están tan cerca que su aliento y el mío se mezclan en medio de nuestras respiraciones agitadas.

—Muévete tú —me dice—. Disfruta conmigo, Paula.

—Sí —gimo después de hacer lo que me dice.

Subo y bajo mientras él me acerca a su cuerpo para poder abarcar mis glúteos entre sus manos e introducirse mis pezones en la boca, alternando uno y otro.

Y yo me vuelvo loca. Lo cabalgo con fuerza, impulsando mis piernas, mientras observo cómo besa mis pechos. Enredo mis manos en su pelo, me abrazo a él, cierro los ojos...

—Paula —gime—, di mi nombre...

—Darío... —gimo yo también. Decir nuestros nombres en voz alta parece concedernos una dosis extra de placer.

Por eso vuelvo a alcanzar el orgasmo con rapidez, de una forma más potente que la anterior. Me parece sentir que mi cuerpo se rompe por dentro al tiempo que un fuerte grito surge de mi garganta y percibo los temblores de Darío cuando estalla en su propio clímax. Antes de que nuestros espasmos finalicen, atrapa mi pelo entre los dedos para buscar mi boca y nos fundimos en un beso profundo, mientras todavía nos estamos moviendo, alargando el placer, disfrutando hasta el último instante. Ni siquiera puedo calcular el tiempo que llevamos besándonos desde que el último retazo de placer se fundió en el aire. Sé que el espectacular momento ha terminado porque Darío ha comenzado a sembrar mi boca y mi rostro de pequeños besos, tiernos y suaves besos que me llenan de calor y me hacen sonreír cuando él también lo hace.

Y ahora es cuando recibo el impacto de un baño de realidad. Después del deseo, la pasión, el placer y los besos, me encuentro aquí, sentada sobre un hombre que, a la postre, es un jefe de mi empresa. Estamos los dos

desnudos, yo tengo aún su polla dentro de mí, estoy abrazada a su cuello y él me sonrío y acaricia mi pelo con ternura.

—¿Estás bien? —me pregunta de forma tierna—. Pareces algo... preocupada.

No me molesto ni en contestarle. Elevo mi cuerpo para poder desengancharme de él y me bajo del sofá. Recojo mis prendas de ropa desparramadas por el salón y las cuelgo en mis brazos junto a mi bolso.

—¿Puedo usar tu baño?

—Sí, claro —responde mientras se incorpora en el sofá—. En el pasillo que estás viendo, la primera puerta a la derecha. Hay toallas limpias en el armario.

—Gracias. —Usando mi ropa de pantalla para tapar un poco mi desnudez, me dirijo hacia donde me ha indicado, aunque paro un momento antes de salir del salón para decirle algo—. Necesito intimidad, por favor.

—No te preocupes.

Ha sido la forma más delicada que me ha surgido para decirle que ni se le ocurra seguirme y montarme un numerito de ducha.

Cuando cierro la puerta del baño, dejo mi ropa sobre el inodoro y recojo mi pelo para poder darme una ducha rápida sin tener que lavármelo. Después me visto, paso un peine por mi cabello y procuro no mirarme mucho en el espejo. Sólo he visto de pasada un rostro, el mío, algo serio pero con una imperceptible sonrisilla que le otorga un grado de satisfacción. Porque así me siento, satisfecha, porque lo más probable es que no vuelva por aquí, pero no me importa. Entiendo que no soy para nada la bomba sexual que este hombre esperaba, pero, durante unas horas, me he sentido libre, a la par que deseada. No sé si esto volveré a repetirlo con otro hombre, no tengo ni idea, ni ahora quiero pensar.

—*Carpe diem*, Paula —es lo único que le digo a mi reflejo antes de volver al salón.

Darío se ha puesto el pantalón y la camisa sin abrochar, aunque sus pies

asoman descalzos. Se está terminando la copa que dejó a medias sobre la mesita y parece serio y meditabundo. El pobre debe de sentirse mal por no saber cómo decirme que no es necesario que vuelva, que ya tiene un montón de candidatas haciendo cola como para perder el tiempo con una novata como yo.

—Bueno... —comienzo a decirle mientras me coloco el bolso al hombro.

No tengo ni idea de qué decirle. La frase «ha sido un placer» me parece de mal gusto. Si le digo «hasta la vista», puede que se crea que espero volver a repetir, y no quiero que piense que le estoy suplicando un nuevo encuentro. «Gracias», ni de coña...

—¿Te vas? —interrumpe mis pensamientos—. Pensé que, al menos, te quedarías un rato más. Podríamos pedir algo para cenar. Incluso puedes quedarte a pasar la noche, si te apetece.

¿Qué pretende este tío? ¿Ofrecerme alguna de sus especialidades para que no lo olvide? ¿O tal vez una compensación por los servicios prestados? No quiero sus limosnas para nada.

—No, Darío. No quiero charlas, cenas y mucho menos quedarme a dormir contigo. Ha pasado lo que ambos deseábamos y ya está. Ah, y no te preocupes, no tienes que quedar bien conmigo ni pensar la mejor forma de decirme que no vuelva.

—¿Eso crees? —me pregunta alzando una ceja—. ¿Que no quiero que vuelvas?

—Entiendo perfectamente que no soy como las mujeres con las que sueles salir, y mucho menos puedo ofrecerte lo que andas buscando.

—No —sonríe—, no eres como las mujeres con las que suelo salir. —De pronto, cambia su sonrisa por una expresión mucho más íntima y depredadora—. Y ¿qué es lo que ando buscando, Paula?

Mientras me pregunta, se acerca tanto a mí que vuelvo a sentir el calor que desprende su torso desnudo. Sus ojos claros recorren mi rostro y parecen divertidos, aunque no encuentro ni un matiz de burla en ellos.

—Dime, Paula —susurra a sólo unos centímetros de mi boca—, ¿qué es lo que busco? Aunque me da la impresión de que no lo sabes. Pero yo sí. O hace poco que lo intuyo.

—Pues... —trato de no parecer insegura—, supongo que lo que todos los tipos guapos e interesantes como tú: mujeres espectaculares y sexo espectacular. Así que... —me separo un poco de él porque su cercanía me trastorna— lamento mucho que no sea el caso.

Me dirijo a la salida, pero me detengo ante su demanda:

—Paula, espera.

Me doy la vuelta y lo observo abrir un cajón del mueble sobre el que se encuentra el televisor. En su interior hay una llave. La coge y la planta ante mí al tiempo que muestra la sonrisa más engréida del mundo, pero que a mí me sigue pareciendo la más preciosa y sensual.

—Toma —me dice—, cógela. Es la llave de este apartamento. Quiero que la tengas para que vengas cuando tú quieras. No es necesario que me avises, únicamente puedes venir y darme una sorpresa. Y espero que me las des muy a menudo.

Me quedo mirando la llave que aún sostiene entre sus dedos. Sólo le falta una argolla y un pequeño letrero con la inscripción «amante de turno» colgado de ella. Estoy segura de que debe de haber pasado por más manos que pelos tengo en la cabeza. Y también sé perfectamente que, llegado el día, me pedirá que se la devuelva como forma de dar por zanjado el tema.

Pero ¿y qué?

—Por favor, Paula —insiste—. Quiero que vuelvas.

No digo nada. Me limito a alargar la mano y a coger la llave.

—Buena chica —acaba respondiendo—. Ya sabes, puedes aparecer por aquí cuando quieras. Si yo no estuviera, te sirves una copa o, simplemente, te pones cómoda.

Sigo sin responder. Vuelvo de nuevo hacia la puerta y, antes de recorrer el pasillo del rellano, Darío se me acerca y me da un suave beso en los labios

como despedida.

—Ya verás, preciosa, cómo nos vamos a entender tú y yo.

Una vez se cierran las puertas del ascensor, me muestro a mí misma la llave que conservo entre los dedos. Sonrío de forma maquiavélica. Ha vuelto a creer que ha sido él quien ha ganado, pero, obviamente, la clara ganadora soy yo.

Capítulo 10

Darío

—¿Se puede saber qué es eso tan importante como para sacarme de mi sofá a estas horas? Y más si es para hacerme venir a un lugar tan cutre como éste.

Aarón no deja de refunfuñar desde que lo he llamado para quedar con él para tomar una cerveza. En esta ocasión, no he creído oportuno quedar en un sitio elegante donde nos sirvan el combinado del día. Simplemente, he sentido deseos de salir, beber algo y hablar con mi amigo.

—Además —prosigue mientras el camarero coloca sobre la barra otra jarra de cerveza igual que la mía—, ¿tú no deberías estar divirtiéndote con Paula en tu apartamento? ¿Qué ha pasado? ¿La chica es lista y lo ha pensado mejor?

—Paula ya ha estado en mi apartamento. —Doy un trago a la refrescante bebida—. Hemos follado y se ha largado.

—Y ¿qué esperabas? —comenta con sorna—. ¿Que se quedara a vivir contigo?

—Claro que no. Pero no esperaba esa fría respuesta por parte de ella.

—¿Por qué dices eso? —Vuelve al sarcasmo—. ¿No le ha gustado alguna de tus inmejorables técnicas para satisfacer a las mujeres?

—Joder, Aarón, ha estado genial pasar unas horas con ella. Pero ha sido terminar y volverse fría de repente, un puto témpano de hielo, como si pretendiera estar lo más alejada posible de mí.

—Aunque los dos sabemos que Paula es diferente, no esperaba que me

dijeses que fuera tan fría. —Compone una pose pensativa—. Lo más probable es que su divorcio no haya sido muy amistoso. Ahora no se fía de los hombres y no muestra sus sentimientos, ni para bien ni para mal.

—Sí —respondo igualmente pensativo—, eso creo yo también.

—Tal vez —continúa elucubrando— su marido pasaba de ella. O lo pilló en la cama con su mejor amiga y ahora ha decidido usar a los hombres tal como hicieron con ella. ¿Te ha contado algo?

—No me ha dicho ni la hora —refunfuño—. Es hermética, no deja salir un ápice de emoción. Ni siquiera cuando le he dado una llave del apartamento para que vaya cada vez que lo desee.

—Pero ¡Darío! —Ya sabía yo que me llevaba una bronca segura de su parte—. ¿No habías decidido, desde Celia, que no volverías a darle una llave de tu casa a ninguna mujer? No te entiendo. Luego no paras de quejarte de que no te dejan en paz y se resisten a marcharse. Además de pasar el mal trago de tener que volver a pedírsela o cambiar la cerradura.

—Ni yo mismo me entiendo —vuelvo a gruñir mientras deslizo una mano entre mi pelo—, pero no he podido evitarlo. Se iba, después de la intimidad compartida, completamente mentalizada de que no iba a volver por sus «escasas artes amatorias». Y ha sido cuando he pensado en la posibilidad de no volver a verla y no he podido consentirlo.

—¿Ha aceptado la llave?

—Sí; al menos, la ha cogido. Aunque no se ha molestado siquiera en sonreír, en enfadarse, en... algo.

—Ah, amigo. —Me da un par de amistosos golpes en la espalda—. Éste tenía que ser tu destino, que, justo la mujer a la que pretendes acercarte, sea ella la que decida que después del polvo no quiere nada más de ti. Aunque, de momento, no puedes quejarte si vas a volver a verla.

No sé si mi amigo lleva razón al decir que me gusta Paula únicamente por el hecho de ponérmelo difícil. Tal vez sólo una parte, porque, en realidad, no me ha rechazado. Pero puede que me interese más esta mujer porque no me

ha zorreado en ningún momento como la mayoría de las otras, ni me ha expuesto todos sus encantos como en un escaparate o ha intentado convencerme para que nos continuemos viendo. Odio que me supliquen.

Paula es diferente; contradictoria en cada uno de sus actos. Lo mismo da a entender que pasa de mí como que despliega toda su pasión nada más tocarla. Tengo bastante clara su inexperiencia, pero, al mismo tiempo, la he sentido vibrar más que a cualquiera de mis anteriores y versadas amantes. Disfruta conmigo tanto como yo disfruto con ella.

Paula es misterio. Y quizá sea debido a ello que lo único que yo deseo es averiguar algo más de ella.

—Parece que te alegres —le gruño a mi amigo—. Como si mereciera el castigo de la indiferencia por haber querido vivir despreocupadamente estos últimos años.

—Claro que no, Darío. —No me apetece mucho ponerme serio, pero a veces es inevitable, sobre todo si los amigos se empeñan—. Jamás se me ocurriría criticar tu forma de intentar salir adelante. Recibiste un golpe muy duro, de lo peor que te puede pasar en la vida. Así que, si después de perder a tu pareja sólo te interesaban las relaciones efímeras, y, como complemento, eres un caramelo para las tías, bravo por haber aprovechado.

Tampoco tenía pensado sacar a relucir el tema de mi pérdida, pero ahora, al menos, soy capaz de hablar de ello sin tener que emborracharme o pegar a alguien.

—El amor duele, tío —dice Aarón con una mueca—. Así que, ¿para qué buscar amor si podemos tener sólo sexo?

Mi amigo levanta su jarra y yo hago lo mismo para hacer un brindis.

Exacto. ¿Para qué complicarse en algo tan doloroso como el amor cuando se puede obtener sólo un buen rato de placer y diversión?

El mayor problema de la humanidad radica en que nos encanta complicarnos.

Capítulo 11

Paula

Hacía mucho tiempo que mi ánimo no estaba tan arriba. Y lo sé porque también hacía siglos que no cantaba al volante siguiendo la letra de una canción, *Back to You*, en este caso, que suena en la radio a todo volumen: «*I wanna hold you when I'm not supposed to...*».

Sonrío porque la vida me sonrío.

El cambio que ha dado mi existencia no tiene parangón. Necesitaba un trabajo nuevo y he conseguido el mejor; tengo nuevos y fantásticos amigos; vivo en una casa que no me trae malos recuerdos; he comenzado una relación donde sólo habrá sexo eventual, algo perfecto para no volver a sufrir... Ni siquiera las llamadas anónimas y silenciosas de Abel me molestan ya. Ya no salto asustada ni miro el teléfono como si de una serpiente se tratara.

—¡Vete a la mierda, Abel! —grito en medio de la música—. ¡Ya no me das miedo, gilipollas!

Además, estoy feliz porque vuelvo a ver a mis amigos de siempre este fin de semana, después de habernos limitado a hablar por teléfono. Les había prometido que iría a verlos más a menudo y, al final, entre unas cosas y otras, voy a poder hacerlo después de tres semanas. Han sido días muy intensos en el trabajo, y los fines de semana los he empleado en reciclarme y repasar temas para estar a la altura.

También he de reconocer que, cuando me fui del lado de mis amigos y de mi zona de confort, pensé que no tardaría ni un telediario en volver, que me

marchitaría sin ellos. Pero la vida tiene esas cosas, que unas veces te lo pone difícil a más no poder y otras te da unas facilidades que no te las crees. En mi caso, tuvo la decencia de poner en mi camino a Dánae, Noa y Emily, convirtiéndolas en mi nueva familia, y a mis compañeros de trabajo, como César e, incluso, Aarón, que ha pasado a ser para mí el jefe que siempre quise tener.

Dánae es una especie de nueva hermana para mí, a pesar del poco tiempo que llevamos juntas, y puede añadirse a mis otras dos «hermanas» y mi «hermano». La otra noche, sin ir más lejos, hablamos con toda naturalidad de nuestros encuentros íntimos —bueno, sólo por encima, que no soy yo de dar detalles—, algo muy extraño en mí si contamos con que no suelo hablar de mí misma casi con nadie. Incluso a Micaela y a Claudia les oculté en un principio los maltratos de Abel. No lo supieron hasta que no descubrieron las marcas que ocultaba bajo mi pelo y mi ropa, siempre de manga larga y abrochada hasta arriba.

Y se acabó recordar cosas malas. Ya estoy aparcando junto a la panadería de Salva y Claudia, donde me han dicho que encontraré también a Micaela. Salgo del vehículo, entro en el local y...

—¡¡Paula!! —grita de pronto Claudia. Sale corriendo de detrás del mostrador y se lanza contra mí. Nos tambaleamos y resulta milagroso no caernos al suelo mientras nos fundimos en un abrazo y nos llenamos la cara de besos—. ¡Ya era hora de que vinieras! Empezaba a pensar que preferirías a tus nuevos amigos.

—Claro que no —le digo aún dentro del abrazo.

Me separo de ella y la observo, vestida con la bata blanca y los rizos de su cabello cubiertos por el gorro del mismo color. Salva ya está a su lado y, de forma silenciosa, a su manera particular, me da un fuerte achuchón. Yo se lo devuelvo con besos que le planto por todas partes.

—Se te echa de menos —se limita a decirme.

A continuación, Micaela, sin tanto ruido como Claudia, me abraza con su

habitual fuerza. Como siempre, sin necesidad de palabras, entendemos que nos hemos añorado muchísimo y tenemos que hacer un gran esfuerzo por controlar el llanto.

—Y eso que sólo hace tres semanas que te fuiste —oímos decir a Claudia, que, sin necesidad de ocultarlas, ya ha dejado brotar las lágrimas.

La imagen de mis tres amigos vestidos de blanco se mezcla con el resto de las sensaciones: los gratos recuerdos de los momentos que he vivido aquí, el maravilloso olor a pan caliente, el sonido de la campanilla que nos recuerda la entrada de un cliente...

Por cierto, en este momento entra la señora Berta, acompañada de su inseparable bastón. Es octogenaria, pero para mí querría yo esa vitalidad y esa sonrisa imborrable cuando tenga su edad.

—Vaya —me saluda—, pero si está aquí de nuevo nuestra querida Paula. ¿Me podrías servir una barra integral?

—Claro que sí, señora Berta —sonríó. Cojo una bata blanca del perchero que tenemos junto a la trastienda, me la pongo y me coloco detrás del mostrador—. Aquí tiene. ¿Cómo le va al señor José?

—Pues lleno de achaques, como yo. —Le introduzco la barra en su primorosa bolsa de puntillas y se la ofrezco—. De todos modos, seguimos ocupando nuestro banco del parque frente al castillo. Por si nos enteramos de algún chisme jugoso. —Mira a Micaela de reojo y le guiña un ojo.

—De ese banco tiene que salir una historia entre ustedes dos —le digo divertida.

—Calla, hija. —Me hace un gesto con la mano—. Seguro que nos intentamos dar un beso y se nos caen las dentaduras postizas al suelo.

Reímos todos los que nos encontramos en el local y se me hace un nudo en el pecho por la emoción. En este lugar he vivido la mayoría de los mejores momentos de mi vida.

—¿Y tú, qué? —me pregunta la anciana—. ¿Ya has encontrado algún hombre decente en la ciudad? —Me guiña un ojo.

Y, claro, como no podía ser menos, me noto subir los colores al rostro. ¡Menuda mujer de mundo estoy hecha! ¡No disimulo ni ante un grupo de ancianos!

—Vaya, vaya —murmura la mujer—. Veo que he dado en el clavo.

La señora Berta se va del establecimiento, pero mis amigos me miran todos con una cara de «quiero saber» que cualquiera sigue disimulando.

—No es nada —los informo una vez estamos cenando los cuatro en casa de Claudia y Salva, recordando viejos tiempos—. Sólo es un rollo pasajero.

—¡¿Qué oyen mis sensibles oídos?! —bromea Micaela—. ¡Paula tiene un rollo con un tío!

—¡Ya puedes estar soltando cómo se llama! —exclama Claudia.

Salva sólo me mira, pero de una manera muy directa. Está claro que quiere decirme que vaya con cuidado si no quiero volver a sufrir.

—Tranquilo —le digo después de posar mi mano en su pierna—, es un buen tío. Además, lo dicho, sólo es una aventura, lo único que me puedo permitir.

—No te vayas por las ramas —insiste Micaela—. Ya puedes decirnos algo de él.

—Pues...

No puedo contarles toda la verdad. Lo sé, no he hecho nada malo y ellos son los amigos más comprensivos del mundo, pero contarles que estoy con el tipo con el que me lie en la discoteca y que, para colmo, es el presidente de la compañía donde trabajo... me da mucha vergüenza. Creo que les contaré una verdad a medias.

—Trabaja conmigo —continúo—. Se llama Aarón y es bastante guapo.

—¿Ya está? —dice Claudia decepcionada—. ¿Eso es todo lo que sabes de él?

—Sólo piensa follárselo. —Como siempre, Micaela, sin pelos en la lengua—. Así que ya tiene suficiente.

Y todos reímos. Qué maravilloso es haber vuelto.

He conseguido escaparme un rato de las cariñosas garras de mis amigos para irme a pasear sola por la playa. Llevo los zapatos colgando de una mano y dejo que las olas rompan en mis pies mientras la brisa me despeina. Es una de las sensaciones más gratas que se pueden tener en la vida. Pasear por la orilla del mar me resulta tan eficaz como la mejor de las terapias: el viento fresco se lleva los malos recuerdos y la sal del agua consigue cicatrizar muchas de las viejas heridas, del cuerpo y de la mente.

El teléfono que suena en el bolsillo de mi pantalón interrumpe mi relajación. Debería haberlo desconectado durante un par de horas. Pensamiento que reitero cuando veo en la pantalla el número que más odio.

Sin embargo, no me importa. Sé que hasta que conteste no colgará, así que descuelgo para que me deje en paz.

—¿Diga?

—Hola, Paula, cariño.

Los dedos de mis pies se clavan en la arena mojada y hacen que frene mis pasos. Mierda, no contaba con que Abel volviera a hablarme. Su voz me pone nerviosa y me da la sensación de tenerlo aquí al lado, pensamiento que sólo puede producirme un rechazo infinito.

—¿Qué quieres, Abel?

—Por favor, perdona, no te enfades. Sólo que he estado dando una vuelta por el pueblo y he visto a otra gente viviendo en nuestra casa.

—No es nuestra casa, Abel, es mi casa, y he decidido alquilarla.

—Ya sé que te fuiste del pueblo. ¿Estás bien?

¿De verdad le importa?

—Sí, estoy perfectamente, a pesar de tus llamadas diarias sin decir una palabra.

—Lo siento de veras, Paula, no volveré a hacerlo. Perdóname, por eso y

por tantas cosas.

—Por favor, Abel, no creo que sea buena idea que sigamos hablando. Tú y yo ya no tenemos nada que decirnos.

—Está bien, cariño, ya no te molestaré más. Pero permite, al menos, que nos veamos y charlemos.

—No, Abel. —Sólo de pensar en volver a verlo, se me revuelve todo—. No vamos a vernos.

—Sólo será un momento —insiste—. En un lugar público, donde tú me digas. Sería en una cafetería, para tomar un café en una terraza, como hacíamos tantas veces tú y yo. Por favor, Paula...

—No insistas, Abel...

—He cambiado mucho —me interrumpe—, te lo juro. He asistido a todas las terapias y soy un hombre nuevo. He pagado con creces todo el mal que hice, pero necesito que confíes en mí para poder seguir evolucionando. Sólo un café o un refresco a media tarde. Verte me hará mucho bien, por favor...

Compruebo que mis dedos aferran el móvil como una garra y tengo las uñas clavadas en él. Me crispa los nervios tener que escucharlo, aunque tal vez sea verdad que ha cambiado. A mí ya no me atañe, pero podría ser bueno que hubiese recapacitado, para que rehaga su vida y me deje a mí seguir con la mía. Quizá la mejor manera de cerrar este capítulo sea vernos y dar por finalizada del todo esta pesadilla.

—Está bien —acabo accediendo—. Tengo muchas horas ocupadas por el trabajo, pero te llamaré esta semana. Quedaremos en algún lugar de Barcelona.

—¡Perfecto! —exclama—. Ya verás, cariño, cómo no te arrepientes de esta decisión. Será tan estupendo volver a estar juntos...

—No te confundas, Abel. No esperes que entre nosotros se arregle nada. Sólo quiero acabar con esto cuanto antes para que cada uno pueda seguir su camino.

—Sí, sí, por supuesto, no te preocupes. Después de esto, no volveré a ser

una molestia para ti. Un beso, amor.

—¡No me llames amor, ni cariño! —le grito. Pero ya ha colgado.
Ya me estoy empezando a arrepentir...

Después de un perfecto fin de semana, a pesar de la llamadita de Abel, estoy feliz por volver al trabajo. Lo que para otros puede significar una rutina, para mí, representa tener una vida mucho más completa, sentirme más «normal». Hacer cálculos, tener que pensar o correr por las prisas que nos exigen, todo ello mezclado con pequeños ratos de risas con los compañeros y de la propia satisfacción de aportar algo bien hecho supone para mí que me sienta más a gusto conmigo misma y con el mundo en general.

Llevo un buen rato con la vista pegada al ordenador cuando me interrumpe Dánae desde su mesa, al otro lado de la sala, haciéndome gestos con las manos. Decido levantarme e ir hacia ella y así aprovechar para estirar un poco las piernas.

—Mira —me dice señalando hacia la calle desde la ventana que pega a su puesto de trabajo—, esa que ves entrar en el edificio es Lara Rivas, una periodista que piensa publicar una entrevista de San Martín en el suplemento de un importante periódico. Se rumorea que ha habido algo más que preguntas y respuestas entre ellos.

Sin demasiado interés, observo a la chica. Se ve joven, moderna y dinámica, con su pelo corto y la seguridad que la envuelve, nada más alejado de mí. Está claro que a Darío le gusta la variedad, y no puedo evitar imaginarlos a los dos follando sobre la mesa de su despacho. Como tampoco puedo impedir que esa imagen me perturbe.

—Pues hace sólo un par de horas que vi salir a Celia —continúa Dánae—. Puede que las dos vengan por trabajo, pero no estoy muy segura.

—Por mí, como si se las tira a las dos a la vez.

—¿Estás segura? —me pregunta—. Lo mío es diferente, porque son tipos que no volveré a ver en la vida, pero no sé si llevaría bien acostarme con uno que tuviera que hacer marcas en un calendario para no hacer coincidir a sus amantes.

—No es diferente —le aclaro—. Lo que tú haces es lo mismo que hago yo. Después de pasar un buen rato, te olvidas de lo que él vaya a hacer más tarde.

La veo mirar por encima de mi hombro y fruncir el ceño, con lo que su réplica queda interrumpida.

—Por ahí viene Aarón —gruñe—. Y lleva una cara de mala leche que presagia alguna bronca.

—¡César! ¡Paula! —nos grita desde la otra mitad de la sección—. ¡Os quiero ahora mismo en el despacho del presidente!

—Perdona, Aarón —le dice Dánae cuando llega a nuestra altura—. Se te han caído.

—¿Qué? —pregunta el asistente mirando al suelo.

—Los buenos días y la educación —contesta ella.

Me habría reído si no fuese por lo nerviosos que nos hemos puesto César y yo ante los gritos de Aarón exigiendo nuestra presencia frente a Darío.

—Joder, Dánae —gruñe él—, no estoy para tus chorradas. Haz el favor de sentarte en tu puesto y ponerte a hacer algo, para variar, y deja de mirar por la ventana.

—Ya estamos con la dichosa jerarquía —bufa mi amiga—. Tu traje, tu corbata y tu gomina dan a entender que tu trabajo es mucho más importante que el mío porque llevo un par de *piercings*. ¡Pues me gustaría a mí saber qué coño haría la empresa sin los que hacemos el trabajo menos importante!

—Joder —se desespera Aarón—. Nadie ha querido decir nada parecido, Dánae, todo te lo dices tú solita. Y ya te he dicho que no está la cosa para tus reivindicaciones, así que dale a la calculadora y continúa con ese trabajo menos importante que has mencionado.

—A la orden, mi Führer —contesta ella con el brazo en alto antes de volver a sentarse.

Aarón pone los ojos en blanco y vuelve a dirigirse a nosotros:

—Por favor, acompañadme al despacho de San Martín.

Las piernas han empezado a temblarme y no han dejado de hacerlo al llegar a nuestro destino. César y yo atravesamos la puerta doble, seguidos de Aarón, que la cierra y se queda en un segundo plano. Darío está de pie tras su mesa, inclinado hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en la brillante superficie de madera oscura. Tiene la vista puesta en la pantalla de su ordenador, pero hasta que llevamos más de un minuto esperando no se digna a hacer el primer movimiento. Gira la pantalla hacia nosotros y es entonces cuando nos mira. Su rostro expresa una gran cantidad de ira contenida.

—¿Queréis explicarme qué cojones es esto?

—Es el desarrollo de los cálculos sobre la viabilidad del proyecto para el nuevo modelo eléctrico —contesta César con tranquilidad.

—No, César —responde Darío—, yo te voy a decir lo que es esto: ¡es una puta mierda!

Miro a mi compañero, que se ha quedado pálido. Seguro que yo debo de estar igual, mientras seguimos plantados como dos condenados a ser fusilados.

—Dentro de tan sólo siete días —continúa Darío, cada vez más furioso—, tengo una reunión con el director y el resto del equipo de la marca en Alemania. ¡Si les presento esta basura, se ríen en mi puta cara y después me tiran a un foso con pirañas, joder!

—Señor San Martín —intento explicarle, aunque no me estén gustando un pelo sus modales—, si pasa usted al siguiente apartado, podrá comprobar con detalle todo lo mencionado en el anterior.

—¿Crees que esto es un trabajo del instituto? —vocifera—. ¡Por favor, Paula, déjate de apartados ni hostias! —Baja el tono pero nos mira con un

punto más de furia—. Más vale que hagáis un trabajo serio antes de que pase la semana ¡u os envío a los dos a barrer el puto parking!

Se aparta de la mesa, coge unos cuantos papeles y se dirige a la puerta.

—¡Aarón! —le grita a su ayudante—. ¡Coge tus notas y acompáñame a la maldita reunión que tengo con el director de fábrica!

César y yo seguimos todavía como dos maniqués de plástico, sin apenas respirar ni movernos.

—Vamos, chicos —nos anima Aarón antes de marcharse—. Podéis hacerlo mejor.

Cuando tomamos asiento en nuestros puestos, debemos de seguir llevando la palidez impregnada en nuestro semblante, pues varios compañeros se acercan para preguntar qué ha pasado. Incluida Dánae, claro.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro? —pregunta mi amiga.

—¿Os han echado? —dice otra compañera.

—No, no —respondo—, tranquilos. Sólo ha sido una bronca. Seguro que todos hemos recibido alguna regañina de un jefe en nuestra vida.

—Realmente —murmura César mientras echa un vistazo a los cálculos— no está muy bien diseñado. San Martín tiene razón, es un trabajo un tanto inmaduro y bastante simple.

—Sé que lleva razón, no soy tonta —le digo—, pero creo que se ha pasado tres pueblos con esos aires de señor del castillo.

Me pongo a trabajar con bastante rabia. Golpeo las teclas con fuerza cada vez que me acuerdo de la cara furiosa del presidente. ¡Si el señor aún no está satisfecho con un trío de amantes, no es mi culpa! Imbécil, capullo...

—Cuidado, si te cargas el material de la empresa, lo mismo te lo hacen pagar.

Dánae se me ha acercado al verme murmurar para mí.

—Hoy pienso presentarme en su apartamento —le digo muy cabreada—, y le voy a tirar su preciada llave en todos los morros. Si quería deshacerse de mí, no tenía más que decírmelo.

—¿Tú crees que se ha puesto así contigo por algo personal?

—Seguro —contesto—. Su amiguita periodista y la petarda de su novia deben de haberle hecho recordar que yo sobro.

Termino mi jornada después de trabajar duramente toda la tarde, pensando únicamente en decirle cuatro cosas a Darío. O, mejor dicho, al excelentísimo señor San Martín.

He estacionado mi coche en el aparcamiento del edificio, pero observo que su todoterreno aún no está. Aun así, subo, abro y entro hasta el salón. Todo está pulcramente limpio y recogido, y en el ambiente aún parece flotar el aroma de su colonia. No sé qué hacer hasta que él llegue, y me acerco a la ventana, de donde aparto ligeramente las cortinas para admirar la vista de la ciudad, aunque no me fijo en nada en concreto con mi cabeza aún dándole vueltas al asunto.

¿Para qué me daría una llave si pensaba pasar de mí tan pronto? ¿Para qué querría estar conmigo teniendo a dos amantes mucho más experimentadas?

Tan concentrada estoy en mis propias cavilaciones que, todavía observando por la ventana cómo va cayendo la tarde, no he oído el ruido de la puerta ni los pasos de Darío al acercarse. Sólo sé que ha llegado porque, de pronto, sus brazos han rodeado mi cintura y, con su propio rostro, ha apartado mi pelo para posar sus labios en mi cuello.

Qué maravillosa sensación... Debe de ser que el enfado se ha enfriado bastante, o que no puedo resistirme a este hombre, porque no he reaccionado como pensaba, dándole un manotazo y mandándolo a freír espárragos, sino que me he dejado envolver por sus brazos y por los besos que alteran mi sangre.

—Humm —me susurra al oído—, qué ganas tenía de esto. Qué ganas tenía de ti.

Sus manos comienzan a pasearse por mi cuerpo, desde mis pechos hasta mis caderas, y percibo perfectamente la dureza de su erección en la parte baja de mi espalda. Es tan grato tenerlo así que decido que todo lo que tenía

pensado decirle puede esperar. Si lo último que me voy a llevar de él es un momento placentero, pues lo aprovecho.

Me giro entre sus brazos para tenerlo de frente y, al ver su expresión de anhelo, decido que he hecho bien en esperar para tener un último recuerdo de este idílico sueño.

—Todo un día de mierda —susurra— merece la pena si la recompensa es tenerte a ti.

Enreda sus manos en mi pelo y toma mi boca para besarme. No es un beso rudo, aunque tampoco delicado, pero sí está cargado de pasión y deseo. Su lengua hace estallar su sabor dentro de mi boca y se pasea impunemente por mi propia lengua y mis labios. Contagiada de su pasión, comienzo a tirar de su chaqueta mientras él intenta lo mismo con mi ropa, aunque nos hacemos un pequeño lío de brazos debido a nuestro arranque repentino de lujuria.

Sin decir nada, continúa besándome al tiempo que me hace caminar hacia el pasillo que lleva a su dormitorio. Una vez en él, caemos sobre la cama, todavía vestidos, por lo que Darío, presa del delirio, se limita a levantarme la falda y a bajarme las bragas. Dirige la mano al cajón de su mesilla para extraer un condón y, mientras rasga el envoltorio, yo desabrocho su cinturón y su pantalón para dejar libre su palpitante erección. Se coloca el preservativo y, sin dejar de mirarme con deseo contenido, me penetra con una fuerte embestida.

—Dios, por fin... —murmura—. Después del infierno he alcanzado el cielo.

Yo rodeo su cintura con las piernas para abrirme todo lo posible a él y que mi cuerpo acoja con deleite sus fuertes envites. Apenas nos hemos tocado, ni siquiera estamos desnudos, aunque él abre mi blusa de un tirón para poder acariciar mis pechos. Yo lo imito y hago lo mismo con su camisa, haciendo que todos los botones salten por el aire para tener también acceso a su pecho cubierto de vello.

Y ya no necesito más para que mi sangre bulla. Los golpes de su miembro

y su pelvis consiguen que pronto estalle en un maravilloso orgasmo y deje que el placer me invada mientras acerco la lengua a su tórax y la enredo entre su vello, tan áspero y masculino. Sólo unos segundos después, él me acompaña y se estremece al tiempo que inclina la cabeza hacia atrás y lanza un rugido al aire para, después, dejarse caer sobre mi cuerpo y apoyar el rostro en la curva de mi cuello. Cuando nuestras respiraciones se calman, levanta ligeramente la cabeza y se apoya sobre un codo para aligerar su peso, pero nuestros cuerpos continúan aún unidos.

Me mira con una leve sonrisa y un tierno mohín en sus bonitos labios y, de pronto, algo suave y hermoso me ocurre, aunque pavoroso al mismo tiempo por ser desconocido para mí. Es una sensación extraña, como de ingravidez. Un etéreo aleteo comienza a tener lugar dentro de mi estómago, pero doy una fuerte inspiración y hago lo posible por hacerlo desaparecer.

—Perdona, Paula —me susurra mientras aparta suavemente mi pelo de la cara—, por ser un poco brusco. Llevo todo el día pensando en esto y no veía el momento de tenerte así, aquí, en mi cama, conmigo.

Me dan ganas de decirle que no ha sido brusco, que lo dice alguien que sabe perfectamente lo que es un hombre que se lanza de forma ruda para, únicamente, obtener su propio placer, sin preocuparse, sin preguntar. Sólo abrirme de piernas para acorralarme y follarme para luego marcharse dando un portazo y dejarme tirada en un rincón.

—No has sido brusco —le digo—, pero no me esperaba esto para nada.

—¿Por qué dices eso?

—Por la bronca de hoy.

—¿Qué tiene eso que ver? —pregunta perplejo—. Aquello ha sido trabajo y ahora sólo somos tú y yo.

—¿Estás seguro? —Me desligo de él y me aparto ligeramente de su perturbadora cercanía.

—Escucha, Paula. —Él también se incorpora sobre la cama para poder mirarme y hablar—. Presido una importante compañía automovilística, una

de las empresas más grandes del país, que da trabajo a cientos de personas. Cuando estoy en mi despacho, cuando trato de defender todos esos puestos y el prestigio de la compañía, soy San Martín, tan implacable como haga falta. Y tú eres una empleada que debe dar el cien por cien si quieres formar parte de ella. Pero, una vez fuera, yo soy Darío y tú Paula, un hombre y una mujer. Creo que tú también dejaste claro que el trabajo quedaba fuera de aquí.

—Tienes razón. —Me levanto de la cama, me bajo la falda, encuentro mis bragas enredadas entre la colcha de la cama y me las coloco.

Es cierto, yo misma fui quien expuso esa condición para seguir con esto. No entiendo que me haya puesto tan dramática sólo porque él haya sido un auténtico profesional y no se haya dejado influir por su polla para hacer bien su trabajo. Como tampoco entiendo haber pensado que todo esto tenía algo que ver con lo nuestro o el resto de sus amantes. Y, menos todavía, haberme cabreado sólo por pensarlo.

Él también se levanta, se deshace del preservativo y se recompone la ropa.

—Ven conmigo —me dice ofreciéndome su mano—. Tomemos algo en el salón.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —dice sorprendido—. Quédate, Paula. Apenas hemos tenido tiempo de nada.

—De follar, sí —respondo—. Que es lo que ambos hemos venido a hacer.

—¿No piensas quedarte ni una noche? ¿Ni a cenar, al menos?

—No —me limito a responder.

—Pues entonces —suspira—, ni para ti ni para mí. Sentémonos unos minutos en el salón. No te pediré que te quedes mucho tiempo, pero no te vayas todavía.

—¿Me estás mostrando tus dotes de persuasión? —comento alzando una ceja—. Yo no soy uno de tus posibles clientes.

Bufo porque, al final, lo ha conseguido. Sin darme apenas cuenta, estoy sentada en el salón y él ya me ha puesto entre las manos un vaso con algún

tipo de bebida.

—¿Qué tal te va viviendo con Dánae? —comienza a decirme.

Qué listo es el tío. No es un tema laboral ni tan personal como para no contestar.

—Bien. Aunque me extraña que recuerdes el nombre de tus empleados.

—Dánae lleva varios años con nosotros —se limita a decir—. ¿Te has adaptado bien a vivir aquí? Y, antes de que me preguntes, te diré que tuve acceso a tu currículum y pude ver que vivías en un lugar bastante alejado de aquí.

—Ya. —Hago una mueca—. Pues sí, me he adaptado perfectamente. Dánae y su familia se han portado maravillosamente bien conmigo.

—He oído decir que tiene una hija bastante mayor.

—Sí, Noa —sonríe—. Un encanto de niña.

He empezado estando bastante incómoda, teniendo que contestar ciertas preguntas de forma algo tensa, siempre pensando en qué puedo o no decir. Pero, como ya me ha pasado otras veces, Darío consigue que me relaje, que me sienta tranquila a su lado. Él está dejado caer de costado en el sofá, como el primer día, mirándome mientras apoya un brazo sobre el respaldo. Sin darme cuenta, nos hemos ido aproximando y estoy más cerca de él de lo que pensaba. Por primera vez, admiro con tranquilidad el color azul grisáceo de sus ojos, la largura de sus pestañas, las finas arruguitas que bordean sus ojos y la perfección de sus labios. Y, por segunda vez, siento el vacío que se instala en mi vientre, acompañado del suave aleteo que me cosquillea por dentro.

—Tengo que marcharme. —De forma súbita, me pongo en pie, suelto el vaso hasta casi derramar su contenido y me cuelgo el bolso al hombro.

—¿Ya? —exclama—. ¿Por qué? ¿No estás cómoda aquí, conmigo?

Demasiado cómoda, querría decirle.

—Hasta mañana, Darío. —Como es normal en mí, prefiero obviar cualquier tipo de explicación.

—¿Eso quiere decir que vuelves mañana?

—No —respondo secamente—, sólo es una forma de hablar. Si lo prefieres, hasta la vista, Darío.

—¿Sabes cuándo vas a volver?

—No.

—Va a resultar que tú inventaste la negación —gruñe—. En fin, vuelve cuando quieras, Paula —suspira.

Se levanta, se me acerca, y me da un suave beso en los labios.

¿Por qué una caricia tan sutil ha hecho que me estremezca de la cabeza a los pies?

—Por supuesto —digo de forma despreocupada antes de salir del apartamento.

Sólo cuando estoy fuera me permito espirar el aire que todavía contenía en mis pulmones. No me están gustando mucho mis recientes reacciones cuando me encuentro en compañía de Darío. Y, todavía menos, reconocer que cada vez que decido dejarlo e irme es porque empiezo a encontrarme demasiado bien a su lado, y en cada ocasión me resulta más difícil marcharme.

Sacudo la cabeza para dejar salir todas esas ideas románticas y absurdas. Un hombre como él sólo toma prestadas a las mujeres, jamás se queda con ellas, y acaba haciéndoles daño cuando ellas le suplican que no las deje. Pues yo no pienso suplicar nada, y mucho menos dejar que me hagan daño de nuevo. Antes desaparezco de la faz de la Tierra que volver a sentirme un pedazo de mierda por culpa de un hombre.

Con las ideas más claras, por fin, tomo el ascensor y después me dirijo al aparcamiento. Justo antes de subir a mi coche, percibo una sombra que parece acechar tras una de las columnas. Estoy casi segura de que era una persona, pero, cuando observo bien a mi alrededor, no veo a nadie.

Conduzco hasta casa y, a pesar de que ya es bastante tarde y esperaba oscuridad total, al atravesar el pequeño recibidor distingo el resplandor de la lamparita del salón que solemos encender para ver la televisión. Había

pensado que podría ser Emily viendo alguna antigua grabación de sus legendarias actuaciones, como ya la he sorprendido alguna vez, pero oigo una voz bastante alterada que hace que me ponga en alerta. Algo está pasando.

Dánae habla por teléfono y parece desesperada. Tía Emily camina arriba y abajo, haciendo ondear uno de sus brillantes saltos de cama de satén púrpura.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—¡Oh, Dios, Paula! —solloza Dánae después de colgar. Su habitual sombra de ojos oscura se ha desplazado hacia abajo y le da un aspecto un tanto grotesco—. No sabemos dónde puede estar Noa. La hemos llamado muchas veces y no nos ha cogido el teléfono.

—Pero ¿cómo...? —titubeo asustada—. ¿Habéis llamado a alguna de sus amigas?

—Pensé que estaría con Alba, su mejor amiga —explica, aún alterada—, pero ésta me ha dicho que no sabe dónde está, aunque le he sonsacado el nombre de un chico que podría estar con ella. Él tampoco sabe nada.

—¿Y el resto de sus amigas?

—Entre Alba y nosotras las hemos llamado a todas —interviene Emily—, pero nadie sabe nada. La vieron salir de clase sola y luego nadie ha vuelto a verla.

—Ella nunca se iría a ninguna parte sin avisar, sobre todo a estas horas de la noche —continúa explicando Dánae con voz quebrada—. Sólo tiene quince años, Paula —me dice con lágrimas en los ojos—. Si le pasara algo, me muero.

—No le habrá pasado nada, ya lo verás. —Trato de tranquilizarla mientras la abrazo y dejo que se desahogue con su llanto—. Es adolescente, y a esa edad se hacen muchas tonterías.

Yo también estoy muerta de miedo, pero ahora es mejor que no lo exteriorice o provocaré que mi amiga se derrumbe.

—Habrá que avisar a la policía —suspira Emily—. Dios, ¿dónde se habrá metido esta chiquilla?

—Soy una madre horrible —vuelve a sollozar Dánae—. Seguramente debe de haber tenido algún problema y yo no la he escuchado. ¡No tengo idea de lo que puede haberle pasado por la cabeza! Sólo estoy pendiente del trabajo, de la casa y de pagar las putas facturas.

—Deja de decir tonterías —la reprende tía Emily—. Vivimos gracias a ti, así que no te culpes por tener que trabajar para mantenernos a las tres.

—Tiene razón —convengo—. No puedes culparte de nada. Lo mejor será que llamemos a la policía. Es crucial hacerlo cuanto antes, nada más ser conscientes de la desaparición.

—Yo lo haré —dice Emily mientras coge el teléfono de la mano de su sobrina.

Mientras tanto, Dánae, que aún sigue dando vueltas, con el rostro pálido y descompuesto, frena de pronto sus pasos y se dirige a mí.

—Por favor, Paula, no puedo estar aquí sin hacer nada. Fíate tú de la policía. ¿Me dejas el coche para ir a buscarla? No sé ni por dónde empezar, pero será mejor que estar aquí esperando.

—No sólo te dejo el coche —le digo—, te acompaño.

Emily todavía está dando los datos a la policía y yo tengo las llaves del coche en las manos, cuando oímos el ruido de la cerradura de la entrada. Unos segundos más tarde, Noa se presenta ante nosotras en la puerta del salón. Tiene buen aspecto, aunque su cara muestra restos de llanto. Dánae se lanza sobre ella y la envuelve en sus brazos.

—¡Por Dios, mi niña! ¿Dónde te habías metido? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no nos has llamado?

—Lo siento —se limita a decir la chica—. Discutí con Alba y me marché del instituto. Y no os llamé porque me quedé sin batería.

—¿Te marchaste? ¿Adónde?

—Por ahí —contesta Noa encogiendo sus hombros.

—Y ¿ya está? ¿Por eso nos has tenido muertas de preocupación a estas horas de la noche? ¿Por un simple enfado con Alba?

—¡No ha sido un simple enfado, mamá! —exclama Noa—. A ella le gusta un chico, pero a ese chico le gusto yo, y, a pesar de que intento quitármelo de encima, no puedo evitar que él insista en decirme que Alba no le interesa. Pero ella, encima, se ha enfadado conmigo y me ha llamado mala amiga. ¡Sólo por gustarle!

—¿Te refieres a Álex?

—Sí, Álex. Y, sí, estuvimos juntos para hablar, pero después me fui. Necesitaba estar sola.

—Y ¿no pudiste avisarme de algún modo para saber, al menos, que mi hija no había sido secuestrada o cosas peores? —estalla Dánae—. ¡Joder, hemos llamado a la policía!

—¿Para qué iba a decirte nada, si lo primero que me has soltado es que era una chorrada?! ¡A ti no te interesan mis cosas!

—¡Claro que me interesan! ¡Eres mi hija!

—¡Sí, una hija no deseada que sólo te jodió la vida!

—Pero ¿qué dices?! —exclama Dánae alucinada.

—No le hables así a tu madre —la reprende Emily.

Yo me hago a un lado y me convierto en una improvisada espectadora.

—¡Vamos, tía Emily, tú sabes que es cierto! No tienes más que mirarla. —Vuelve a dirigirse a su madre—: Has pasado de los treinta años y todavía te resistes a crecer —le dice de forma despectiva—. Con ese aspecto gótico-patético que me llevas, a base de engancharte *piercings* por todas partes, o de pintarte los labios y las uñas de color negro. ¡Te quedaste estancada en una adolescencia que yo te quité!

Dánae se ha quedado pálida, y Emily y yo, sin palabras.

—Tu madre estaba muerta de preocupación —acabo diciendo—. Estás siendo injusta, Noa.

—¡No entiendo para qué tanta preocupación! —vuelve a exclamar—. ¡Sin mí se le acabarían todos los problemas! ¡Ojalá yo no hubiese nacido nunca!

¡Ojalá no fueses mi madre! —Con esta última dura exclamación, nos da la espalda y se marcha a su habitación, donde se encierra dando un portazo.

—No se lo tengas en cuenta —le digo a mi amiga, que continúa en *shock*.

—Las adolescentes montan un drama por cualquier cosa —añade Emily—. Déjala, mañana se le habrá pasado.

Pero Dánae parece no oírnos. Sigue quieta como una estatua que únicamente se limita a respirar.

—No sabía que mi hija me odiase tanto —termina susurrando.

—¡No te odia! —replico.

—Os lo dije —insiste—. Soy una pésima madre. Será mejor que intente hacer algo o mi hija se alejará de mí para siempre. Y no podré soportarlo.

Sin darnos tiempo a réplica alguna, se dirige a la habitación de su hija y da unos toques a la puerta.

—Noa, voy a entrar.

—¡No! ¡Vete!

Pero Dánae entra. Su hija está tirada en la cama, llorando.

—Perdóname, Noa. —Mi amiga, acercándose poco a poco a su hija, comienza a disculparse—. Tus cosas no son tonterías. Sé que a los quince años todo se ve muy negro, por eso trato de restarle importancia, porque la experiencia me ha enseñado que luego viene lo peor. Pero nunca creas que no me importan.

Noa continúa sollozando.

—A pesar de que mi adolescencia se viera interrumpida, nunca, jamás, pienses que me arrepiento de tenerte en mi vida. Si esta noche estaba nerviosa era porque pensar en perderte era entender que nada tendría sentido para mí sin ti. Tú lo eres todo, Noa, recuérdalo.

En vista de que su hija sigue ahogando el llanto en la almohada, Dánae se vuelve para marcharse. Noa interrumpe ese movimiento.

—¡No, mamá, espera! —Se da la vuelta sobre la cama con el rostro anegado en lágrimas—. Perdóname tú, por favor, por decir esas cosas

horribles de ti. Me encanta que la gente te vea tan joven que piense que somos hermanas, y me encanta cómo le plantas cara al mundo llevando el pelo de color azul y tu original maquillaje. Montones de chicas me envidian —sonríe—, y yo no puedo sentirme más orgullosa. Te quiero mucho, mamá.

Dos gruesas lágrimas brotan de los ojos de Dánae, aunque apenas se reflejan en su voz.

—Gracias, cariño, pero no más orgullosa que yo de ti.

Mi amiga se acerca a la cama de su hija en un solo paso y las dos se funden en un abrazo. Sollozan cosas ininteligibles y me hacen llorar a mí también.

—Por cierto, ¿no será que ese chico te gusta? —pregunta Dánae. Han comenzado a conversar después del estallido de emoción.

—Sí me gusta, mamá, pero no puedo hacerle eso a una amiga...

Ambas continúan abrazadas sobre la cama. La madre mira a su hija con adoración mientras ésta continúa contándole sus problemas. Tía Emily cierra la puerta para otorgarles la intimidad que se merecen.

—¿Te apetece un té? —me pregunta.

—Me apetece muchísimo —le digo mientras enjugo las lágrimas que a mí también me habían brotado.

—Pues ven a la cocina conmigo —me indica con una sonrisa traviesa—. Te mostraré mi especialidad: té con un chorrito de anís. Ya verás qué relajadas nos vamos a la cama.

Capítulo 12

Darío

Y aquí sigo, plantado delante de la puerta por donde hace ya unos minutos que desapareció Paula. Debo de parecer un idiota, a medio vestir, con cara de bobo por no poder retener a la única mujer que me interesa.

¿Ya ha vuelto a pasar otra vez? ¿Por qué tiene que irse de esa forma, como si, después del polvo de turno, yo le sobrara?

Su frialdad comienza a desesperarme. Cuando parece que rozo esa capa imperceptible que la rodea y consigo que ella se acerque, descubre que he encontrado su pasadizo secreto y vuelve a sellarlo de nuevo para impedirme entrar.

Exasperante...

Alguien llama al timbre. Sin dudarlo un segundo, me abalanzo sobre la puerta esperando encontrarla a ella. Me la imagino interrumpiendo sus pasos, dando media vuelta, volviendo desde su coche por haber decidido que esto que tenemos debe dar un paso más. Y porque ha reconocido que su indiferencia comienza a hacer estragos en mí.

—Hola, Darío.

Ilusiones vanas. ¿Qué coño hace Celia aquí? Estaba tan fuera de la realidad que no me he dado cuenta de cómo se ha colado del todo dentro de mi salón.

—¿Qué quieres? Me parece que quedó bastante claro que entre nosotros ya no había nada.

—Te quedó claro ti. —Se deshace de su chaqueta y la tira sobre el sofá acompañada de su bolso. Veo cómo lanza una rápida mirada hacia la mesita de centro, donde descansan todavía un par de copas con restos de hielo y whisky—. Porque yo no recuerdo haberte dicho algo parecido. En realidad, me acuerdo perfectamente de haber quedado en seguir viéndonos en favor de nuestros respectivos trabajos.

—Te dije que no me presionaras, Celia. No voy a volver contigo, ni ahora ni nunca.

—¿Es por la rubia que acaba de salir de aquí?

—Lo que faltaba —ríe con ironía—. Ahora te da por espiarme.

—¿Quién es?

—No te importa un carajo.

—¿Te folla ella como te follaba yo? —Se aproxima a mí haciendo morritos y me planta la mano encima de la bragueta—. Dudo que un polvo con ésa te deje ni la mitad de satisfecho que cuando lo echabas conmigo.

—Y ¿quién te ha dicho que yo quedara satisfecho contigo?

Sus gruesos labios rojos y, sobre todo, los movimientos de su mano, tratan de provocarme, de excitarme. No tiene ni idea de que sus tretas forzadas o su exuberante cuerpo ya no me alteran lo más mínimo.

—Lo decía la forma que tenías de follarme —contesta mientras introduce la mano por la cinturilla de mi pantalón y agarra directamente mi polla—. El ansia y el ímpetu con el que me tomabas. Lo mismo lo hacíamos en el suelo que en tu cama o sobre la mesa del salón con la cena todavía sin tocar. —Sonríe de forma taimada al tiempo que su mano presiona más fuerte sobre mi miembro—. Lo hemos hecho aquí, en tu coche, en el mío... Hasta en un lugar público, Darío. ¿Recuerdas el polvo que echamos en plena calle? Fue fantástico, reconócelo, así que no me digas que yo no te excito.

—Me excitabas —replico—. Cambia el tiempo verbal, Celia. Ahora ya no lo haces. —Aferro su muñeca entre los dedos y saco su mano de mi pantalón.

—¿Ahora te excita esa con cara de mosquita muerta? —exclama airada—.

¡No me hagas reír, Darío! ¡Con ella te aburrirás en poco tiempo! ¡No es más que un capricho puntual que te ha dado!

—Y ¿a ti qué te importa, Celia? Te lo repito: búscate a otro. Ya no me interesas.

—Eres un maldito cabrón —me dice rabiosa—. Deberías saber que si convenzo a mi jefe de que tu marca no es la adecuada para venderle nuestros dispositivos, que es mejor ofrecérselos a la competencia, puedes tener un verdadero problema, cariño.

—Y lo convencerías únicamente con tus dotes de persuasión, claro —ironizo—. Nunca abriéndote de piernas para él.

—Nunca tuviste problema en que folláramos con otras personas —se defiende.

—Claro que no, puedes seguir haciéndolo, no me importa en absoluto. Y ahora, por favor, vete de mi casa, Celia. —Cojo su chaqueta y el bolso, se los coloco sobre los brazos y la arrastro hacia la puerta.

—No eran amenazas vanas, Darío —gruñe mientras trata de frenar mis impulsos por echarla—. Te juro que lo haré, hablaré con mi jefe y tu modelo nuevo tendrá que parar su producción.

Ahora es cuando la ha cagado de verdad.

—Escúchame, maldita víbora. —Hundo los dedos en su brazo hasta hacerle daño—. Si por no follarte eres capaz de frenar toda una planta de producción y hacer perder a la empresa millones de euros es que tienes un problema. Y ahora, vete y, por favor, ten un poco de dignidad y no vuelvas.

—Tal vez no vuelva —gruñe mientras se deshace de mi agarre—, pero puede que te deje un grato recuerdo, cariño. A mí nadie me jode de esta forma, y menos un tío que de pronto se cree un santo cuando nunca lo ha sido. —Y desaparece tras las puertas del ascensor. La expresión de su cara consigue que un escalofrío me recorra la espina dorsal.

Cuando consigo quitármela de encima, le doy varias vueltas a la llave y me dejo caer sobre uno de los sillones mientras suelto un bufido. Estoy

cansado de esta especie de «atracción fatal» a la que Celia me está sometiendo, y empiezo a pensar que se trata de alguna especie de castigo por cómo he utilizado a las mujeres desde que murió Ana.

Ana..., qué pocas veces pienso en su nombre. Su imagen sigue viva en mí, su olor, el sonido cristalino de su risa... Pero hace tiempo que dejé de llamarla en sueños o en mis delirios, tal y como me pasé los primeros meses, envuelto en una niebla espesa, mezcla de desespero y de alcohol.

Fue lo único que me pude permitir en aquella época con las mujeres: follarlas y deshacerme de ellas. Me reía de las que me suplicaban, de las que decían enamorarse de mí. Maldito amor. Yo fui afortunado por haberlo conocido y el más desgraciado porque me lo arrebataron. Ahora entiendo que aquella forma de comportarme con las mujeres fue como mi venganza contra el mundo: si éste se había empeñado en destrozarme la vida, yo me encargaría de portarme como el mayor hijo de puta.

Pero, como con todo, el tiempo tiene su papel crucial. Hace poco descubrí que no debía sentirme desdichado por la pérdida de mi mujer, sino afortunado por haberla conocido. No obstante, ella se fue hace años. Se acabó seguir enzarzado en peleas conmigo mismo y en llevar una vida que no me satisface.

Decidido, cojo el teléfono. La primera llamada será para mover algunos hilos y conseguir una recomendación para que Celia consiga trabajar al otro lado del océano. La siguiente, para hablar con la única persona que ahora mismo es capaz de hacer que lo olvide todo y a la que tanto echo de menos.

Suspiro satisfecho. Estoy más convencido que nunca de que, más pronto que tarde, voy a lograr que Paula se sincere conmigo y podamos mantener una relación más convencional.

Ha llegado el momento de sentar la cabeza.

Capítulo 13

Paula

No me gusta nada tener que mentirle a una amiga, pero no podía decirle a Dánae que esta tarde no íbamos a volver juntas porque he quedado en charlar con mi exmarido el maltratador. Me hace recordar aquellos días en los que tampoco fui sincera con Micaela, Claudia y Salva, los días en los que aparentaba que todo iba bien mientras me veía obligada a ponerme chaqueta en verano, maquillaje en el cuello y a lucir una falsa sonrisa que demostrara que todo me iba genial. El día que mis amigos descubrieron los moratones en mi cuerpo se armó la de San Quintín en la trastienda de la panadería, porque ellos querían denunciarlo y yo no los dejé. Seguía pensando que Abel cambiaría, que todo se arreglaría, que nuestro matrimonio tendría salvación.

Esos recuerdos no han hecho más que hacerme pensar que esto que voy a hacer es un error. Volver a ver a Abel es algo que temo y a la vez aborrezco, pero últimamente me acompaña una fuerza que no conocía y que hace posible que mi vida sea cada vez más normal. Con esa fuerza, seré capaz de plantarle cara de una vez.

He preferido venir en transporte público, ya que elegí quedar con él en la céntrica plaza de Catalunya y me resultaría imposible aparcar cerca. Mientras camino hacia la terraza de la cafetería donde hemos de vernos, las piernas comienzan a temblarme y el corazón a golpearme el pecho. Ya he divisado a Abel, y no sé de dónde saco las fuerzas para seguir caminando. Está sentado a una mesa donde ya hay esperando dos vasos de refresco con una rodaja de

limón y un plato con patatas fritas, lo que pedíamos la mayoría de las veces que salíamos. Su aspecto parece el mismo de siempre: bien peinado, recién afeitado y vestido con traje, aunque su rostro está algo más delgado y macilento.

Por fin, hago un par de hondas inspiraciones y me acerco a él.

—Hola, Abel —lo saludo.

—Paula, cariño... —Se levanta y se me acerca para darme un beso en los labios que acaba en mi mejilla cuando giro la cara—. Perdona... —titubea—, siéntate, por favor.

Me sostiene la silla hasta que me acomodo y coloca en el respaldo mi chaqueta y mi bolso. Tan amable y considerado como siempre, aunque no conmigo, por supuesto. Para el resto de la gente era la educación personificada, mientras que, conmigo, descargaba toda su furia y su frustración.

—Qué guapa estás —comienza diciendo.

—Gracias, Abel, aunque no he venido hasta aquí para oír unos cumplidos que llegan demasiado tarde.

—Lo sé, nunca fui muy cariñoso contigo. —Hace una mueca y a punto estoy de soltar una carcajada y de darle una patada en los huevos por decir semejante atrocidad—. Sin embargo, sé que siempre cuidé de ti. Con mi sueldo podías estar en casa y no tener que trabajar.

—Ése fue el primer error que cometí —le digo—, quedarme en casa.

—¿Sabes? —me pregunta de pronto, como si cada vez que le planteo una queja él se la echara a la espalda—. He recuperado mi trabajo. Vuelvo a representar a la misma marca y sigo viajando por todo el país.

—Me alegro por ti.

—Mi sueldo ha aumentado, incluso, así que, ya sabes, si volvieras conmigo, te tendría como a una reina. No deberías andar por ahí mendigando cualquier trabajo.

Para disimular mi estupor, cojo una patata frita y la estrujo entre los dedos

hasta convertirla en migajas.

—Me gusta trabajar y no voy a volver contigo, Abel. Y ni se te ocurra preguntarme el motivo, porque te respondería que me pegabas. Me golpeabas con saña cada vez que te daba la gana, lo mismo que insultarme y gritarme. Tengo cicatrices en mi cuerpo y en mi espíritu por tu culpa, Abel, así que deja de insinuar, siquiera, la posibilidad de volver.

—Pero ¡ya te dije que he cambiado! ¡Entiendo que te hice daño, pero nosotros nunca dejamos de querernos, por lo que podríamos intentarlo!

—No, nosotros no nos quisimos nunca. Si acaso al principio, pero, muy pronto, tu cariño se convirtió en obsesión y yo sólo sentía miedo de ti. En cambio, ahora ya no te tengo miedo, Abel. Ahora vivo mi vida y espero que tú estés bien alejado de ella.

—Es porque tienes a otro, ¿verdad?

Su expresión amable pero falsa, por fin, ha dado paso a una mucho más real: sus ojos inyectados en sangre, su rostro púrpura y sus finos labios apretados por la rabia. Sigue siendo él, y jamás cambiará.

—No, Abel, quiero estar sola. No quiero estar ni contigo ni con nadie.

—No me mientas, Paula, te conozco. Tú estás con otro. Dios... —se frota el rostro con las manos—, otro hombre te toca y te folla, no puedo soportar imaginarlo.

—Creí que merecías una oportunidad, pero veo que estaba equivocada. —Trato de ponerme en pie, pero él coge mi mano con fuerza para hacerme sentar de nuevo.

—No, por favor, no te vayas. Perdona, perdona, no volveré a decirte nada parecido. Es por culpa de los malditos celos, que no me dejan vivir. Te quiero tanto...

—Eso no es amor, Abel —le digo tratando de bajar la voz—. Tú no me quieres, sólo me tratas como a una posesión. Por favor, deja que me vaya y sigue tú también con tu vida.

—Nuestro problema fue no tener hijos —insiste—. Si los hubiésemos

tenido, habríamos sido una familia. Pero tuviste que hacerte la fecundación justo cuando llegó al pueblo tu querida amiga la panadera. Estuviste ayudándola, trabajando en su puta panadería, con ella, con la tontita del niño y el macarra de su novio. No te hizo nada bien y lo pagamos muy caro. Te prohibí verlos, pero tú siempre tenías que llevarme la contraria en todo...

—Claro —ironizo—, la culpa es mía por no poder tener hijos. —Vuelvo a ponerme en pie y a coger mis cosas—. Aún no entiendo cómo he decidido venir. Adiós, Abel. Y, como vuelvas a molestarme llamándome por teléfono, juro que te denuncio, esta vez en serio.

—No eres capaz —me suelta de forma cruel—. Como tampoco podrás salir adelante, porque nunca has hecho nada tú sola. No tienes agallas, Paula.

—Tú... —Me siento tan impotente que no me salen las palabras—. Déjame en paz, Abel.

Salgo corriendo del lugar, sorteando mesas, sillas y gente, tratando de que las lágrimas que pugnan por brotar no se atrevan a hacerlo.

No voy a llorar, no voy a llorar... Y menos por Abel.

Paro un momento en un portal y me cercioro de que no me sigue. Trato de mezclarme entre la muchedumbre de gente que a estas horas invade la zona y consigo llegar hasta la entrada del metro, donde bajo la escalera con rapidez y alcanzo el vagón que me alejará de aquí. Una vez dentro, me dejo caer sobre uno de los asientos vacíos, tan vacío como ahora mismo se encuentra mi alma. Maldito sea el momento en que decidí que hablar con Abel podría acabar con esta pesadilla. No, esta pesadilla no acabará nunca, me perseguirá y yo nunca podré tener esa vida normal que tanto ansío.

Contemplo cómo van apareciendo en el panel las señales luminosas de las estaciones. Casualmente, sólo faltan dos paradas para llegar a una zona que últimamente visito bastante a menudo. No sé si es una locura pensar en ir en este momento al apartamento de Darío, pero me encuentro en un estado en el que necesito desahogar de alguna forma la rabia que llevo dentro. Si me presento en casa de Dánae, lo más probable es que se den cuenta de que algo

me pasa, y no quiero mentirles más, pero tampoco me parece bien explicarles mi horrible conversación con Abel.

Decidida, dejo la estación para recorrer un par de calles y llegar al domicilio de Darío. Respiro de alivio cuando observo su coche aparcado en su lugar habitual, así que subo en el ascensor y doy unos leves toques en la puerta, pero no parece oírme, por lo que acabo sacando la llave de mi bolso para poder entrar.

En el salón no hay nadie, aunque veo su chaqueta en el respaldo de un sillón y su teléfono encima de la mesa. A pesar de la libertad que me concedió, me siento una intrusa.

—¿Darío? —lo llamo. Pero sólo recibo silencio como respuesta.

Camino con cuidado por el pasillo y me asomo ligeramente a su dormitorio, de donde parece proceder el sonido del agua de la ducha de su baño. Perfecto. Me acerco y, efectivamente, su silueta desnuda se vislumbra a través del cristal de la mampara.

Frenética, me despojo de mi ropa. Siento que la propia ira es la que maneja mis movimientos y circula por mis venas, dotándome del arrojo necesario. Al mismo tiempo, contemplar la figura desnuda de Darío tras el cristal me ha excitado muchísimo, aunque ya no sé si es deseo o necesidad lo que siento. Necesidad de él, de sus caricias, de sentirme deseada...

Sin avisar de alguna manera, tiro de la puerta corredera y aparece ante mí la perfecta imagen de Darío bajo el agua de la ducha. Su cuerpo brilla, sus músculos parecen más marcados y los regueros de agua siguen el sendero del vello de su pecho, de sus brazos, su espalda y sus nalgas. Cuando presiente que alguien lo observa, abre los ojos y contempla, anonadado, mi presencia desnuda frente a él.

—¡Paula! ¿Qué...?

No lo dejo ni terminar. Me introduzco en el hueco y me lanzo contra su cuerpo mojado y contra su boca, para besarlo, tocarlo, acariciarlo... Dios, casi noto las lágrimas bajo los párpados por el alivio de estar aquí con él.

Tampoco lo dejo hablar ni pensar. Mi deseo es tan intenso que mis manos, más que tocar, tratan de clavarse en su cuerpo, de pellizcarlo, de atraerlo hacia mí y que se funda conmigo. Mi boca devora la suya y sólo me aparto para seguir lamiendo y mordiendo su cuello, sus hombros, su pecho, mientras la cascada de agua continúa sobre nosotros. Me voy inclinando para poder besar y morder también la fina piel de sus caderas, sus nalgas, sus muslos, y acabo arrodillada frente a él. Sin demora, pongo la boca entre sus piernas y chupo con ansia las bolsas que le cuelgan, para pasar, después, a introducirme su gruesa erección. Chupo y chupo, frenética. Estoy tan excitada que sería capaz de correrme de esta forma, pero Darío, igual de agitado, me toma de los brazos para estamparme contra la pared de cristal. Estira un brazo hasta un armario, lo abre y lo revuelve hasta que encuentra un condón. Supongo que los tiene a mano porque ya lo habrá hecho muchas veces en este mismo lugar.

No me da tiempo a pensar si eso me molesta o no, porque, en cuestión de segundos, se lo coloca, me toma de la cintura para que me abra de piernas y rodee su cuerpo con ellas y me penetra de un golpe al tiempo que siento el impacto de mi espalda contra la pared.

Lanzo un gemido como nunca me había atrevido a lanzar. Mi cuerpo rebota contra el cristal y contra Darío, con fuerza. Clavo las uñas en su espalda y los dientes en su hombro, mientras él embiste una y otra vez, y otra, y otra... El placer estalla dentro de mí con una potencia descomunal, al tiempo que siento las convulsiones de su miembro en mi vagina. El sonido del agua amortigua nuestros jadeos hasta que, tras un último envite, Darío deja resbalar mis piernas hasta el suelo y cierra el grifo antes de hablar.

—Esto sí que ha sido una sorpresa —dice con la respiración aún agitada.

Parece fijarse más detenidamente en mi cara y acaba frunciendo el ceño.

—¿Te ocurre algo, Paula?

—No —susurro—. Sólo me apetecía estar contigo.

—Pues debía de apetecerte mucho. —Con una sonrisa maravillosa, sale de

la ducha y coge dos toallas del armario. Se enrolla una en la cintura y me ofrece otra a mí, que me coloco bajo las axilas y rodeo mi cuerpo con ella—. Termina al menos de secarte —me dice—. No vayas a salir disparada de aquí como siempre y te vayas a casa con el pelo chorreando agua.

—No —sonrío—. ¿Podrías dejarme una camiseta o algo por el estilo para estar más cómoda?

—Claro —contesta, mitad contento mitad sorprendido—. No me digas que vas a sentarte un rato conmigo sin que tenga que pedirte.

—Puede que sí —le digo al tiempo que me seco el pelo con la toalla y me pongo una camiseta que Darío ha cogido de su vestidor—. Pero sólo puede.

—¿La posibilidad de que pases la noche conmigo sigue siendo remota? —Él se ha colocado otra camiseta y un pantalón de algodón.

—Muy remota —le contesto, a pesar de lo cual, no dejamos de sonreír mientras lo sigo hasta la cocina.

—Me ha entrado un hambre lobuna —dice mientras trastea por los armarios y la nevera—. Debemos de haber quemado un millón de calorías por lo menos.

—Yo también tengo hambre —admito.

—Pues decidido. En un momento pongo un par de filetes en la plancha y hago una ensalada. Si quieres, puedes ir poniendo unos cubiertos y unos vasos en la mesa del salón, porque esta cocina no está preparada para visitas y no tengo mesa. Hay manteles en el mueble del televisor.

—Qué sorpresa —le digo mientras busco cubiertos en los cajones de la cocina—. Además de presidir una empresa, sabes cocinar.

—Y muchas otras cosas. —Se gira y me guiña un ojo. Y vuelve a hacerme sonreír.

—No lo dudo —bromeo.

—Además —se acerca a mí por detrás y me abraza por la cintura para darme un beso en el cuello—, ésta será una cena sencilla, pero puedo prepararte montones de platos mucho más complicados con los que te

sorprendería de verdad. Aunque, por mi falta de tiempo, me conformaría con invitarte a un buen restaurante.

Me tenso bajo sus brazos. Imaginarme salir con Darío de esa forma es admitir que hay algo entre nosotros, algo más que simple desahogo sexual. Y no lo hay, no puede haberlo.

—Eh, preciosa, no te pongas tensa —me susurra—. No quería incomodarte.

Me giro entre sus brazos para tenerlo de frente y me da un suave beso en los labios. Intento apartarme de él porque su rostro me ofrece paz, seguridad y tranquilidad, cosas muy normales para la gente pero que a mí nunca me ha ofrecido un hombre. Bueno, sólo Salva, pero él es sólo un amigo.

—Vamos, no te pongas seria. Hoy, en un rato, te he visto sonreír más veces que desde que te conozco, y no pienso estropearlo. Saldremos cuando te apetezca hacerlo.

—Gracias —murmuro.

Me separo de él y me voy al comedor, donde encuentro los manteles que él me ha indicado y comienzo a poner la mesa. Justo al acabar de hacerlo, suena el timbre de la puerta.

Ahora sí estoy envarada de verdad. Me imagino a alguna mujer al otro lado de la misma, como Celia, guapa y sofisticada, que viene a por la ración de sexo que Darío suele ofrecerle. Despacio, ya que él no parece haber oído el timbre desde la cocina, camino hasta la entrada y me asomo a la mirilla.

Menudo suspiro de alivio acabo de soltar. Al otro lado de la puerta se encuentra Aarón, aunque muy diferente de como suele ir a trabajar. Abro y es difícil saber quién de los dos está más sorprendido.

—Perdona, Paula, no sabía que estabas aquí.

Hace amago de marcharse, pero lo detengo.

—Por favor, pasa. Sólo íbamos a cenar. —Alza una ceja cuando me ve con tan sólo una camiseta sobre mi cuerpo.

—No me mires así, que seguro que no te sorprende tanto encontrarme

aquí. Además —le digo mientras lo invito a pasar—, tu atuendo también me ha descolocado a mí.

Va vestido con vaqueros, camiseta y una chaqueta vaquera. Su pelo, sin gomina, me parece muy bonito y le da un aire juvenil y desenfadado a la par que muy atractivo.

—Qué guapo estás vestido así —le digo—. Y tu pelo es ondulado —sonríe mientras se lo despeino con los dedos—. Qué pena que tengas que alisarlo cada día.

—Gracias —sonríe también. Siempre me ha parecido que tiene una de las sonrisas más bonitas que he visto—. No puedo devolverte el piropo porque apenas llevas ropa y quedaría fatal.

Reímos los dos.

Y así nos pilla Darío, riéndonos a carcajadas.

—Vaya —comenta—, voy a tener que pedirle el secreto a mi asistente. ¿Qué se te ofrece, Aarón?

—Me voy enseguida, tranquilo. Sólo pasaba por aquí y...

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros? —lo interrumpo. No sé si me hace ilusión pasar una velada con Aarón o el verdadero motivo es el miedo a seguir a solas con Darío.

—Pues porque tiene cosas que hacer —responde Darío—. ¿No es cierto, Aarón?

—Sí, sí, tengo que irme. No importa, Paula, de verdad. Otro día será.

Desaparece por la puerta y me giro hacia Darío con el ceño fruncido.

—Qué extraño, ¿verdad? Parecía algo preocupado. Y ¿a qué es debido ese cambio de *look*?

—Te lo contaré después de cenar —me dice haciéndose el interesante—. Y, después del postre, la copa...

—Darío... —lo corto—, no voy a irme tan tarde.

—Está bien, está bien —repite de camino a la cocina—. No voy a presionarte.

Más que comerme la cena que me ha servido, la he devorado. Todo estaba buenísimo, y cenar en compañía de Darío ha sido más agradable de lo que esperaba. Tal vez sea por el momento vivido esta tarde, porque me he sentido vulnerable, porque necesitaba sentirme bien con alguien, pero el resultado ha sido relajarme junto a él. ¿Me habría servido cualquiera? Empiezo a pensar que no. Incluso ha sido capaz de crear una conversación entre nosotros sin tener que hablar de trabajo ni temas personales, y casi estoy segura de que lo único que desea es hacerme un poquito feliz.

Me sorprende ser yo la que comience a hablar de Aarón.

—¿No decías que me contarías qué le pasa a tu ayudante? Parecía algo inquieto...

—Habrás sido por verte a ti —responde mientras da un sorbo a su copa de vino.

—Me ve cada día, no cuela.

—Pero no en mi casa y casi en bragas.

—Aarón sabe desde el principio que te visito en tu casa, tampoco cuela.

—Está bien. —Suspira y se deja caer en el respaldo de la silla—. Me da la impresión de que últimamente no lo satisface su forma de disfrutar de sus encuentros sexuales.

—¿Qué forma es ésa? —pregunto—. Había oído por ahí que recurría a prostitutas.

—Pues no sé si lo habrá hecho alguna vez, pero su estilo habitual es otro. Por eso ese cambio de aspecto que has visto. Creo que mientras está en el trabajo se ciñe a lo convencional, a demostrar su preparación, a que se lo tome en serio. Pero, cuando sale de ligue, muestra su faceta más despreocupada.

—Sigues sin decirme cómo se lo monta —insisto divertida.

—¿Estás segura de que no estamos hablando demasiado? —bromea—. Hasta el momento, nuestras conversaciones no han pasado de unos pocos

minutos. A ver si va a resultar ahora que te gusta estar conmigo, aparte de follar, claro.

—Que me guste estar contigo no significa que algo haya cambiado entre nosotros. Y deja de darle vueltas y responde a mi pregunta.

—Está bien. —Me sirve un poco más de vino, por lo que debo tener cuidado, pues empiezo a sentirme como en una nube—. Queda con mujeres por internet. Está metido en un chat, Relax.com, creo que se llama. Le he dicho miles de veces que un tipo como él podría montárselo mejor, pero no hay manera.

Disimulo mi sorpresa. ¡Igual que Dánae!

—No lo entiendo —comento tras mi asombro—. Aarón es guapo e interesante. ¿Por qué tiene que recurrir a desconocidas?

—Se enamoró hace años, incluso tenía fecha para casarse y, a pocos meses de la boda, encontró a su novia con un compañero de trabajo en la cama.

—Vaya, pobrecito —me lamento.

—Para colmo, en la empresa se fijó en una chica, pero tiene claro que no puede haber nada entre ellos.

—¿Por qué?

—Porque ella lo detesta, y no piensa arriesgarse a sufrir de nuevo.

—Y ahora te ha llegado el momento de soltar su nombre, claro. No me seas malo.

—Si mi amigo se entera, me mata. Ni se te ocurra contarle que te lo he dicho...

—Que no, tranquilo.

—En fin —suspira—, de perdidos, al río. Está coladito por tu amiga del pelo azul.

—¡¿Dánae?! —exclamo—. ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer!

—Son muy diferentes, ¿verdad?

—¡No lo digo por eso! ¡Ella está enamorada de Aarón! —grito entusiasmada.

—¡No puede ser! —ríe también.

¡Joder, qué casualidad! Se gustan y utilizan el mismo método para ligar porque ninguno de los dos quiere nada serio para que no les hagan daño. No voy a decirle nada de momento a Darío porque tengo que pensar en algo, pero esto no puede haber ocurrido porque sí, esta coincidencia tiene que servir para algo. Y algo se me ocurrirá, seguro.

—Qué maravilloso es verte reír así, despreocupada —me suelta él de pronto—. No querría que esta noche acabara nunca.

Y yo, como una tonta, me derrito ante esa frase.

—Ha llegado el momento de marcharme. —Se lo digo sonriente, para quitarle seriedad al hecho de que ha vuelto a obligarme a que me vaya, como cada vez que se pone demasiado cariñoso conmigo. Podría acostumbrarme y luego sería peor.

Lo ayudo a quitar la mesa, pero Darío insiste en que ya lo hará él. Me visto y, con disimulo, cojo el móvil para mirar los horarios de los autobuses. Él frunce el ceño cuando advierte lo que hay en mi pantalla.

—¿Qué estás mirando?

—Nada, no seas cotilla. Gracias por la cena y hasta mañana.

Me giro hacia la puerta y me dispongo a salir.

—Espera, Paula. Es muy tarde. Te acompaño hasta el coche.

—No es necesario.

—No me cuesta nada. En un momento me pongo unos pantalones y unos zapatos.

—¡Darío, por favor, no hace falta! —exclamo demasiado exasperada.

—No has venido en coche, ¿verdad? Me ha parecido ver una tabla con horarios en tu móvil.

—No —suspiro—, no he venido en coche, pero puedo irme sola perfectamente.

—Deja de demostrar que puedes valerte por ti misma —me dice mientras se abrocha los pantalones y se calza—. Ya lo has dejado bastante claro. No

por eso debes pasarte la vida rechazando cualquier tipo de ayuda.

Al final, no ha habido manera de que me deje marchar sola. Bajamos al aparcamiento, me abre la puerta de su coche como un caballero y se dispone a conducir para que salgamos de la ciudad.

—No es necesario que me acerques a casa —le digo—. Tengo el coche en el parking de la empresa.

—¿Por qué viniste en autobús esta vez?

—Tenía que hacer unos recados en Barcelona y decidí visitarte a última hora. No lo tenía planeado.

—Ya veo.

Compone una expresión dubitativa mientras continúa conduciendo. Observo de reojo su atractivo perfil, envuelto en sombras, sólo visible cada vez que nos cruzamos con las luces de otro coche. Me siento extraña, una mezcla de euforia y temor. Estar con Darío en su coche me parece un acto tan cotidiano y normal que me da la sensación de formar parte de su vida, pero sólo es un espejismo.

—Ya hemos llegado. —Atravesamos el control de la entrada que custodia el vigilante. Darío sólo ha tenido que mirarlo para que el hombre lo deje entrar. Yo, por mi parte, he girado la cabeza hacia mi ventanilla para que no me reconozca—. No creo que haga falta que te camufles de esa forma.

—No quiero que la gente hable.

—¿Tan horrible sería que se hablara de que tú y yo estamos juntos?

—Prefiero que no sea así —respondo mientras me quito el cinturón y abro la puerta del coche—. ¿Tan horrible te parece que tengamos la misma relación en la sombra que sueles mantener con el resto de tus amantes?

—Hablas como si fuesen una legión y continuara viéndome con ellas, pero resulta...

—No —lo interrumpo—, por favor, no quiero saber los detalles. Si te ves con más de una mujer a la vez, allá tú. Y prefiero que no me digas que soy la

única con la que estás en estos momentos, porque podrías correr el riesgo de que no te creyera.

Salgo del coche y Darío sale detrás de mí.

—Pero es que eres la única, Paula. No entiendo esa fijación porque tenga un montón de amantes. Aunque empiezo a pensar —suspira mientras sostiene la puerta abierta de mi coche— que prefieres que sea así para tener la excusa perfecta.

—No sé a qué excusa te refieres. —Me siento al volante e introduzco la llave en el contacto.

—Que siempre me culparías a mí de que no hubiese cuajado una relación entre tú y yo. Nunca te creerías responsable de ese fracaso si supieras que la causa fue la legión de amantes de Darío San Martín, un calavera incorregible.

—Déjame cerrar la puerta —le digo, envarada por lo que acaba de decirme—. Es tarde y mañana he de madrugar, lo mismo que tú.

—Por supuesto, puedes marcharte. Y espero que esta noche duermas satisfecha pensando que hoy lo has hecho todo bien, que únicamente le sacaste un polvo en la ducha a tu jefe. Que se joda, pensarás, que seguro que cambia de amante cada día. Se merece que le den de su propia medicina.

Le doy un tirón a la puerta para poder cerrarla y giro la llave para salir de aquí haciendo rechinar las ruedas. Observo de reojo la figura de Darío a través del espejo retrovisor, pero pronto se convierte en un borrón, cuando atravieso el control y salgo disparada hacia la carretera.

—¡Mierda! —grito al aire mientras conduzco—. ¡Mierda y mierda!

Debería haber previsto que cualquier relación podría acarrear problemas, por mucho que estuviese basada en el sexo. Pero ¿quién me iba a decir a mí que Darío no sería el cerdo que aparentaba ser? ¡Pensé que hacía bien escogiendo a un tipo que usaba a las amantes sólo en su propio beneficio! Joder, ¿por qué todo se ha de complicar tanto en las relaciones humanas, sean del tipo que sean?

No sé si estoy enfadada por lo que me ha dicho, porque me ha parecido un

presuntuoso y un capullo, o porque me haya soltado unas cuantas verdades. La pesada voz insidiosa que me habla cuando le apetece ha vuelto a hacer su aparición: «Vamos, Paula, supiste muy pronto que Darío era algo más que un pene con patas, que era lo que tú buscabas. Si de verdad te parece tan mal, ¿por qué no lo mandas al cuerno y dejas de verlo?».

—Vete a la mierda —le digo a quien sea. Cualquiera que me oyera pensaría que estoy como un cencerro.

Cuando entro en casa, percibo la azulada luz del televisor a través de la vidriera del salón. Emily está sentada en el sofá viendo una grabación de una de sus actuaciones históricas, *La gata sobre el tejado de zinc*, de Tennessee Williams, su autor favorito, que, como tantas otras, tiene aún grabadas en cintas de vídeo VHS.

—Cada día llegas más tarde de ver a ese amante tuyo —me dice con retintín. Después, me mira algo preocupada al verme plantada en medio de la estancia sin saber si voy a llorar o a ponerme a despotricar—. Anda, siéntate un ratito a mi lado. —Me hace el gesto con su mano sobre el sofá.

Le hago caso y tomo asiento junto a ella. Como cada vez que decide ver a solas alguna de sus actuaciones, va vestida como si fuese a un estreno. Lleva un vestido negro, largo hasta los pies, y lleva encima todas sus joyas, desde una refulgente gargantilla a juego con un brazalete, hasta el bonito prendedor que lleva en el pelo, pasando por diversos anillos en cada uno de sus dedos, aunque cualquiera sabe si son auténticos. Su cabello rojo brillante y su maquillaje algo cargado la hacen parecer una auténtica diva de épocas pasadas.

—Y ahora —continúa—, vas a acompañarme también a tomar el mayor quitapenas del mundo.

La veo coger una botella que guarda camuflada bajo el sofá y luego trae dos pequeños vasitos, que llena con el contenido de la misma.

—Vamos, de un trago.

—Pero... esto es anís.

—Lo sé —dice divertida—. Dicen que es bebida de viejas, pero eso es lo que yo soy. Además, está buenísimo.

Vuelvo a obedecerla y, de nuevo juntas en el sofá, nos echamos a la garganta todo el contenido del vaso.

—¡Joder! —exclamo con una mueca—. Me arde la garganta. Pero está bueno —sonríó como una boba.

—Pues claro que está bueno —tercia Emily mientras vuelve a llenar los dos vasos. Sin ser consciente, pierdo la cuenta de los chupitos de anís que me voy bebiendo.

—Cuidado, tía Emily, no te pases, que por culpa de beber cosas que no debo me encuentro en este embrollo.

—Así me gusta, que sueltes la lengua —me dice, la muy pérfida—. Y, dime, ¿qué te ocurre con ese galán tuyo? ¿Demasiado... viril?

—¡No es eso! —Suelto una carcajada—. Lo justo y necesario. Es el amante perfecto. —Hago una mueca ante tal muestra de locuacidad.

—Entonces te ha pasado lo que nos ocurre con los amantes desde que el mundo es mundo: que te gusta más de lo que esperabas. Que lo que suponías que iba a ser una aventura se acaba convirtiendo en algo que duele.

—Eso me temo —suspiro. Me siento flotar dentro de una esponjosa nube y cada vez tengo más ganas de reír—. ¡Pero yo sólo buscaba un poco de sexo! ¿Por qué me tiene que salir todo al revés? ¡Qué pena doy, por favor! —Y comienzo a reír como una loca—. Nos pasamos la vida encerrados en su apartamento, precisamente para que no se molestara en mostrarme sus virtudes, y resulta que las he encontrado de todas formas. ¡Me encanta Darío San Martín! —Y vuelta a reír.

—Y ¿por qué no dejas que te lleve a restaurantes bonitos y caros? —Me da la impresión de que Emily está bastante más acostumbrada que yo a las bebidas espirituosas—. Podréis charlar, lo conocerás mejor y, si te acaba saliendo rana, te habrás llevado unos buenos y agradables momentos. Aparte

de la cena, claro. —Me da un codazo en el costado que casi me hace rebotar hasta la otra punta del sofá.

Y seguimos riendo.

—Chist, por favor. —Me insta a que baje el volumen—. Deja que mi sobrina y mi nieta descansen, ya que tú y yo no lo haremos ya.

Pero respondo con una nueva risotada.

—Entonces —me atrevo a preguntarle—, ¿tú te lanzarías? Me refiero a salir con Darío en un plan más normal.

—Si me lo preguntas, doy por sentado que es un buen tipo.

—El mejor. —Otro chupito que me echo al gaznate—. Un poco engreído, bastante arrogante y un golfo empedernido, pero me gusta. —Creo que me ha entrado hipo—. Me gusta mucho.

—Pues adelante, hija, disfruta de tu hombre. Y si al final, como te he dicho, no te convence, pues ¡puerta y que pase el siguiente! Pero deja de hacerte la dura.

—¿Quién decís que la tiene dura?

Volvemos a estallar en risas cuando Dánae aparece haciendo esa pregunta y se deja caer a nuestro lado en el sofá. Emily le sirve otro chupito de anís y se lo toma de un trago. Creo que entre las dos me acaban chafando, porque tengo un calor...

—El amante de Paula —contesta Emily.

—¡Yo no he dicho eso!

—Ya lo imagino —contesta Dánae mientras se sirve otro vaso—. Sin un buen rabo, Paula no habría tenido nada que hacer.

—¡Serás bruta! —le grito.

—Buscas sexo, cariño, no te hagas la estrecha ahora. Y yo que tú no le haría demasiado caso a mi tía, siempre con sus sueños románticos. ¡Un buen polvo y a otra cosa, mariposa!

—Bah —replica Emily—, no irás a comparar a mis elegantes amantes con tus citas de internet. Es como comparar los diamantes con piedras del río.

—Acaban sirviendo para lo mismo, tía. Porque tus señores amantes irían vestidos de frac y camisas de seda, pero seguro que acababan igual que mis citas: abriéndote de piernas.

—Pero —intervengo yo, aunque no acabo de encontrarme muy centrada —, ¿y si pudieras tener la oportunidad de una relación con Aarón? ¿Lo despreciarías si supieras que le gustas?

—¿Quién es Aarón? —pregunta Emily.

—El amor imposible de tu sobrina —contesto.

—Chivata, bocazas —me acusa Dánae—. ¡Mala amiga!

—Vamos, vamos —media Emily—. No es nada malo que en un momento de ebriedad confesemos nuestros secretos amorosos. Yo estuve perdidamente enamorada de un famoso político que, a la postre, estaba casado. ¡Si llego a hablar en su momento, seguro que me habrían amenazado de muerte!

—No empecemos con la misma historia de siempre. —Dánae pone los ojos en blanco—. Mi historia con Aarón no tiene nada de amorosa. No congeniamos, no nos parecemos en nada y encima nos aborrecemos el uno al otro. Punto.

En medio de mis vapores etílicos, recuerdo un detalle que tiene que ver con Aarón y Dánae. Sonrío. Se ve que borracha es como mejor puedes maquinar intrigas y conspiraciones. O planes para enredar a tus amigos.

—Creo que me voy a la cama —digo antes de levantarme del sofá, no sin esfuerzo—. O mañana no habrá quien sume dos y dos y tendría que aguantar la bronca de tu «aborrecido» Aarón. Buenas noches.

Apenas soy capaz de subir por la escalera de caracol sin tropezar con cada peldaño, pero acabo llegando a mi cama, donde aterrizo como un saco de patatas.

Como alguien vuelva a gritar cerca de mí, juro que le tiro algo a la cabeza,

a ver si así experimenta lo que siento yo: una resaca de anís en toda regla.

¡Dios! ¿Quién me mandaría a mí?

—Paula —me llama César—. Deberíamos repasar el último punto del proyecto antes de que San Martín tenga que presentarlo ante...

—¡Pero no grites! —le digo mientras me llevo las manos a la cabeza—. ¿Por qué gritas?

—No estoy gritando. Me parece que necesitas un café bien cargado, guapa. ¿Dónde estuviste anoche? ¿De discoteca con tu amiga?

—Estuve en el teatro —respondo con una mueca mientras cierro los ojos—. Había barra libre de anís.

—¿De anís? —exclama asombrado—. ¿En el teatro?

—Déjalo —suspiro.

El sonido del teléfono interno me sobresalta, además de hacerme estallar la enésima vena cerebral. Joder, es Aarón. Como sea para una bronca, juro que lo mando a la mierda.

—Dime —respondo.

—Paula, necesito que vayas un momento al despacho de San Martín. Es urgente.

—¿Qué pasa? —replico con ironía—. ¿Va a decirme que el proyecto no sirve ni para limpiarse el culo?

—No es por eso —me dice con demasiada paciencia. Creo que me he pasado un poquito, pero ya habrá ocasión de disculparme, que ahora no tengo ganas ni de pestañear—. Al menos, no es para nada malo, tranquila.

—¿César también ha de ir?

—No, sólo tú.

—Está bien —suspiro.

Tengo que apoyar las manos en la mesa para poder levantarme, menudo espectáculo. Diviso al otro lado de la sección a Dánae en su sitio, con la cabeza apoyada entre las manos y los ojos cerrados. Para mí que se ha dormido. Me acerco y le digo al oído:

—¿No tiene usted trabajo que hacer?

Pega un respingo y me lanza una mirada asesina.

—Joder, qué susto, vete a la mierda.

—Y tía Emily tan a gusto en su cama —río.

—Tú al menos tienes la excusa de haberte pillado desprevenida —me dice—, pero yo no tengo perdón. Ya van unas cuantas veladas con mi tía y su anís y siempre acabo igual, para el arrastre.

—Te hace falta una salida con alguno de tus ligues virtuales —replico para tantear un terreno que ya debo ir preparando—. Estás de muy mal humor.

—Tienes razón —suspira—. Pero no es necesario que te regodees en tu suerte porque tú sí tengas sexo disponible cuando te dé la gana.

—Pues ahora mismo debo presentarme en su despacho, precisamente, aunque lo que me suele esperar ahí no acostumbra a dar mucho gusto. O es una bronca o algo parecido.

—Fóllatelo en su mesa y le callas la boca —suelta con una mueca de dolor, como si hablar le costara.

—No, Dánae, aquí sólo es el presidente de la compañía.

La dejo con su condena por haber sucumbido al anís y me dirijo al despacho del presidente. Por el camino, pienso en las diversas posibilidades.

Si nos hubiese llamado a César y a mí, entendería que el motivo fuese el proyecto o alguna duda referente a él. Pero, al haberme llamado sólo a mí, me da la sensación de que esto tiene que ver con la fea despedida que tuvimos ayer. Estoy casi segura de que quiere dar por zanjada nuestra extraña relación. Tener una amante como yo no debe de haberle resultado demasiado gratificante, por eso me he echado la llave de su apartamento al bolsillo de la chaqueta. Si la cosa va por ese camino, se la planto en su mesa y en paz.

Pero, joder, me duele no volver a estar con él. No puedo ser más tonta. No sirvo ni para tener un amante si acabo encariñada de él.

Doy un par de toques en su puerta cuando llego y accedo al despacho.

—Buenos días, señor San Martín —lo saludo cuando he cerrado—. Usted dirá.

—Ah, buenos días, Paula. Un momento, por favor.

Con toda su parsimonia, sin mirarme siquiera, continúa revisando unos datos en su ordenador hasta que le da la gana de acabar. Qué capullo, como si no se notara que quiere fastidiarme un rato y hacerme esperar como un pasmarote. Porque ni se le ha ocurrido decirme que me siente, claro. Ya estoy metiendo la mano en el bolsillo para tener la llave preparada. En lugar de dejarla sobre su mesa, se la acabaré tirando a la cabeza.

—Un momento, estoy enseguida.

Joder...

—Bien, ya está, ahora mismo estoy contigo.

Se levanta de su butaca, rodea la mesa, se acerca a mí y toma mi rostro entre las manos para posar su boca en la mía y besarme dulcemente. Me ha pillado tan de sorpresa que lo único que puedo hacer es dejar que sus labios recorran los míos y deleitarme en su sabor particular. Hasta que compruebo que no tiene intención de parar, por lo que me separo de él.

—Aquí no, Darío...

—Sólo quería pedirte perdón por lo que te dije anoche —murmura, aún con las manos en mi rostro—. Perdóname, Paula, no dije más que tonterías. Tonterías que no debería haber dicho porque no puedo saber lo que te puede estar pasando por la cabeza sobre mí, sobre nosotros. Por eso te pido el privilegio de conocerte un poquito más. Déjame acercarme a ti; déjame saber de ti; déjame conocerte.

Ya no tengo la llave entre los dedos. La he soltado en cuanto me ha besado, me ha pedido perdón, me ha rogado estar conmigo de una forma tan dulce...

Mierda, no sé qué es peor: pensar en no verlo más o sucumbir a sus encantos.

¿Y si es la forma que utiliza para todas sus amantes, parecer un auténtico

caballero?

—Por favor —le digo—, dijimos que aquí no hablaríamos de nada personal, sólo de trabajo.

—No podía esperar más —susurra.

Vuelve a inclinar la cabeza y me besa de nuevo. Esta vez, introduciendo su lengua y enredándola en la mía. Y ya noto mis piernas de gelatina y todos mis huesos blandos y maleables.

—Está bien, estás perdonado —le digo como excusa para no dejarme llevar—. Pero ya nos veremos fuera de aquí. No quiero que mis compañeros hablen y crean que vengo a pagarte algún tipo de trato de favor.

—Como quieras. —Se aparta ligeramente de mí—. De paso, quería decirte que voy a estar unos días de viaje, por lo que no me encontrarás en el apartamento hasta finales de semana.

—No pasa nada —le digo intentando disimular mi decepción—. Aunque yo también quería comentarte un tema. Necesito que me hagas un favor.

—Todos los que quieras —responde de forma pícara.

—No es para mí. Es para Dánae y Aarón.

—Y ¿qué puedo hacer yo por ellos? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Sabes, tal como comentamos anoche, que ellos dos se gustan, y que tu ayudante utiliza un chat para amantes online para quedar con ellas.

—Sí, pero no entiendo...

—Déjame seguir. Resulta que es la misma página que utiliza Dánae para sus encuentros: Relax.com. ¿No te parece la casualidad más grande?

—Joder, sí —dice perplejo—, pero aún no sé adónde quieres ir a parar.

—Necesito su nombre de usuario y contraseña para poder quedar con mi amiga.

—¿Lo dices en serio? —exclama—. ¿Vas a hacer que esos dos tengan un encuentro? ¡Seguro que se largan corriendo al verse!

—Eso ya es problema suyo —insisto—. Pero debo intentarlo, Darío. Es una pena que anden de esa forma si se gustan. No se pierde nada y podríamos

ganar mucho.

—Sé su nombre de usuario: *Jack35*. Utilizan los números para indicar su edad. Pero ¿cómo se supone que voy a conseguir su contraseña?

—Dánae es *Blue31*. Y la conseguirás de la misma forma que yo: diciéndoles que estamos interesados y que nos expliquen cómo lo hacen.

—Joder, Paula, menudo marrón.

—No te estoy pidiendo tanto. Sólo es un pequeño favor.

—No tan pequeño —suspira—. Está bien, lo intentaré. Pero quiero algo a cambio.

—No te aproveches —gruño con los brazos cruzados.

—Quiero una cena contigo en un restaurante.

—Cómo se nota lo acostumbrado que estás a salirte con la tuya con tus clientes —bufo—. De acuerdo, acepto, pero quiero esa contraseña para mañana como muy tarde.

—Está claro que te gusta ayudar a los demás —sonríe—. Poco a poco voy sabiendo cosas de ti.

—Tengo trabajo, señor San Martín —lo corto—. Si no se le ofrece nada más...

En este instante suena su móvil particular. Lo noto ponerse algo tenso mientras saca el aparato de su bolsillo y observa el número en la pantalla.

—Nada más, Paula, nos veremos a finales de semana. Si me disculpas... —señala el teléfono.

—Por supuesto —contesto.

Salgo del despacho un poco escamada. He visto perfectamente en sus ojos que estaba deseando que me fuera para poder hablar. Antes de cerrar la puerta del todo, oigo desde el pasillo las primeras palabras de su conversación:

—Hola, cariño, perdona... Sí, he estado muy liado, tengo mucho trabajo... No te preocupes, nos vemos el sábado... Te quiero...

Cuando la doble puerta negra hace «clic», me quedo unos segundos aturdida en mitad del pasillo.

Lo sabía, lo sabía. Menuda idiotez sorprenderme ahora por esa conversación. Estaba claro que un hombre como Darío tenía que tener su propia vida mientras también conservaba, de forma paralela, otra diferente, con un apartamento con unos pocos muebles y una lista de amantes que van pasando por él, al tiempo que una mujer lo espera en otro lugar, en otra casa.

Esperándolo, amándolo...

¡Y tan ancho que se quedó al decirme que no estaba casado! Como si hiciese falta ponerse un anillo en el dedo para tener una relación con otra persona.

Me siento fatal. Soy «la otra», la amante, la querida, la aventura, mientras que una pobre mujer lo espera cada fin de semana creyendo que el resto de los días sólo son ocupados por un trabajo agotador. Pero, al mismo tiempo, suspiro aliviada. Ya estoy segura de que no tenemos futuro, de que nunca podrá haber para nosotros más que encuentros furtivos en su apartamento o, como mucho, alguna velada en un restaurante discreto, como me ha pedido. Lo que hacen todas las amantes.

Entonces ¿por qué no acabo de sentirme bien?

Si es por ser su querida, no debería, porque, si no soy yo, lo será cualquier otra.

¿Algo de celos, tal vez?

Un poco, para qué negarlo, algo igualmente absurdo, puesto que seguro que no soy la única. Folla conmigo algunos días, con otras el resto de la semana y con su pareja, los festivos y las vacaciones. Toma ya. A saber si lo del viaje no es una excusa para ver a otra más.

Si tenía alguna duda sobre si seguir con él por si me acababa encariñando, han quedado todas despejadas. Sólo soy un revolcón más...

Voy a dejar de pensar en el tema porque, sin comprender el motivo, me estoy poniendo de muy mal humor.

Hoy me siento bien; genial debería decir. Han pasado tres días desde que hablé por última vez con Darío. Ya ha vuelto de su viaje y hemos quedado para salir a cenar. No me acaba de agrandar demasiado la idea, pero se lo debo después del favor que me hizo averiguando la contraseña de Aarón. Yo hice lo propio con Dánae y pude entrar en su cuenta para quedar con Jack35. ¡Y dio resultado! Cuando me lo dijo anoche, no podía creérmelo.

—¿Qué te parece, Paula? Justo mañana, Noa ha quedado en pasar la noche con Alba para reconciliarse. ¡Y yo tengo una cita!

—¿Ah, sí? —exclamé con disimulo—. Qué bien. Te veo contenta.

—¡Pues claro! Porque hacía siglos que no tenía sexo, hija, y ya empiezo a subirme por las paredes. Además, he hablado con ese tipo más que con otros, y creo que tenemos bastante en común. No importa mucho si sólo es para un polvete, pero preveo que será más satisfactorio que los que echo últimamente en estas citas, con ejecutivos estresados que apenas reparan en que yo también he de disfrutar.

—Me alegro mucho, Dánae. Aunque me sabe mal que tía Emily se quede sola esa noche.

—No te preocupes —me dijo—. Sólo yo sé que a veces necesita alguna noche para ella sola. No me preguntes demasiado, pero intuyo que invita a alguien a casa. A algún antiguo admirador o algo así. Puede que sólo jueguen a las cartas y beban anís..., o no, quién sabe.

—Me alegro por ella —contesté en medio de nuestras risas.

En fin, ya veremos cómo acaba la cita de Dánae y Aarón. De momento, yo tengo la mía propia, con Darío. En calidad de amante, claro.

Si mis amigos supieran...

Conduzco hasta el edificio de apartamentos y aparco, como siempre, junto al coche de Darío. Me miro en el espejo retrovisor para comprobar que me he esmerado más de la cuenta al arreglarme para nuestra primera cita fuera del apartamento, pues me he recogido el pelo en un moño suelto, me he

maquillado y me he puesto un vestido estampado, sencillo pero que me sienta genial.

Subo hasta la planta correspondiente y llamo al timbre, ya que, cuando sé que Darío está en casa, nunca utilizo la llave. La puerta se abre, y la sonrisa que traía en mi cara acaba de desaparecer por completo. Lo mismo que los latidos de mi corazón, mi respiración y mi riego sanguíneo.

—¿Sí? —responde con desdén la mujer que me abre la puerta. La reconozco enseguida como Celia, la misma que veo tantas veces entrar o salir de la empresa y de su despacho; su amante, novia o lo que sea.

—Yo...

Me quedo sin respuesta, claro. ¿Qué puedo decirle a esta mujer que me está mirando con semejante mofa? Por no hablar de su apariencia, con un salto de cama que transparenta su cuerpo desnudo, con el cabello alborotado y el carmín diseminado alrededor de su boca.

—Si buscas a Darío —me acaba respondiendo—, está en la ducha. El muy capullo ha vuelto a liarse con las fechas y ha provocado que te quedes como tantas otras, con esa cara de tonta. En fin, puedes marcharte o puedes entrar para pedirle explicaciones. O también te queda la opción de sumarte a nosotros. No sería el primer trío que nos montamos. —Y suelta una risotada tan espantosa que dudo a quién de los dos odio más en este momento.

No le contesto. Simplemente me doy media vuelta y me largo corriendo. Cojo mi coche y conduzco apenas sin mirar señales o semáforos. La indignación me revuelve la sangre hasta llegar a sentir que me hierve dentro de las venas.

Cuando entro en casa, camino despacio por el pasillo. Veo luz por la rendija de la puerta de la habitación de Emily, incluso creo oír risitas. Con cuidado, subo la escalera de caracol, entro en mi buhardilla y me lanzo sobre la cama.

Me siento como una mierda, y eso era algo con lo que no contaba.

Capítulo 14

Dánae y Aarón

Dánae llegó puntual al lugar de su cita. No encontraba muy práctico llegar tarde y perder un tiempo valioso, puesto que, la mayoría de las veces, la cosa acababa muy rápido, demasiado para su gusto. ¿Cuándo iba a toparse con un tipo realmente bueno en el sexo? Porque se encontraba con cada uno que se creía un *macho man* y no llegaba ni a *machito boy*...

Su ligue de esa noche, Jack35, la había citado en un pequeño motel. No sabía por qué, le había transmitido buenas vibraciones, pero tampoco quería hacerse ilusiones. Si llegaba a tener un orgasmo esa vez, se daría por satisfecha.

Entró por la puerta principal y atravesó el pequeño vestíbulo para llegar al bar, donde habían quedado. Pese a la sencillez que aparentaba el motel en la parte exterior, por dentro estaba bastante bien, al menos el bar resultaba muy agradable: poca luz, música suave, leves murmullos de la gente, parejas en su mayoría... Estaba claro que solía ser lugar de encuentros clandestinos, o, en su defecto, un sitio apartado y tranquilo.

La barra se encontraba al fondo, mientras que los dos grupos de mesas se repartían a ambos lados. Dánae atravesó el pasillo central después de haber divisado ya al que debía de ser Jack. Como le había indicado, estaba al final de la barra, sentado en un taburete, de espaldas, donde la luz apenas rozaba su ondulado cabello castaño. Aun así, vio una chaqueta de cuero negra, unos

pantalones vaqueros y unas botas que asomaban apoyadas entre las patas del taburete.

Tenía buena pinta, bastante buena pinta.

Caminó ligera, se acercó al hombre, se sentó en el taburete contiguo y le pidió una cerveza al camarero.

—Hola —lo saludó a continuación—, supongo que eres Jack.

El hombre se giró muy lentamente hacia ella y, cuando estuvieron cara a cara, no podrían haber sabido en la vida quién había abierto más los ojos por la impresión. Dánae, al menos, estuvo a punto de caerse de espaldas ante semejante visión.

¿Cuántas veces había soñado ella con un momento así? Con aquellos ojos verdosos, con aquella sonrisa perfecta...

—¿Dánae?

—¿Aarón? ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Aquello era lo más surrealista que le había pasado a Aarón en su vida. Cómico por la situación, pero realmente dramático por los personajes. No sabía si echarse a reír o levantarse y marcharse del lugar sin mirar atrás. Pero la curiosidad lo venció, por no hablar de la agradable sensación que se había apostado en su estómago al toparse con su chica del pelo azul.

—Me has llamado Jack —le aclaró—, así que tú debes de ser Blue. Por tanto, hago aquí lo mismo que has venido a hacer tú.

—No me lo puedo creer. —Dánae movió la cabeza hacia uno y otro lado—. ¡Cómo si el mundo no fuese lo suficientemente grande!

—Créeme —dijo él antes de darle un trago a su cerveza directamente de la botella—, estoy igual de indignado que tú.

—Aunque, en el fondo —continuó la chica—, es bastante gracioso. —Se apoyó en la barra y comenzó a reír de forma compulsiva—. Por favor, para mearse y no echar gota. Vaya mierda de noche.

Lo que parecía ser una velada prometedora se había convertido en un fiasco. Adiós polvo. Para colmo, desde que Aarón se había dado la vuelta, un

impacto había tenido lugar dentro de su cuerpo, llenándolo de una sensación parecida a la de las burbujas que explotan, al contemplarlo tan diferente, tan rabiosamente atractivo. Su cabello al natural, su atuendo informal, sus mejillas sin afeitar... ¿Dónde estaba el encorsetado ayudante del presidente? Y no es que le resultara desagradable a la vista con su apariencia habitual, por eso se había enamorado de él en el trabajo, pero, así, tan informal y juvenil, todavía le parecía más atrayente, una mezcla perfecta de seriedad y belleza indómita.

—Tu cerveza está pagada —le señaló Aarón—, así que no renuncies al menos a un trago. Yo pienso acabármela.

—Tienes razón —contestó ella al tiempo que tomaba el botellín y se lo llevaba a los labios. La refrescante bebida le bañó la garganta y pareció encontrarse algo mejor.

—Así que Blue... —comentó Aarón, por romper un incómodo silencio—. No sabía que buscaras encuentros de esta forma.

—¡Pues anda que tú! ¿Quién lo iba a decir del almidonado asistente?

Aarón sonrió con ironía. Era eso, precisamente, lo que había procurado, que nadie sospechara la forma que tenía de salir a ligar. Que nunca llegasen a intuir la verdad.

—Y mira que se han dicho cosas —rio Dánae—, como que sólo follas con prostitutas de poca monta o que eres gay.

—Perfecto —volvió a sonreír él—. Mi discreción ha sido realmente notable.

—Y ¿por qué quieres ser tan discreto?

—Y ¿por qué también tú buscas tus citas por internet? Creo que no tenemos mucho que echarnos en cara.

—Tienes razón —suspiró Dánae mientras se bajaba del taburete—. En fin, creo que va siendo hora de que me vaya. Puede que aún tengas tiempo de echar un polvo esta noche y yo te lo voy a joder.

—Espera un momento —la detuvo—. Sé que te podrá parecer una locura

mi proposición, pero yo estoy aquí, tú estás aquí... ¿Por qué desperdiciar una noche? Tal vez tengan que pasar muchos días hasta que podamos concertar otra cita...

A Aarón le golpeó con fuerza el corazón contra las costillas. Se la estaba jugando, pero no había podido resistirse a aquella diminuta probabilidad. Sólo sería una vez, entre ambos nunca habría nada, pero imaginar que ella podría aceptar... Valía la pena intentarlo.

—Aarón... —alucinó Dánae—, ¿de verdad me estás diciendo que tú y yo podríamos follar esta noche?

—¿Tan horrible te parecería? ¿Te esperabas algo mucho mejor?

—¡No! Pero trabajamos juntos, eres uno de los jefes...

—Aquí sólo somos Jack y Blue, nada más. Un hombre y una mujer que han decidido pasar un rato agradable, sin consecuencias, sin volver a hablar de ello, sin volver a repetir. Piénsalo.

Dánae sintió una fuerte opresión en el pecho. ¡Aquello era una locura! Dios, acostarse con Aarón... El mero hecho de pronunciar esa afirmación le daba vértigo.

Pero quizá él llevaba razón. Eran adultos y no era la primera vez que hacían algo así, sexo porque sí. Además, para qué disimular. Dánae vendería un trocito de su alma por pasar una noche con él. Hasta con un simple beso había soñado tantas veces...

No estaba muy segura de qué sería de ella después de aquello, pero qué demonios. La vida le había enseñado que desperdiciarla era un delito contra uno mismo.

—De acuerdo —contestó—, pero recuerda, a partir de mañana, esta noche quedará borrada de nuestras memorias. Nunca admitiré haber estado aquí contigo.

—Eso mismo he tratado de decirte —sonrió—. Yo tampoco admitiré haber estado en este lugar ni haberte visto.

—Vale —contestó Dánae tratando de parecer despreocupada; antes muerta

que demostrar un ápice de vulnerabilidad, mucho menos revelar su secreta atracción—. ¿Dónde...?

—Ya tengo una habitación reservada aquí mismo. —Aarón sacó una tarjeta del bolsillo de su cazadora y emprendió el camino hacia la escalera—. Podemos subir por aquí, es en la primera planta.

Cuando ambos estuvieron frente a la puerta, él introdujo la tarjeta magnética, la puerta se abrió y se encendieron las luces.

—Adelante —le dijo.

Dánae contempló una sencilla habitación, pero bastante agradable: colcha y cortinas a juego y sólo los muebles necesarios, con el añadido de un jarrón con flores sobre la cómoda y una cubitera con hielo, una botella de cava y dos copas.

—Qué detalle por su parte —comentó al descubrir la bebida.

—He sido yo quien la ha pedido —dijo Aarón mientras descorchaba la botella y servía las copas.

—Vaya, no sabía que fueses tan detallista.

—No me gusta ir a saco. Prefiero beber un poco antes, aunque no hablemos de nada. —Le ofreció una de las copas a Dánae y ambos bebieron la burbujeante bebida.

—Está bien pensado —murmuró después de beberse todo el contenido. Le hizo un gesto a su acompañante para que le sirviera más. Necesitaría entonarse para lo que estaba a punto de hacer.

—¿Y bien? —preguntó Aarón—. ¿Qué te gusta? ¿Alguna preferencia?

—¿Cómo dices? —respondió ella aturdida.

—En el sexo —sonrió él—. Creo que hemos subido para eso. Si hay algo que te disguste o que prefieras...

—Pues... no sé...

—¿No sabes? —preguntó izando una ceja.

—Quiero decir... Nunca me lo habían preguntado. Normalmente, el tipo en cuestión se lanza y apenas abre la boca. Para hablar, me refiero.

Dánae se reprendió a sí misma. Lo sabía. Sabía que iba a ponerse nerviosa e iba a parecer tonta de remate. Aunque luego se consoló diciéndose que era normal, que él sólo estaba intentando echar un polvo, mientras que ella llevaba años soñando con aquel hombre, maldiciéndolo en silencio por mirarla por encima del hombro, por tratarla con desprecio o con total desinterés. Maldito fuera su propio corazón por no dejar de quererlo.

—Bueno —dijo Aarón—, nos dejaremos llevar. Si hay algo que te molesta, ya me lo harás saber.

Antes de esperar réplica por parte de Dánae, cogió las dos copas y las dejó sobre la cómoda. A continuación, se aproximó a su compañera y tomó su rostro entre las manos para poder besarla.

Una explosión de placer tuvo lugar en la boca de Aarón cuando saboreó aquella boca, aún con restos de refrescantes burbujas. Cuántas veces había soñado con besar aquellos labios pintados con oscuro carmín, cuántas veces había puesto su cara a una mujer cuando la estaba besando.

Dánae por poco se desmaya. Ni había imaginado que él comenzaría besándola, un acto tan íntimo que a punto estuvo de estallarle el corazón. Aarón profundizó el beso y recorrió con su lengua cada rincón y cada hueco de su boca, lamiendo sus labios, sus dientes...

Y se acabó pensar tanto. Si continuaba pensando que se iba a desmayar de la impresión y que aquello estaba siendo un sueño, acabaría perdiendo el tiempo y no disfrutaría de aquella maravillosa y a la vez aterradora coincidencia. Lanzada por primera vez desde que decidieron aquella locura, Dánae resolvió pasar a la acción y dejar de ser la parte pasiva. Agarró la cazadora de Aarón y la deslizó por sus brazos sin separar sus bocas. Después, tomó el borde de su camiseta y tiró de ella para quitársela por la cabeza y dejar su torso desnudo. Interrumpió el beso sólo para mirarlo. Joder, sólo con mirar aquel tórax, sintió que se le humedecían las bragas. Sin dudar más, se lanzó sobre él y deslizó la lengua por su piel caliente, enredándola entre el remolino de vello que cubría sus duros pezones.

Aarón respondió con un gemido antes de despojarla de su blusa y sus pantalones para dejarla sólo en ropa interior y tumbarla sobre el colchón. Casi se mareó al cerciorarse de que ahí estaba Dánae, frente a él, tumbada en una cama sólo con un conjunto de encaje color burdeos, esperando a que la follara.

Ella, por su parte, se sintió eufórica. Aarón la miraba como si fuese un pastel de chocolate y no supiese por dónde empezar. Y la comparación no pudo ser más acertada, porque lo primero que hizo él fue tomar uno de sus pies, despojarlo de la sandalia y comenzar a lamer sus pequeños dedos, cuyas diminutas uñas aparecían pintadas también de negro, a juego con sus manos. Se introdujo uno por uno en la boca mientras ella lo observaba asombrada y excitada al mismo tiempo. Después, fue ascendiendo con la lengua por sus pantorrillas, sus rodillas y sus corvas, su vientre, hasta que se arrodilló en la cama para despojarla del sujetador y devorar sus pechos, no de una forma hambrienta, sino lenta, pausada, saboreando sus pezones como un afamado gourmet.

Dánae arqueó la espalda y sollozó por el placer que estaba recibiendo. Jamás habían venerado su cuerpo de esa manera, besando cada centímetro, adorando cada tramo de su piel. Sus caderas comenzaron a embestir contra la nada, notando un inmenso vacío entre sus piernas. Si Aarón continuaba chupando sus pezones de esa manera, acabaría explotando de gusto sin necesidad de que la tocara en ninguna otra parte.

Pero Aarón se apartó. La besó en la boca durante un breve instante y después volvió a bajar por su cuerpo para tirar de sus braguitas y despojarla de ellas. Abrió sus piernas, se las colocó en los hombros y enterró su rostro en el sexo de la chica.

Dánae gritó. Aquel placer resultaba casi insoportable. Aarón abarcaba con su boca la totalidad de su sexo, sus labios íntimos, su clítoris, la entrada de su vagina, lamiendo, absorbiendo y mordiendo. Pero cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, él la tomó de la cintura, le dio la vuelta hasta ponerla boca

abajo, y continuó de igual forma, pero besándola entre las nalgas, mordiendo la carne redondeada de sus glúteos, introduciendo la lengua en su estrecho orificio mientras masajeaba su clítoris con pericia.

Y hasta ahí pudo aguantar. Dánae lanzó un feroz grito al aire mientras sus manos se clavaban como garras en la colcha de la cama. El orgasmo la atravesó de lado a lado, casi partiéndola en dos. Cuando se recompuso, se dio la vuelta de nuevo y lo que contempló la dejó sin aliento: Aarón la miraba con la mirada encendida, con su perfecta boca brillante, impregnada de su esencia. Todavía llevaba puesto el pantalón, y era hora de ponerle remedio.

Un esfuerzo sobrehumano había tenido que soportar Aarón para no correrse sólo con lamer el cuerpo de Dánae. Su sabor íntimo había estallado en su boca, y había tenido que apelar a todo su control para no derramarse solo. Después de beberse todo su clímax, se incorporó para poder observar su rostro de satisfacción y de placer. La tenía desnuda sólo para él. Pero ella se adelantó a cualquier otra acción que tuviera en mente y se arrodilló en la cama para lanzarse a desatar su cinturón y bajarle los pantalones y la ropa interior. Él la ayudó y se quedó desnudo de pie, mientras ella, todavía de rodillas, se abalanzaba sobre su miembro hinchado para introducirse en la boca, hasta el fondo, hasta sentir arcadas, pero no por ello dejó de lamerlo con deleite.

Aarón sintió que el clímax sería inminente, por lo que se desprendió de esa boca maravillosa, se sentó sobre la cama y colocó a Dánae a horcajadas sobre él mientras se ponía un preservativo.

—No me mires a mí —le dijo—. Móntame dándome la espalda, mirándote en el espejo.

Y así lo hizo ella. Descendió sobre su miembro hasta sentirlo plenamente dentro de su cuerpo y comenzó a subir y a bajar al tiempo que observaba su imagen en el espejo colocado en la pared de enfrente. Él la ayudó tomándola por las caderas, acariciando su clítoris y sus pechos... Los dos se volvieron locos y se dejaron arrastrar por el orgasmo, entre gemidos y traqueteos de la

cama contra la pared. Para acabar, Dánae se dio la vuelta y cayó exhausta sobre Aarón, cuya respiración hacía elevar su tórax bajo la cabeza de su amante.

No hablaron durante varios minutos. El impacto recibido por cada uno había sido demasiado brutal. El placer dado y recibido, el deseo compartido, los momentos de una pasión que ninguno esperaba...

Dánae estaba abrazada al pecho de Aarón, pensando, asombrada, en el perfecto amante que había resultado ser. Cerró los ojos y suspiró mientras jugueteaba enredando sus dedos en el remolino de vello que cosquilleaba su cara. Se sentía feliz. A pesar de lo extraño de la situación, de lo efímero que resultaría aquel encuentro, de que ya nada sería igual, se sintió feliz.

—¿Estás bien? —preguntó él al cabo de unos minutos.

—Sí —respondió ella tras apoyarse con la barbilla en su pecho—, ¿por qué no iba a estarlo?

—Te vi bastante reticente a aceptar.

—Tienes que admitir que es una situación muy extraña.

—Más que extraña —rio.

—¿Quieres que me marche ya? Supongo que tendrás cosas que hacer y...

—Pues no muchas, la verdad. No suelo ponerme a hacer gran cosa a las... —se miró el reloj de pulsera— once de la noche. Si quieres —tanteó—, podríamos aprovechar el tiempo de una mejor forma que haciendo «cosas».

—Yo tampoco tengo nada mejor que hacer —dijo Dánae con una sonrisa en el rostro y alegría en su corazón.

Aarón se giró sobre la cama para tenerla a ella debajo y comenzó a besarla de nuevo. Dánae aceptó sus besos, sus caricias y todo lo que quisiera darle durante el resto de la noche.

Capítulo 15

Darío

Mientras dejo que el agua se lleve los restos de espuma y jabón, observo mi sonrisa de satisfacción en el espejo de la ducha, a pesar de la imagen difusa por el vaho.

Desde que comencé mi estrategia para que Paula se fuese acercando a mí, todos y cada uno de mis movimientos han sido un éxito, más si recibo una ayudita extra de mi aportación desinteresada al tema de Aarón y Dánae. Yo soy el primero en desearles lo mejor, y me alegraré si el plan de Paula surte efecto.

Lo que no me esperaba era la llamada telefónica que recibí estando en mi despacho con ella. Mi sonrisa se acaba de convertir en una mueca al recordar la expresión de su cara cuando me notó nervioso. Sé que es algo que un día hablaré con ella, pero, de momento, prefiero mantenerlo al margen.

De lo que estoy completamente seguro es de que no le soy indiferente a Paula, pero algo la frena y yo sólo debo ir dándole un empujoncito para ese paso que no se atreve a dar. Por el momento, ha aceptado salir conmigo esta noche, y ése ya es un gran paso adelante.

Satisfecho conmigo mismo, me seco con una toalla y me la enrolló alrededor de la cintura. Creo que oí algo hace unos minutos y seguro que es Paula, que ya ha llegado. La recibiré y le pediré disculpas por haberme retrasado antes de acabar de vestirme. Atravieso mi dormitorio, accedo al salón y... ¡Joder! ¿Celia? Pero ¿qué cojones...?

—Celia —le digo al verla junto a la entrada—, no tengo ni puta idea de lo que puedes estar haciendo en mi casa, y mucho menos casi desnuda, pero tampoco me importa un carajo. Ni siquiera te voy a pedir la copia de la llave que seguro que hiciste para poder entrar, ya cambiaré la cerradura. Sólo quiero que desaparezcas de mi vista. ¡Ahora!

—Hola a ti también, Darío —me responde.

Me escama la sonrisa de satisfacción que muestra, la misma expresión que tendría un rollizo pez que acaba de zamparse a otro más pequeño. Miro hacia la puerta, la miro a ella... ¡Joder, no!

—¿Qué has hecho, maldita arpía?

Abro la puerta y me lanzo al rellano de la escalera para comenzar a gritar a través del hueco:

—¡Paula! ¡Paula!

Nadie contesta, por lo que me dirijo a la puerta del ascensor, pero no se abre porque parece que alguien está subiendo. Tal vez es Paula, que vuelve...

Pero cuando tiro de la puerta metálica, me encuentro con una de las vecinas de mi planta, una mujer mayor de la que no recuerdo su nombre. Sólo sé que se me queda mirando y abre unos ojos como platos. Con mis bruscos movimientos, no me he percatado de que se me había caído la toalla, que yace tirada junto a la escalera. Estoy completamente desnudo. ¡Genial!

La mujer sale del ascensor y pasa por mi lado con cara de indignación para luego dirigirse a su casa y desaparecer en el interior.

Suspiro, recojo la toalla y entro en mi apartamento. Celia ya se ha vestido y se ha colgado su bolso al hombro.

—¿Qué le has dicho a Paula, maldita zorra?

—Creías que tú tenías el poder —me dice con saña—, pero resulta que estás muy equivocado. Suponías que podías mover tus sucios hilos para quitarme de en medio y enviarme lejos. Y, sí, lo has conseguido, pero antes te tocará saborear alguna derrota que yo misma te ayudaré a obtener. Ya vamos

uno a cero y no hemos jugado más que una parte. Que te vaya bien, Darío. —
Y desaparece dando un portazo.

Maldito sea el momento en que me enredé con esta mujer. Me lanzo como un poseso sobre el teléfono para llamar a Paula, pero lo tiene desconectado. Me dejo caer sobre el sofá y deslizo una mano entre mi pelo. Espero que esta contingencia sólo haga que me cueste un poco más de tiempo y de esfuerzo pero que no eche a perder mis avances con ella.

Pensé que algo de celos no le irían mal, pero nunca imaginé algo tan retorcido.

¿Será cierto que me lo merezco?

Capítulo 16

Paula

Nos ha costado tanto levantarnos hoy a Dánae y a mí que se nos ha vuelto a hacer tarde y apenas nos ha dado tiempo a tomarnos un café para despejarnos.

—¡Ya lo tomaremos en el trabajo! —le grito mientras agito las llaves del coche.

Para colmo, he recibido una llamada de Micaela, avisándome de su intención de visitarme la próxima semana junto a Claudia. Por supuesto, me hace muchísima ilusión, Emily y Dánae están encantadas de recibirlas y la lástima es que sólo puedan estar un día, pues Claudia no puede dejar más tiempo sólo a Salva con la panadería y el niño. Lo malo ha sido cuando me ha recordado algo en lo que yo apenas había reparado.

—Además —me ha dicho entusiasmada—, nos tienes que presentar a ese ligue tuyo. ¡No imaginas la de cábalas que nos hacemos! Sobre lo guapo que pueda ser, sobre si te ha enganchado por el sexo o por algo más...

—Por favor, Micaela —la interrumpo—. Sólo es eso, una aventura...

—Vamos, Paula, te conocemos. Seguro que, si ha conseguido seguir contigo todo este tiempo, algo hay más allá de un revolcón. Así que no te libras. Nos presentarás a Aarón.

Genial...

Después de colgar, me ha tocado correr. Aunque, al menos, disponemos de los minutos del trayecto para conversar. Sé que Dánae llegó de

madrugada, más tarde que de otras citas que ha tenido desde que vivo con ella, pero no quiero hacerme ilusiones, por lo que decido que la conversación surja de forma más espontánea.

—Joder —gruñe, de momento—, esto de tener noches de sexo en días laborables tiene su parte mala. Al día siguiente estamos hechas una mierda.

—Eso es porque tú sólo puedes escoger un día en que tu hija no esté, y yo tenía un amante que tenía su propia vida los fines de semana. No nos lo hemos podido montar peor.

—Un momento —me corta—. ¿Has dicho «tenías»? ¿En pasado?

—Sí —suspiro—, eso he dicho. Ayer —le explico antes de que pregunte—, cuando me presenté en su apartamento, quien me abrió la puerta fue Celia, medio desnuda, ofreciéndome un trío. Se pueden ir a la mierda los dos.

—¡No me jodas! ¿Celia? Pensé que entre San Martín y tú la cosa iba por otro lado...

—Pues resulta que no —la corto—. Así que se acabó el tema. Te toca a ti. Supongo que tu cita debió de ir bastante bien, porque has llegado hace poco a casa.

Dánae, antes de contestar, se deja caer en el asiento y cierra los ojos. Está así durante unos segundos hasta que vuelve a abrirlos, suspira y mira por la ventanilla.

—Anoche, mi cita fue Aarón.

Lo que tocaría ahora sería que yo me sorprendiera muchísimo, gritara y preguntara como una loca, pero no sirvo para esos paripés.

—Y ¿qué pasó? —me limito a preguntarle.

—Que nos sorprendimos al vernos, que yo quise irme, pero él me propuso aprovechar la situación y follar como dos desconocidos más.

Ahora sí que me he quedado estupefacta. Tenía la esperanza de que no se marcharan corriendo y tomaran algo juntos o conversaran, pero... ¿liarse? Jamás lo habría imaginado.

—¿Te acostaste con Aarón? —pregunto, aún alucinada.

—Sí —suspira—. Jamás había pasado una noche de sexo tan genial. Es el mejor amante con el que me he topado en mi vida. Aunque no sé si lo veo de esa forma por lo que siento por él.

—Y ¿eso es bueno o malo? —pregunto con precaución.

—Es... alucinante. —Percibo perfectamente cómo se le quiebra la voz.

—Dánae... —murmuro—. ¿Qué te ocurre?

—¿Qué crees que me puede pasar? ¡Pues que, si antes lo quería, ahora lo quiero más! —Bufa—. Menuda suerte la mía. Jamás me ha tocado nada en un juego de azar, ni loterías ni mierdas, y resulta que la primera vez que una coincidencia tiene lugar en mi vida ¡es para ponerme a Aarón en bandeja para luego quitármelo!

Me estoy poniendo mala. Quise hacer algo bueno, pero parece ser que la he cagado con mi amiga. Me siento tan mal que lo único que me queda para compensarla es contarle la verdad.

—Verás, Dánae —comienzo a explicarle mientras sigo conduciendo—, vuestro encuentro no fue una casualidad... Yo lo provoqué.

—¿Cómo dices? —me pregunta girando la cabeza de pronto hacia mí.

—Que me enteré por Darío de que él utilizaba la misma página de contactos que tú, así que se me ocurrió entrar con vuestras contraseñas y comenzar una conversación entre vosotros y...

—Para el coche —me ordena Dánae de pronto.

—De verdad que mi intención era buena y no pensé que...

—¡He dicho que pares el coche!

Nunca había visto así a Dánae conmigo, y me rompe el alma pensar que haya podido estropear nuestra amistad. Ante su exigencia, detengo el coche en una gasolinera y agarro el volante con fuerza antes de escuchar lo que tenga que decirme. O quizá salte del vehículo para irse porque no quiere ni volver a verme.

—Entonces —comienza con voz opaca—, tú sabías que iba a encontrarme con él...

—Sí.

—Tuviste que pedirle a San Martín que averiguara la contraseña de su ayudante y tú me pediste la mía.

—Sí —repito.

—Metiste al presidente por medio y no me dijiste nada...

—Lo siento de veras, Dánae... —Apenas me sale un hálito de voz.

Y, cuando estoy a punto de echarme a llorar, siento el impacto que me provoca el cuerpo de mi amiga, que se ha lanzado contra mí para abrazarme.

—Gracias —me susurra entre lágrimas—. Gracias por hacer lo que hiciste por mí. Nadie nunca había tenido un detalle tan desinteresado conmigo. Eres una amiga increíble, Paula, y siento de veras que la vida no te haya dado lo que te mereces.

—Me ha dado mucho —le digo sin poder evitar el llanto—. A amigas como tú, por ejemplo. A tu familia, al resto de mis amigos...

—Me refiero en cuestión de hombres —replica con una sonrisa mientras se limpia la cara con un pañuelo—. Voy a tener que volver a maquillarme —ríe—. Decía que lamento mucho que sólo hayas dado con hijos de puta.

—Bueno —digo mientras vuelvo a arrancar el coche—, no se puede tener todo en la vida. —Y las dos reímos con ganas—. Entonces —prosigo— ¿no habéis quedado Aarón y tú en volver a veros?

—No, Paula —contesta con desánimo—. Quedamos en que sería como si fuésemos Jack y Blue, pero que nunca más volveríamos a hablar de ello ni a repetir. Lo que yo te digo —suspira—. Me dieron un caramelo para volver a arrebatármelo.

Voy a decirle que son tan obtusos que no se han dado cuenta de que ambos se gustan, pero decido morderme la lengua. Sonrío de forma taimada para mí porque acabo de pensar en algo que los haga lanzarse sin necesidad de decirle algo que, seguramente, no iba a creer.

—No te desanimes —replico—. A veces, la suerte te ha sido esquiva durante años y luego te sonrío dos veces seguidas.

—No vamos a volver a quedar —dice con retintín—. Así que no insistas.

Yo me callo y sonrío. Ya se enterará cuando llegue el momento de lo que es capaz de hacer su amiga.

Estaciono el coche en el parking de la empresa y, mientras cogemos cada una nuestro bolso antes de apearnos, no nos hemos dado cuenta de que alguien abre de golpe la puerta del lado de Dánae.

—Sal de aquí —le ordena la repentina aparición del presidente.

Ella obedece y se marcha corriendo con un tímido «buenos días, señor San Martín» antes de que él ocupe su lugar. Cuando yo voy a abrir mi puerta, él me lo impide tomándome de los hombros para que lo mire a la cara.

—¿Qué haces en mi coche? —le digo sin poder evitar mirar sus ojos claros, fijos en mí—. Tengo que ir a trabajar.

—Si no atiendes mis llamadas y has ignorado mis mensajes, creo que tú misma me has obligado a que actúe así. Necesito que me escuches.

—No tengo nada que escuchar, Darío, de verdad. No me importa lo que hagas en tu vida o las mujeres que te tires, yo misma te dejé claro que no debía haber exclusividad. Me fui porque esa mujer me ofreció un trío y...

—¿Que te ofreció qué? —exclama indignado.

—¡No importa! —grito más de la cuenta—. Ya te he dicho que no es de mi incumbencia. Quizá, al marcharme corriendo, di a entender otra cosa, pero no es así. No me debes ninguna explicación, de verdad...

—Cállate, Paula, por favor —me dice, aunque de forma tranquila—. Si te doy una explicación no es porque te la deba, sino porque me da la gana de dártela. Celia entró en mi casa en el momento justo en que supo que tú ibas a ir para provocar un maldito malentendido. No sé si está medio loca o no soporta que le quiten nada, pero terminamos nuestra relación hace ya tiempo, aunque no parece asimilarlo. Fue justo antes de que tú entraras a trabajar en la empresa. Siempre te he dicho la verdad en ese sentido.

¿Qué significará «decir la verdad en algún sentido»? Supongo que algo así como que eso era verdad pero que no ha parado de mentirme en otros

aspectos. Tampoco es que me importe.

—Tal vez está enamorada de ti —le digo—. Pero insisto: no-me-importa.

—Pues a mí me importa si no volvemos a vernos. —Ha cambiado su tono de voz y su mirada, volviendo ambos más suaves y dulces. Acerca su mano a mi rostro y desliza las yemas de sus dedos por mi pelo—. No tengo otras amantes, Paula, sólo te veo a ti. Necesito que me creas para que esto funcione.

—No tenemos «esto», Darío, no tenemos nada. Sólo acepté acostarme contigo porque, precisamente, no quiero ningún tipo de relación amorosa o de exigencias. No busco pareja, sólo sexo.

—Pues yo te lo ofrezco —me dice con su habitual sonrisa arrogante, aquella que me encandiló nada más verlo en aquella discoteca—. Ambos queremos casi lo mismo, ya nos conocemos y sabemos que en la cama somos pura dinamita. ¿Para qué buscar más?

—¿«Casi lo mismo»? —le pregunto alzando una ceja—. ¿Qué significa eso?

—Significa... —me pilla totalmente por sorpresa cuando me toma de la cintura y me coloca en su regazo. Con una mano me sujeta y con la otra acaricia mi mejilla con ternura— que sigamos por donde lo habíamos dejado; que, aunque tenga días difíciles en el trabajo, recuerde que te tengo a ti; que, en momentos en los que sólo me den ganas de romper algo porque la responsabilidad me ahoga, sepa que no es tan grave porque, al final de esos días, me esperas tú.

Sus palabras me hipnotizan, su cercanía me aturde y su olor me seduce. Dejo que acerque su boca a la mía para besarme de forma tierna pero sensual, introduciendo su lengua, deslizándola con suavidad por la mía, lamiendo mis labios con parsimonia, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Debe de ser verdad aquello de la química entre dos personas, aunque en nuestro caso sea la física la que impere, puesto que, nada más tenernos cerca o rozarnos, algún tipo de fuerza nos induce a dejarnos llevar, a no poder

apartarnos el uno del otro. En este instante, todos mis músculos parecen haber desaparecido, y no tengo voluntad propia para separarme de él. Al final, debe ser Darío quien se aparte mínimamente de mí, porque yo sería capaz de seguir besándolo el resto del día.

—Quedemos esta noche —me susurra—. Me debes una cena, ¿recuerdas?

—Ya veremos —le digo. Al menos, tendré que ofrecerle un ápice de duda para que no se crea que sólo tiene que besarme para convencerme.

Pero él se limita a sonreír con arrogancia, a darme un beso en la frente y a salir del coche después de soltarme sus últimas palabras:

—Te espero esta noche. No tardes.

Cuando me quedo sola en el coche, no sé si reír o cabrearme. Aunque el enfado sería conmigo misma. Suelto un suspiro cuando pienso en la facilidad que ha tenido para convencerme. Lo que él no sabe, como el resto de las veces, es que yo me dejo convencer. Voy a seguir con lo que sea que tengamos sólo hasta que yo diga. Y sé perfectamente cuándo va a ser ese momento. El momento del fin.

Ha llegado la hora de despojarse de los problemas personales y empezar a trabajar. César y yo casi hemos acabado el estudio para un futuro proyecto de coche eléctrico y estamos convencidos de que esta vez hemos hecho un buen trabajo.

Solo dispongo de un minuto para ir corriendo hasta la cafetería de la empresa, sacarme un café de la máquina e irme rápidamente hasta mi mesa de trabajo. Voy dando pequeños sorbos al vaso de plástico mientras me quito la chaqueta y voy encendiendo el ordenador.

—Tranquila —bromea César—, puedes hacer cada cosa a su tiempo. Tenemos hasta mañana para dar los últimos retoques al estudio, aunque nuestro querido asistente ya me ha informado de que él mismo se encargará esta vez de echarle un vistazo antes de que San Martín sea capaz de encontrar una coma fuera de su sitio.

—Perfecto —sonrío.

La mañana pasa bastante tranquila a pesar del ritmo de trabajo que nos imponemos. Falta poco rato para la hora de la comida cuando vemos aparecer a Aarón por el pasillo. Por instinto, desvío la vista sólo un segundo hacia Dánae, pero no parece haberse dado ni cuenta. Aarón se aproxima a César y a mí, incluso comienza a hablar, pero mi amiga sigue sin levantar la vista de su trabajo. Tampoco he visto que Aarón se haya dignado mirarla de reojo siquiera.

Vaya dos. Está claro que están llevando a rajatabla lo de olvidar su noche de pasión. No obstante, pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que abran los ojos de una vez. Después de que yo misma salga de mi propio embrollo, claro, para lo cual también necesito a Aarón.

Una vez que el asistente nos ofrece unos cuantos consejos y quedamos con él para una primera lectura, espero a que se aleje un poco para ir en su busca.

—Perdona, Aarón, ¿tendrías un momento?

—Por supuesto, Paula, dime.

—Es algo personal.

—De acuerdo —titubea—. Ven conmigo.

Sigo sus pasos hasta llegar a un pequeño despacho vacío. Una vez dentro, abre la persiana de la ventana para que entre luz y cierra la puerta.

—Tú dirás.

No es tan fácil hacer las cosas aunque las hayas pensado mil veces, pero hay ocasiones en que tú misma te sorprendes de lo que eres capaz para que tu vida siga por el camino correcto. Si, como yo, la has cagado muchas veces y has aprendido a base de tortazos —nunca mejor dicho en mi caso—, te vuelves valiente a la fuerza.

—Verás, Aarón, sé que te va a parecer una locura, sólo eres mi jefe, pero...

—Paula —me corta—, me gustaría pensar que soy algo más que tu jefe. Creo que podríamos ser amigos, aunque sólo lo demostremos fuera del

trabajo. Te recuerdo que me has abierto la puerta en bragas. La puerta del apartamento de mi jefe, tendría que concretar.

—Vale, vale, somos amigos. Pues más a mi favor. —Cojo aire—. Necesito que te hagas pasar por una especie de novio.

Me ha puesto una cara que es imposible no reírse.

—No entiendo —me dice.

—Déjame que te explique. Aunque sólo será un día, mis amigas vienen a visitarme esta semana y..., bueno... —vuelvo a tomar aire—, resulta que están convencidas de que van a conocer al tipo con el que salgo. Y para que no se pongan pesadas les he dicho que salgo contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No tengo respuesta para eso —le digo en tono lastimero—. Por cierto, hazte el loco si te reconocen, puesto que te vieron la noche en que conocí a Darío y, aunque todo fue muy confuso, mejor lo niegas todo.

—Joder, Paula...

—Sólo será un rato, Aarón, por favor...

—Y ¿por qué no les presentas a Darío? Es con él con el que estás saliendo.

—Tampoco poseo esa respuesta. —Hago un mohín—. Aunque supongo que no quiero que vaya a creer que existe algún tipo de relación entre nosotros. Si puede ser, no le comentes nada de esto, por favor.

—De verdad —bromea con los brazos en jarras—, no he visto pareja más rara que vosotros dos.

—Mejor no hablo —contesto algo molesta, aunque me arrepiento en cero coma un segundo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. Entonces ¿aceptas?

—Sólo por esta vez, Paula —gruñe—. No me parece bien que hayas de engañar a tus amigas ni actuar a espaldas de Darío.

—¡Gracias, Aarón! —Me lanzo sobre él, pero cuando voy a darle un beso en la mejilla, rectifico y me recompongo—. Estamos trabajando, perdona.

Me sonrío de esa forma tan suya y sale del despacho soltando una carcajada.

De verdad, hay veces que no entiendo al resto del mundo. Debo de ser yo la rara.

Cuando vuelvo a mi puesto, Dánae está mirando por la ventana. Me acerco para preguntarle y me doy cuenta de que tiene la mirada perdida y no mira a ninguna parte.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—No mucho, la verdad. —Suspira y me mira con una expresión que me parte el corazón. Sus vivaces ojos azules de siempre aparecen apagados bajo sus párpados oscuros, incluso el fino *septum* de plata que le atraviesa la nariz aparece más deslucido que nunca—. Pensé que sería mucho más fácil, pero me está costando un huevo, Paula. Tener que verlo, ignorarlo, disimular... Para él debe de ser fácil, porque sólo he sido un puto polvo, nada especial, como cualquier otra...

Pronto, muy pronto, Dánae se va a llevar una sorpresa. Y Aarón otra.

Quiero pensar que lo que siento ahora mismo en el estómago no es más que el nerviosismo normal que me produce que vaya a salir con Darío por primera vez fuera de las paredes de su apartamento. Voy a negar rotundamente que sean unos suaves revoloteos que a veces, sólo unas pocas, he sentido en su presencia.

Vale, sí, me he arreglado un poco más de la cuenta, pero sólo porque voy a un lugar público. Aunque me he negado a ponerme lo de ayer. Me pone de muy mal humor acordarme del momento en que aquella mujer me abrió la puerta y me quedé con cara de idiota. Hoy me he decantado por un vestido de punto negro que se adapta a mi cuerpo a la perfección. Gracias a que me deja gran parte de las piernas al aire, lo mismo que el escote, creo que voy a

conseguir el efecto deseado en Darío. Sí he repetido el recogido en el pelo, para que mi cuello y mis hombros ganen visibilidad.

Estaciono el coche en el lugar de siempre y, antes de que yo abra la puerta, contemplo a Darío, que, caballerosamente, me la ha abierto y me ha tomado de la mano.

—Hoy he preferido esperarte aquí abajo para no tentar a la suerte —me dice mientras bajo del vehículo—. Vaya —exclama al verme—, estás espectacular, Paula.

—Gracias —contesto—. Tú también.

Nos miramos un instante y, como siempre, saltan chispas entre los dos. Creo que ambos hemos decidido no besarnos por sí, al vernos envueltos en la oscuridad y la soledad apartada del parking, nos emocionamos y acabamos subiendo al apartamento para terminar en su cama o sobre cualquier otra superficie horizontal.

—Vamos —me dice con voz ronca—, cogeremos un taxi.

El vehículo nos deja en un lujoso hotel que incluye un reputado restaurante en la azotea. Bajamos del coche, atravesamos la entrada y cogemos el ascensor hasta la última planta.

—Pensé que iríamos a un lugar más discreto —le digo mientras subimos. El ascensor está lleno de gente bien vestida, aunque nada ostentosa.

—Ya verás cómo te gusta —me susurra. Su aliento entibia mi cuello y un escalofrío recorre mi espalda ante la expectativa de lo que vaya a suceder esta noche.

Tenía razón. No es un lugar demasiado grande ni bullicioso. Sólo hay unas pocas mesas donde las parejas cenan sin fijarse más que en sus acompañantes. La luz es muy tenue, dado que sólo una pequeña lamparita por mesa se encarga de la iluminación. Y lo mejor es la gran vidriera que rodea el local, a través de la cual se puede admirar el cielo nocturno y la terraza exterior.

Nosotros nos sentamos a una mesa junto a la vidriera. Nos ofrecen la

carta, pedimos y, a continuación nos sirven el vino. Me dispongo a beber un trago antes de hacer el primer comentario.

—Vale, de acuerdo, me gusta —sonrío.

—Estás empeñada en que nadie se entere de que sales conmigo, pues no me queda más remedio que buscar lugares ocultos de la gente.

—No es eso —contesto tras dejar la copa en la mesa—. Bueno, sí, tienes razón, es exactamente eso. No quiero ser para el mundo la querida de Darío San Martín, una de sus vulgares trabajadoras que aspira a un ascenso por la vía rápida.

—¿Tanto te importa lo que piense la gente?

—No es por la gente. Es por mí misma.

—Pues yo te ofrezco ser algo más que esa simple querida que mencionas.

—No puede ser —contesto.

—¿Por qué? ¿Por tu divorcio? ¿Fue traumático?

—Sólo sexo, Darío, por favor. Y preferiría no volver a tocar el tema.

—Como quieras. —Su expresión es de pura frustración. Está claro que no ha seguido insistiendo porque nos acaban de servir el primer plato, pero sé perfectamente que Darío no es un hombre que decida rendirse a la primera.

He de pasar a la acción. Estaba segura de que si aceptaba esta salida acabaríamos hablando de asuntos que es mejor no mencionar. Por eso me he vestido así. Por eso voy a actuar como nunca se me habría ocurrido en circunstancias normales.

Con disimulo, tiro hacia abajo de mi vestido hasta que logro bajar unos centímetros el escote y dejo a la vista gran parte de mis pechos, a la par que muestro la ausencia de sujetador. Mientras como, me inclino hacia delante para que Darío pueda tener una vista perfecta. Al mismo tiempo, mientras conversamos de trivialidades, procuro mirarlo por encima del borde de la copa cada vez que doy un sorbo al vino o al agua, para dar un toque de sensualidad a mi mirada y a mis gestos.

Darío no altera su postura o su conversación ni hace comentario alguno.

No sé si soy un desastre para la seducción o pasa de mí, por lo que decido ir al siguiente nivel. Me desprendo de uno de mis zapatos y elevo la pierna para ascender por su muslo. Ese movimiento sí que lo hace interrumpir sus palabras, aunque su única respuesta es alzar las cejas y lanzarme una media sonrisa que acaba de derretirme entera.

—Pues sí —continúo con nuestro diálogo—, te decía que no le dijeras nada a Aarón sobre lo que hicimos para provocar su cita, aunque yo se lo haya contado todo a Dánae.

Ahora mi pie descansa directamente en el bulto de su entrepierna. De nuevo, su reacción es imperceptible. Si acaso, sus pupilas parecen haberse ensanchado, pero continúa como si nada. Debe de estar tan acostumbrado a estos juegucitos que lo que pueda provocarle una inexperta como yo no lo hace ni inmutarse.

—A mí Aarón no me ha contado que se liara con Dánae —continúa hablando—, pero entiendo que sea algo de lo que no quiera hablar. Sí lo he visto más nervioso, un poco despistado, algo más irascible, pero no le he hecho el más mínimo comentario. Cuando quiera decirme algo, lo hará. Al fin y al cabo, comprendo que lo esté pasando mal. Él se cree que la chica pasa de él, y me duele no poder aclararlo.

—A mí también. —Vuelvo a inclinarme unos grados más hacia delante. Ya sólo me falta sacarme las tetas y colocarlas sobre la mesa—. Pero, por eso, te pido que esperes un poco más. Me gustaría hacer algo más contundente, algo que no les dejara duda alguna de que entre ellos es posible una relación. Es una pena que dos personas que se gustan no sean capaces de verlo.

—Sí —susurra—, una pena.

No me da tiempo a analizar esa expresión porque ya nos han servido el postre. He pedido expresamente fresas con nata para dar un nuevo paso en mi loca seducción. Pincho una fresa con el tenedor, la unto en nata y paso la lengua con lentitud para llevármela a la boca. Después, clavo los dientes en la

fresa, dejo que el jugo rojizo resbale por mis labios y vuelvo a pasar la lengua para llevarme cada gota a la boca.

Y Darío sigue hablando y comiendo su helado de turrón como si nada.

¡Joder! ¿Voy a tener que desnudarme y colocarme en una bandeja sobre la mesa?

Nunca me había sentido tan torpe.

—¿Te parece que salgamos un rato a la terraza? —me pregunta—. Las vistas son espectaculares.

—Claro —contesto.

Ha quedado claro que conoce este lugar a la perfección y que yo soy la enésima mujer que trata de provocarlo para que no piense en otra cosa que en sexo. Genial. Bravo por mi numerito inútil.

Una vez en el exterior, admito que el lugar es precioso. La terraza circular rodea el restaurante y se pueden admirar los cientos de puntos de luz de la ciudad, lo mismo que las siluetas de los barcos en el puerto. La luna refleja su estela plateada en el mar y percibo la magia y la paz que me transmite contemplar la ciudad desde esta altura.

Sólo hay unas cuantas personas en el exterior. En la opacidad de la noche sólo son siluetas oscuras, pero se puede apreciar que algunos aprovechan para fumar, otros para besarse... Yo me apoyo en la baranda que parece que nos separe del cielo. Darío está pegado a mi espalda y deja caer su peso sobre mí.

Me quedaría así hasta mañana, sintiendo el frescor de la noche en mi piel, notando el aliento de Darío en mi cuello, sus brazos alrededor de mi cuerpo, una de sus manos sobre uno de mis pechos...

¡Dios! Dejo escapar un imperceptible gemido cuando sus dedos pellizcan mi pezón a través de la tela del vestido.

—Tal vez creías —me susurra— que ibas a jugar conmigo durante toda la cena sin contraer riesgos. Pues vas a aprender hoy mismo una lección: que conmigo no se juega. Que, si decides hacerlo, debes asumir las consecuencias.

No me deja moverme, atrapada entre la balaustrada y la fuerza de su cuerpo. Su voz transmite misterio, incluso un leve matiz de dominio, pero, a la vez, mucho deseo, ansia, anhelo.

—¿Sabes que hacía tiempo que no me ponían tan cachondo? —sigue susurrándome.

La sorpresa me asalta cuando siento que su mano se adentra bajo la tela de mi vestido y se posa directamente sobre la piel de mi pecho desnudo. Pronto, sus dedos encuentran mi pezón, que ya se ha puesto duro ante la repentina caricia.

—Entre otras cosas —continúan sus murmullos—, sé de ti que tienes los pechos muy sensibles, ¿no es cierto?

Yo sólo puedo soltar un jadeo cuando me pellizca con más fuerza la tierna carne. Mis manos se cierran como garras sobre la baranda y él intenta calmarme colocando su otra mano abierta sobre mi cintura, aunque me resulta bastante chocante ese intento de calma cuando sus caricias han provocado que mi sangre se caliente y la humedad brote entre mis piernas.

—Darío —logro jadear—, por favor...

—Supongo que me suplicas que siga. Porque, aunque sin palabras, no has dejado de pedirme cada segundo de esta noche que te folle, Paula.

La mano que cubría mi vientre baja hacia mi muslo y aparta el bajo del vestido para poder buscar mis braguitas. Por supuesto, las acaba encontrando.

—Humm, estás muy mojada, cariño.

Sigue pellizcando mis pezones y ahora roza mi sexo. Primero se me abre la boca ante la necesidad de tomar aliento; después, son mis piernas las que se separan.

—Por eso, será mejor que apartemos estas braguitas y te dé un poco el aire. ¿Te parece bien?

Joder, joder, joder... Mis ojos se cierran y echo la cabeza hacia atrás para que caiga sobre su pecho. Creo que esta vez sí he dejado escapar un fuerte gemido ante el asalto a mi cuerpo y mis sentidos. Ahora sus dedos están

frotando mi sexo, pellizcando mis labios íntimos, rozando mi clítoris, esparciendo mi humedad con su movimiento. Mis caderas embisten por instinto cuando el placer comienza a invadirme, a quemarme.

—Chist, no gimas tan fuerte —me dice al oído—. Estamos rodeados de gente y pueden oírte. Aunque yo creo que saben lo que estamos haciendo y a ti te excita que lo sepan. ¿Verdad, Paula?

Sus palabras son el combustible del fuego que ya me quema por dentro. Más cuando uno de los dedos que acaricia mi sexo encuentra la entrada a mi vagina y se cuela dentro de ella. Doy un respingo ante semejante asalto.

—Tranquila —me apacigua—, no temas, sólo voy a darte lo que me has pedido: placer. Mucho placer. —Justo al decir la última palabra, sus labios se posan en mi cuello y lamen mi pulso acelerado, mi oreja, mi hombro, al tiempo que su dedo comienza a penetrarme, cada vez más y más adentro.

—Oh, Dios —es lo único que soy capaz de decir. Mis piernas flaquean, el resto de mi cuerpo tiembla, ansiando como nunca llegar a lo más alto del placer.

—Córrete, Paula. Córrete ahora mismo, aquí, delante de mí, delante de la gente, delante de la ciudad entera.

A continuación, un segundo dedo acompaña al primero y las penetraciones se hacen más intensas, a la par que, con su dedo pulgar, golpea mi clítoris palpitante.

Mis nudillos se contraen al máximo sobre la baranda en el momento en el que siento que el suelo ha desaparecido bajo mis pies. Un trepidante orgasmo acaba de romperme en pedazos, todavía con los dedos de Darío embistiendo mi vagina, con mis caderas chocando con su cuerpo, con un jadeo aún ahogado dentro de mi boca. Él trata de contenerme con sus brazos, sujetando mi rostro con el suyo, regalándome tiernos besos en la mejilla y la mandíbula mezclados con palabras de sosiego.

—Así me gusta, cariño, que disfrutes conmigo en cualquier momento y en cualquier lugar.

Trato de volver a respirar. Ya he bajado del cielo, aunque todavía me aturde lo que acaba de pasar. Las manos de Darío salen de debajo de mi vestido y deja que me dé la vuelta para encontrarnos de frente y observar nuestros rasgos desdibujados por la penumbra.

—Decías que sólo buscabas sexo —me dice—. Pues conmigo lo tendrás, de eso no te quepa duda. Entre otras cosas, por supuesto.

Sonrío. Está tan satisfecho consigo mismo que me sabe mal decirle que no he recibido nada que yo misma no buscara. Lo he tentado y excitado hasta conseguir exactamente lo que yo quería: que sólo deseara follarme.

—Hay algo en lo que no has pensado —le digo de forma sensual.

—Creo que he pensado en todo... —me dice, muy pagado de sí mismo.

—¿Qué pasaría con esto —de pronto, atrapo su miembro grueso y excitado con una mano— si decidiera irme a mi casa? Si tuvieras que quedarte así...

—Seguro que lo llevaría mejor que tú —me contesta de la misma forma que antes.

Vale, lo admito. También me hace reír. Me hace sentir bien, me gusta, me atrae, me seduce con facilidad y los días que no lo veo estoy de mal humor.

Pero todo es por el sexo, claro.

Capítulo 17

Darío

Paula continúa siendo para mí una contradicción en sí misma. A primera vista, resulta una mujer fría, lejana, carente de sentimientos, misteriosa. Pero, al mismo tiempo, estoy comprobando los detalles que me hicieron pensar desde el primer momento que era especial.

Aunque no puedo pensar mucho en este instante. Toda la sangre se me ha agolpado en la misma parte de mi cuerpo y, si no hago algo al respecto, explotará.

—Vamos a casa, Paula —le digo tomando su mano.

Ella me mira y sonrío. No imagina lo que hace conmigo esa sonrisa, esos ojos claros como un mar cristalino en el que parezco ahogarme cada vez que la miro. A pesar de sus intentos por camuflarlo con desinterés, proyecta ternura y bondad, pasión y erotismo al mismo tiempo. No hay más que comprobar su empeño en ayudar a nuestros amigos o lo pronto que los compañeros de la empresa han caído rendidos a su cariño y su lealtad. O las miradas que yo mismo he comprobado que le lanzan los hombres cada vez que ha de bajar hasta la fábrica para estudiar algún proceso de la producción. Tengo que meter las manos en los bolsillos y cerrarlas en sendos puños para aguantar las ganas de gritar que es mía.

Pero ella no parece darse cuenta de ninguna de sus virtudes. Actúa por instinto, y juraría que no tiene ni idea de su propio atractivo, como si alguien se hubiese encargado de mermar su autoestima.

—Lo estoy deseando —contesta mientras dejamos el edificio.

Tras bajarnos del taxi, accedemos a mi apartamento, cierro la puerta y, sin encender la luz, Paula comienza a tirar de mis ropas, movimiento que consigo frenar. No es que no me apetezca, porque creo que voy a explotar de un momento a otro, sino que quiero que esta noche sea diferente. La noche en que ella acepte que entre nosotros puede haber mucho más que momentos concretos de pasión.

—Tranquila —apaciguo sus movimientos desenfrenados—. Puedes estar segura de que esta noche haremos el amor, pero no una ni dos veces. Quiero tenerte toda la noche para mí. Quiero tenerte encima, debajo, sobre mi cama o en el suelo. Quiero penetrarte una y otra vez hasta que me supliques que pare porque te has quedado sin fuerzas. Quiero que sientas frío cuando nuestros cuerpos se separen.

Si no fuera por la verdad y la seriedad que encierran mis palabras, me reiría ahora mismo por la cara que acaba de poner. Ha abierto tanto sus misteriosos ojos claros que no sé si la he excitado o la he asustado.

—Darío, te dije que no me quedaría a dormir ninguna noche.

Y ya vuelvo a sentirla distante de nuevo. Cada vez que trato de avanzar, ella se asusta y retrocede.

—Entonces no pensemos en esta noche ni en mañana —le susurro mientras tomo su rostro entre las manos. Lo mejor será no dejarla pensar—. Deja que las horas pasen y que ellas decidan.

Asalto su boca con la mía para no permitirle réplica alguna. La beso con ansia, como si nos faltara tiempo, y la arrastro hasta mi habitación. Una vez allí, la tumbo sobre la cama y yo me siento junto a ella.

—Me encanta el sexo rápido y espontáneo —le explico—, pero también el sexo pausado. El que te permite saborear, paladear, regodearse en el otro.

Muy lentamente, comienzo a levantarle el vestido y, conforme lo voy subiendo por su cuerpo, mi lengua acompaña la tela que va desapareciendo. Beso sus piernas y su vientre hasta que saco por su cabeza el estrecho

vestido, de modo que sus brazos quedan cautivos entre el tejido. La dejo así, con sus brazos inoperantes hacia arriba, para poder regocijarme en tener su cuerpo expuesto para mí, para poder besarlo, lamerlo, acariciarlo. Me recreo en ver cómo se arquea, cómo se ondula y cómo suspira mientras continúo atacando con mi lengua cada hueco, cada curva y cada centímetro de su piel. Me encanta la textura de su piel, tan suave, tan delicada, que no puedo evitar clavar ligeramente los dientes para saborearla más aún.

—Suéltame los brazos —gime mientras me doy un festín con sus pechos—, por favor, Darío...

Mi respuesta es tomarme unos segundos para levantarme de la cama y desnudarme poco a poco ante la atenta mirada de Paula, que me observa con un anhelo tan evidente que a punto estoy de abalanzarme sobre ella y follármela salvajemente. No obstante, logro controlarme y, una vez desnudo, vuelvo a subirme a la cama, me arrodillo frente a ella y la agarro de los tobillos para abrirlle las piernas y acercarla a mí.

—Ni se te ocurra hacérmelo con los brazos atados —se queja—. ¡Suéltame! —exclama volviendo a arquear su cuerpo hasta que sólo la cabeza y los pies tocan la cama—. ¡Quiero tocarte!

Será mejor acabar con esta tortura autoimpuesta. El tirón que siento en los riñones sólo es comparable al fuego que recorre el interior de mi polla y mis testículos, así que tiro con fuerza del vestido para liberar a Paula de su suplicio y rasgo el sobre plateado que ya había sacado del bolsillo y que tenía preparado. Ella lanza un gemido al tiempo que sus manos suben por mis muslos y mis caderas y agarran las mías entre las suyas, parando el movimiento de colocarme el preservativo.

—No es necesario —me susurra—. Podemos hacerlo sin nada.

—¿Tomas anticonceptivos? —le pregunto, extasiado ante la posibilidad de penetrarla sin barreras.

—Sí —me responde después de un instante de silencio. Ha sido un pequeñísimo momento de indecisión, pero el suficiente para que lea en sus

ojos que su respuesta no es del todo sincera.

La miro y ella me mira. Hay algo que me oculta, lo sé. Medito unos segundos la posibilidad de que Paula sea de esas que pretenden engancharme intentando endosarme un embarazo, pero, aparte de no creer algo así de ella, me sorprende a mí mismo pensando que no me importaría. Que la probabilidad de quedar atado a ella de cualquier forma ni siquiera me parece descabellada.

—Pues entonces —le digo— haremos el amor sin obstáculos de por medio.

Lanzo el preservativo por encima de mi hombro, vuelvo a cogerla de los tobillos para encajarla entre mis piernas, apalanco las rodillas en la cama y la penetro con fuerza.

—Dios... —gimo. Qué maravillosa sensación, piel con piel.

Ambos soltamos un profundo gemido que acaba casi en grito. Paula, a pesar de haberle liberado los brazos, continúa teniéndolos hacia arriba para poder sujetarse al cabecero de la cama y vuelve a ondular su cuerpo mientras cierra los ojos. Es tan brutal el placer que me recorre, que mi cuello se inclina hacia atrás y mis manos se clavan en sus muslos hasta tener la sensación de que he atravesado su carne.

—Te deseo tanto —gimo mientras la embisto con fuerza—... que siento que nunca tengo suficiente, que me pasaría la vida dentro de ti, follándote, tocándote, mirando tu cara de placer.

Al oír mis palabras, abre los ojos y me mira, todavía sujeta a la madera de la cama. Yo también la miro y observo sus pechos, que se bambolean ante mis fuertes embestidas. Al instante, las convulsiones de su vagina alrededor de mi miembro me anuncian que ha alcanzado el orgasmo, lo mismo que sus gemidos de placer.

—Me encanta que te hayas corrido sin condón —le digo entre jadeos—, pero recuerda lo que te dije. Hoy quiero sentir cómo desfalleces de placer.

Tengo la mandíbula tan apretada para poder aguantar que me duele todo el

cuello, pero, tal como le he dicho, la noche va a ser larga.

—Así que —continúo entre gemidos— quiero que vuelvas a correrte antes de que lo haga yo.

Sigo embistiendo, al tiempo que coloco mis dedos sobre su clítoris y lo estimulo con caricias y golpecitos. Cuando sus espasmos me anuncian su segundo orgasmo, mi cuerpo ya no puede aguantar más y alcanzo el clímax, sintiendo cómo me vacío dentro de ella. Tras el último envite, me dejo caer a su lado mientras intentamos volver a respirar. Ella coloca sus brazos alrededor de mi espalda, apoya la cabeza en mi hombro y, mientras me deleito en sentir su aliento en mi cuello y su cuerpo pegado al mío, cierro los ojos y me quedo dormido.

Sé que estoy despierto porque los rayos del sol se clavan en mis párpados, lo que me obliga a parpadear para poder abrirlos sin quedarme ciego. Tengo calor y noto que el sudor cubre mi cuerpo, sobre todo en las partes que sienten el contacto con Paula. Nuestras pieles están pegadas y noto cómo una gota de sudor baja por mi frente. Nunca un momento tan incómodo me ha parecido tan perfecto.

Necesito una ducha, pero, al mismo tiempo, mi mente se niega a hacer mover mis músculos para que no pueda removerme ni separarme de la mujer que yace ahora mismo en mi cama, boca abajo. Su cuerpo desnudo reluce bajo los rayos de sol matutinos, y empleo mis fuerzas únicamente en desplazar mi mano hacia él. Toco su pelo, acaricio su espalda, sus glúteos y la parte trasera de sus muslos. Sonrío. Se supone que esta mañana tenía que irme temprano pero no he podido levantarme antes tras la noche movidita que he tenido. Fue idea mía agotarla para que no se moviera de mi cama y se quedara a dormir conmigo, aunque, al final, los agotados fuimos los dos, pues perdí la cuenta de las veces que hicimos el amor.

No tengo más remedio que levantarme, pero, antes, me deleito unos instantes en continuar observándola y acariciándola sutilmente con la yema de los dedos. Vuelvo a apartar su pelo y observo su perfil dormido. Acaricio la cicatriz que le divide la ceja y que siempre me ha hecho pensar en una Paula traviesa que no dejaba de caerse de niña. Después, resigo la curva de su mejilla y frunzo el ceño cuando noto bajo las yemas unas pequeñas marcas en la sien y en la mandíbula con una forma irregular, parecida a una estrella. Decido incorporarme con cuidado y continúo pasando los dedos sobre el hombro, donde detecto un par de marcas semejantes a las anteriores. Observo su espalda con detenimiento y también acabo encontrando alguna marca blanquecina que ni siquiera habría percibido si no fuese por la potente luz del sol que impacta directamente sobre su cuerpo. Éstas son alargadas, un poco curvadas, y se extienden hasta la cintura.

Las que me parecen más evidentes son las que estoy viendo en sus glúteos. Poso los dedos sobre sus suaves nalgas y un fuerte escalofrío me recorre entero al notar el casi imperceptible relieve que las cubre. Me acerco todo lo que puedo y no doy crédito al ver la irregular cicatriz que abarca, sobre todo, una de las partes, cuya forma me recuerda a una tela de araña. Las líneas son tan finas que, sin la luz que ahora me ayuda a detectarlas, jamás habría sido capaz de distinguir las.

Por último, y para terminar de admitir un hecho irrefutable, tomo sus muñecas con cuidado y les doy la vuelta para examinar sus antebrazos. Ambos engloban la mayor cantidad de marcas, todas iguales que las primeras que localicé, con la forma de estrella irregular.

Mi mano queda pausada en el aire después de tocar cada una de las marcas de su cuerpo, incluso las más diminutas, de las cuales nunca podría haber adivinado su origen o su causa sin haber pertenecido a un conjunto. El resto de mi cuerpo no puede estar más tenso, porque una rabia descomunal como nunca había sentido recorre cada milímetro de mis venas, de mis órganos, de mis tejidos. Los dedos de mis manos y mis pies se han curvado como garras,

y un intenso fuego acaba de comenzar a arder dentro de mi pecho, dejándome sin respiración, causándome dolor.

¡Paula ha sido maltratada!

Dios, si pudiera tener delante al cabrón que le hizo esto, sería capaz de matarlo con mis propias manos. ¿Cómo pudo un hombre emprenderla a golpes con esta mujer?

Bueno, lo de hombre es mucho decir.

Pero, ahora, entiendo muchas cosas. Su carácter distante y frío, su deseo de huir de cualquier relación, su insistencia en tener sólo sexo, sin sentimientos ni compromisos, porque un malnacido se encargó de destruir cualquier ilusión en ella...

Si sigo por ese camino, acabaré destrozando algo.

Noto cómo se remueve para girarse hacia mí. Parpadea, abre los ojos, me mira y sonrío, aunque acaba componiendo un mohín con los labios.

—Al final te has salido con la tuya —me dice—. Hiciste todo lo posible para agotarme y que no pudiese moverme ni pensar en irme a casa.

«Porque soñaba con verte recién levantada, con que tu rostro fuese lo primero que admiraran mis ojos al empezar el día; con hacerte el amor nada más despertar; con haber compartido contigo algo tan íntimo como los sueños de una noche...» No obstante, no puedo pronunciar ni una de esas palabras debido a la furia que aún corroe mis venas como ácido sulfúrico. Sólo deseo escupir lo que mi boca no es capaz de retener ni un segundo más.

—¿Las marcas que tienes por todas partes te las hizo tu exmarido? ¿Él era quien te maltrataba?

Sus ojos claros se abren hasta casi no caber en su cara, y su expresión es de puro pánico. En cuestión de un segundo, su cuerpo suave y maleable se vuelve una tensa cuerda de acero.

Pero no dice una palabra. Se limita a incorporarse y a sentarse en el filo de la cama, mirando hacia la ventana, hacia el vacío. Da la sensación de que

tenga que ser ella la que se avergüence de algo, la que deba agachar la cabeza por la falta cometida.

Yo también me siento sobre la cama, detrás de ella, y le hablo a su espalda.

—¿Por qué no me lo has contado? Dios, Paula, de haberlo sabido, yo habría...

No me deja terminar la frase. Invasada por una ira que jamás había visto en ella, se levanta de golpe y se gira hacia mí, olvidando que ambos estamos aún desnudos.

—¿Tú habrías qué, Darío?! ¿Me habrías tratado como a una muñeca frágil, como no han dejado de hacer todos lo que me rodean? Y ¿cómo se supone que debería habértelo contado? ¿«Hola, me llamo Paula y mi marido me pegaba»?

—¡No! —exclamo—. No te habría tratado diferente, pero es algo que me parece tan monstruoso que creo que, después de seguir juntos varios meses, podrías haberme contado. Forma parte de ti y de tu vida.

—¡Pero tú y yo no estamos juntos, Darío! ¿Cómo tengo que explicártelo? Tú y yo no somos nada, tú y yo follamos cuando nos apetece, punto. ¿A santo de qué iba a tener que contarte yo mi vida? ¿Por qué ese afán por preguntar cosas que no te incumben? ¿Por qué tanta preocupación por mí, la tía con la que follas?

—¡Porque me importas! —grito—. ¡Porque para mí no eres simplemente la tía con la que follo! Porque eres mucho más que eso —digo mientras me froto la cara con las manos. Siento palpitations en el pecho, pero es algo que tengo asumido y que sólo me pone nervioso por la extraña situación en la que voy a hacérselo saber—: ¡Porque estoy enamorado de ti, joder!

Se ha quedado con la boca abierta y sin réplica. Ambos respiramos con dificultad y nos miramos como dos oponentes que van a pelear.

—Más vale que me vaya a casa antes de que diga algo de lo que después me arrepienta. —Furiosa, comienza a recoger su ropa y su calzado para

empezar a vestirse.

—¿No me has oído? —pregunto tomándola de un brazo para que me mire.

—¡Sí! —exclama—. ¡Por eso me marchó!

—No lo dirás en serio.

—Por supuesto. —Hace un gesto brusco para que la suelte.

—Creo que tendremos que hablar, Paula —le digo—. Entre nosotros hay algo y te empeñas en ignorarlo. Entiendo que sea por lo que te pasó en tu matrimonio, pero...

—No entiendes nada, Darío —me interrumpe—. ¿Has pensado en la posibilidad de que yo no sienta nada por ti? ¿Tan difícil te resulta que una mujer sólo quiera sexo de ti, lo mismo que has querido tú siempre de ellas?

Acabo de recibir una patada en el estómago, la más fuerte de las que ya he recibido esta mañana.

—Claro que lo entendería —le replico—, si fuera verdad. Pero no lo es, Paula.

—Eres un egocéntrico, pero vamos a suponer que yo también estoy loca por ti —me dice en un tono sarcástico que no me gusta nada—. ¡No cambiaría nada, joder! ¡Porque no pienso volver a tener una relación con un tío en mi vida! ¡No quiero compartir con ninguno más que sexo! ¡No necesito que nadie vuelva a «cuidar» de mí como hacía mi marido!

No debe de haber notado las lágrimas que le caen por las mejillas, porque sigue gritando y despotricando enfadada, furiosa, exaltada. Tanto que le ha pasado inadvertido su llanto silencioso. Y me parte el corazón verla así.

Necesito que hable, que me explique.

—No es mi intención cuidar de ti —le digo suavemente, acercándome a ella—, porque sé que tú sabes cuidarte y lo haces de maravilla. Eres fuerte, Paula. ¿Por qué no me explicas cómo te hizo esas marcas?

—No quiero hablar de ello. —Se pone las bragas y va en busca de su vestido—. Ni ahora ni nunca. Ya te he dicho que es mejor que me vaya... y que no volvamos a vernos.

Antes de vestirse, encuentra su bolso y busca en su interior hasta dar con la llave de mi apartamento. Cuando la tiene, la suelta sobre la cómoda con desprecio, haciéndola rebotar sobre la superficie de madera.

Me quedo mirando la escena sin moverme. Me ha parecido ver todo el movimiento a cámara lenta y no he podido evitar que la ira me haga estallar.

—¿Sabes una cosa, Paula? Pensaba decirte que me pareces una mujer muy valiente, porque dejaste atrás tu ciudad, tus amigos, tu entorno, todo, para cambiar de vida y empezar de cero, sin saber lo que te ibas a encontrar. Y, sí, lo has sido en todos los aspectos, menos en enamorarte. No te atreves a quererme, Paula, porque el amor es sólo para los valientes.

—No te quiero, Darío...

—No es cierto.

—¡Joder! —Tira su vestido al suelo y se acerca a mí con rapidez, sólo con las bragas puestas. Lleva en la cara la resolución de alguien que piensa dar por zanjado un tema de la forma más drástica—. ¿Quieres saber más de mí? ¿Quieres saber qué me hacía mi marido? Pues nada, voy a darte una explicación completa. ¿Ves estas marcas que tengo entre la mejilla y la mandíbula? —Se señala—. Son las mismas del hombro y los brazos. La forma de estrella que tienen se debe a las aristas de la piedra del anillo que llevaba en su dedo anular. Cada vez que me soltaba un puñetazo lo hacía con tanta fuerza que me lo clavaba en la carne. En la ceja me pilló sólo de refilón, por eso se ve partida. En los antebrazos tengo muchas más porque me cubría la cara con ellos. —Levanta los mismos y me los señala.

—Ya está bien, Paula. —Al imaginarme al cabrón dándole puñetazos, lacerando e hiriendo su piel, provocando que sangrara, se me ha revuelto el estómago.

—No, ahora tendrás que aguantar la explicación entera. —Se da la vuelta y me muestra la espalda—. Las marcas de la espalda son más finas porque solía haber ropa de por medio, aunque llegó un punto en que no le importaba darme en partes más visibles.

—Basta, déjalo ya...

—Ah, y queda la que me habrás visto en el culo. —Se baja el elástico de las bragas para que no pierda detalle—. Un día apareció en casa y yo no había llegado porque estaba con mis amigos. Por la rabia de no tener la cena preparada, se dedicó a sacar todos los platos del armario y a estamparlos contra el suelo. Cuando llegué, me empujó hasta hacerme caer justo encima de los fragmentos rotos y, como llevaba falda, se me clavaron.

Entiendo que ahora no es momento de decir nada más. Sus lágrimas ya sobrepasan su rostro y resbalan hasta el suelo, aunque siga sin darse cuenta de ello. Dejo que se vista, coja su bolso y se dirija a la puerta.

—Adiós, Darío —se despide.

Después oigo el golpe de la puerta de entrada mientras yo sigo desnudo, en medio de la habitación.

Capítulo 18

Paula

Estoy clavando las manos en el volante con tanta fuerza que temo arrancarlo. Cuando paro en un semáforo, dirijo la vista al espejo retrovisor y contemplo mi cara con los surcos formados por el llanto.

¡Mierda, estoy llorando!

Hundo el pie en el acelerador y apenas soy consciente de la velocidad ni de lo que me rodea, sólo quiero llegar pronto a casa y encerrarme en mi habitación. Por primera vez en mucho tiempo, desearía estar sola y no tener que aguantar las caras de lástima de mis amigas, las explicaciones o mi propia impotencia, como tantas y tantas veces me ha sucedido.

Por fin, estaciono el coche y, justo al entrar en casa, me suena el teléfono. Contesto por inercia porque advierto que no es el número de Darío.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Diga?

Silencio de nuevo.

Dios, no... Pensé que se había olvidado de mí, pero ha vuelto...

—¡¿Otra vez tú?! —le grito al teléfono—. ¡Muérete de una puta vez y déjame en paz!

Lanzo el móvil contra el suelo sin darme cuenta de que ya estoy en el salón y Emily me está viendo desde la cocina, pero estoy fuera de mí y nada me importa porque apenas si puedo controlar la ira que me arde desde dentro.

Son demasiadas cosas juntas, demasiados recuerdos, emociones, culpas, gritos... Ver la cara de lástima de Darío, oírlo decir que le importo, tener que esconder mis propios sentimientos porque nunca podré tener una relación normal... Para colmo, Abel otra vez. No, no, no, por favor...

Emily sale a mi encuentro y, al ver cómo me rompo en un llanto desgarrador, me envuelve entre sus brazos. En un principio estoy a punto de rechazarla, pero después me siento aliviada al verme rodeada de la suave tela de su elegante salto de cama, su perfume cargante y el tintineo de sus joyas. Y porque, por primera vez, alguien no me pide que deje de llorar, sino todo lo contrario.

—Llora, cariño —me dice—. Llora todo lo que quieras.

Antes de dejarme caer sobre su pecho, observo de reojo a Noa, que sale de su cuarto y recoge mi teléfono del suelo para dejarlo sobre la mesa. Se acerca a nosotras y se añade al abrazo.

—Nos tienes a nosotras —me dice sin preguntas—. Sea lo que sea, se arreglará, Paula, ya lo verás.

El llanto se me recrudece al pensar que nunca tendré una hija como ella. Lo que me faltaba para sentirme como una mierda.

Tras unos minutos de soltar unas cuantas lágrimas más y de dejarme envolver por el cariño de las dos, aparece Dánae. Tampoco hace preguntas y se limita a cogerme de la mano y darme un beso en la mejilla.

—Mañana vienen tus amigas —me recuerda—. ¿Qué te parece si nos pasamos hoy el día arreglándonos las uñas, con una mascarilla en el pelo y otra en la cara?

—Me parece un plan perfecto —respondo.

Algo bueno debía de tener este fin de semana. Mis amigas han encontrado un hueco para venir a verme y estoy feliz, aunque sentiré la ausencia de Salva

y de Joel. Echo de menos las conversaciones que tenía con mi amigo, las veces que reímos y lloramos juntos, desde que lo conocí la noche en que fui a saludar a la nueva panadera y les llevé la cena. Salva estaba ayudando a Micaela a montar la panadería y creyó que yo no me acercaría a él por llevar aquel aspecto de motero rebelde. Pero si hay alguien que no cree en las apariencias soy yo, porque aquella persona de fachada dura resultó ser el mejor hombre que he conocido en mi vida, mientras que, mi entonces marido, se mostraba ante la gente como el tipo más encantador y amable del mundo.

Paradojas de la vida.

Y, cómo no, añoro a mi niño, a Joel, al que conocí tan pequeño. Se pasaba las horas en la panadería mientras su madre trabajaba, sentado en su carrito sin rechistar, mordisqueando galletas o bastones de pan. Y yo me conformaba tomándolo en brazos, peinando las ondas de su pelo, oliendo su inconfundible aroma. En aquellas fechas intenté una fecundación *in vitro* que fracasó y fue cuando decidí no volver a intentarlo más. La decepción es demasiado grande.

Pero, como soy de fácil conformar, hoy tengo que sentirme feliz con la visita de Claudia y de Micaela. Ya han llegado y, en cuanto entran por la puerta de casa, una algarabía de gritos, risas y abrazos tiene lugar en medio del pasillo. Después de abrazarnos y besarnos, comenzamos a dar saltitos cogidas de las manos como tres niñas o como tres locas, según se mire.

—Qué bien estar aquí contigo —dice Claudia una vez hemos dejado atrás las muestras de histeria colectiva.

—Qué bien que estéis aquí —respondo—. ¡Ya se te nota la barriguita! —exclamo al poner mi mano sobre su vientre.

—No utilices diminutivos. —Bufa—. Se me nota la barrigaza. Estoy redonda como una albóndiga. A este paso me desplazaré rodando para ir de un sitio a otro. Sin embargo, ahí tienes a Micaela. No se le nota nada.

—Estoy de poco tiempo —replica ella con los ojos en blanco—. Ya verás cómo me pongo igual que tú.

—Voy a interrumpir vuestro duelo de gorduras —les digo— para

presentaros a mis amigas: Emily, Dánae y Noa. Ellas son Micaela y Claudia.

—Encantada —se adelanta Emily—. Es como si os conociéramos, de las veces que Paula nos ha hablado de vosotras.

—Lo mismo digo —contesta Micaela—. Nosotras también hemos oído multitud de historias vuestras contadas por nuestra amiga. Estamos muy contentas de que os haya encontrado. Ya nos veíamos teniendo que venir en su rescate si daba con gente poco recomendable.

—No empecéis a hacer de guardaespaldas —comento—. Ya habéis visto cómo he sabido cuidarme sola.

Las presentaciones siguen con Dánae y Noa mientras nos sentamos unos minutos en el salón. Y es precisamente mi amiga del pelo azul quien se pone en pie para hacer la mejor proposición.

—A ver, chicas, sé que os tendréis que ir mañana, así que, ¿qué os parece si salimos esta noche a tomar algo y aprovechamos el tiempo?

—Genial —exclama Micaela—. Aunque no podamos beber alcohol, nos reiremos un rato.

—Y esperamos conocer a alguien —dice Claudia con una sonrisilla traviesa.

Qué alivio cuando nadie hace comentario alguno sobre el tema.

—¡Pues venga, vámonos! —Micaela se levanta y se dirige a tía Emily—: Vienes con nosotras, ¿verdad?

—No sé —contesta ella—. No creo que a Noa le interese ir, y me sabe mal dejarla sola.

—No te preocupes, tía. Pensaba decirles a mis amigas que viniesen a casa. ¿Te parece bien, mamá? Sería una gozada tener la casa para nosotras solas.

—Claro que sí —sonríe Dánae—. Pero no sé a qué hora volveremos. Procura no quedarte sola.

—Les diré que se traigan el pijama para que se queden a dormir conmigo.

—Perfecto. —Ella sonríe satisfecha y le da un beso a su hija antes de que salgamos las cinco por la puerta.

Después de seguir en el coche las indicaciones de Dánae, llegamos a un local que tiene muy buena pinta, con el interior de paredes de ladrillo, fotografías de famosos y poca luz, lo que nos otorga la intimidad necesaria para sentarnos, charlar y reír un buen rato. Entramos, nos dirigimos a la barra para pedir y cuál es nuestra sorpresa cuando comprobamos que los camareros saludan encantados a tía Emily.

—Hola —le dice un tipo al que parece que le hayan soplado por la boca hasta hincharle los músculos—. Qué bueno verte hoy por aquí, Emily. ¿Lo de siempre?

—Hola, Marcos —le devuelve ella el saludo—. No, hoy tomaré cerveza con mis amigas sentadas a una mesa. Dos de ellas sin alcohol, por favor.

—Marchando, preciosa —contesta el chico.

Entre cuchicheos, nos sentamos alrededor de una mesa y, de nuevo, el camarero que nos trae las copas la saluda con toda la confianza.

—Hola, Emily —le dice con una sonrisa *fulminabragas*—. ¿Qué tal? ¿Cómo va todo? ¿Hoy no viene tu amigo?

—Eh..., no —contesta ella algo azorada—. Todo está perfecto. Gracias, Iván.

Todas nos mordemos el labio y nos miramos antes de atrevernos a decir nada. Las ganas de reír se nos acumulan, y empieza a dolerme la barriga por aguantarme. Dánae es la primera en intervenir:

—Tía, ¿se puede saber cuándo has venido aquí y por qué te conocen todos estos bombones?

—Tal vez haya quedado un poco trastornada después de interpretar durante años los más variados papeles —contesta ella antes de beber un trago—, pero no soy una loca ni una ermitaña, querida. Yo también necesito mis... distracciones.

—Y ¿a qué se refería con «lo de siempre»? —insiste Dánae—. ¿Qué sueles tomar?

—Un Jack Daniel's con hielo, por supuesto —responde sin alterar su aire

de diva—. No pensarías que sólo bebo anís, juego a las cartas y veo grabaciones de mis obras en vídeo.

—Y ¿quién es tu amigo? —insiste Dánae, alzando una ceja.

—A eso ya no te pienso contestar. —Emily da por zanjado el tema abriendo su bolso y repasándose el carmín—. Mi vida privada es mía y de nadie más.

—Te estás comportando como si fuéramos unos *paparazzi* que te han abordado —ríe Dánae.

Por fin, todas estallamos en risas. ¡Qué falta me hacía!

—¡Por las distracciones! —Micaela levanta su jarra e invita a que hagamos lo mismo para hacer un brindis.

A pesar de la diversión y las risas, yo ya he mirado varias veces el reloj. Todavía queda algo pendiente esta tarde y no tengo muy claro si puede acabar en desastre. Obviamente, he puesto en antecedentes a Dánae y a Emily, pero, aun así, odio tener que mentir y montar un número para que mis amigas no sigan insistiendo en el tema de los hombres.

Seguro que Claudia es la más interesada, por no decir cotilla. Me está mirando de reajo hace rato, y la conozco tanto que sé que me va a preguntar en tres, dos, uno...

—¿Y tu chico, Paula? —pregunta, cómo no—. ¿No va a venir esta noche?

—Está muy liado —contesto—, pero se pasará un momento para saludaros.

—¡Genial! —dice.

Pongo los ojos en blanco ante tal muestra de entusiasmo.

Dánae ha ignorado el comentario. Seguimos hablando de todo, riendo y bromeando. Por cierto, les he dicho que, como se les ocurra omitir el tema de sus embarazos para no contrariarme, la lío parda.

De pronto, a pesar de la luz pobre y amarillenta que nos ilumina, logro percibir una mayor palidez en el rostro de Dánae, que ha mirado de reajo hacia la puerta. Sigo su mirada y localizo a Aarón entrando en el local, tal y

como quedamos. Se dirige a la barra, se pide una copa y se acerca a nuestra mesa.

—Buenas noches —saluda cortésmente. Me sorprende verlo con un traje del sobrio estilo que suele llevar, pero sin corbata. Y aún me sorprende más cuando se me acerca y me da un suave beso en los labios—. Hola, preciosa.

Vale, no lo esperaba, y puede que Dánae me mate, pero fui yo quien le dijo al chico que debía parecer veraz.

—¿No nos vas a presentar? —pregunta Micaela, claramente interesada. Sabía yo que no iban a disimular ni un ápice.

—Sí, claro, chicas. Él es Aarón, trabaja conmigo. Bueno, en realidad es mi jefe.

—Uy, qué morbo —susurra Micaela, a la que tengo que dar un pisotón para que se muerda esa lengua que tiene.

—Ellas son mis amigas —continúo—, Claudia y Micaela.

—Encantado. —Les da dos besos a cada una.

—Aprovecho para presentarte a Emily d'Angelo, tía de Dánae. —Se acerca a ella y la saluda de un modo aún más caballeroso, si eso es posible.

—Encantado, señorita D'Angelo. —Le toma la mano y le besa el dorso, con lo que se la ha ganado en un segundo.

—Y, bueno —titubeo—, ya conoces a Dánae.

—Sí, ya nos conocemos. —Aarón ni la mira, y ella hace una mueca bastante parecida al asco.

¡Los mataría ahora mismo! ¡Serán idiotas!

Él contesta a unas cuantas preguntas demasiado parecidas a un interrogatorio militar, pero, como siempre, mantiene su sonrisa y su amabilidad intactas. En todo momento su brazo permanece alrededor de mi cintura, con toda la naturalidad del mundo. Este hombre iba para actor y lo ha demostrado cuando Micaela ha achicado los ojos y lo ha mirado con expresión interrogante.

—¿Te he visto en alguna parte?

—Tal vez en alguna revista de economía. Si te interesa el mundo de las marcas de coches...

—No —contesta ella con una mueca de disgusto—, supongo que no.

Lo peor de todo es la cara de mi amiga del pelo azul. Se ha puesto una máscara con una falsa sonrisa dibujada, pero sólo yo sé lo mal que lo está pasando, pues Aarón no se ha dirigido a ella ni una sola vez. Ella es fuerte y está aguantando, pero tiene bastante pinta de derrumbarse en cualquier momento.

—La compañía es muy grata —dice Aarón tras dar su último trago— y ha sido un placer, señoritas, pero debo irme ya.

Se levanta de su silla, me coge de la mano y me arrastra un par de metros más allá del grupo, como si quisiese decirme algo íntimo al oído.

—Espero que haya quedado convincente —me susurra mientras me acaricia el pelo y mira por encima de mi hombro al grupito, que no pierde detalle.

—Has estado genial, Aarón. Muchas gracias por el favor. No te imaginas lo importante que era para mí. Sé que ha sido pedirte algo demasiado extraño, pero...

—No importa —me dice—. No entiendo muy bien los motivos, pero no me ha supuesto ningún esfuerzo. Hasta el lunes, Paula. —Se acerca a mí y vuelve a darme un beso en la boca, esta vez menos sutil, más auténtico.

Y qué bien besa, por favor. No me encrespa el vello ni me produce aleteos en el vientre y mucho menos me excita, pero, a pesar de mi pobre experiencia, distingo un beso bien dado.

—Hasta el lunes, Aarón. Y gracias otra vez.

Vuelvo junto a mis amigas y me siento. La cara de Dánae ha alcanzado el límite de su aguante. Emily nos mira de reojo pero disimula a la perfección, por eso es actriz. Mis amigas no parecen haberse percatado de nada raro, o eso espero.

—Es un cielo —comenta Claudia—. Y muy guapo. Te hace suspirar con

sólo una sonrisa.

—¡Me encanta! —exclama Micaela—. Es perfecto para ti. Nunca imaginé que encontrarías a un tipo tan ideal. Puede que empezara sólo con sexo, pero te conozco y sé que debe de haber algo más. Por cierto, ya puestos, ¿qué tal es en la cama?

—Pues...

Antes de que pueda pensar una posible respuesta, Dánae se levanta de la silla de un salto. Su rostro ha pasado del blanco al morado, y temo que se derrumbe ahora mismo y se ponga a llorar.

—Perdonad, chicas. He recordado algo de repente y yo... tengo que irme. —Atraviesa el local y la vemos desaparecer por la puerta hacia la calle.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Claudia.

—No sé —suspiro—. Creo que no se encontraba muy bien.

Mierda. Tengo que hacer algo ya y seguir con mi plan para que esos dos dejen de comportarse como dos ciegos cabezotas. Lo malo es que tendrán que esperar un poco, puesto que primero tengo que zanjar un tema propio que debería haber resuelto hace tiempo.

No sobran camas en esta casa y, aun así, esta noche la ocupamos un montón de gente. Noa está en su habitación con dos amigas, y yo en mi buhardilla con las mías. Hemos colocado un colchón en el suelo para Micaela y para mí, y hemos dejado a Claudia en la cama para que puedan descansar ella y su barriga.

Emily ocupa su habitación y Dánae la suya. He entrado un momento para asegurarme de que estuviese y únicamente me ha dicho que ha venido en taxi.

Joder, me siento fatal.

«Un poco de paciencia —le pido mentalmente—. Deja que me ocupe de

un asunto y pronto os ayudaré a estar juntos.»

Ya en mi buhardilla, las tres parecemos adolescentes en una fiesta de pijamas. Hablamos un poco más, esquivando el sueño como podemos, hasta que oímos los ronquidos de Claudia.

—Y ahora que nadie nos oye —me comenta Micaela, tumbada junto a mí—, vas a explicarme qué coño está pasando aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto recelosa.

—Que no me trago lo de tu relación. —Se incorpora y se apoya sobre un codo para hablarme más directamente—. No me trago que Aarón sea tu novio y no me trago nada de lo que nos has contado. Así que desembucha, Paula. Una vez nos ocultaste lo que te hacía tu marido y prometimos que no volveríamos a escondernos nada. ¿Por qué sigues siendo tan hermética?

—Lo siento, Micaela —suspiro—, pero no quería calentaros la cabeza con mis problemas...

—¿No recuerdas —me corta— cuando la retraída era yo? Tú fuiste la primera en alentarme a contaros lo que me ocurría, en animarme a confiar, en abrirme los ojos para que dejara de pensar sólo en hacer feliz a la gente y me ocupara de mí misma. Pensaba que yo no merecía ser feliz, y no podía estar más equivocada. Y ahora te toca a ti, Paula. Superaste un matrimonio con un desgraciado y has seguido adelante, pero si hay algo que de verdad te interesa, simplemente, cógelo. Si no te decides, se te hace tarde y luego no hay vuelta atrás.

Al final, le cuento lo de Darío. No tiene razón de ser ocultárselo a la persona en quien más confío en este mundo. Y, por supuesto, le digo que ya se ha acabado.

—¿Estás segura? —me pregunta con suspicacia.

—Sí —respondo—, segurísima.

Sobre todo, cuando mañana haga mi último movimiento.

—Hola, Roderic, ¿qué tal?

—Hola, Paula, todo está bien. ¿Y a ti? ¿Cómo te va? Ya me comentó Micaela que te va genial.

Tras la marcha de mis amigas, he decidido comenzar por el primer paso para acabar con cualquier mínimo deseo que tenga mi subconsciente de proseguir una relación con Darío. Y creo que el marido de Micaela, al ser marqués y alguien influyente, me podrá ayudar.

—Sí, gracias, Roderic. Te llamo porque necesito un favor.

—Lo que quieras, Paula.

—¿Conoces a Darío San Martín?

—Creo que hemos coincidido unas pocas veces, aunque ya sabes que él se mueve en el ámbito automovilístico y yo en el de la alimentación. Pero sí, lo conozco.

El marqués de Requesens posee tierras con olivos y viñas, por lo que sus empresas producen, básicamente, aceite y vino.

—Y ¿crees que podrías averiguar, a través de un amigo de un amigo de un amigo, cuál es su residencia habitual? Me refiero, aparte del apartamento que posee en Barcelona.

—Supongo que podría averiguarlo.

—Sería muy importante para mí, Roderic.

—No te preocupes, Paula, haré lo que esté en mi mano.

—No hace falta que te diga que es confidencial.

—Por supuesto —sonríe—. Micaela lo sabrá cuando tú misma se lo digas.

—Gracias, Roderic.

—Para eso están los amigos, Paula.

Cuando cuelgo el teléfono, una mezcla de sensaciones se me remueve por dentro. Puede parecer un asalto a su intimidad, pero, para mí, no es más que la forma más directa de poder quitármelo de la cabeza. Él tenía razón cuando soltó en nuestra última discusión que entre nosotros podía haber una relación,

que mis sentimientos hacia él están creciendo y convirtiéndose en algo fuerte que me presiona el corazón cada vez que pienso en él. Pero, como no es posible, no me queda más remedio que toparme de golpe con la realidad.

En cuanto llame a su puerta y me reciba la mujer que comparte su vida con él, podré olvidarme de Darío San Martín y seguir adelante.

Capítulo 19

Dánae y Aarón

En esta ocasión, Dánae se citó con su próximo amante en un hotel mucho más lujoso que el motel de carretera donde compartió su última cita. Entró por la puerta giratoria y se desplazó hacia la derecha de la amplia e iluminada recepción, adonde Landon⁴² la había dirigido en su última conversación. Mientras atravesaba aquel elegante restaurante, Dánae sintió una multitud de miradas clavarse en ella, como siempre le ocurría en ese tipo de ambientes sofisticados. Pero, como el resto de las veces, levantó la barbilla e hizo repicar los tacones de sus altas botas negras sobre el suelo de mármol, desafiando al mundo entero.

Nada más llegar a la puerta, localizó al hombre, que permanecía en una mesa con la cabeza inclinada mirando su móvil. En un primer momento, a Dánae se le aceleró el corazón, pues el tipo iba perfectamente trajeado y peinado con gomina, lo que la hizo fantasear por un segundo con que Aarón había vuelto a coincidir con ella por un nuevo giro del destino. O con una ayudita de su amiga, claro.

Pero no, no era su jefe. El hombre levantó la vista y pudo comprobar que, esta vez, era un auténtico desconocido, con lo que su corazón se marchitó un poco.

«Maldita sea», rezongó para sí. Se había prohibido volver a pensar en Aarón y en su inolvidable encuentro. Bastante se había autocompadecido ya, dejando que pasaran varias semanas sin entrar en la página de contactos, o

entrando para acabar apagando el ordenador, mientras su querido jefe pasaba de ella más que nunca. Seguro que él continuaría follando sin parar con desconocidas, con putas o con quien le diese la gana, mientras ella languidecía como una flor a la que han olvidado regar.

Se había acabado tanto patetismo. Volvería a tener ese tipo de encuentros para poder disfrutar de buen sexo, de un rato agradable o, simplemente, porque follar es sano.

El tipo le hizo una seña al verla, de forma muy discreta, para que se acercara, puesto que la reconoció enseguida. Dánae le había mencionado en el chat su color de pelo, y él, un alto ejecutivo con un trabajo estresante y un matrimonio aburrido, se había mostrado entusiasmado. Iba a follar con una mujer cuya apariencia representaba una seductora fantasía.

La joven caminó decidida hasta la mesa y se sentó frente al hombre.

—Supongo que eres Blue —le dijo con una sonrisa. Mejor dicho, con una mueca lujuriosa.

—Bingo —contestó Dánae con ironía—. ¿Vienes preparado? —le preguntó a propósito de la protección.

—¿Por quién me has tomado? —replicó él con desdén—. ¿Por un niño? Llevo mucho tiempo en esto, guapa.

El hombre le dio el último trago a su copa y se puso en pie. Esta vez no habría invitación a cerveza en una barra de bar, una mínima conversación o un momento de relax. Dánae se limitó a seguirlo hasta el ascensor y, de ahí, a la habitación. Una vez dentro, el desconocido comenzó a desnudarse, empezando por la corbata y continuando por el resto de su traje hasta quedar totalmente desnudo. Su miembro ya estaba grueso y preparado.

—¿A qué esperas? Desnúdate —le ordenó a Dánae. Ella obedeció y, con calma, se deshizo de sus prendas hasta que sólo le faltaron las botas—. No, déjalas puestas —volvió a ordenarle, clavando en ella sus lascivos ojos oscuros—. Joder, qué buena estás, chica del pelo azul.

Y, como cada una de las veces, con cada uno de los desconocidos, el tipo

en cuestión se abalanzó sobre ella. Podría haber parecido todo un caballero en el restaurante, por su apariencia elegante, pero, a la hora de la verdad, resultó ser más de lo mismo.

Tomó a Dánae de la cintura y la estampó contra la pared para comenzar a lamer sus pechos mientras restregaba una mano contra su sexo.

«Menudo patán», pensó ella mientras observaba su lengua voraz pasearse por todo su cuerpo. Aquella mano torpe entre sus piernas no hacía más que molestarla.

El próximo movimiento del hombre fue tomarla de los hombros, arrodillarla en el suelo y colocar su miembro en la boca de ella.

—Oh, sí —gimió—, así me gusta. Chupa, zorra, chupa.

Hasta entonces, a Dánae aquello le había resultado morboso, excitante y placentero, pero en aquel momento no pudo sentirse peor. Estaba deseando que el tipo se corriera para acabar cuanto antes y marcharse de allí.

—Quiero que me folles ya —le dijo una vez extrajo el miembro de su boca. Se puso en pie, se tumbó sobre la cama y le hizo un gesto lascivo para que no lo dudara.

—Y yo lo estoy deseando.

El desconocido se puso el preservativo y se colocó sobre el cuerpo de Dánae. Le abrió las piernas y la penetró con fuerza. Comenzó entonces a embestirla mientras pellizcaba y besaba sus pechos.

«Y ahora ha llegado el momento de fingir un orgasmo», pensó ella mientras soltaba falsos gemidos y ondulaba sus caderas para adelantar en lo posible el clímax del hombre.

No era la primera vez que fingía placer. Se había encontrado a otros amantes torpes que no habían sabido complacerla y, como en esta ocasión, no le había quedado más remedio que acelerar el proceso para poder marcharse cuanto antes.

No tenía nada que ver con Aarón, por supuesto. Ni con su recuerdo, su noche de pasión infinita, sus ojos verdes o su preciosa sonrisa. No, no, nada

que ver. Ni con lo bien que ella se había sentido en sus brazos, la forma tan excitante y a la vez tan dulce de hacerle el amor...

Al menos, mientras cavilaba, el tiempo se le hizo más corto, hasta que sintió las convulsiones del clímax de su amante. Dánae gritó y se arqueó para hacer más auténtico su orgasmo, y dejó que él se recreara y acabara cayendo sobre ella.

—Ha sido fantástico, guapa —le dijo el hombre tras obsequiarla con una leve caricia en la mejilla y el pelo. Después, se levantó de la cama, se duchó y se vistió mientras ella continuaba en la cama, arremolinada aún entre las sábanas—. Pero ahora debo irme. Ha sido un placer.

Cuando desapareció por la puerta, Dánae suspiró. Su eventual amante no se había comportado peor que el resto de los desconocidos con los que había follado. Como todos, se había limitado a desahogarse teniendo un encuentro fugaz con una mujer que para él representaba una fantasía. Después, cogería su coche de alta gama y se presentaría en su casa, donde lo esperarían su mujer y sus hijos y se olvidaría de su aventura, lo mismo que ella se olvidaba de ellos nada más terminar.

Entonces, si se sentía como una basura, estaba claro que no podía culpar al tipo o a la situación. Porque la única que había cambiado había sido ella.

—Hola, ¿eres Jack?

Aarón dejó, por un instante, su botellín de cerveza suspendido en el aire antes de llevárselo a la boca de nuevo. Aquello representaba un auténtico *déjà vu*, encontrarse otra vez en la barra del bar de un motel de carretera mientras su nueva amante llegaba y pronunciaba su nombre. Igual que la noche que creyó que estaba teniendo alucinaciones al oír la voz de Dánae y deducir que alguna clase de cachondo destino los había unido para jugar un rato con ellos.

Pero, al girarse hacia la voz, volvió a comprobar que no era ella. Después de haber cumplido la fantasía de acostarse con la chica del pelo azul, había tenido un par de encuentros más que no lo habían satisfecho lo suficiente. Por eso, esta vez, había decidido cambiar un poco y quedar con una mujer de más edad, para ver si así terminaba obteniendo el placer que buscaba y que no disfrutaba desde...

Si volvía a pronunciar su nombre, aunque fuese en el pensamiento, él mismo acabaría por darse una paliza.

—Sí —le contestó a la mujer—. Y tú debes de ser Zara46. ¿Quieres una cerveza?

—Estaría bien, gracias.

La desconocida se sentó junto a él y se llevó el botellín a los labios. Aarón observó que vestía bien, con ropas caras, y lo mismo se podía decir de su maquillaje y su peluquería. Tal vez fuera divorciada o una casada que quería vengarse del marido, qué más le daba. Nunca le había importado y jamás le importaría.

—Perdona, Jack —le dijo la mujer tras dejar la botella sobre la barra—, pero no fui muy sincera contigo en el chat. Aparenté estar versada en este mundo, pero nada más lejos. Es mi primera vez y temo que vas a tener que instruirme.

—¿Es la primera cita que tienes de este tipo? —preguntó Aarón desconcertado.

—Pues sí. Y ahora que te veo —suspiró mientras lo señalaba—, empiezo a pensar que quizá haya sido una equivocación o un impulso apresurado. Eres demasiado joven y guapo para una mujer como yo.

—¿Una mujer como tú? —Aarón la tomó de la mano y se bajó del taburete antes de que ella se marchara—. Eres una mujer preciosa, Zara. Lo primero que debes aprender de este tipo de citas es que la edad es sólo algo secundario. Somos personas, hombres y mujeres, que únicamente deseamos pasar un buen rato, sin preguntas y sin formalismos.

—He tenido suerte al encontrarte, Jack³⁵ —sonrió la mujer—. Creo que me has convencido.

Subieron a la habitación y, tal como solía hacer, Aarón ya había mandado preparar una botella de cava frío y dos copas. Sirvió la bebida y ambos bebieron durante unos minutos en silencio. A continuación, ella dejó su copa sobre una mesa porque ya se sentía entonada como para comenzar a quitarle la ropa a su amante ocasional. Él se dejó hacer e hizo lo propio con ella. Cuando ambos estuvieron desnudos, Aarón se acercó y empezó a acariciar sus hombros, sus caderas y sus pechos. La mujer cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro al tiempo que también deslizaba sus manos sobre el pecho de su amante.

—Vayamos a la cama —susurró él.

Una vez tumbados, se besaron y se tocaron, aunque fue evidente que a ella le empezaba a sobrepasar la situación cuando comenzó a gemir desesperada. Aarón se colocó el preservativo y la penetró con cuidado mientras ella se movía con fuerza ante el placer inesperado.

Para él estaba resultando algo mecánico. Se había citado con una mujer guapa, receptiva y ardiente, y únicamente tuvo que cerrar los ojos y dejarse llevar para excitarse, disfrutar y alcanzar el clímax. Al terminar, permanecieron juntos en la cama unos minutos antes de que ella se levantara y se vistiera.

—¿De verdad no puedo volver a quedar contigo? —preguntó .

—No —contestó Aarón mientras se incorporaba para comenzar a vestirse—, no podemos volver a quedar. Es una de las normas, y la llevo a rajatabla.

—Pues es una pena. —La desconocida compuso un triste mohín—. No creo que encuentre a otro como tú.

Después de desaparecer ella de la habitación, Aarón suspiró, se mesó el pelo y se dejó caer de nuevo en la cama.

Y maldijo el momento en el que había decidido pedirle a Dánae que se acostaran juntos aquella noche.

Capítulo 20

Darío

Miro el reloj de mi muñeca con disimulo. Joder, ya llevamos dos horas de reunión y aquí no se ha solucionado nada. Debatiendo desde las ocho de la mañana, no hemos llegado a ningún acuerdo satisfactorio. Para colmo, a esas horas ni siquiera he podido pasarme por el aparcamiento y buscar a Paula para..., ¿para qué? En realidad, lo que tengo que hablar con ella no se puede resumir en unos minutos dentro de un coche.

Empieza a dolerme la cabeza. Lo que debería haber sido un fin de semana genial, de relax y diversión, ha estado empañado por el recuerdo de las cicatrices que observé en el cuerpo de Paula. Durante la noche, cerraba los ojos y sólo podía verla agazapada en algún rincón, hecha un ovillo, mientras un monstruo la golpeaba con saña. El terror de su expresión y sus claros ojos vacíos me obligaban a levantarme de la cama, salir de la casa y marcharme a correr por la playa para poder deshacerme de la rabia que me inundaba.

Y así estoy hoy, hecho una mierda, intentando disimular mi cara de sueño.

—Señores —acabo diciendo—, será mejor que demos por concluida la reunión. Tenemos suficiente material para estudiar, y en cuestión de dos semanas podremos volver a reunirnos con algo más de información. Gracias por su tiempo y hasta dentro de quince días.

Aarón me sigue cuando salgo de la sala y se pone a mi altura cuando nos dirigimos a la planta de fabricación. El nuevo modelo nos está dando demasiados quebraderos de cabeza y hay que tomar cartas en el asunto.

—Creo que hay un pequeño problema —me comenta mi ayudante mientras sigue el ritmo de mis rápidos pasos—. Un defecto en los planos que hemos podido constatar a la hora de ensamblar las piezas del motor.

—Pues que lo arreglen —exclamo—. Estamos rodeados de los mejores ingenieros y profesionales, así que será mejor que hagan su trabajo.

En una de las líneas de montaje me espera el ingeniero jefe. Me explica todo el problema y cómo están tratando de solucionarlo. En medio de sus palabras, desvío un instante la vista, supongo que por instinto, porque me topo con la figura de Paula, que está conversando con César y con otro de los ingenieros.

Sin pensar demasiado en mis actos, dejo a mi interlocutor con la palabra en la boca y me acerco de dos zancadas al grupo donde se encuentra ella.

—Paula —le digo ignorando a los demás—, he de hablar contigo en mi despacho.

Los dos hombres se miran algo incómodos y se alejan unos metros para seguir observando algunas piezas y su funcionamiento.

—Señor San Martín —murmura Paula sin dejar de mirar de reojo a su alrededor—, estoy en medio de una reunión para certificar algunos cálculos. Si no le importa...

—Tenemos que hablar, y lo sabes —insisto—. No pensarás que voy a dejar las cosas tal y como las dejamos.

—¿Qué coño haces? —susurra tratando de no mover los labios mientras compone una falsa sonrisa para que los demás no sospechen—. Te he dicho que en el trabajo no.

—¿Vendrás a mi casa entonces? —le digo impaciente.

—Te recuerdo que ya no tengo llaves.

—Pasa por mi despacho y te las devuelvo.

César y el ingeniero vuelven a acercarse a nosotros y Paula disimula de forma que la conversación real no pueda deducirse. Aunque yo la entiendo perfectamente.

—Lo siento, señor San Martín —me dice—, pero no voy a poder ayudarlo. Ni hoy ni en mucho tiempo. —Y se da la vuelta para volver con los otros.

Estoy tan cabreado que tengo ganas de tomarla de los hombros, zarandearla y después echármela a la espalda como un saco de patatas para llevármela lejos de aquí.

—Darío —me reclama mi ayudante—, deja de pensar con la parte baja de tu anatomía y vamos a seguir con la visita.

—Tienes razón —suspiro.

Voy a dejar de pensar en Paula porque el trabajo es demasiado importante como para supeditarlo a mis sentimientos personales. Pero en algún momento tendré que salir de aquí.

No he tenido más que mirar los datos de Dánae en los archivos para poder tomar su dirección y anotarla en el GPS. He intentado esquivar todas las llamadas y a todas las personas que me han ido asaltando desde mi despacho hasta el parking, y, al final, he podido montarme en el coche tras un sonoro bufido. Sólo he tardado quince minutos en llegar y encontrar la casa. Estaciono mi coche en la misma calle y me aproximo sin titubear al número de puerta correspondiente. Tras llamar al timbre, me abre una mujer que parece sacada de un estreno de Hollywood en los setenta. Tal vez pase de los sesenta años, pero todavía parece conservar un indicio de la sensualidad que debió de desprender hace una treintena.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —me dice con una amplia sonrisa mientras me mira y agita sus pestañas.

—Soy Darío San Martín y estoy buscando a Paula.

—Vaya —murmura ella mientras me mira de arriba abajo y parece complacida—, así que usted es el famoso presidente. Encantada, por cierto.

—Me tiende su mano—. Yo soy Emily d'Angelo, tía de Dánae.

—Un placer, señora. —Le estrecho la mano e inclino ligeramente la cabeza.

—Señorita —me corrige antes de darse media vuelta y hacerme un gesto para que la siga a través del pasillo, a ella y a la estela que va dejando su perfume y las ondas de su bata color púrpura.

Una vez llegamos al salón, me encuentro con Dánae y una chica adolescente que supongo que es su hija.

—Tenemos una visita —anuncia la mujer—. Está buscando a Paula.

—¡Señor San Martín! —exclama Dánae al tiempo que se levanta del sillón como lanzada por una palanca—. ¿Cómo... cómo usted por aquí?

—Hola, Dánae —la saludo—. He venido para hablar con Paula.

—Está arriba, en su habitación.

—¡Hola! —interviene la chica adolescente, esperando que alguien nos presente.

—Noa, cariño, éste es mi jefe, en realidad es el presidente de la compañía. Señor San Martín, mi hija, Noa.

—Encantado —la saludo estrechando su mano.

—¿Usted es Aarón?

—¿Aarón? —le pregunto confuso—. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque he oído decir que era su novio... ¡Ay, mamá! ¿Qué haces? —exclama la joven cuando su madre le suelta un pisotón.

—Estos adolescentes, que no se enteran de nada... —explica Dánae visiblemente nerviosa—. ¿Lo acompaño arriba, a la habitación de Paula?

—No, gracias —le digo, totalmente mosqueado—. Ya subo yo.

Aún algo escamado, subo por la escalera de caracol que me han indicado y llego hasta un descansillo que me separa de la habitación. La puerta está entreabierta y logro oír perfectamente lo que parece una conversación telefónica poco amistosa, aunque no tengo muy claro que fluya en ambas direcciones.

—¡Joder! —oigo gritar a Paula—. ¡Deja de quedarte callado y contesta! ¿Abel? ¿Piensas seguir llamándome para no decirme nada? ¡Mierda ya!

Entro justo cuando está lanzando el móvil contra la cama, donde rebota y acaba cayendo al suelo, junto a mis pies. Me agacho para cogerlo y observo que ya tiene unos cuantos golpes y la pantalla resquebrajada.

—¿Era tu exmarido? —le pregunto al tiempo que dejo el teléfono sobre una cómoda.

—¡¿Darío?! —exclama al verme—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Está visiblemente nerviosa. Su cara aparece pálida, y sus bonitos ojos claros presentan un resquicio de llanto. Incluso sus labios parecen temblar todavía.

—¿El muy cabrón se dedica a llamarte y no hablar? —insisto.

—¿Qué quieres, Darío?

Suspiro. No hay manera de hacerla abrirse, de lograr que coja confianza. Recuerdo ahora el día que Ana y yo encontramos un perrito en la calle y apenas toleraba que nos acercáramos ni para darle comida. Conseguimos que se comiera el alimento que le íbamos dejando, un poco cada día, paso a paso. Cuando conseguimos cogerlo y llevarlo al veterinario, éste nos explicó que tenía signos visibles de maltrato, por eso su falta de confianza. Hubo que prodigarle muchas caricias, muchas palabras suaves, muchos acercamientos, hasta que logramos que se convenciera de que no íbamos a hacerle daño.

Y así es Paula, como *Zack*, un cachorrillo apaleado del que tendré que ganarme su confianza.

—Sólo quiero que hablemos, Paula.

Me acerco a ella, poco a poco, hasta estar tan cerca que ha de levantar la cabeza para mirarme a los ojos. Su mirada se muestra opaca, sin vida, pero logro encontrar una titilante luz en el fondo de sus iris claros que parece pedirme ayuda sin palabras.

Aprovecho el momento de debilidad para rodearla con los brazos y acercarla del todo a mí para que apoye su cabeza en mi pecho. A pesar de su

entereza, me parece frágil y delicada, por lo que procuro no emplear mucha fuerza en mi abrazo. Pero es ella quien, al final, comprime mi cuerpo con sus brazos. No me doy cuenta de que está llorando hasta que percibo la humedad en mi camisa.

—Paula... —susurro abrazándola más fuerte y besando su pelo.

Dejo que se desahogue y espero a que levante la cabeza para poder mirarla. A pesar del rastro del llanto, de su cabello enmarañado y de que su vestimenta se limita a una camiseta y unos calcetines blancos, sólo anhelo besarla, deseo que me es concedido porque es ella quien acerca su boca a la mía.

Reconozco cuando la pasión es encendida por la desesperación, pero no me importa que Paula se guíe por ella para besarme con tanto entusiasmo. Ha subido sus manos por mi pecho y mi cuello y ha acabado enredándolas en mi pelo para atraerme más hacia ella. Su lengua está caliente y sus labios arden, haciendo arder los míos. En cuestión de pocos segundos, nos dejamos llevar por el arrebató de pasión que siempre nos inunda cuando estamos juntos, nada más tocarnos o besarnos, y acabamos trastabillando para caer encima de su cama. Se incrementa la intensidad del beso y nuestras manos tratan de apartar algo de ropa para poder tocar un poco de piel. Ella saca mi camisa de la cintura del pantalón e introduce las manos bajo la tela para posarlas sobre mi pecho, enredarlas en el vello y acariciar mis pezones. Ahogado por la impaciencia, me coloco encima de ella y subo su camiseta hasta que queda enrollada sobre sus pechos. La tengo casi desnuda bajo mi cuerpo, ella ondula el suyo, me suplica...

—Darío...

Enfebrecido por su súplica, chupo y muerdo sus pezones mientras trato de abrir mi pantalón con una sola mano. Cuando extraigo mi miembro, le separo las piernas con un golpe de rodilla y acabo enterrado en ella en medio de un largo suspiro.

—Joder, Paula —gimo—. Estás tan caliente y tan mojada...

Ella se engancha a mí, se arquea, gimotea. Sus enérgicos golpes de cadera hacen que mi miembro y mis testículos ardan, que me queme la parte baja de mi espalda y que mis propios envites se adapten a su ritmo frenético. Alcanza un orgasmo tan brutal que se apalanca sobre el colchón y profiere un fuerte gemido que sólo logro atenuar posando mi boca en la suya, para bebérmelo y poder silenciarla. Mientras nuestras bocas continúan unidas, siento la explosión de mi propio clímax y aprovecho para lanzar mis gemidos en su boca, hasta que ambos acabamos derrumbados entre la colcha, respirando a toda velocidad y húmedos de transpiración.

Salgo de su cuerpo, pero, cuando intento besarla de nuevo, ella se aparta y se da la vuelta sobre la cama, dándome la espalda mientras vuelve a tirar de su camiseta y cubre su desnudez.

—Es mejor que te marches, Darío. Y no es buena idea que vuelvas por aquí.

—Claro —ironizo—. Esto que acaba de pasar es tan normal que es mejor hacer como que no ha pasado nada.

—No sé qué importancia pretendes darle —dice ella—. Hemos follado porque nos gusta follar. Punto. Además, me has pillado en un momento bajo.

Me desespero. No entiendo que en tan sólo unos segundos sea capaz de mostrarse como la mujer que pretende fundirse conmigo y luego pase a ser la más fría del mundo.

Me levanto de la cama, recompongo mis ropas y deslizo una mano entre mi pelo.

—Lo que ocurre entre tú y yo no es normal —le explico—. No podemos mantener las manos quietas cuando estamos cerca, Paula, y eso es algo más que mero sexo. Si fuese así, hubiese sucedido como con otras mujeres que han pasado por mi vida. Ya me habría cansado de ti.

—Es verdad —ironiza—. Y yo te suplicaría que no me dejaras, te imploraría que no me rompieras el corazón. Pero, como no ha ocurrido así, te

empeñas en decir que hay algo más entre nosotros. Pero no hay nada más, Darío. Sólo soy la mujer que no se desmaya ante ti y tus dotes de amante.

—¿No lo hay o no quieres que lo haya? —le pregunto.

—¿Qué importa eso? El resultado es el mismo.

Antes me tomaba nuestra relación clandestina como un paso más para atravesar su fría capa de acero, intentando hacerlo poco a poco, sin asustarla, que pensara que sólo éramos un par de amantes unidos por el sexo. Pero ahora decido que, de momento, me conformo con eso. Porque el proceso va a ser largo, por lo que creo que deberé comportarme como la gota que golpea la piedra. Con mucha paciencia.

—Vuelve conmigo, Paula. Sigamos viéndonos.

—¿Con seguir viéndonos te refieres a seguir follando en tu picadero de paredes color fucsia?

—Si es eso lo único que pretendes tener conmigo, sí.

—¿Vas a volver a darme una llave para que pueda darte una sorpresa de vez en cuando?

Se levanta de la cama y se gira hacia mí. Su rostro muestra altivez, volviendo a manifestar su fortaleza y su entereza, plantándome cara al tiempo que refuerza el frío muro que nos separa.

Metó la mano en el bolsillo de mi pantalón y extraigo la llave. Se la ofrezco, ella la coge y, sin mirarla, la suelta sobre la cama con desdén.

—Ya está, ya vuelvo a tener entrada libre en tu piso. Supongo que iré un día de éstos. Y ahora, vete de aquí, por favor.

—¿Estás furiosa contigo misma por volver a ceder, porque no puedes resistirte a mí, o hay algo que se me escapa?

Creo que acabo de hacerla reaccionar, porque su brusco giro se asemeja a la iracunda expresión de su rostro.

—Pero ¿tú qué te has creído, capullo? ¿Que diciéndome todas esas tiernas palabras consigues que me muera por ti? ¡Lo único que lograrás es que me baje las bragas y me abra de piernas! ¡Nada más! —Coge aire para proseguir

—. Tú y tu manía de decir «hacer el amor» —dice en un tono de burla que comienza a cabrearme—. Contigo sólo se puede follar, Darío, porque tienes una buena polla y una mejor lengua, más efectivo que un puto vibrador. Me acerqué a ti porque necesitaba un tipo con experiencia, nada más. Pero jamás podría enamorarme de ti.

Hacía tiempo que alguien no me hacía sentir más mierda. Me han dolido cada una de sus palabras como si fuesen agujones de avispa, y me duele cada uno de mis músculos y mis articulaciones por el esfuerzo que estoy haciendo por no moverme. Un velo grisáceo acaba de instalarse ante mí, produciéndome una visión borrosa.

—Me ha quedado claro —acabo diciendo con esfuerzo—. Si decides volver a mi apartamento, no tendré problema en olvidarme de hacerte el amor. Te echaré el polvo de tu vida para que no te quepa duda de la utilidad de mi polla y, por supuesto, de mi lengua. Tal vez te meta ambas por lugares donde aún no las has probado.

—Seguro que me encanta —me dice alzando la barbilla, aunque es más que evidente el rubor púrpura que cubre la totalidad de su rostro—. Pero vas a tener que esperar a que me dé la gana de presentarme. De momento, lárgate de mi casa. —Son sus últimas palabras antes de encerrarse en el baño dando un portazo.

—Genial —bufo antes de marcharme.

Bajo la escalera de caracol y atravieso como una exhalación el salón de la casa, donde tres mujeres me miran con los ojos muy abiertos.

—Ha sido un placer, señoritas —les digo sin dejar de caminar a grandes zancadas.

Cuando me introduzco en mi coche, arranco y acelero haciendo rechinar las ruedas. La sangre me hierve y necesito desfogarme. Me urge una botella del whisky más vulgar y lo que se tercié estando borracho, igual de vulgar.

Abro los ojos y me cuesta la vida hacerlo. Sé que tengo una resaca del demonio porque conozco los síntomas, aunque hiciese años que no los soportaba. Exactamente cuatro años. Y lo recuerdo perfectamente porque, en aquella ocasión, me desperté de la misma forma: con dolor de cabeza, náuseas, la boca seca... y en la cama con una mujer que no recordaba.

Me incorporo despacio para no despertar a mi compañera, que yace desnuda junto a mí. No tengo ganas de dar o recibir explicaciones.

La única persona que se merece una explicación no se encuentra aquí en este momento. La imagen de Paula es lo único en lo que puedo pensar. En eso y en lo que acabo de hacerle.

Jamás me había sentido más miserable, aunque una parte de mí crea que se lo merece.

Capítulo 21

Paula

—¿Que le has dicho qué? —exclama Dánae tras contarle la conversación mantenida con Darío.

Nada más quedarme sola, me di una ducha y me encontré a mi amiga esperándome impaciente en mi habitación. Ella deseaba saber qué había pasado y yo necesitaba contarle.

—Lo sé, lo sé —me justifico—, no imaginas lo terriblemente mal que me he sentido, pero no puedo permitir lo que está sucediendo.

—¿Te refieres a enamorarte de él?

El corazón se me acelera descontrolado antes de contestar.

—Sí, me refiero a eso. Aún no ha sucedido, pero sé que acabaré sucumbiendo. Y entonces ¿qué? Me niego a ser una de sus patéticas amantes olvidadas, o a actuar con el despecho de Celia.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo tengo muy claro —suspiro—. Cogí la llave de su apartamento otra vez, más por orgullo que por otra cosa. Para que no creyera que tengo miedo de volver a acostarme con él.

—Y ¿lo harás? —insiste—. ¿Volverás a tener sexo con él?

—Antes espero recibir cierta información. —Le explico cómo me he puesto en contacto con mi amigo el marqués para que me consiga lo que necesito saber—. Es la forma más drástica que he encontrado para acabar con todo esto.

—¿Y después?

—Después seguiré con mi vida —contesto—. Había pensado dejar este trabajo, pero luego he recordado que, a pesar de la ayuda de Roderic, he currado mucho para que confíen en mí. El presidente será sólo eso, el presidente, alguien con quien yo no debería tener la más mínima relación aparte del día que se dirige a los trabajadores para desearles feliz Navidad.

—Tienes razón. —A pesar de sus palabras, observo escepticismo en la expresión de Dánae—. Tal vez te unas a mi club y contactes con desconocidos para estar segura de que la cosa nunca va a ir más allá de unos instantes de sexo.

—Ya veremos —le contesto.

Hace tan sólo unos meses habría pensado que eso era lo que me convenía. Ahora ya no estoy tan segura.

Intento quitar de mi mente unos ojos claros que parecen mirarme con censura.

De momento, ha pasado una semana desde mi extraño encuentro con Darío y la cosa parece estar tranquila. Él no me ha llamado, ni se ha puesto en contacto conmigo, ni por privado ni por la vía oficial. No me ha reclamado una reunión urgente, laboral o personal, y no me ha asaltado en mi coche en mitad del aparcamiento.

No tengo muy claro si eso hace que me tranquilice o me sienta más inquieta, porque no sé si ha aceptado mis normas o ha decidido que va a prescindir de nuestras citas.

Que alguien me explique por qué me siento tan mal.

Si es que ha aceptado mis premisas, ¿no era eso lo que le exigí?

Y, si ha decidido dejar de verme, ¿no sería lo mejor?

La naturaleza humana a veces es una puta mierda, y nuestra conducta no

ayuda mucho, porque somos capaces de decir cosas cuando en realidad no las sentimos, o exigimos lo que nosotros mismos no estamos dispuestos a dar.

Demasiado filosófico para estas horas de la mañana. O tal vez resulte que haber pasado por lo que yo pasé te deja traumatizada e idiota perdida. Las bofetadas y los insultos que recibí durante años me han estropeado por dentro y ya no tengo remedio.

Aprovecho para levantarme un rato de mi puesto de trabajo y despejarme, ya que Dánae me ha hecho un gesto para que la acompañe a tomar un café a la máquina del final del pasillo.

—Necesitaba alejarme de mi mesa con urgencia —bufa—. Menudo día llevamos. ¿Has averiguado algo del coche?

Es cierto, hoy ha sido uno de esos días en que dudas si no habría sido mejor quedarte en la cama. Después de habernos levantado tarde, como siempre, hemos corrido hasta mi coche, y cuál ha sido mi sorpresa y mi mala leche cuando he visto las ruedas pinchadas. Y no una o dos, sino las cuatro.

—¡Me cago en la puta! —he tenido que exclamar—. ¿Quién coño me ha hecho esto?

—¡Vamos a tener que coger el autobús, Paula! ¡O no llegamos!

Hemos salido pitando tan deprisa que he tenido que quitarme los tacones y correr descalza, clavándome en el proceso toda clase de piedras y objetos de los que no he querido ni averiguar su procedencia. Por suerte, lo hemos pillado a tiempo.

—Éste no es el barrio de Pedralbes, pero no solemos tener problemas —me ha explicado Dánae una vez hemos subido al autobús.

—Eso no lo han hecho unos gamberros —le he aclarado—. No te he contado las últimas llamadas extrañas que estoy recibiendo.

—¿Crees que ha sido tu exmarido?

—No lo sé —suspiro—. Pero cada vez recibo llamadas más a menudo, a todas horas, con silencios o indicios de una respiración, e incluso he notado

más de una vez que alguien me sigue. Ya sabes, esa sensación de que estás siendo observada.

—Pues menudo cabrón. Vas a tener que denunciarlo, Paula.

—Lo sé.

Al final, con el trabajo del día, me he olvidado del incidente.

—He llamado al seguro y me lo solucionarán hoy mismo —le digo mientras ella busca unas monedas.

—Eso espero. —Introduce el dinero en la máquina—. En realidad, te he hecho levantar para enseñarte algo. Y que conste que lo he pensado, pero seguro que pronto te vas a enterar.

—Me tienes en ascuas. —Yo también introduzco mi moneda y espero a que la bebida llene el vaso.

—Mira lo que me han pasado. —Saca su móvil del bolsillo, desliza su dedo sobre la pantalla y me la muestra—. Es la edición digital de una revista de noticias del corazón y del famoseo. Observa las fotografías. Es nuestro querido presidente, en actitud cariñosa con Lara Rivas, la periodista.

Cojo el móvil entre las manos y me olvido del café, aún en la máquina, de las ruedas pinchadas y de todos mis problemas. Porque me centro en el dolor que acabo de sentir, como si me hubieran clavado algo en mitad del pecho.

—Seguro que ya debe de haberte llegado también a tu correo —me dice Dánae—. Alguien se ha encargado de que nos llegue a todos. Espero que el presidente o su querido ayudante no se cabreen demasiado.

Observo las fotografías. Han pillado a Darío hace tan sólo unos días en un restaurante con la periodista. Se ve claramente cómo conversan y ríen animadamente y cómo se besan en varias ocasiones. Incluso hay imágenes del exterior, cuando ya han salido a la calle, por donde van abrazados y prodigándose todo tipo de besos y carantoñas para acabar subiendo al coche de él. Según el artículo, parece que se dirigieron a la casa de ella, delante de la cual estuvo el todoterreno aparcado hasta la mañana siguiente.

—Nunca se ha preocupado esta clase de prensa por San Martín —explica

mi amiga—, pero, en esta ocasión, les ha llamado la atención por ser ella la famosa. Lara es conocida por sus entrevistas a personajes importantes.

Las palabras de Dánae parecen flotar en el aire y no acaban de penetrar mis oídos porque yo no dejo de observar las imágenes. El dolor hondo y persistente sigue instalado en mi estómago y me sube hasta el pecho, obligándome a acelerar mi respiración para atenuar la congoja.

—Lo siento —me dice mi amiga—. A pesar de lo que intentas «no sentir» por él, sé que no te es indiferente. A mí, desde luego, me jodería mucho ver a Aarón con otra, aunque sepa perfectamente que se pasa la vida follándose a cualquiera. Mierda —rezonga—, lo he recordado y ya estoy de mala hostia.

—No pasa nada —le digo tras exhalar largamente el aire contenido—. Quizá sea lo mejor para los dos. Para mí, porque ya me estaba trastornando demasiado y, para él, porque estará con una mujer menos complicada que yo. Además, no somos nada, y nadie ha dicho nunca que estuviese prohibido follar con otras personas.

Me duele hasta la lengua por haber soltado esas palabras. No me gusta nada sentir lo que estoy sintiendo, que no es otra cosa que celos, y menos me gusta ver cómo mi amiga tiene la valentía de admitir cuánto le gusta Aarón y lo que sufre por él, mientras que yo intento por todos los medios que ver a Darío con otra no me perturbe.

«Has sido muy valiente, Paula. En todo, menos en quererme...»

El eco de sus palabras remueve de nuevo las dudas que me atenazan.

—¿Sabes qué? —le digo a Dánae tras decidir que ya no deseo seguir con esta situación—. Hoy mismo voy a darle una sorpresa en su apartamento.

—¿Vas a presentarte hoy en su casa? —me pregunta alzando una ceja por la sorpresa.

—Sí —contesto muy decidida—. Quiero quitarle la máscara. He sido una ingenua haciendo caso a sus bonitas palabras, oyéndolo siempre decir lo que le importo, que soy diferente, que pretende tener conmigo una relación normal. Pues se ha acabado ser una tonta.

—Espero que tu decisión no te explote en tu propia cara —me dice mi amiga.

Y eso que no he mencionado mi oscura intención.

He tenido suerte y el coche ha estado listo esta misma tarde. El mecánico se ha encargado de traérmelo al trabajo y me ha facilitado la posibilidad de poder realizar mis planes. Tras acabar la jornada, me dispongo a conducir hasta el apartamento con paredes de color púrpura.

El coche de Darío está en su lugar. Bien, perfecto. Bajo del mío, esta vez sin parar a retocarme, y me dirijo al portal. Antes de llegar, percibo a alguien a mi espalda. Me giro hacia las columnas pero no veo a nadie. Ya empezamos. Empiezo a creer que es cosa de mi imaginación, pero es extraño, porque juraría que he oído claramente unos pasos y he visto algo con el rabillo del ojo. Supongo que debe de ser algún otro vecino que va a coger su coche y estoy empezando a parecer una paranoica, pero las últimas llamadas silenciosas de Abel, cada vez más asiduas, me están poniendo de los nervios. Decido acelerar mis pasos hasta el portal y después hasta el ascensor, donde no acabo de sentirme segura hasta que veo cerrarse las puertas. Este edificio está apartado del centro, y tanto silencio me enerva.

Por fin me encuentro frente a la puerta de Darío. Como sé que está, llamo al timbre y aparece al cabo de pocos segundos a abrirme. Por poco no se me cae la mandíbula al suelo de la impresión.

—Hola, rubia, no te esperaba.

Normalmente lo pillo sin cambiar, todavía con el traje que ha lucido durante el día en el trabajo. Incluso lo he encontrado alguna vez recién salido de la ducha, o dentro de ella, por lo que topármelo de esta guisa no debería impresionarme tanto. Pero no es la vestimenta en sí lo que me altera, sino su pose, su gesto, su expresión, que son diferentes. Sí, es cierto que lleva

puestos únicamente unos vaqueros descoloridos sin abrochar, por cuya bragueta abierta asoma su ensortijado vello negro, gritando a los cuatro vientos que no lleva ropa interior. Como tampoco lleva calzado, camisa ni nada de nada. Para colmo, sujeta un vaso de whisky en la mano, lo que le da una actitud indolente que se acrecienta aún más con su cabello revuelto y su mandíbula sin afeitar.

Y, para rematar, ni me mira. Se ha dado media vuelta y se ha dirigido al salón para acercarse al mueble bar, dejar su vaso sobre la bandeja y preparar una bebida para mí.

—¿Te sirvo lo mismo? —me dice mientras oigo el tintineo de los cubitos de hielo que me va echando.

—Ya veo que no me esperabas —le digo tras coger el vaso.

—Pues no. ¿Por qué iba a hacerlo? Llevas días sin venir.

—Por el mensaje que te envié —le aclaro—. Te dije esta mañana que aparecería por tu casa esta tarde.

—Oh, pues no lo he visto. —Apura su bebida y vuelve a servirse un poco más.

—¿Debo pensar que ya tienes plan y debo marcharme?

—Espera que piense... —Compone una exagerada pose dubitativa y luego me mira—. Pues no, hoy no tengo nada. Has tenido suerte, rubia.

Me están entrando unas ganas de darle un guantazo...

—En realidad —le digo con un gesto de mi mano hacia él—, no pareces vestido para recibir visitas.

—Pues yo creo que, precisamente, voy vestido de la forma más apropiada. —Se ha acercado a mí, dando pasos lentos, hasta que su tórax aparece frente a mi cara. Sus pezones y el oscuro vello que lo rodean están a la altura de mis ojos. Y si continúa llegando hasta mí el intenso perfume que lleva, acabaré por marearme—. Depende del tipo de visita que esperes —me susurra—. A las que yo suelo tener les encanta.

He tenido que levantar la cabeza para observar su mueca engreída. Hasta

mí ha llegado el olor de su tibio aliento, a whisky, a pecado. Instintivamente, miro también hacia abajo, siguiendo con los ojos el sendero de su oscuro vello hasta aterrizar sobre la abertura de su pantalón. Tengo la sensación de que, al mirarlo, ha aumentado de tamaño el bulto que se aprecia bajo el vaquero.

—¿Ves? —Vuelve a sonreírme de forma insufrible—. Ya estás mirando lo que más te interesa. Tú perteneces a ese mismo grupo. Estás más que satisfecha con mi atuendo, o, como en este caso, con mi falta de él.

—¿Te encuentras cómodo comportándote como un capullo?

—Perfectamente —me susurra al oído—. No tienes ni idea de lo cabrón que puedo llegar a ser cuando me lo propongo, cariño. Contigo, hasta ahora, he mostrado mi lado más amable, pero ya me he cansado de forzar mi personalidad.

—Lo sabía —le digo—. Sabía que únicamente estabas jugando conmigo, que sólo utilizabas tus bonitas palabras para tenerme a tus pies, como haces con todas. Ya he comprobado que las dejás muy satisfechas y que luego están locas por volver.

—Como tú, por ejemplo. Estás aquí. Supongo que vienes a por tu ración de polla y lengua.

—¿Jode sentirse utilizado?

—Pues no. Me encanta que me utilicen las mujeres. Es lo más divertido que puedo hacer en mis ratos de ocio.

—¿Como tirarte a Lara? —No he podido parar mi lengua y he tenido que sacar a colación el reportaje—. Ya se ve en las fotografías que lo pasasteis muy bien.

—¿Celosa, rubia?

—Te dije desde el principio que la fidelidad no era imprescindible.

—Pues entonces todos contentos, ¿no?

Camina hacia el mueble bar de nuevo y coge las pinzas para añadir un par de cubitos a su vaso. Mientras lo observo, no puedo dejar de mirar su ancha

espalda, sus hombros, su estrecha cintura. Pero, lo mejor, sin duda, es su trasero. Acostumbrada a verlo con ropas elegantes, no había caído en la cuenta de lo bien que le sienta un vaquero que marque su culo.

Como si presintiera mi mirada, se gira y me pilla in fraganti. Compone una de sus insoportables sonrisas y yo sólo deseo borrarla de un puñetazo.

Ahora mismo no sé qué sentimiento albergó más hacia él, si el deseo o el odio. Lo mismo me lo follaría que le daría un rodillazo en los huevos. Para paliar las dudas y la ira que me corroe, empiezo a parlotear como cuando me pongo nerviosa, que hablo y hablo y sólo digo tonterías.

—Pues a mí me parece que esa chica es demasiado joven y, encima, con una vida pública que no tengo muy claro que te convenga y...

—¿Has venido a follar o a echarme un sermón sobre lo que me conviene?
—me interrumpe.

Maldito imbécil...

Lo insulto por impotencia, pero, si tuviera que reconocer la verdad diría que he venido por un impulso, después de ver las fotografías con Lara. Ha sido una especie de reacción instantánea sin haberla meditado, como si esperase una explicación por su parte que no tengo derecho a exigir. Estoy cabreada conmigo misma y lo pago con él.

—Pues venía a follar —le aclaro—, pero nada más entrar se me han quitado las ganas.

—Eso no te lo crees ni tú.

Antes de que me dé cuenta de sus intenciones, se acerca a mí y posa con suavidad sus labios en los míos. Es un beso tan dulce que me pilla desprevenida. No obstante, cuando ha conseguido tenerme noqueada, transforma su suave caricia en otra mucho más intensa. Abre mi boca con su lengua y la enlaza con la mía, de una forma profunda, ardiente, obligándome a que yo le responda con la misma pasión. Mis manos, acostumbradas a él, se posan sobre su tórax y se deslizan por su piel caliente. Acaricio sus costados,

sus brazos, sus hombros, su cuello... Es como si caminaran solas sobre un terreno ya conocido.

Él cada vez intensifica más el beso y comienzo a sentir que floto, como siempre que me besa o me toca. Apenas soy consciente de que me está despojando de la blusa y el sujetador, y ha comenzado a lamer y a acariciar mis pechos, por lo que mi garganta desprende un hondo gemido que soy incapaz de neutralizar. Tan incapaz como de no hacer otra cosa que abrazarme a su espalda y permitir que las sensaciones me inunden y la excitación comience a brotar desde muy adentro. Al mismo tiempo, una especie de angustia presiona mi pecho. Comienzo a odiarlo por hacerme sentir lo que siento, por hacer que me olvide de todo cuando estoy con él. Y me odio a mí misma por no saber defenderme, por admitir que estoy aquí porque no he soportado pensar que pasa sus noches con otra.

Es justo al recordar ese hecho que abro los ojos y planto las manos en su pecho para apartarlo de mí. Pero no me he dado cuenta en medio de mis pensamientos de que ya me ha apalancado contra la mesa, ha desabrochado mis pantalones y ha tirado de ellos hacia abajo, bragas incluidas, hasta dejarme completamente desnuda y a su merced.

—Quítame las manos de encima —le suelto.

—Tu boca dice una cosa y tu cuerpo otra —me susurra.

Me obedece en cuanto a dejar de acariciarme y besarme, pero me coloca sentada sobre la mesa del salón, cuya superficie traspasa el frío a mis nalgas. Ante mi asombro, compone una sonrisa despiadada mientras una de sus manos se introduce en la abertura de su pantalón y extrae su grueso y excitado miembro, lo rodea con sus dedos y comienza a acariciárselo.

—Vamos, Paula, has venido a por esto, ¿no es cierto? Mira mi polla. Ya está dura y gruesa, y es toda para ti.

Me quedo embelesada mirando su miembro y su mano, que se desliza arriba y abajo de forma lánguida y lenta. La imagen me hace sentir

hipnotizada, pues no puedo dejar de reconocer que es la más sensual que he visto en mi vida.

—Humm, veo que sí, que te gusta la idea —me dice al tiempo que toma mis manos y las coloca alrededor de su erección para ocupar el lugar de las tuyas.

Me encanta el tacto suave de su piel, de las venas que la surcan, de la humedad que brota de su extremo. No dejamos de mirarnos mientras yo continuo acariciando toda su extensión. Incluso deslizo hacia abajo una mano para poder acariciar también sus pesados testículos, por lo que acaba cerrando los ojos y lanzando un fuerte gemido.

—Oh, Paula, eres buena, cariño.

Animada por el poder que me otorga el placer que le estoy produciendo, me dejo caer de la mesa y, conforme me voy agachando, voy bajando sus pantalones. Cuando quedo de rodillas en el suelo, subo las manos por sus velludos muslos y las acabo clavando en sus glúteos para facilitar que su miembro termine alojado en mi boca.

No sé si era esto lo que tenía en mente, pero he sentido la necesidad de hacerlo. Me siento poderosa al ver a este hombre gemir de una forma tan intensa por mis caricias. Comprendo que no es indiferente a mí por muchas otras que se tire.

Mierda, ese recuerdo me ha vuelto a doler. Clavo las uñas con tanta fuerza en sus nalgas que creo que he traspasado su piel. Pero, al mismo tiempo, mi boca acoge más adentro su miembro y lo insto a que embista dentro de mí, a que haga que sienta sus envites en lo más profundo de mi garganta.

—Dios, Paula... —ruge—. Me voy a correr en tu boca...

Ésa es mi intención. Presiono los labios con más fuerza, paso la lengua por su glande, intensifico las caricias en sus testículos..., hasta que siento la cascada de semen inundar mi boca. Una parte me la trago y el resto lo siento resbalar por los labios y la barbilla. Me pongo en pie y me limpio con el

dorso de la mano antes de dirigirme a él con la mayor crueldad de la que soy capaz:

—¿Lara te la chupa así de bien?

Darío todavía se está recomponiendo de su orgasmo, pero, al oírme, me toma con rapidez de la cintura y vuelve a colocarme sobre la mesa, dejando esta vez que mi espalda descanse sobre la superficie. Me abre las piernas y se acerca hasta que su miembro se acomoda sobre mi sexo. Comienza a mover las caderas para que se deslice con la humedad y acabe produciéndome un placer insoportable con la fricción.

—No estoy muy seguro de quién de las dos me la chupa mejor —me responde mientras intensifica el roce—. Tendré que corroborarlo en próximas ocasiones.

A pesar de su asquerosa respuesta, la excitación es máxima y el placer que me otorga es sublime. Cada vez se mueve más rápido, haciendo que la fricción acabe quemando mis labios íntimos y mi clítoris. Cuando estoy a punto de explotar, me abre un poco más las piernas y se introduce con fuerza en mi vagina, con lo que termino estallando en un increíble orgasmo, intenso, fulgurante, interminable. Él también se corre y grita al tiempo que echa hacia atrás la cabeza y tensa todos los tendones de su cuello. Al terminar, echo de menos que se deje caer sobre mi pecho, recibir su respiración en mi cuello y los besos que siempre suele darme tras el clímax.

En lugar de todo ello, extrae su miembro y se marcha al baño para limpiarse. Vuelve con una toalla para que yo pueda asearme también. Se ha colocado unos calzoncillos y recoge mi ropa del suelo para dejarla con desgana sobre la mesa.

—Ya puedes vestirte y marcharte, Paula. Tengo planes para esta noche.

Creo que lo veo todo rojo. ¿De qué coño va, echándome ya? ¿Planes, dice?

«¿No eras tú quien siempre estaba loca por marcharse?», me grita la voz que suele acompañarme en los momentos más inoportunos. Pero yo no estoy

para preguntas. Estoy tan cabreada que hasta los dedos de mis pies se están clavando en el suelo.

—No pareció que tuvieras problemas en quedarte toda la noche en casa de Lara.

Se está poniendo unos pantalones, pero detiene su movimiento justo cuando se los va a abrochar y me mira. Sus ojos parecen cuchillos que pretenden clavarse en mí.

—Ni ella en que me quedara. Te informo, Paula —compone ahora una sonrisilla petulante—, por si no lo sabías, de que resulta la mar de agradable pasar toda una noche con otra persona. Te da tiempo a hablar, a beber, a follar, a conversar, a reír, a volver a follar... Supongo que a algunas mujeres, como Lara, les gusta ese plan. Y a otras, como tú, sólo les interesa el sexo, nada más, por lo que se lo pongo fácil. Follamos y adiós. No hay problema, Paula. Si es eso lo que deseas...

—¿Y tú, Darío? —le pregunto con la ira quemando mis venas—. ¿Qué es lo que quieres tú?

—En este momento sólo quiero que te vayas.

—¡Pues no hay problema! —exploto.

A trompicones, delante de él, me coloco la ropa interior, el resto de las prendas y los zapatos.

—Es más, Paula. —Se acerca a mí y cruza los brazos sobre su pecho aún desnudo—. Quiero que me devuelvas la llave. Creo que es mejor que no regreses más. Las discusiones que tenemos tú y yo no compensan el placer que podamos disfrutar. —Extiende la mano hacia mí y me mira desafiante—. Terminemos aquí y ahora antes de que nos odiamos más.

No me lo puedo creer. Al final es él quien da por finalizada nuestra extraña relación. Siento una mezcla de rabia y pena que apenas me deja pensar. Supongo que, en estos casos, el orgullo es lo que impera, por lo que cojo mi bolso, saco la llave y se la tiro a la cara.

—¡Quédate tu preciado picadero para tus jóvenes amantes, gilipollas!

—No pensé que te cabrearías tanto por dejarte —me dice mientras coge la llave al vuelo y la guarda en el mismo cajón de donde la cogió en su día para ofrecérmela.

—¡Que te jodan, Darío!

—¿Vas a seguir trabajando en la empresa? —me pregunta antes de que gire el pomo de la puerta.

Me vuelvo y me encaro con él como si acabara de darme una bofetada.

—¡Por supuesto que voy a seguir trabajando! —le grito—. ¡Y como me echas, te juro que...!

—No voy a echarte —me interrumpe—. No creo que volvamos a tener ocasión de vernos siquiera.

Antes de que podamos seguir discutiendo más, salgo corriendo por la puerta y voy en busca del ascensor. Una vez se cierran ante mí sus puertas, ya no puedo más y, a pesar de que un día prometí no llorar por un hombre, acabo rindiéndome al llanto.

No valen de nada ciertas promesas. No puedes prometerte a ti misma que no vas a volver a llorar, que no volverás a enamorarte o que jamás sufrirás de nuevo. No somos máquinas programables, y es imposible controlar los sentimientos.

—¡Mierda! —grito mientras me dirijo al aparcamiento—. ¡Todo es una puta mierda!

Estoy cabreada, cansada, disgustada... Para colmo, mis ojos siguen velados por las lágrimas y apenas veo entre la penumbra del lugar. Busco el interruptor de las luces, lo pulso, pero ninguna se enciende.

—Genial —rezongo.

Camino a pasos rápidos entre los coches. Jamás se me había hecho tan largo el trayecto hasta el lugar donde dejo el mío. El eco de mis zapatos retumba en el lugar, aunque no estoy segura de si pueden ser los pasos de otra persona. Me detengo y aguzo el oído, pero no oigo nada. Comienzo a andar otra vez y vuelvo a oír el mismo eco. Nerviosa, saco las llaves de mi bolso

para darle cuanto antes al mando a distancia, pero freno en seco al llegar al espacio que debería ocupar mi coche.

Porque sólo es eso, un espacio. Mi coche no está.

—¡Joder! —grito—. ¿Qué hago yo ahora?

Todavía prefiero no pensar en las posibles causas de que mi vehículo no esté en su sitio. Decido ser práctica y busco mi móvil para llamar al seguro primero y a la policía después.

—Perfecto —gruño—. La compañía de seguros me va a acabar echando por pesada.

Busco el número mientras voy caminando en medio de los vehículos, buscando un atisbo de luz de cualquier parte que me ayude a ver un poco más. Por fortuna, un vehículo a lo lejos se pone en marcha y enciende sus potentes faros, que impactan sobre mí. En un principio me ha parecido una suerte, pero, conforme se va acercando, compruebo que la potencia lumínica me molesta y me ciega por completo. Cada vez se acerca más y tengo que colocar mi mano sobre los ojos para poder mantenerlos abiertos. Se aproxima más y más y más...

—¡Joder! —vuelvo a gritar cuando lo tengo casi encima de mí.

Corro como una posesa hacia el lado de los coches y me subo sobre uno de los capós para acabar rodando hacia el suelo y caer de bruces en medio de un gemido de dolor. Tirada sobre el duro suelo, sólo me da tiempo a divisar cómo se va el coche que ha estado a punto de atropellarme y que reconozco como el mío. ¿Qué coño está pasando?

Quiero intentar levantarme pero, antes de hacerlo, oigo de nuevo unos pasos. Busco mi teléfono por inercia pero lo veo tirado en el suelo, a unos dos metros por delante de mí. Puedo intentar pedir ayuda a quien sea que se encuentre en el aparcamiento, pero siento miedo, ya no me fío de nadie. Y, si me arrastro hacia el teléfono, quedaré expuesta al salir de este hueco entre dos vehículos.

El eco de los pasos continúa. Alguien se acerca a donde yo me encuentro,

pues puedo contemplar unos zapatos por debajo del vehículo que tengo a mi lado. Esa misma persona se agacha y recoge mi móvil, pero no logro ver más que unas manos. Mierda, ¿voy a tener que quedarme aquí toda la noche sin respirar?

El miedo comienza a hacer estragos en mí. Mi mente retrocede al pasado y me veo a mí misma igualmente escondida en cualquier parte de mi propia casa cuando Abel ya me había propinado varias bofetadas y yo había conseguido escaparme. Recuerdo su voz, llamándome, mientras yo trataba de no hacer el menor ruido...

Ahora mismo me siento igual. Quienquiera que sea se está acercando a mí. Me hago un ovillo, contengo un gemido...

—¡Paula! —oigo que exclama una voz conocida—. Por el amor de Dios, ¿qué haces ahí tirada?

Unos brazos fuertes me levantan del suelo. Yo aún estoy en *shock* y no dejo de llorar, aunque todavía no entiendo que es por el alivio que siento.

—¡Paula, Paula, por favor, mírame! ¡Soy yo, Darío!

Cuando ya lo tengo claro, me lanzo a sus brazos y dejo que él me envuelva con los suyos. Su olor y su calor hacen posible que me sienta inmejorablemente bien.

—Eres tú —sollozo—, eres tú...

—Sí, soy yo, cariño. —Me besa en el pelo una y otra vez—. Soy yo, que no podía dejar que te marcharas así. Pensaba que ya te habías ido cuando he visto tu teléfono en el suelo y casi se me sale el corazón por la boca. Imagina cuando te he visto en el suelo tirada. Pensé que... Dios... —Me estrecha con más fuerza contra su pecho y siento su aliento en mi frente, donde no deja de prodigarme besos—. Cuéntame qué te ha pasado.

—Me han robado el coche —le digo.

A continuación, levanto la cabeza para poder mirarlo y casi se me para el corazón. El Darío cruel y desalmado con el que he estado hace un rato ha

desaparecido, dejando salir de nuevo al que me mira con algo en los ojos que me da miedo nombrar.

Capítulo 22

Darío

—¡Maldita sea! —grito una y otra vez—. ¡Maldita seas, Paula!

Una vez se ha marchado del apartamento, una furia explosiva ha estallado dentro de mí, haciendo saltar cada nervio de mi cuerpo. La emprendo a golpes con los vasos, la cubitera y hasta la botella, y todo acaba hecho añicos contra el parquet del suelo. Continúo propinando unas cuantas patadas a la mesa y acabo haciéndola volcar. Todo un estruendo tiene lugar, mezcla de golpes secos y ruido de cristales rotos.

—¡A la mierda, joder!

Me dejo caer en el sofá y hundo la cabeza entre las manos. Bufo y rebufo. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan miserable que siento asco de mí mismo. La única excusa que tengo es recordar la impotencia y el desespero que me controlan cuando estoy con ella.

Antes de que me sienta más patético, salto de mi asiento para terminar de vestirme. A veces las cosas se han de hacer sin pensarlas demasiado o luego te arrepientes durante mucho tiempo de no haber hecho nada.

Cojo las llaves de casa y del coche y bajo por la escalera, aunque sean cuatro pisos. No tengo paciencia ahora mismo para esperar el ascensor. Cuando atravieso el portal, corro hacia el aparcamiento. Dudo que el coche de Paula esté todavía, así que seguro que me tocará conducir a toda prisa para intentar alcanzarla.

Observo el hueco al lado de mi coche. Como yo pensaba, ya se ha

marchado.

Antes de abrir, frunzo el ceño. Acabo de oír una especie de gemido. Tal vez sea un gato escondido bajo un vehículo, pero juraría que es humano. Camino hacia el sonido y diviso un teléfono en el suelo. Un frío extremo recorre mi cuerpo cuando lo reconozco: es el móvil de Paula. La mano me tiembla mientras me agacho y lo recojo. Ojalá esté aquí tirado porque lo haya lanzado por la ventanilla debido a la furia que yo mismo le he creado.

Otro sollozo. Es muy tenue, apenas audible, pero estoy más cerca. Me asomo por el estrecho hueco entre dos coches, y el frío que acabo de sentir se ha convertido en terror, porque el bulto que observo en el suelo es Paula hecha un ovillo.

Hacía mucho tiempo que no sentía tanto miedo.

—¡Paula! —exclamo—. Por el amor de Dios, ¿qué haces ahí tirada?

Me lanzo sobre ella y la levanto del suelo. Está fría y tiembla como una hoja entre suaves sollozos. Sus ojos no miran a ninguna parte y parece estar muy lejos de aquí.

—¡Paula, Paula, por favor, mírame! ¡Soy yo, Darío!

—Eres tú —solloza—, eres tú...

—Sí, soy yo, cariño. —La beso por todas partes—. Soy yo, que no podía dejar que te marcharas así. Pensaba que ya te habías ido cuando he visto tu teléfono en el suelo y casi se me sale el corazón por la boca. Imagina cuando te he visto en el suelo tirada. Pensé que... Dios... —Refuerzo el abrazo. El miedo que he sentido es, en parte, paliado por el simple hecho de tenerla así, tan cerca, como si de esta forma pudiese expresarle lo horriblemente mal que me he comportado—. Cuéntame qué te ha pasado.

—Me han robado el coche —contesta.

Me mira con anhelo, como si yo fuese un superhéroe que acabara de salvarla, y me hace sentir un gigante. Le devuelvo la mirada, intentando que descifre lo que en realidad siento por ella.

—No te preocupes, cariño, lo denunciaremos. —Aparto de su frente uno

de sus rubios mechones—. Pero ¿por qué estabas en el suelo tan asustada?

—Porque mi propio coche ha intentado atropellarme.

—¿Estás segura? —Trato de que la pregunta suene trivial, porque en el fondo he sentido pavor.

—¿De si era mi coche o de si han intentado atropellarme? —replica algo molesta.

—Perdona —me disculpo—. Es que no entiendo que alguien pretenda hacerte daño.

De pronto me asalta el recuerdo de sus cicatrices y de su ultrajante historia personal.

—¿Crees que ha podido ser tu exmarido?

—No sé —suspira—. Pero sí sé seguro que él tiene otra copia de las llaves. Y que no ha dejado de llamarme para luego limitarse a no decir nada, cada día más a menudo.

—Acompáñame —le digo decidido mientras cojo su mano y la dirijo a mi coche—. Vamos a ir ahora mismo a denunciarlo.

Abro la puerta del pasajero para que ella se acomode y yo lo hago frente al volante. Salimos del aparcamiento y me pongo en marcha en busca de la comisaría más cercana.

Durante el trayecto, Paula no dice nada. Está dejada caer sobre el asiento, con la cabeza apoyada en una mano. No mira por la ventanilla ni hacia delante. Sus ojos siguen extraviados en alguna otra parte que sólo conoce ella.

—¿Te has hecho daño? —le pregunto para romper el silencio—. Lo digo por si tenemos que visitar primero algún hospital.

—No —responde—. Me he lastimado un poco al caer desde un coche al suelo, pero seguro que no me he hecho más que un par de rasguños.

—Bien —me limito a contestar.

Llegamos en pocos minutos a la comisaría. Bajamos del coche y accedemos al recinto, donde le explico brevemente a un agente nuestra

intención de poner una denuncia.

—Pasen por aquí y esperen, por favor —nos dice tras tomar alguno de nuestros datos.

Parece una noche bastante tranquila y sólo esperamos unos minutos más. Intento, mientras permanecemos sentados en una de las sillas, cogerle la mano a Paula, pero ella no está muy receptiva. Comprendo que ahora no es momento de caricias.

Nos presentan, después, al agente que nos tomará declaración. Nos sentamos frente a su mesa y él insta a Paula a que dé su explicación.

—Me han robado el coche y creo que ha sido mi exmarido, porque después ha intentado atropellarme. Él... lleva tiempo acosándome por teléfono. Puede comprobar mi última denuncia de hace unos meses.

El agente comprueba los datos y asiente con la cabeza cuando le van surgiendo los archivos con los hechos.

—Su exmarido está todavía en libertad condicional —explica— y en su día se probaron sus delitos, pero no podemos acusarlo todavía. Intentaremos ponernos en contacto con él.

Llama a otro agente y lo informa de todo para que trate de localizar al exmarido de Paula. El compañero se marcha con la petición y sólo un momento después vuelve con algún tipo de información que le comenta sin que podamos oírlo.

—Bien —nos dice el primer agente cuando el otro ha vuelto a marcharse—, parece ser que tenemos localizado a su exmarido, pero tardará al menos una hora o más en llegar. Si desean esperar, pueden ustedes tomar algo en la cafetería del edificio o salir al exterior, pero no se alejen mucho porque los llamaremos cuando sepamos algo.

—Gracias, agente —le digo mientras nos ponemos en pie—. Saldremos un poco afuera para que nos dé el aire.

Cojo la mano de Paula y atravesamos varios pasillos y estancias hasta llegar a la calle. Notamos un poco la humedad y el relente de la noche, pero

decidimos que es mejor que quedarnos toda una hora dentro del edificio.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café? —le pregunto.

—No es necesario que me acompañes, Darío —me dice. Estamos parados en la acera que bordea una plaza y sólo nos ilumina el reflejo anaranjado de una farola. Únicamente hemos visto a una persona paseando a su perro por la plaza, pero ya se está alejando—. Te agradezco tu ayuda y tu compañía, pero puedes marcharte ya a casa. Cuando todo termine tomaré un taxi.

—No voy a dejarte sola, Paula, y mucho menos sabiendo que vas a tener que enfrentarte a tu exmarido.

—Estoy acostumbrada a enfrentarme a Abel. Insisto, márchate.

—¿Cómo tienes esa facilidad para echarme de tu lado? —Me enerva esa frialdad que vuelve a poseerla—. ¿No entiendes que no quiero marcharme, que deseo estar contigo?

—Pues esta tarde no parecías demasiado amigable —me recrimina—. Yo más bien diría que te has comportado como un energúmeno y un capullo y no has demostrado, precisamente, querer estar conmigo.

—Tienes toda la razón. —Dejo escapar un suspiro y me acerco a ella todo lo posible—. Perdóname, Paula. Sé que me he comportado como un cabrón, pero sólo deseaba vengarme de tu indiferencia hacia mí. Pasaban los días desde que nos vimos en tu casa y no aparecías por mi apartamento, ni por mi despacho, ni un mensaje... Me volvía loco tu desprecio.

—Y te encontraste tan abatido que decidiste que la mejor solución sería tirarte a Lara.

Sabía que ese tema acabaría surgiendo, pero tendré que apechugar con mis decisiones y sus consecuencias.

—No es algo de lo que me sienta orgulloso —le digo—, y no voy a tratar de negarlo ni de dulcificarlo, pero estaba borracho, Paula, y hacía mucho tiempo que no bebía hasta ese punto.

—Mira, Darío, no tienes que darme explicaciones. —Hace el amago de alejarse de mí—. Aunque dudo mucho que una borrachera te haga cenar con

una mujer, irte a su casa y quedarte allí hasta el día siguiente.

—¡Sólo pretendía tontear un poco para vengarme de ti! —La cojo de un brazo para evitar que se vaya—. Pero ya te he dicho que bebí tanto que ella tuvo que conducir mi coche hasta su casa y allí..., bueno, la mezcla entre alcohol y sed de venganza puede resultar impredecible y el resultado, algo de lo que te puedas arrepentir.

Me lanza una mirada cargada de dolor que me parte el alma, pero lo hecho hecho está. Sé que me he comportado como un auténtico cabronazo, pero no puedo torturarme más.

—Los tíos lo arregláis todo echándole la culpa a cualquier cosa que no sea vosotros mismos —gruñe mientras se zafa de mi agarre—. ¡Suéltame! Ya te he dicho que me importáis una mierda tú, Lara y tus motivos para tirártela.

—¡No entiendes nada, Paula! —le digo, harto de su constante indiferencia—. Sólo dos veces en mi vida he sentido la necesidad de emborracharme hasta el punto de follarme a cualquiera porque creía que nada tenía sentido. La primera vez fue poco después de morir mi mujer. La segunda, después de visitarte en tu casa y que me despreciases de aquella forma tan cruel.

Parece que la he descolocado un poco, pero sigue con un velo de dolor en la mirada.

—El que no entiende nada eres tú, Darío —me replica furiosa—. No sé cómo tengo que decirte que fui consciente desde el principio de mi situación. Yo sólo buscaba sexo, lo mismo que supongo buscabas tú. No quiero una relación, ni te exijo amor o fidelidad. En realidad, que me digas según qué cosas me perturba. Prefiero que entre nosotros siga habiendo sólo atracción. O eso, o nada.

—¿Que te perturbo? —La atrapo esta vez por los hombros para que nuestros rostros puedan estar lo más cerca posible y no haya duda de lo que le voy a soltar—. Pues nada, cariño, tranquila, a partir de ahora intentaré no perturbarte, no vaya a ser que hiera tu sensibilidad. Así que no pienso decirte que, desde el momento en que te vi, supe que tendría una nueva oportunidad;

que, desde que te conozco, cualquier problema deja de tener importancia porque tú acaparas mi pensamiento. Ni te diré que, tras cuatro años de vida vacía, llegaste tú para llenarla. Tampoco te diré que te deseo tanto que sólo pienso en abrazarte, besarte, tocarte y perderme en ti, porque adoro tu boca, tu pelo, tus ojos y cada centímetro de ti. Mucho menos pienso decirte que hacer el amor contigo me parece tan extraordinario que ni en mis sueños podría ser más perfecto.

—No sigas, por favor, Darío...

—Ni pienso decirte que trastocaste mi mundo desde que entraste en la sala de juntas cargada con botellas de agua y las acabaste tirando después de verme. Que me enamoré de ti en aquel instante. Y jamás, por supuesto, te diré que te quiero. Que te quiero como nunca pensé que volvería a querer a nadie.

—¡Basta! —explota en un sollozo—. Basta...

Tengo que hacer el mayor de los esfuerzos para sostenerme cuando ella se acaba derrumbando sobre mi pecho, sollozando sin parar. La rodeo con los brazos y apoyo mi frente sobre la suya.

—Perdóname, Paula, por favor. Perdóname... Apenas recuerdo qué pasó aquella noche.

Pero mi abrazo, mis disculpas y su llanto se ven interrumpidos cuando un agente de policía sale a la puerta de la comisaría y nos avisa para que entremos.

—Vamos, Paula —le digo al tiempo que ella saca un pañuelo y se limpia los ojos y la nariz—. Vayamos adentro.

Creo que ambos estamos aún temblando cuando accedemos de nuevo al edificio y entramos en la sala que nos señalan. Noto a Paula ponerse tensa cuando nos encontramos con el que supongo es su exmarido sentado en una de las sillas junto al que presenta como su abogado.

—Mi cliente —comienza éste— está aquí porque es un buen ciudadano, ya que no tenía por qué venir sin ningún tipo de acusación o prueba.

—Hola, Paula —la saluda con sus santos huevos.

Ella murmura un imperceptible saludo, y yo... pues tengo que respirar y contar hasta diez si no quiero lanzarme sobre él y propinarle una paliza. Sólo por refrescarle ligeramente la memoria de lo que él le hacía a Paula.

—La señorita Ayala —comienza el policía, en este caso un inspector— ha venido a denunciar el robo de su coche.

—Y ¿qué tengo que ver yo con eso?

—¿Conserva usted aún una copia de las llaves?

—No contestes —le aconseja el abogado—. No tienen derecho.

—No importa —dice Abel—. No, inspector, ya no tengo esas llaves porque, sencillamente, las perdí. Mi mujer, aquí presente —dice con sorna—, tiró la mayoría de mis objetos personales y enseres cuando entré en la cárcel, limitándose a dejar en casa de mis padres unas cuantas cajas con ropa y poco más. Entre ese traslado y el posterior a mi casa, debieron de perderse.

Será cobarde... Quiere dejar a Paula como una mala persona delante de la policía, como si fuese él la parte agraviada. Maldito hijo de puta...

—¿Dónde estaba usted esta noche —le pregunta el policía—, entre las nueve y las diez?

—Estaba cenando con unos clientes.

—Mi cliente —prosigue el abogado— ha estado con diversas personas para tratar algunos asuntos de trabajo. Tiene como testigos a dichos clientes y a docenas de personas, entre empleados del restaurante y comensales.

—Lo comprobaremos —señala el inspector—. Y ¿qué tiene que decirme sobre ciertas llamadas telefónicas realizadas a su exmujer?

—No sé nada de eso —contesta.

—¿Cómo que no? —exclama Paula—. Tú mismo admitiste ser el responsable de las llamadas cuando nos encontramos para hablar.

—No lo recuerdo —contesta, con dos cojones—. Pero, en todo caso, si te hice alguna llamada, fue antes de ese encuentro. Después decidí que no valía

la pena mover un dedo por ti. Dejaste bien claro que ya no estabas sola. —Y tiene la osadía de mirarme a mí. ¡A mí, joder!

—Cabrón —murmuro, incapaz de callar.

—Cállese o se larga de aquí —me suelta el inspector—. No necesitamos su ayuda.

—Yo mismo he sido testigo de algunas de esas llamadas —confieso—. Y esta noche he encontrado a Paula tirada en el suelo del parking, muerta de miedo, mientras se oía el motor de su coche alejarse. Además, ¡qué coño! ¡Este tipo la maltrató durante años! ¡He visto las cicatrices! ¿Por qué parece que la estemos juzgando a ella?

—Mi cliente ya fue juzgado y condenado por sus delitos —me increpa el abogado—. Ahora es un ciudadano que ha saldado sus deudas con la justicia. Así que, si nadie de los presentes tiene algún tipo de prueba que pueda acusarlo de nada, me temo que nos iremos ahora mismo.

—De acuerdo —bufa el inspector—, pueden marcharse. Pero procure estar localizable.

Los dos se levantan y se dirigen a la puerta, aunque el cabrón del ex se acerca un instante a Paula, le sonrío y le susurra algo al oído.

—Fuera de mi vista —le dice ella—. Y quédate el coche si te da la gana, pero déjame en paz de una puta vez.

—¿Cómo tengo que decirte —le responde él con desdén— que ya no me interesas, Paula? ¿Que por mí puedes tener a los hombres que quieras? —Vuelve a mirarme—. Era esto lo que siempre quisiste, ¿no es cierto? Follarte a cualquiera. —El muy listo susurra las últimas frases cuando el policía no puede oírlo—. Porque siempre fuiste una zorra caliente, como cuando despachabas el pan en aquella puta panadería y te abrías la bata para enseñar las tetas.

De repente lo veo todo rojo con puntos negros. Me abalanzo sobre él y sólo soy capaz de parar cuando Paula me detiene.

—¡No, Darío! ¿No ves qué es lo que busca? Sólo intenta provocarnos.

—Te mataré —le digo.

—Si vuelve a amenazar a mi cliente —me suelta el puto letrado—, lo denunciaré.

—¡Manda huevos! —exclamo cuando desaparecen de la sala—. ¡Que tenga que denunciarme él a mí!

—Déjelo, señor San Martín —me calma el policía—. No sé qué se han dicho exactamente, pero conozco bien a esos tipos: cobardes, maltratadores, ratas de cloaca. Yo mismo le habría dado un puñetazo, pero no podemos hacer nada. Queda abierta la denuncia del robo y la persistencia de las llamadas. Le aconsejaría que las grabara y anotara las fechas y las horas.

—Ya lo hago —contesta Paula, lo que me lleva a creer que si ha decidido dar ese paso es porque la cosa es más grave de lo que ella quiere dar a entender—. No desde el principio, pero sí desde que se hicieron más frecuentes.

—Bien. —El hombre se levanta y nos estrecha la mano—. La llamaremos ante cualquier novedad de su coche. En cuanto a lo otro..., lamento decirle que sólo le serviría si él volviera a...

—A pegarle —termino yo—. Qué esperanzador.

—La policía no puede hacer nada más si las leyes no cambian —me contesta. Y tiene razón.

Volvemos a subir a mi coche con la intención de dejarla en su casa, pero me asalta una especie de premonición. Me desvío hacia mi apartamento y, al llegar al parking, conduzco hasta mi plaza y *voilà!* El coche de Paula está aparcado en su lugar habitual.

—Pero ¿qué coño...? —rezonga ella mientras se apea.

Yo también salgo y me adelanto para hacerla detenerse.

—Un momento, Paula, no te fíes.

Me acerco con cuidado, abro la puerta y compruebo que no hay nadie en su interior. Ni siquiera nada estropeado o diferente. Y, para más inri, las llaves cuelgan del contacto, como si nunca se lo hubiese llevado nadie.

Aunque hay algo que me hace recordar algo o a alguien. Es un olor familiar...

—Joder, Darío, lo han devuelto. ¿Qué broma macabra es ésta?

—No me parece ninguna broma —le digo, serio.

—Ya has visto a Abel. Tiene coartada. Y un maldito abogado que se encarga de que no le sean usurpados sus derechos. Hay que joderse.

—Creo que será mejor que te vayas a casa y descanses —le propongo—. Está siendo una noche muy larga.

—Tienes razón.

Se sube al coche sin más comentarios, miradas o gestos que nos expongan. Al menos, yo ya me he expuesto y me he sincerado. Ella, aún está por ver.

—Te seguiré hasta tu casa.

—No hace falta, Darío...

—Ya lo sé —le digo mientras subo a mi coche—. Pero lo haré de todas formas.

La sigo durante todo el camino hasta que llegamos a su domicilio. Estaciona su coche junto al bordillo, sale y se acerca a mi ventanilla.

—Gracias por todo.

—No tienes que dármelas.

—Aun así, gracias. Y..., bueno, ya nos veremos.

Sí, ya nos veremos, supongo. O no. Espero a ver cómo entra en el portal y vuelvo a incorporarme a la carretera. He puesto mis cartas sobre la mesa. A partir de ahora, sólo el tiempo dirá. Le toca jugar a Paula.

Capítulo 23

Paula

De nuevo, el trabajo, Dánae y su familia y las interminables llamadas que mantengo con mis amigos han conseguido que mi cabeza se despeje de los problemas. A pesar de la ayuda de todos, conservo un tremendo lío mental que apenas me deja dormir, pero decidí no volver a las pastillas que me vi obligada a tomar hace años. En su lugar, prefiero aprovechar mis horas de insomnio para seguir estudiando, algo que me ha servido para poder progresar en mi trabajo y a que esté cada día más reconocida mi valía en él.

Las dudas, sin embargo, siguen asolando mis pensamientos. Como siempre, como desde que dudaba cada vez que Abel me pedía perdón, o cuando me hacía creer que la culpable de la última discusión había sido yo. Dudas, siempre dudas. Parece que ésa sea la palabra que ha regido la mayor parte de mi vida.

Y ahora, cuando creía que había tomado las riendas, vuelvo a tenerlas. Dudo de si estoy realmente enamorada de Darío. Dudo de si él me quiere a mí, a pesar de tener grabadas a fuego sus palabras: «Te quiero». Pero esas mismas palabras se las oí decir por teléfono dirigidas a otra persona y tampoco puedo olvidarlo. Como tampoco puedo olvidar que pasó toda una noche con Lara.

¿Lo quiero? ¿Me quiere? ¿Podemos tener una oportunidad? ¿Debería dejar el trabajo, regresar y olvidarme de todo?

Vuelvo a dudar. Quizá tuviera razón cuando me dijo que el amor sólo es

para los valientes. He demostrado serlo en muchos momentos, pero no contaba con enamorarme. Porque pensé que había quedado incapacitada para amar.

—Tierra llamando a Paula. —De repente, el rostro de Dánae y el chasquido de sus dedos han aparecido frente a mí. Se ha sentado en la silla que suele ocupar César en mi puesto de trabajo y me ha pillado con una mano en el ratón del ordenador y la vista en ninguna parte—. ¿Otra vez dándole vueltas?

—No puedo remediarlo —suspiro.

—¿Todavía piensas en marcharte?

—Es una de las opciones —respondo.

—En mi opinión —me dice con expresión afligida—, no deberías cambiar tu vida por un tío. Ahora eres alguien aquí, Paula, y en esta empresa eso no suele pasar tan deprisa. Todavía recuerdo —sonríe— el momento en que te encontré en el baño y pensé que eras una pija remilgada, enchufada por cualquier jefazo. Pero, en cuanto hablaste, supe que no, que una pija esnob no estaría tan nerviosa como lo estabas tú.

—Hace tan sólo unos meses de eso, y parecen siglos...

—Exacto, Paula, únicamente hace unos meses, y sólo tienes que ver cómo te respeta la gente. Tu opinión es valorada por todos, y se habla de que un día cercano puedas ser la responsable de toda la sección. Has luchado contra el hecho de ser mujer, ser rubia, estar buena, y contra los rumores que alguien propagó acerca de que eras la amante de algún jefe para que pudieras ascender tan deprisa. Panda de machistas de mierda... Al final no les ha quedado otra que reconocer tu valía.

—De algo tenía que servirme mi insomnio —digo con una mueca—. No paraba de estudiar por las noches y, por las mañanas, nos tocaba correr a las dos porque hacía media hora que me había dormido.

—Pero —suspira—, para que no creas que soy una amiga egoísta que no quiere que te vayas porque nunca ha tenido una verdadera amiga, que se

siente como una mierda cada vez que piensa en que puedas marcharte, o en lo tristes que se pondrían una actriz olvidada y una adolescente demasiado sensata...

—Dánae...

—... te diré —continúa— que puedes irte si es eso lo que deseas, si es así como vas a sentirte más feliz. Aunque, insisto: se puede vivir teniendo cerca al hombre que quieres pero con el que sabes que nunca habrá nada. Te lo digo por experiencia. Llevo años así y aquí me tienes, viva todavía.

Las palabras de mi amiga consiguen emocionarme hasta el punto de tener que aguantar las lágrimas. Algo que ambas nos vemos obligadas a hacer porque vemos aparecer a Aarón al fondo de la estancia.

—Mira —me susurra—, ahí viene la prueba, derrochando gomina.

—Hola, Paula —me saluda él al llegar a mi puesto—. Querría hacerte algunos comentarios sobre tus últimos cálculos. A solas, si puede ser.

Dánae suelta un bufido. Ella y Aarón llevan semanas sin dirigirse la palabra, y nunca creí que cuando volvieran a hacerlo sería para seguir con sus pullas.

—Vaya —dice mi amiga con ironía—, creía que no me habías visto. Ya pensaba que tendría que cambiar el tinte azul de mi pelo por el naranja butano para no parecer invisible.

—Necesito hablar con Paula —se limita él a decirle secamente.

—Por supuesto, jefe. No vaya a ser que oiga algún tipo de información reservada y pueda chivarme a la competencia. Aunque no deberías preocuparte —añade antes de marcharse—. Seguro que soy tan obtusa que no entiendo nada de lo que decís.

Me muerdo el labio inferior para obligarme a no hacer ningún comentario, aun viendo la mueca exasperada de Aarón.

—¿Crees que podrás tener un primer borrador para mañana? —me pregunta una vez solos.

—Claro, no hay problema.

No debo de haber contestado de forma muy entusiasta, porque Aarón suspira y se deja caer en mi mesa.

—¿Ocurre algo o tu problema es meramente personal? —inquire.

Por supuesto, debe de estar al día de mis problemas con Darío.

—Es personal —contesto—, aunque incidiría directamente en el laboral. Dudo si seguir aquí o volver a mi pueblo, a mi entorno conocido, a la seguridad.

Me mira, y lo hace de una forma a la que no estoy acostumbrada, pues su sonrisa afable y sus pícaros ojos se han transformado en algo muy intenso, como si quisiera indagar dentro de mi pensamiento.

—Pues sería una pena que te marcharas —parece resolver.

—Lo sé. He trabajado mucho y hay rumores de un posible ascenso...

—No sólo por eso —me interrumpe.

Imagino por dónde va. Me pone algo nerviosa saber que él está al tanto de mi historia con su jefe y amigo, aunque ahora ése sea el menor de los males.

De pronto parece haber decidido algo en este momento. Se levanta de mi mesa y compone una de sus sonrisas más tranquilizadoras.

—Ven, acompáñame.

Me coge de la mano y hace que lo siga a través de los corredores.

—No me llevarás al despacho de Darío....

—No —contesta—. Tengo una reunión en la ciudad y quiero que me acompañes.

—¿En la ciudad? —repito mientras acelero mis pasos—. Y ¿qué pasa con mi trabajo? ¿No me van a decir nada por salir?

—Perdona, Paula —dice justo antes de atravesar la puerta principal—, pero creo que todavía tengo algún peso aquí. Si yo te digo que te vengas conmigo, ni Darío puede cuestionarme.

Vale. Había olvidado que, pese a ser un amigo, es también alguien importante en la empresa.

Lo sigo hasta el parking, donde tiene estacionado su coche, al lado del

tototerreno oscuro de Darío. Su ayudante posee igualmente un modelo de la marca, pero con una línea más deportiva. Nos subimos en él y emprende la marcha hasta la ciudad.

—¿Adónde vamos? —le pregunto mientras se incorpora a una vía rápida. Continúan sin gustarme nada las sorpresas.

—Tengo una reunión a las once con el presidente de una entidad bancaria —me explica mientras sorteamos el tráfico de la mañana—. Seguro que sabes que siempre tenemos que llevarnos bien con los bancos.

—Lo supongo. Pero ¿por qué llevarme contigo?

—Porque necesitamos financiación y, a pesar de que casi tenemos el acuerdo concretado, un empujoncito no nos iría nada mal. Si te presento como la responsable de los cálculos financieros, podrían sentirse algo más seguros.

—Yo no soy la única responsable...

—Prácticamente, sí, y lo sabes, Paula. Has crecido enormemente dentro de la empresa, algo que nunca habría creído el día que te hice la entrevista.

—Entonces —frunzo el ceño— ¿por qué me contrataste?

—Todo a su tiempo —me dice cortando el tema—. Ya hemos llegado.

Estaciona el coche en el aparcamiento reservado a las visitas y accedemos al enorme edificio que acoge las oficinas centrales del banco. Subimos en el ascensor hasta la recepción de la planta veinte y Aarón anuncia nuestra visita a la chica que la custodia.

—El señor Ramírez lo espera en su despacho.

Una vez entramos en el enorme y recargado despacho, Aarón y el presidente de la entidad se saludan con un efusivo apretón de manos, aunque parece existir cierta distancia entre ellos.

—Buenos días, Alfredo. Quiero presentarte a la señorita Paula Ayala, la responsable del proyecto y su viabilidad.

—Encantada —lo saludo.

—Un placer —reitera él—. Siento decirle, señorita Ayala, que cuando

Aarón hacía referencia al responsable del proyecto, siempre pensé en una figura masculina de mayor edad y menos pelo —ríe—. Me siento muy complacido de que recaiga esta responsabilidad en una persona tan joven.

—Gracias, señor Ramírez.

Pasamos aproximadamente un par de horas en el despacho del presidente. Comentamos detalles, me hace preguntas, le despejo algunas dudas... Hacía tiempo que no me sentía tan cómoda y tan satisfecha en una reunión laboral con alguien desconocido y fuera de mi ambiente. Aarón asiente a cada una de mis intervenciones o aporta algunas ideas, al tiempo que presiento su mirada y su sonrisa aunque no las vea.

Y comienzo a comprender lo que ha pretendido con esta jugada. Parece mentira que aún no sepa lo bueno que es en su trabajo, lo maquiavélico que debe llegar a ser alguien en su posición. Sé que ha querido hacerme sentir valiosa, que recuerde que he sido yo misma la que lo ha conseguido a pesar de la ayuda que recibí para entrar. Que ya soy capaz de enfrentarme a cualquier eventualidad y que he sido capaz de superar obstáculos que nunca creí estar preparada para salvar.

Y se ha salido con la suya. Porque me lo estoy creyendo.

Una vez nos despedimos del presidente del banco, dejamos el edificio y, antes de llegar hasta el coche, Aarón mira su costoso reloj de pulsera.

—Ya se ha hecho la hora de comer —comenta—. Así que vayamos a un restaurante que conozco aquí mismo.

—¿Estás seguro...?

—No empecemos, Paula.

Llegamos al restaurante y el *maître* lo saluda nada más vernos.

—Encantado de tenerlo de nuevo por aquí, señor. Si me acompaña...

Nos acomodan en una mesa y dejan la carta sobre el mantel.

—Me parece que ya tenías pensado traerme a comer —le digo divertida.

—Por supuesto —contesta—. Hay que aprovechar que paga la empresa.

Saca una tarjeta de crédito y me la muestra satisfecho. Una vez hemos

hecho nuestra elección de la carta, nos sirven el vino y mi acompañante planta los dos codos sobre la mesa, mirándome. Y vuelvo a adivinar su intención.

—Nada de esto ha sido casual, ¿verdad? —le digo—. Ni la reunión, ni la comida.

—No —contesta—, claro que no. Chica lista. Pero debes reconocer que he sido rápido en pensarlo.

—¿Desde que te he comentado la posibilidad de irme?

—Exacto. Soy de ideas rápidas y eficientes. No soy ayudante de San Martín por casualidad.

—Lo imagino.

—¿Por qué has pensado en marcharte?

—Lo sabes perfectamente, Aarón. Entre Darío y yo se han complicado mucho las cosas.

—Estáis enamorados, ¿qué problema hay?

—Ése es exactamente el problema. Creo que ninguno de los dos está capacitado para mantener una relación.

—Ilumíname.

—Como supongo que sabrás, tengo un pasado de malos tratos. Todavía tengo pesadillas y no soporto la idea de volver a depender de un hombre.

—No tendrías que depender de Darío.

—Me refiero emocionalmente.

—Yo me refería a lo mismo.

Continúo con mi exposición, aunque me descoloque de vez en cuando.

—Y luego está él, acostumbrado a llevar una vida «relajada», por decirlo de alguna forma. No lo veo sacando al perro a pasear los domingos por la mañana.

—Te sorprenderías —responde.

Me da la sensación de que me esconde algo, y tengo una ligera idea de lo que puede ser. Sabemos que Darío mantiene algún tipo de relación seria en

alguna parte, pero comprendo que Aarón no se considera el apropiado para contármelo.

Entonces ¿por qué me alienta a seguir en mi trabajo y a intentarlo con Darío?

—No insistas, Aarón. Además, todavía no tengo claro si me quedaré o me iré.

Recuerdo en este momento que todavía me queda un solo paso para decidirme del todo.

—Insisto, Paula —me dice—. Si te fueras, sería una pena.

—Ya, con lo que me ha costado superar mis miedos e inseguridades...

—Sí, claro, pero lo digo también por las molestias que se tomó Darío para que pudieses formar parte de la compañía. —Da un trago a su copa de vino con toda tranquilidad.

—¿Molestias? —digo sorprendida—. No sé a qué molestias te refieres. Un amigo mío con influencias se encargó de ayudarme para que pudiese entrar. Sé que con mi currículum no lo habría conseguido. Soy una enchufada.

—Ningún amigo te ayudó a entrar, Paula. Fue Darío.

—No entiendo...

—Después de vuestro «fugaz» encuentro en la discoteca, no había quien aguantara a Darío. Le habías dejado un recuerdo imborrable y estaba de mal humor, todo el día de lo más borde, sólo hablando de la chica rubia que lo había trastornado. Me obligó a remover cielo y tierra para poder encontrarte.

La sorpresa acaba de mezclarse con algo mucho más caliente y suave dentro de mi corazón.

—¿Para... encontrarme?

—Y ahí estaba yo, su genial ayudante, dispuesto a deshacer cualquier entuerto, como un Sancho Panza cualquiera. Te encontré entre las solicitudes de empleo de la empresa. Fue una idea brillante, y mía, por supuesto. De inmediato, Darío ordenó que te contratara para el puesto que ocupas

actualmente. Perdona que te diga que nunca pensé que estuvieses a la altura. Y permite que me arrepienta, claro.

Debo de haber quedado para retratarme, con la boca abierta.

—¿De verdad me estás diciendo que Darío se preocupó tanto por buscarme?

—Para tenerte cerca, Paula.

—Yo... no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Menos tendrás que decir cuando te cuente lo que ideó para que te toparas con él y no supieras que ya te había encontrado. Para que creyeras que todo había sido casual.

—Continúa —murmuro, sabiendo que, me cuente lo que me cuente, va a ser difícil que la sensación tan tibia y reconfortante desaparezca de mi pecho.

—¿Recuerdas el numerito de la sala de juntas, cuando tiraste todas aquellas botellas de agua?

—Sí...

—¿Y cuando tuviste que entregarme una documentación y no me encontraste en mi despacho? Darío era el único que se hallaba a aquellas horas en la zona de presidencia.

—No puede ser...

—Sí, Paula, todo concertado y orquestado por él. Pensé que, si un día te enterabas, te enfadarías y lo creerías un manipulador, pero, visto ahora en retrospectiva, me parece que no eran más que las artimañas de un hombre que estaba loco por ti.

La comida ha quedado olvidada en el plato y el vino en su copa. Ahora mismo, soy incapaz de moverme o de emitir sonido alguno, tan estupefacta me he quedado.

Tal vez en otro momento me habría parecido un manipulador, pero ahora, después de oírlo de boca de Aarón, no puedo estar más de acuerdo con él. Darío se tomó todas aquellas molestias para tenerme cerca. No sé si echarme a llorar por la emoción o a reír de la alegría.

Aun así, la realidad impera, y no es otra que la misma de antes de saberlo.

—Me conmueve que Darío hiciera todo eso por mí —le digo—, pero nada cambia, Aarón.

—¿Te parece poco certificar que te quiere?

—Se acostó con Lara —le suelto, esperando su capacidad de respuesta.

—Porque volvió a sentirse abandonado —replica—, como hace cuatro años.

Qué bueno es, el cabrón.

—Supongo que conociste a...

—Ana —responde—. Su mujer se llamaba Ana.

Cierro los ojos y me froto el rostro. Demasiada información, demasiadas decisiones que tomar.

—Creo que debería volver al trabajo —le digo mientras retiro la silla y me pongo en pie.

—Sí —responde—, será mejor que volvamos.

¿Es una sonrisilla de suficiencia lo que adorna su bonita boca?

Como yo ya sabía, iba a resultar bastante ventajoso que una amiga mía se casara con un marqués. O, lo que es lo mismo, con un tipo con influencia capaz de enchufarme en una gran empresa —o eso creía yo—, o de indagar hasta dar con la dirección exacta del presidente de esa misma empresa.

El propio Roderic me ha corroborado por teléfono que nunca me ayudó a conseguir mi trabajo, lo que ratifica las palabras de Aarón. En aquella sala de fiestas únicamente cruzamos un par de miradas, bailamos mientras yo no sabía qué estaba haciendo, y acabamos echando un polvo en un almacén, algo que suena bastante vulgar pero que a Darío le bastó para seguir recordándome, para intentar buscarme, para tenerme cerca...

Al menos, él se sinceró con su amigo, exponiendo lo que sentía. Yo ni

siquiera me atreví a contarle a nadie que soñaba cada noche con aquellos ojos claros, con aquel rostro tan atractivo, con el placer que, aquella noche, me hizo conocer por primera vez en mi vida. Me daba vergüenza. Lo sé, tengo treinta y tres años, pero no lo puedo remediar. Si todavía me ruborizo, ¿cómo no voy a avergonzarme por hablar de sexo?

Pero él sí lo admitió, me buscó y me encontró.

Todavía no quiero hacerme ese tipo de ilusiones, por lo que me pueda encontrar dentro de una hora, más o menos.

Hace rato que dejé atrás la ciudad y conduzco por la carretera que bordea la costa. Es un itinerario algo quebrado, plagado de curvas, pero de una belleza extraordinaria. Pequeños pueblos que salpican los acantilados, zonas de veraneo, residencias en lugares privilegiados... Desde aquí arriba puedo admirar la inmensidad azul del mar, las olas chocando contra las rocas y la paz que se respira. Una paz que me hace mucha falta.

Todavía siento la congoja que dejaron en mí los últimos encuentros con Darío. Me impactó tanto todo lo que me dijo, que apenas si pude aguantar el esfuerzo de decirle que se dejara de bonitas palabras cargadas de buenas intenciones. Unas intenciones que le son imposibles de cumplir porque no soy la única mujer en su vida.

Antes no me habría importado, cuando, muy dispuesta a cambiar radicalmente de vida, me busqué un amante del que me importara un pimiento su pasado y su presente, y lo encontré. Pero, como la vida hace tiempo que decidió ponérmelo difícil, resulta que no he podido supeditar el sexo a las emociones. Me enamoro de mi amante, siento celos del resto de las mujeres que se acuestan con él, y me duelen las entrañas cada vez que lo imagino con otra.

Como con Lara. Todavía me cuesta trabajo no llorar cuando recuerdo sus palabras delatorias. Aun viéndolos a ambos en la revista, pensé que sería algún tipo de malentendido, que él me confesaría formar parte de un montaje,

que no habría pasado nada... Cualquier cosa con tal de no imaginarlo follando con Lara.

Esfuerzo inútil, porque, sí, pasaron la noche juntos. Y, sí, follaron.

Por si fuera poco, tiene algún tipo de relación seria que mantiene apartada del trabajo y del resto de su vida disipada. A veces, por las noches, sueño con aquellas palabras que lo oí decir por teléfono: «Te quiero».

¿Por qué tuvo que decirme que me quería si ya quiere a otra?

Y lo odio por todo ello. Lo odio por no quererme sólo a mí, por querer también a otra, por haber conseguido que lo quiera... ¡Joder! ¿No podría haberse dedicado únicamente a follarme, a darme placer y a pasar de mí? Pues no, tenía que preocuparse por mí, tenía que mirarme de esa forma que me hace creer que soy la única mujer sobre la Tierra, tenía que ser tan maravilloso y perfecto. ¡Mierda!

Respiro más tranquila cuando me voy acercando a mi destino. Mi objetivo no es otro más que toparme con la realidad, con lo que consiga que me aleje de él para siempre.

Por fin, paro ante el domicilio. Es una bonita casa separada de la arena de la playa únicamente por un camino. No impone ni está rodeada por altos muros, sino que ofrece un aspecto familiar y acogedor.

No estoy segura del tiempo que llevo dentro del coche, parada ante la casa, dudando. He colocado la mano sobre las llaves del contacto para tratar de volver a arrancarlo y marcharme de aquí, pero no lo he hecho. Tengo que salir y enfrentarme a ello si quiero volver a tomar las riendas de mi vida. Ya me las han quitado demasiadas veces.

Tratando de normalizar los latidos de mi corazón y el temblor de mis piernas, salgo del coche. Está nublado y el viento hace que mi pelo golpee contra mi cara. Me acerco a la verja de madera blanca y compruebo que está abierta. Guiada por una fuerza que no sé de dónde obtengo, la atravieso y camino por un estrecho sendero de piedra que me lleva hasta la puerta de

entrada. Con esa misma fuerza invisible de origen desconocido, levanto la mano y llamo al timbre.

Mierda, ya no hay vuelta atrás. Deseo que no haya nadie o pienso en salir corriendo, pero esos pensamientos se atascan todos juntos en mi mente cuando observo que la puerta se abre. Creo que me estoy mareando un poco. ¿Qué voy a decirle a esta mujer? Ya está, le diré que me he equivocado. Preguntaré por Manolo y, cuando me informe de mi equivocación, ya me habrá dado tiempo a quedarme con su rostro, lo único que necesito para tomar mi decisión.

No obstante, lo primero que veo salir de la casa no es una mujer, sino un perro, que se me acerca, me olisquea, me ladra y se dispone a corretear por el jardín.

—Hola —me saluda a continuación una voz infantil—. ¿Quién eres?

Miro hacia abajo. No sé si en mi vida me he quedado más sorprendida. Está claro que me he equivocado de verdad, porque quien me ha recibido es una niña de unos cinco años.

—Hola, preciosa, me llamo Paula. ¿Están tus padres? Creo que me he equivocado y éste no es el número 1 del paseo de Miramar.

—Sí, ésa es mi dirección, no se ha equivocado. Yo me llamo Isabella.

Sin analizar sus palabras, caigo rendida ante la niña y no puedo evitar apoyar las rodillas en el suelo para poder hablarle de cerca. Es una preciosidad, con el cabello largo y rubio y unos enormes ojos azules, de piel tan blanca e inmaculada que creo que es realmente un hada etérea que se me ha aparecido para fantasear con el sueño de tener una hija como ella. Va vestida con un primoroso vestido blanco, pero lleva colocados varios pañuelos de colores alrededor de la cintura y las muñecas, collares y pulseras. También lleva puesta una corona de plástico dorado en la cabeza y una varita del mismo material en una mano. Me emociono al recordar lo que a mí me encantaba disfrazarme cuando era niña.

El perro, un mestizo de color canela, se nos vuelve a acercar y se sienta

junto a la niña. Creo que ha querido decirme que es su protector.

—Y éste es *Zack* —me informa señalando a su perro.

—Es muy guapo —le digo—. ¿De qué vas vestida, Isabella? ¿Eres un hada o una princesa?

—Soy una princesa —me explica—, y en este momento iba a terminar de recoger mi palacio para ir a buscar conchas y caracolas a la playa con mi papá.

—Qué divertido —le digo. Estoy tan embelesada con su preciosa imagen y su voz cantarina que apenas sé lo que digo—. A mí me gustaba mucho ir a buscar conchas a la playa cuando era pequeña. Todavía me sigue gustando, en realidad. Soy capaz de detectar las más bonitas a muchos metros de distancia.

—¡Podrías venir! —contesta entusiasmada—. Siempre voy sola con papá, y sería más divertido si nos acompañaras tú.

—¡Isabella! —oímos gritar a una voz masculina—. ¿Cuántas veces te he dicho que no abras la puerta a desconoci...?

Rectifico. Cuando me ha abierto la niña, no ha sido la mayor sorpresa de mi vida. Ésa la he tenido ahora mismo, cuando he visto a Darío plantarse ante mí en el vano de la puerta.

—¿Paula? —exclama tan sorprendido como yo—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—La has llamado por su nombre —interviene la niña ante mi silencio—. ¿La conoces, papá? ¿Conoces a Paula?

—Trabajamos juntos. —Más que decirlo, expulso las palabras por la boca antes de decir algo que no deba oír una niña.

—Sí, cariño —corrobora Darío—. Paula es una compañera de trabajo.

Poco a poco, me he ido poniendo en pie. Durante todo el tiempo, Darío no ha dejado de clavar en mí sus ojos claros, inyectándome una mezcla de sorpresa, perplejidad y una pizca de algo que no soy capaz de definir. Creo que es alegría o felicidad, pero no estoy segura. Ni quiero estarlo.

—Ha dicho que le gustaría venir con nosotros a buscar conchas —dice la niña—. ¿Puedes darle una de las bolsas?

—No sé si Paula querrá venir a la playa con nosotros, cariño. Seguro que tiene otras cosas que hacer.

—*Porfa*, Paula —me implora—, ven con nosotros. Mira, papá lleva bolsas para todos. —Señala las manos de su padre, que sostienen varias bolsas de plástico.

Darío, inconscientemente, me da una de ellas.

—¿Nos acompañas? —me pregunta.

—Pues... —Lo fácil es decirles que no, que tengo que irme, que estoy tan alucinada todavía que estoy en *shock* y no creo que pueda distinguir una concha de una chapa de cerveza. Pero cometo el error de mirar a los ojos de Isabella, que me suplican con tanta inocencia que no soy capaz de decir que no—. Está bien, pero sólo un rato.

Darío tira de la puerta y nos encaminamos los tres a la playa junto a *Zack*, que corretea y ladra a nuestro alrededor. Isabella va detrás de él, dejando tras de sí el eco de sus risas y su largo cabello ondeante por el viento. Nosotros los seguimos, cada uno con una bolsa en la mano, con cientos de preguntas en nuestra garganta, con miles de dudas en nuestra mente. Es como si fuera la primera vez en mi vida que me encuentro con Darío San Martín, como si su hija acabara de presentarme a un hombre que nada tiene que ver con el severo presidente, el apasionado amante o el seductor de mujeres.

No obstante, algo tengo que decir. Aunque sea una tontería.

—Así que tienes una hija. —A mis pies, contemplo una concha rayada de color blanco, grande y luminosa, y me agacho a recogerla para introducirla en la bolsa.

—Sí —responde mirando al horizonte. El viento remueve su cabello y tapa su frente y parte de sus ojos—. Isabella es el motivo de tener dos domicilios, dos vidas. Durante la semana, debo entregarme a mi trabajo, tener la certeza de que voy a rendir al cien por cien, mientras que los fines de

semana o en vacaciones me desprendo del traje, de las obligaciones y de las preocupaciones para pasar a colocarme unos vaqueros y una camiseta y pasar las horas con ella, con lo más importante de mi vida.

—Supongo que tener diversas amantes forma parte de tu otra vida y es otro motivo para no mezclarla con ésta.

Darío sonrío de una forma traviesa pero tierna para aceptar la verdad que le he dicho.

—Mi hija está por encima de mis necesidades sexuales. Ella es lo más importante, pero creo que tenía derecho a seguir viviendo.

—Te refieres después de... tu mujer.

Me ha costado decirlo, pero, tras los acontecimientos, creo que es imposible evitarlo.

—Exacto.

Yo no he dejado de agacharme para coger toda clase de conchas, caracolas y diversos moluscos, incluso piedras que me parecen bonitas, como hacía cuando era niña. Sin embargo, Darío no ha hecho otro movimiento más que mirarme, sonreírme y seguirme durante nuestro paseo. Por eso, precisamente, lo riñe su hija, porque comprueba que su bolsa está vacía.

—¡Papá! —exclama después de volver corriendo hacia nosotros—. ¡No has cogido ninguna! ¡Oh, y mira Paula! —grita cuando contempla mi bolsa casi llena—. ¡Lleva un montón! Jo, papi, ¿qué te pasa? ¿No ves bien o ya estás pensando en tus cosas?

Isabella compone una infantil expresión de enfado y coloca las manos en la cintura, ofreciendo una divertida imagen de no estar muy contenta con su padre.

—Perdona, cariño —se disculpa su padre—. Tienes razón, estoy un poco despistado, pero no contabas con todas las que ha cogido Paula, ¿no es cierto?

—Es verdad —sonríe—. Bueno, hoy te perdono.

No puedo evitar reír ante semejante muestra de «bondad». Isabella está

para comérsela, y se me hincha el corazón cada vez que nos obsequia con una de sus sonrisas o expresiones casi adultas. Es tan bonita...

—Cariño —le dice su padre—, *Zack* necesita correr un poco más. ¿Podrías acompañarlo por la orilla de la playa mientras comento unos temas muy aburridos de trabajo con Paula?

—Bueeeeno —accede ella—. ¡Pero que siga cogiendo más caracolas, por favor! —grita mientras obedece a su padre. El sonido del viento y del romper de las olas se acaba tragando las risas de la niña y los ladridos del perro.

—Muy sutil —le digo. Nos hemos quedado solos, pero no tengo muy claro qué decir.

—Supongo que tendrás alguna pregunta que hacerme y yo alguna explicación que darte.

—Vale, tienes razón. —Inspiro con fuerza; es ahora o nunca—. Ya veo que tienes una hija, pero ¿hay una mujer que vive con vosotros?

—Sí —contesta.

—Lo imaginaba —le digo. Intento que no se me note demasiado el dolor que acabo de recibir, la decepción, el pesar, la rabia...

—Los días que no trabajo —me explica— soy yo el que está con Isabella, pero el resto de la semana necesita a alguien que la cuide, por eso todos esos días está con María, su nana, que ya fue la mía hace un montón de años.

—Tu nana —repito alucinada.

—Eso he dicho —sonríe—. ¿Quién creías que vivía aquí?

—Pensé que tenías una mujer —le confieso.

—Mi mujer murió, ya te lo dije.

—Me refería a otra.

—Ninguna otra mujer ha vivido aquí.

No sé si él debe de haber notado mi perplejidad y mi desconcierto. Llevo tanto tiempo pensando en esa certeza que descubrir que estaba equivocada ha acabado por descolocarme.

Supongo que aquellas palabras que lo oí mencionar en su despacho iban

dirigidas a su hija. Pero ¿cómo iba yo a pensar que Darío era padre? Y un buen padre, debo subrayar. Desde el momento en que su hija se ha ido corriendo hacia la orilla de la playa, aunque siga hablando conmigo, no ha dejado de mirar hacia ella para cerciorarse de que está bien.

—¡Papi, papi, mira! —le grita la niña—. ¡Me he quitado las sandalias y me estoy mojando los pies!

—¡Cuidado no te mojes toda la ropa, que hace fresco! —responde él.

Hemos dado unos pasos más y hemos acabado sentados en un par de rocas que sobresalen entre la arena. Están húmedas y cubiertas por algunas algas, pero no nos importa porque ambos llevamos pantalones vaqueros que no parecen muy nuevos.

Todavía recojo algunas conchas más antes de que él vuelva a hablar.

—Hace cuatro años me quedé solo con una niña que todavía era un bebé. Me costó mucho adaptarme a mi nueva vida, aunque tengo que agradecerle a mi trabajo en la presidencia que me fuera un poquito más fácil. Al principio pensé que no podría soportar tanta tristeza, pero las personas sacamos fuerzas de flaqueza. Seguí adelante por mi hija, volcándome en mi trabajo y en tener únicamente relaciones efímeras con mujeres que no me importaran nada.

Mira unos instantes hacia el horizonte. El viento sigue azotando su cabello y ondulando la tela de su camisa.

—Pero —continúa— lo que me estaba pasando últimamente es que el trabajo cada vez me acaparaba más y más tiempo, porque mi vida personal, aparte de los días que compartía con mi hija, cada vez me parecía más insustancial y vacía. Pensaba que el día que menos lo esperara aparecería ante mí algo, cualquier señal que me dijese que había llegado ese momento de cambiarla. Y llegó. Aunque esa señal no parecía querer lo mismo que yo.

Me mira tan intensamente que el corazón se me acelera a marchas forzadas.

—Sabes que no podía confiar en ti —le digo—. Había atracción y deseo, pero mi pasado me obligaba a ser cautelosa y a no pensar en nada más que en

eso, en sexo sin sentimientos ni compromisos.

—Tal vez yo también pensé así al principio —aclara—, pero me enamoré de ti, Paula, fue muy fácil hacerlo. Eres todo lo que no he tenido durante estos oscuros años.

Me tenso. No estamos discutiendo ni lanzando palabras como dardos envenenados, sino hablando con tranquilidad, con sinceridad. Aun así, me remuevo sobre el incómodo suelo cuando soy el blanco de palabras tan directas.

—¿Te sientes incómoda por lo que te he dicho? —me pregunta, serio—. Sabes que te quiero, Paula, y lo repetiré las veces que haga falta.

Por fortuna, Isabella reaparece con su perro, corriendo los dos, a nuestro lado.

—¡Mira qué he encontrado, papá! —La niña abre la mano y muestra un pequeño cangrejo que mueve sus diminutas patas sobre su palma—. ¡Está vivo y me hace cosquillas!

Darío transforma su seria expresión por la más dulce del mundo para atender a su hija. Me conmueve tanto que no sé cómo contengo las ganas de abrazarlos a los dos.

—Oh, cariño, es muy pequeño —le dice—. Será mejor que vuelvas a dejarlo en su sitio o se morirá.

—No pensaba dejar que muriera —replica la niña componiendo un mohín—. Sólo quería que lo vierais. Ahora mismo lo devuelvo a su roca. —Y regresa corriendo a las rocas que permanecen casi cubiertas por las olas.

—Yo... no sé lo que siento —le confieso cuando nos quedamos solos—. Sólo sé que, a pesar de que lo sensato debería haber sido alejarme de ti, no he podido hacerlo.

Hace una brusca inspiración y me toma una mano. Sacude la arena que tengo pegada entre los dedos por recoger las conchas y me la acaricia mientras compone una tierna sonrisa.

—Creo que, para ser tan hermética conmigo, es más de lo que esperaba

oír.

—También sé que no puedo dejar de pensar en ti y en Lara. Nunca creí que me haría tanto daño.

—Lo siento. —Presiona con más fuerza mi mano—. Pero no debes dejar que la sombra de Lara y esa noche planee sobre nosotros. Ella no significa nada para mí, apenas recuerdo nada...

Siento que me ahogo por todo lo que quiero decir, por todo lo que debería decir y no me atrevo, por todo lo que no debo decir porque no estoy segura de sentir...

De pronto, una gruesa gota de lluvia cae sobre uno de mis ojos. Después, otra sobre el otro, otra en mi frente y en mi espalda...

—¡Está lloviendo! —viene gritando la niña mientras corre junto a su perro.

—No me había dado cuenta de lo oscuro que estaba el cielo —dice Darío tras ponerse en pie—. Será mejor que nos vayamos a casa. ¡Corramos! —grita.

Le hacemos caso y salimos corriendo los cuatro. La tormenta arrecia y el agua comienza a empaparnos mientras el cielo es atravesado por un rayo y un fuerte estruendo lo sacude. Hasta en los pies he sentido el temblor a través de la arena.

Al llegar a la puerta de la casa de Darío, éste abre con la llave y deja entrar a su hija y al perro. Él, todavía bajo el cobijo del porche, me mira. Pero yo he quedado clavada al suelo poco después de traspasar la primorosa verja blanca.

Darío entiende que traspasar esa puerta junto a él es aceptar muchas cosas que, hasta hace poco, yo no estaba dispuesta ni a reconocer.

—No voy a convencerte para que entres —me dice—. Pero sí te diré que, si deseas conocerme, te invito a que te adentres en un rinconcito de mi vida. Lo entenderé si decides posponerlo. No voy a presionarte.

El agua ha empezado a empaparme. Siento frío y el cabello se me ha

pegado a la cara. Sigo dudando. ¿Por qué tengo miedo de entrar ahí?

—¡Paula! —Isabella ha salido al porche, junto a su padre, y se dirige a mí, inocente pero decidida—. ¡Te estás mojando mucho! ¡Entra y verás qué calentito se está!

—Paula no sabe si puede quedarse, cariño —le explica su padre—. Puede que prefiera irse a su casa.

—Pero yo pensaba enseñarte mi palacio —me dice compungida—. Por favor, Paula. —Extiende su mano hacia mí—. Ven conmigo.

Cierro los ojos y siento el agua deslizarse por mis párpados. Con seguridad, ninguno de ellos sabe lo que la súplica de un niño es capaz de hacer en mí. Sus ojos azules, cubiertos por una capa de decepción, hacen que me olvide de todo por lo que no debería aceptar su invitación. Camino a través del sendero y me planto en la puerta, bajo el porche. Me conmueve que a los dos los haga tan felices mi decisión.

—Me alegro —me susurra Darío.

—¡Bien! —grita su hija—. ¡Ya verás qué palacio tan bonito tengo!

Ya nos hemos quitado la ropa mojada. Mientras tanto, me han prestado para vestirme una bata floreada, propiedad de la tal María, la nana, aunque he tenido que darle un par de vueltas al cinturón. Después de secarme el pelo con el secador en uno de los baños, salgo y me encuentro en el salón con Darío, que está encendiendo la chimenea para que la estancia coja algo de calor. Isabella se acerca al fuego y extiende sus pequeñas manos para calentarse mientras *Zack* la acompaña acostado a sus pies, cerca también del calor.

—¡Paula! —me grita cuando me ve—. ¡Acércate! Nos secaremos un poco antes de enseñarte mi palacio.

Me aproximo con cautela. Darío se ha puesto en pie y se hace a un lado

para que pueda colocarme más cerca de las llamas. Él ya se ha cambiado. Lleva puestos otros vaqueros y una camiseta blanca. Sean cuales sean las condiciones y nuestro entorno, no puedo evitar que mis ojos se claven en su atractiva imagen y mis manos cosquilleen por el deseo de tocarlo.

Cuando ya estoy frente a la chimenea, elevo la vista y me topo con una fotografía familiar que descansa sobre la repisa de mármol. En ella, Darío sonríe junto a una guapísima mujer con el cabello rubio y larguísimo. Entre los dos, un bebé de pocos meses yace dormido en los brazos de ella.

Padre e hija parecen darse cuenta de la dirección de mi mirada.

—Es mi mamá —me explica la niña—. ¿A que era muy guapa?

—Muy guapa —contesto.

No puedo evitar mirar de reojo a Darío.

—Murió en un accidente de coche cuando volvía de unas compras —me cuenta—. Isabella iba con ella, montada en su sillita, y, milagrosamente, no le pasó nada.

—No me acuerdo de ella. —La niña se encoge de hombros—. Por eso mi papá coloca fotografías por toda la casa, para que pueda verla y nunca, nunca la olvide.

Parece envolvernos un halo de tristeza, pero, como no deja de ser una feliz niña de cinco años, al momento está jugueteando con su perro y riendo. Ella no vivió de forma consciente la tragedia de la muerte de su madre y está acostumbrada a la vida que lleva.

Casi no me he parado a observar lo que me rodea. No quiero llegar a sentirme cómoda aquí, en un salón enorme pero acogedor, con suelo y muebles de roble, plantas naturales y la gran chimenea de piedra.

—¡Ya estamos secas! —exclama de pronto Isabella—. ¡Vamos, Paula, sube conmigo y te enseñaré mi palacio!

Miro de reojo nuevamente a Darío, por si encuentro algún tipo de censura en su mirada. Pero, en su lugar, me muestra una gran sonrisa y levanta las

manos, como si se sintiera aliviado por librarse de jugar él a princesas esta tarde.

—Id las dos —me dice—. Yo iré a echar un vistazo a la secadora, donde he metido nuestra ropa.

Me dejo arrastrar por una pequeña mano que tira de mí hacia la escalera que nos lleva a la planta superior. Una vez arriba, atravesamos una de las puertas y accedemos a la habitación de Isabella.

—¡Mira! ¿Qué te parece?

Me quedo totalmente fascinada. La habitación de la niña es enorme y está toda ella transformada en un mágico castillo de princesa, pues una especie de carpa de tela con sus torres y sus almenas ocupa toda la estancia. A su vez, ésta aparece dividida en su dormitorio, compuesto por una bonita cama con dosel, y una especie de salón, donde la niña tiene preparada una bonita mesa, rodeada de ornamentadas sillas, con un coqueto juego de café al que no le falta detalle.

—Es una preciosidad —le digo, aún aturdida—. Pero —le comento, haciéndome la interesante— me gustaría que supieras que unos amigos míos viven en un castillo de verdad, de esos enormes y antiguos, de piedra, con torres y garitas, con mazmorras y salones de baile, con armaduras y espadas, donde un día vivieron príncipes de verdad, aunque mis amigos son marqueses.

No tengo ni idea de por qué le he contado eso a la niña. Sólo sé que, por un momento, he sentido que era algo mío. Ella, por su parte, no ha podido abrir más la boca.

—¿En serio? —exclama—. ¿Un castillo de verdad?

—Exacto. En él puedes encontrar también antiguas joyas, armas, vestidos... Y hay un salón con los retratos de todos los antepasados del marqués.

—¿Podrás llevarme algún día a visitarlo? —exclama entusiasmada.

—Lo intentaré —le digo para terminar una conversación que no debería

haber empezado. Me he emocionado yo más hablando del castillo que una niña de cinco años.

—Me encantaría —suspira—. Por ahora, yo puedo invitarte a sentarte en mi salón mientras recojo un poco. —Con rapidez, recoge muñecos, juguetes y juegos, levanta las tapas de varios arcones y los coloca en su interior sin orden ni concierto—. Siempre debo tener esto recogido o mi papá me riñe, sobre todo cuando tenemos visita.

Yo ya me he sentado en una de las sillas y espero que ella sirva el invisible café. Lo hace, se sienta frente a mí e imita a la perfección el acto de una merienda organizada en un palacio. Parece pensar en algo, se levanta, busca entre los objetos de uno de sus arcones y encuentra otra corona semejante a la que lleva puesta aún en la cabeza. Me la coloca a mí y observa con ojo crítico el resultado de su decisión.

—Te queda perfecta —termina diciendo—. Una princesa no debería tomar café con una chica que no lo es. Así que seremos dos princesas amigas.

—Por supuesto —digo muy seria—. La aristocracia tiene sus normas. Seremos amigas princesas.

—¿La aristo... qué?

—Me refiero a las princesas y los reyes, a los condes y las duquesas...

—Oh, sí, claro. Cada vez que vienen mis amigas a jugar a mi palacio, quieren ser reinas. Pero yo les digo que es mucho mejor ser princesa.

—Claro que sí —le digo—. Tus amigas no tienen ni idea.

Las dos reímos y así nos encuentra Darío cuando aparece por la puerta. Se queda un instante apoyado en el marco, mirándonos, antes de hablar.

—Tu ropa ya está seca —me informa.

—Será mejor que me vista, amiga princesa —le digo a Isabella después de simular que me bebo lo que me queda de café—. Ha sido un placer compartir esta merienda contigo, y espero me disculpes por haber llevado un vestido tan poco apropiado.

—No importa —responde con un graciosísimo aire pomposo; me la

comería ahora mismo—. Tengo que reconocer que te queda mejor a ti que a María.

—Gracias —sonríó al tiempo que me dirijo a la puerta, donde me espera Darío—. Adiós, Isabella.

—¿Te vas? —Se levanta de golpe—. Podrías quedarte a cenar con nosotros. Mi papá me deja comer lo que yo quiera cuando está él en casa. Hoy le he pedido hamburguesa y patatas fritas con ketchup. ¿Te gustan?

—Sí, preciosa, me encantan —contesto—, pero no puedo irme tan tarde. Mi casa está un poco lejos y se me haría muy de noche por el camino.

—¿Y mañana? ¿Por qué no nos acompañas mañana? Vamos a ir al museo del chocolate, ¿verdad, papi? Me lo prometió por haber hecho todos mis deberes y haber recogido mi habitación. —Compone una mueca de inocencia tan graciosa que a punto estoy de delatar la poco ortodoxa manera que tiene de recoger.

—Basta, Isabella —la reprende su padre—. No puedes pasarte la vida intentando convencer a la gente de todos tus caprichos.

—Pero Paula ha dicho que somos amigas, amigas princesas...

—Cariño —prosigue Darío—, por favor. Paula tiene sus propios planes para un domingo.

—Lo siento de veras, Isabella —me disculpo.

—Adiós, Paula —se despide. Lo hace con una tristeza tan sincera que una pesada congoja se instala en mi pecho.

Bajo la escalera y entro en uno de los baños de la planta baja, donde Darío ha dejado colgada mi ropa ya seca. Me visto, salgo y voy en busca de mi bolso, de donde saco las llaves de mi coche.

—Te acompaño a la puerta —me dice Darío. Lo hacemos en silencio, hasta llegar al porche de la entrada. Aunque ha dejado de llover, noto el contraste entre el agradable calor de la casa y el fresco de la noche—. ¿Quieres una chaqueta?

—No, gracias —contesto—. Tengo el coche justo enfrente.

—Paula... —Capto su intención de iniciar algún tipo de conversación, pero lo hago callar.

—No, Darío, por favor. Ahora, no. Estoy demasiado conmovida y todavía tengo que asimilar muchas cosas. Será mejor que dejemos esta charla para otro día.

—Está bien. —Se acerca a mí, demasiado. Su cuerpo aún desprende calor, y vendería ahora mismo un pedazo de mi alma porque me abrazara.

—¡No! —lo detengo—. Hazme el favor y no te acerques, no me toques, y mucho menos me beses. Si hicieras cualquiera de esas cosas, acabaría rendida en tus brazos, como siempre, y no quiero, no debo. Tengo que pensar con claridad y si me besas no podré hacerlo.

—Pero...

—¿Qué?! —contesto irritada. Estoy furiosa conmigo misma por no dejar que se acerque.

No sé por qué, el muy capullo está sonriendo.

—Que todavía llevas una corona en la cabeza, princesa.

Llevo una mano a la cabeza y me encuentro el adorno, aún enredado entre el pelo.

—Muy gracioso —le digo, también riendo.

—Te entiendo —confiesa por fin mientras coge la corona que le devuelvo—. Pero gracias por quedarte esta tarde, de todos modos.

—Me sabe mal por tu hija, pero...

—No se lo tengas en cuenta. Ella se encariña muy pronto con las personas y las cosas. Además, no le gusta que le lleven la contraria, tranquila.

—Es una niña maravillosa.

—Lo sé —me dice.

Sólo un instante más permito que nos miremos. Después, me doy media vuelta y camino hasta mi coche. Arranco y, mientras me alejo, soy incapaz de no mirar por el espejo retrovisor. Darío está plantado en mitad de la calle,

viendo cómo me alejo. Observo la figura de una niña y un perro, que lo acompañan también.

Y ya no puedo seguir mirando. Enciendo la radio y vuelve a sonar la canción que tiempo atrás me limité a tararear, pero cuya letra tiene ahora un especial significado para mí: «*I wanna hold you when I'm not supposed to...*». Quiero abrazarte cuando se supone que no debo...

Capítulo 24

Darío

La noche se me ha hecho muy larga. Decido que es mejor levantarme que seguir dando vueltas hasta que me caiga de la cama o la acabe destrozando. Directamente, me meto bajo la ducha y dejo que el agua acabe de despejarme, tanto de una mala noche como de las ideas e imágenes que se me han agolpado en la cabeza. Me visto, de momento, con ropa cómoda, y bajo a la cocina.

Siguiente movimiento: un café bien cargado; en mi caso, dos. Será la única forma de que hoy mi hija se sienta acompañada por un padre humano y no por una especie de androide que funciona con pilas. Unas pilas algo descargadas, por cierto.

El próximo paso es sacar a *Zack*, que ya me está esperando junto a la puerta. Salimos y nos encaminamos un rato hacia la playa, donde paseo descalzo por la orilla mientras mi perro corre en busca de la pequeña pelota que acabo de lanzarle. Me la trae y vuelvo a repetir la operación, una vez tras otra.

Hoy el mar está más calmado y el cielo de un azul radiante, iluminado por un sol brillante que me obliga a ponerme las gafas oscuras. La brisa marina que me revuelve el pelo sopla más templada que ayer, y la respiro por cada poro de mi piel. Es una sensación tan gratificante como el masaje que me ofrece la arena mojada en las plantas de los pies.

Todo el cúmulo de buenas sensaciones me ayuda a ocupar mi mente y a

tenerla despejada a pesar de los últimos acontecimientos. Porque ayer fue un día tan intenso que aún no lo he digerido. La presencia de Paula en mi casa, la conversación que tuvimos, sentir que existen unos hilos invisibles entre los dos, que nos atan y nos mantienen unidos de alguna forma, pero que ella no deja de intentar romper. Y el motivo no es otro más que el miedo que siente por su mala experiencia.

Y la conexión especial que mantuvo con Isabella, lo mejor del día. Si he sentido alguna vez algún tipo de miedo desde que me quedé solo con ella, ha sido cuando he pensado en cómo podría reaccionar cuando conociese a una extraña. Y lo mismo cuando esa mujer supiera de la existencia de mi hija.

Pero ayer se evaporaron esos miedos. Parecen hechas la una para la otra, y no puedo sentirme más feliz por ello.

Por cierto, acabo de darme cuenta de que no llevo encima mi teléfono. En cuanto vuelvo a casa con mi perro decido buscarlo, pero recuerdo que no lo he visto desde que me levanté. Juraría que lo dejé sobre la mesilla de noche, pero no lo he visto al levantarme. He buscado por el salón, la cocina, el baño... Subiré de nuevo arriba a ver si no he mirado bien en mi dormitorio.

Al pasar junto a la puerta de la habitación de Isabella, oigo un murmullo. Miro la hora en mi reloj y compruebo que todavía es temprano. Para asegurarme de que todo está correcto, abro su puerta sólo un resquicio para asomarme y convencerme. No puedo sorprenderme más cuando la observo a través de la fina tela de su dosel hablando... ¡con mi móvil!

—¿Isabella? —pregunto tras entrar en la estancia—. ¿Estás usando mi teléfono?

Trata de disimular y esconderlo, pero la he pillado in fraganti. Aparto el dosel y contemplo cómo me mira con sus enormes y culpables ojos azules mientras mantiene los brazos a la espalda.

—¿Qué escondes ahí? Vamos, Isabella, devuélveme mi teléfono.

A pesar de tenerlo escondido, puedo oír claramente cómo alguien pronuncia el nombre de mi hija a través del aparato.

—¿Con quién estás hablando?

—Pues...

—Dame eso ahora mismo. —Extiendo la mano—. Ahora, Isabella. Y ¿se puede saber desde cuándo sabes manejar mi teléfono?

—Desde que tú me enseñaste por si me hacía falta para una emergencia — contesta muy ufana y satisfecha.

A regañadientes, me lo devuelve y contemplo en la pantalla la llamada en curso ¡con Paula!

—¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido...? —Dirijo el móvil a mi oreja—. Paula, perdona, sé que no son horas para llamarte un domingo por la mañana, pero aquí, a mi hija, que no suele aceptar un no por respuesta, debe de parecerle que es el momento de las llamadas. No quiero pensar cuando tenga quince años.

—¡Sólo quería saber si al final podría venir! —interviene mi querida hija, que exhibe un mohín en los labios que ya conozco, con el que muestra su disconformidad—. ¡Paula no se ha enfadado conmigo por llamarla!

—Pero yo sí —le digo. O muestro un poco de autoridad, o acaba convenciéndome de todo, como siempre, con su mirada angelical.

—No te enfades con ella, Darío —me dice Paula al otro lado de la línea—. Ayer lo pasamos bien y suele estar muy sola. Sólo quería intentar una última posibilidad para tener una compañía femenina que no suele tener.

—Me parece genial —refunfuño—, pero debe aprender que si alguien le dice no es que no. ¿Lo entiendes, Isabella?

—Lo siento, papi. —Como yo pensaba, ahora agacha su rubia cabeza y compone una expresión tan triste que me parte el corazón—. No quería que te enfadaras.

—No estoy enfadado. —Le doy un beso en el cabello y los pulmones se me inundan con su olor infantil—. Pero ahora Paula se sentirá mal por nuestra culpa.

—No importa, de verdad, Darío —me dice la aludida—. No podía dormir

y llevaba mucho rato despierta en la cama.

—Yo tampoco he dormido mucho —le confieso.

—¿Te importaría pasarle el móvil a Isabella? —Me ha quedado bastante claro que ha evitado cualquier referencia a nosotros—. Me disculparé con ella por no poder ir.

—Claro. —Le paso el teléfono a mi hija y observo su cara radiante cuando habla con Paula. Me invade cierta tristeza porque no pueda acompañarnos.

—Vale, Paula, no pasa nada. Otro día iremos a algún otro sitio divertido. Un besito de princesa. Adiós. —Me devuelve el aparato e intenta disimular su decepción.

—Vamos, cariño, vístete mientras preparo algo de desayuno, aunque seguro que hoy comeremos un montón de chocolate. Ya verás qué bien lo pasamos.

—¡Sí! ¡Qué ganas tengo! —Se dirige corriendo al baño entre sus risas infantiles.

Por fortuna, los niños son capaces de reponerse con extraordinaria facilidad, por eso, en cuestión de una hora, nos hemos cambiado de ropa, hemos recogido nuestras habitaciones y hemos tomado un pequeño desayuno. Nos entretenemos unos minutos más cuando observo su largo cabello dorado y lo imagino pringado de chocolate de la raíz a las puntas, por lo que decido hacerle una coleta bien arriba. He aprendido a sobrellevar el largo pelo de mi hija y a peinarlo con rapidez y destreza.

Últimos detalles, comida y agua para *Zack*, mi cartera, las llaves y, por fin, salimos de casa. Ambos quedamos frenados cuando, todavía bajo el porche, divisamos un coche parado en la calle, del cual emerge una figura femenina que reconocemos al instante.

—¡Paula! —grita Isabella—. ¡Has venido por fin!

Se me hace un nudo en el pecho cuando contemplo cómo se echa en sus brazos y las dos gritan y ríen. Dan un par de vueltas por la alegría y me

parece estar contemplando a cámara lenta sus dos rubias melenas danzando por el aire.

Dejo que acabe su jolgorio y me acerco a Paula con mirada interrogante.

—Lo siento, sé que debería haber avisado —nos explica—, pero he decidido venir a última hora.

Y yo decido no interrogarla más. Está aquí, con nosotros, y eso es lo único que importa. No sé quién está más feliz de tenerla, si Isabella o yo.

Por supuesto, yo, aunque haya aguantado las ganas de lanzarme a sus brazos tal y como ha hecho mi hija, porque cuando la he visto aparecer, tan bonita, tan fresca, tan radiante, he sentido una plenitud difícil de explicar. Lleva una minifalda vaquera, un top negro, unas sandalias del mismo color y su rubio cabello recogido en una coleta. Hasta diría que se parece a Isabella.

Acomodamos a la niña en el asiento trasero y Paula ocupa el lugar del acompañante, a mi lado. Ponemos rumbo a la ciudad, teniendo como banda sonora el parloteo incesante de Isabella, que nos cuenta sus mil y una anécdotas del colegio, o alguna de las múltiples historias de príncipes y princesas que deambulan por su mente.

Al llegar a nuestro destino, dejo mi coche en un parking público y caminamos un par de manzanas hasta llegar al museo. Mi hija, cogida de mi mano y de la de Paula, está excitada y no deja de dar saltitos. Aunque es un grito lo que suelta cuando contempla entusiasmada el tíquet que nos ofrecen como entrada al museo.

—¡Mirad! ¡Es una chocolatina!

—¡Sí! —exclama igualmente Paula—. Me lo habían dicho, pero no he querido chafarte la sorpresa.

—¿Se puede comer, papá?

—Pues claro —contesto divertido—. Ahora mismo nos podemos zampar los tres nuestras entradas.

Paula y yo no podemos evitar las risas por la cara de la niña, entusiasmada por poder comerse su entrada al museo.

Una vez dentro, comenzamos nuestra visita. Es un museo pequeño que se ve en poco rato, pero los niños, sobre todo los que les gusta el chocolate, disfrutan del recorrido. Nos muestran la historia y los comienzos del chocolate, un montón de figuras construidas con tan dulce material, nos ofrecen algún que otro pedazo y, lo mejor de todo, a Isabella le dejan batirlo en un recipiente para luego echarlo en moldes y poder formar *muffins*, bombones, chocolatinas...

—Por suerte —le digo mientras la observo darle vueltas, muy concentrada, con la cuchara de madera—, te vestiste esta mañana con uno de tus vestidos más estropeados. Creo que acabarás bañada en chocolate.

Hace ya un rato que sostengo el móvil en alto y no dejo de hacerles fotografías: a mi hija batiendo la mezcla, a Paula sonriente y embelesada mientras la mira, a las dos juntas riendo...

—Bañada por fuera y por dentro —ríe Paula. Isabella se va llevando cucharadas a la boca, y ya le chorrean los goterones oscuros por la barbilla y los brazos.

—Prueba, Paula, verás qué bueno está.

Ella se deja convencer y abre la boca, donde mi hija vierte una cucharada de chocolate batido. Como resultado, ambas ríen y muestran sus dentaduras de color marrón. Y yo aprovecho para pulsar el botón de la cámara.

¡Qué foto tan divertida me ha quedado! Cuando la ven, Isabella ríe a carcajadas y Paula quiere matarme, aunque acaba riendo igual.

—¡Ahora tú, papi!

No tengo más remedio que abrir la boca y dejar que mi hija vierta en ella otra cucharada. Sonrío, como han hecho ellas antes, y enseño mis pringados dientes, momento que aprovecha Paula para hacerme otra foto.

—Si mañana la enviara por correo a los compañeros de la empresa —ríe—, perderías toda tu autoridad.

—No me importaría —le digo—. Siempre y cuando yo enviara después ésta. —La pillo a traición cuando me coloco al otro lado de Isabella y hago

un selfi en el que salimos los tres. Vaya caras tenemos.

Durante unos minutos dejamos que la niña juegue con otros niños y atienda a algunos monitores que les dan consejos para hacer diversos dulces. Somos varios los adultos que los observamos, radiantes y orgullosos.

—Qué hija tan preciosa tienen ustedes —nos dice uno de los monitores antes de que Isabella se acerque—. Tan bonita como su madre. —Le guiña un ojo a Paula y ésta me mira de reojo sin saber qué decir. Pero ninguno de los dos saca de su error al chico.

Después de las risas y un empacho de chocolate, nos aseamos como podemos en el baño y salimos al día soleado. Como ya le prometí a Isabella, vamos a comer pizza y pasta a un restaurante italiano, donde tenemos que hacer cola para coger una mesa. De nuevo, el torbellino rubio de ojos azules es el que lleva la voz cantante en cuanto a parloteo, risas e historias que contar. Por todo ello, después del trayecto a casa, nos la encontramos dormida en su silla en el asiento trasero del coche. Su cabecita descansa hacia delante sobre el cinturón de seguridad, y Paula se la sostiene mientras yo desabrocho los anclajes y la cojo en brazos para acceder del garaje a la casa. Subimos arriba, la colocamos sobre su cama y la contemplamos durante unos segundos. Parece mentira que ahora esté tan quieta.

—Qué bonita es —murmura Paula.

—Sí —respondo—, aunque ahora necesite un buen baño. Pero me da pena despertarla.

—No la despiertes —me dice—. Ya la bañarás mañana por la mañana.

La tapo con su colcha y le doy un beso en la frente. A continuación, Paula la besa también y, tras apagar la lamparita, cerramos el vaporoso dosel a su alrededor y nos marchamos de la habitación.

Paula me precede mientras bajamos la escalera, y hasta mí llega la estela de su perfume, ahora con un toque dulce. Su aroma entra en mí y consigue que me excite, pues ya empiezo a sentir el conocido tirón en la entrepierna que siempre noto cuando estoy cerca de ella. Hace ya muchos días de nuestro

último encuentro íntimo, y además no fue demasiado satisfactorio. Los dos estábamos enfadados y queríamos vengarnos, pues yo la había traicionado con Lara y ella quería demostrarme que no le importaba, pero se contradijo al querer castigarme.

Suspiro mientras observo cómo coge su bolso y se dispone a salir a la calle. Me está matando no poder hablarle de lo que siento, pero sería volver a repetir algo que ya le he dicho y ella ya sabe. Me duelen las manos por no poder tocarla, pero me da miedo que vuelva a encerrarse en sí misma, que vuelva a alejarse de mí. Sin decir palabra, le abro la puerta, pero, nada más cerrarla detrás de mí, me obligo a detener mis pasos cuando ella queda anclada al suelo, todavía bajo el refugio del porche de la entrada.

Está quieta, pero parece respirar muy aprisa. Me está dando la espalda pero puedo percibir perfectamente la tensión que la embarga. No me atrevo a hablar ni a moverme, sólo a pensar que le hablo, aunque sólo lo haga en mi mente: «Vamos, Paula, atrévete. El amor es sólo para los valientes y tú lo eres más que nadie. Si te atrevieras a quererme...».

De pronto, se gira hacia mí. Todos los demonios que habitan en su interior parecen mantener una lucha interna con ella, pues sus ojos claros me miran turbios, como si su próximo movimiento fuera a provocarle dolor.

—Yo también te quiero, Darío.

Me ha costado media vida no lanzarme sobre ella, pero me mantengo estático, a la espera.

—He intentado con todas mis fuerzas no quererte —me explica—, pero no lo he conseguido. Incluso estaba convencida de que yo no podía querer a nadie, al menos en términos de pareja, porque no confío en los hombres en ese sentido. Durante muchos años me sentí como una mierda, una inútil que no era capaz ni de tener contento a un marido, y me ha costado unos cuantos años más descubrir que yo no era la parte nula, sino él.

—Paula... —murmuro al oírla decir esas atroces palabras.

—No me interrumpas, por favor. No sé si voy a tener fuerzas para llegar

hasta el final. —Coge aire y luego lo exhala—. Estaba rota por dentro, física y emocionalmente, incapaz de sentir nada. Hasta que un día, en una discoteca, y bajo los efectos de algún tipo de sustancia estimulante, descubro que, al menos, puedo disfrutar del contacto físico. Por eso decidí aceptar tu propuesta para visitarte en tu casa, para pasármelo bien y para disfrutar del sexo como no había podido hacerlo en toda mi vida. O eso me hacía creer a mí misma, porque, en realidad, follar con un tío no sólo me proporcionaba placer, sino que me hacía sentir bien, deseada, querida, amada de alguna forma. Mientras estaba en tus brazos me olvidaba de todo.

—Pero te fastidié al enamorarme de ti —le digo, conmocionado por sus confesiones.

—Sí —sonríe—, me fastidiaste, porque me obligaste a salir de mi fantasía, del lugar de confort que yo misma me había fabricado para enfrentarme a la realidad, que no era otra que admitir que me había pasado lo mismo: me había enamorado de ti, sin buscarlo, sin premeditarlo. Yo no tengo un momento preciso como tú. Ha sido un proceso lento. Tú has conseguido, poco a poco, cada día y con cada momento vivido juntos, que me vaya enamorando de ti sin apenas darme cuenta.

Sigo aquí, inmóvil. Mis músculos claman por moverse, mi mente por reaccionar, mi boca por pronunciar mil palabras. Pero hago un esfuerzo sobrehumano por no asustarla.

—Por favor, Darío, deja de mirarme como si me acabaran de salir antenas en la cabeza y bésame y abrázame, o te juro que me iré corriendo ahora mismo.

Me ha costado un poco, anquilosado como había quedado, pero reacciono a tiempo para lanzarme sobre ella, abrazarla con fuerza y besarla como si pudiéramos morir ahora mismo si no lo hago. Mi corazón se ha ido hinchando mientras ha durado su discurso y ahora casi no me cabe en el pecho, a punto de explotar por el mero hecho de volver a tocarla y besarla. Ella parece sentirse igual, porque sus labios queman los míos y su lengua

ardiente se funde con la mía. Nuestras manos no pueden estarse quietas y nos tocamos por todas partes, aunque ralentizo un instante mis movimientos para poder expresarle lo que siento.

—Todo irá bien, Paula. —Apoyo mi frente en la suya y no dejo de acariciar sus labios, su cuello, sus mejillas—. Quiero que confíes en mí, porque yo nunca te haré daño, de ninguna clase.

—Eso lo sé —responde exhalando su tibio aliento en mi boca—. Lo sé porque confié en ti desde el primer momento en que hablé contigo.

—Y yo supe que serías para mí —le confieso—. Llevo tiempo soñando con que formarás parte de mi vida. Incluso —sonrío, aún sin despegar nuestras frentes— fantaseo imaginándote como la madre de mis futuros hijos. Me encantaría no quedarme sólo con Isabella, tener más niños correteando por casa. Uno más, dos, tres, los que tú quieras. Soy hijo único y mi sueño es darle hermanos a mi hija para que no esté sola.

Apenas he terminado mi última frase, Paula se retira de mí de forma brusca y repentina. Se aleja sólo un par de metros, pero yo la siento a kilómetros de distancia. A la luz de la luna soy capaz de percibir la palidez de su rostro, su tensión, su tristeza.

—Lo siento, Darío. Yo... no puedo tener hijos. Lo intenté durante mi matrimonio de todas las formas posibles, incluso con técnicas de reproducción asistida, pero nunca lo conseguí. Te mentí cuando te dije que tomaba anticonceptivos, puesto que no me hacen falta. Supongo que soy estéril.

Un torbellino de emociones se instala en mi interior. Oigo voces, siento dolor, la tristeza me inunda, la rabia me supera. No sé a qué confesión de Paula corresponde cada sentimiento, porque no estoy seguro de si me decepciona más su revelación o saber que ha intentado ser madre con otro hombre que no soy yo.

Al final, resuelvo que toda esa confusión que me ha trastocado queda anulada de forma fulminante cuando recuerdo que no tengo nada más que

pedirle a la vida: ya tengo una hija y tengo a Paula.

—No importa, cariño —le digo mientras me acerco a ella—. Ya tengo suficiente con saber que me quieres, con tenerte. Yo te ofrezco todo lo que tengo, incluso una hija.

Por su boca surge una exclamación ahogada, como si quisiese evitar el llanto. Se lanza, sin embargo, a mis brazos de nuevo y apoya la cabeza en mi pecho mientras me rodea la cintura con su abrazo.

—No puede ser casualidad que me haya enamorado de ti —me dice.

Beso su pelo, la reconforto, pero es ella quien levanta la cabeza para buscar otra vez mi boca. Me besa de forma desesperada y sus manos se pasean por mi espalda, como si quisiese fundirse conmigo. Mi entrepierna vuelve a cobrar vida y empiezo a sentir dolor por la frustración.

—Dios, Paula —gimo mientras tiro de su pelo y acaricio sus muslos, desnudos bajo su minifalda—, te he echado de menos. Si me dejaras, te haría el amor ahora mismo. Te deseo, te deseo con locura.

—Yo también te deseo —me confiesa ella—, pero está tu hija en casa...

—Mi hija tendrá que acostumbrarse a vernos juntos —jadeo en medio de nuestros besos—, a que nos besemos, a que compartas mi habitación...

—Lo sé —gime. Su lengua, paseándose por mi cuello y mi oreja, me está volviendo loco—. Pero me quedaré más tranquila cuando se lo hayamos contado.

Creo que voy a explotar. Sus movimientos de cadera hacen que su vientre choque contra mi polla, y creo que sería capaz de correrme si continúa un rato más así. Decido arrastrarla conmigo hasta el otro extremo del porche, donde hay un banco acolchado desde donde a veces contemplo a mi hija jugar. Me siento y abro sus piernas para colocarla encima de mí.

—Darío..., ¿aquí?

—Es de noche y es tarde —le digo mientras comienzo a subirle la falda—, por aquí no pasa nadie. Y, aunque pasaran, no nos verían. Nos tapa la balaustrada.

Ha necesitado pocos argumentos de convicción, porque ya ha empezado a desabrocharme los pantalones. Yo la ayudo, haciendo a un lado la tela de los mismos y los calzoncillos para que extraiga mi palpitante y ansioso miembro. Intenta apartar también sus bragas, pero éstas parecen tener vida propia y decide rasgarlas para dejarme el camino libre. Se incorpora ligeramente, busco la entrada a su cuerpo y suelto un atronador gemido cuando ella baja de golpe y su humedad envuelve mi miembro por entero.

—Joder, Darío —jadea cabalgando desenfundada—, me moría por hacer el amor contigo.

—Pues hazme el amor, cariño. —En un segundo, remango su camiseta hacia arriba y dejo sus pechos al aire. Me encanta ver cómo botan frente a mi cara mientras chupo sus pezones—. Házmelo y no pares. Me arde la polla, Dios...

Estábamos tan desesperados que, en cuestión de dos minutos, ambos alcanzamos un trepidante orgasmo. Yo clavo los dedos en sus glúteos y ella clava los dientes en mi cuello mientras sus cabalgadas van perdiendo fuerza y gozamos de los residuos del placer.

Seguimos sin movernos, yo aún clavado en su cuerpo y ella con la cabeza apoyada en mi pecho. Si hubiese sido con otra mujer, lo que acaba de pasar no me habría parecido más que un desahogo sexual, un momento de lujuria, sexo sin más.

Pero ha ocurrido con Paula, y lo mismo podría referirme a lo que ha pasado como a hacer el amor bajo la luna, como a decir que ha sido el polvo más satisfactorio de mi vida. Ha sido sexo, sí, pero el mero hecho de saber que era ella ha multiplicado el placer por mil. Nuestros cuerpos se anhelaban, se ansiaban, y la satisfacción que acabamos obteniendo es el resultado de ese deseo.

—Te quiero, Paula —le digo, envuelto aún en retazos de placer. Ella levanta la cabeza, me mira y sonrío.

—Vaya pedazo de polvo acabamos de echar.

Suelto una carcajada. Sé que no me voy a aburrir en la vida con ella, porque lo mismo se ruboriza por cualquier cosa que te suelta lo que le pasa por la cabeza. A pesar de haber tenido que vivir la experiencia más horrible, ha sido capaz de mantener una pizca de tierna inocencia que la convierte en única y especial.

—Y también te quiero —termina diciendo. Con lo que me acaba de hacer el tipo más feliz de la Tierra.

¿Para qué buscar sólo sexo si se pueden tener sexo y amor en un mismo pack?

Lo recomiendo cien por cien.

Capítulo 25

Paula

—¡Pero qué feliz estoy, tía!

Dánae ha vuelto a pillarme a traición. Mientras estoy frente a la fotocopidora, me ha asaltado por la espalda para abrazarme y darme una docena de besos en la mejilla. Y yo sólo puedo dejarme querer, emocionarme al tener a alguien como ella, conmoverme por la certeza de su sinceridad.

Anoche, en casa, la puse al día de los últimos acontecimientos. Ella fue la primera en echarse a llorar, a pesar de las ganas que yo misma tenía de hacerlo.

—Te lo mereces tanto, Paula —me dijo—. Eres la mejor persona que he conocido en mi vida, y era lo más injusto del mundo que no encontraras tu propia felicidad.

—Tú también te la mereces —repuse—. Y ya verás cómo también terminas encontrándola.

Lo que me acaba de hacer pensar en algo que me he visto obligada a posponer durante demasiado tiempo.

—La gente ya nos mira como si estuviésemos locas —le digo a Dánae mientras voy colocando bien las hojas que van surgiendo fotocopiadas—, con tanto beso y tanto achuchón.

—La gente me importa un huevo y medio. Me acostumbré a que me miraran mal cuando entré aquí. Les daba cosa hablarme por si se les iba la vista a mi nariz o a mi pelo, y creo que todavía les pasa un poco.

—Pues no saben lo que se pierden. —Aprovecho que nos está mirando Menchu, la más cotilla de toda la empresa, y le correspondo a Dánae con otro achuchón y otra tanda de besos—. Porque no tienen la fortuna que tengo yo de tenerte como amiga.

—Lo mismo mañana se dice por ahí que somos lesbianas. —Señala a Menchu con la cabeza y le saca el dedo corazón, con lo que acabamos riendo a carcajadas.

—Que le den a ésa —le digo, todavía entre risas.

Cuando obtengo todo el material que necesitaba fotocopiar, me excuso ante Dánae. Antes de que pase un minuto más, voy a solucionar el rollo que se trae con Aarón. Me encamino hacia presidencia y, cuando estoy a tan sólo unos pasos del despacho del ayudante del presidente, observo cómo se abre la doble puerta del despacho de Darío. No puedo quedarme más asombrada cuando veo salir de él a Lara, que desaparece después al fondo del pasillo. Observo su pelo corto y su caminar decidido mientras yo sigo sin reaccionar.

—¿Paula?

El que me acaba de llamar la atención es Aarón. Me ha visto parada delante de su puerta y ha seguido la dirección de mi mirada. Comienza a despotricar mientras se dirige al despacho de su jefe, pero yo continúo aturdida. No acabo de entender qué podía hacer esa mujer en el despacho de Darío, por qué me dijo él mismo que ya se había acabado todo, incluso el tema de la entrevista. Ya no tenían motivos para volver a verse.

Me alejo del lugar. Oigo a lo lejos retazos de la discusión entre Darío y su asistente.

—¿Estás mal de la cabeza o qué? —le grita—. ¿Qué coño hacía Lara aquí? ¡Paula la ha visto, joder!

—Mierda —rezonga Darío.

Antes de que llegue a la primera esquina, lo oigo llamarme:

—¡Paula, espera! —Corre hacia mí y siento una de sus manos en mi brazo para poder darme la vuelta y ponerme frente a él—. No creerás que sigo

viéndome con Lara.

—No, Darío, no lo creo. O no quiero creerlo, al menos. Pero si no llego a pasar por aquí, ni me entero. ¿Me escondes algo?

Me mira sin decir nada. Después abre mucho los ojos, sonrío y vuelve a cogerme con fuerza, esta vez de la mano, para arrastrarme hacia algún lugar mientras echa a correr.

—¡Ven conmigo!

—¡Darío! —grito sin dejar de correr a su lado—. ¿Adónde me llevas?

—¡Tú corre conmigo y confía en mí!

Me conduce hasta una salida de emergencia, que se abre tras propinar un fuerte empujón a la pesada puerta. Salimos a una escalera metálica adosada a una de las fachadas del edificio, por donde bajamos hasta la zona de aparcamientos. A esta altura, el viento revuelve mi cabello y éste se arremolina en mi cara, con lo que apenas distingo los pies en los escalones a toda velocidad. Continuamos corriendo, atravesando hileras e hileras de coches, hasta que divisamos a Lara, que está a punto de subirse a su vehículo.

—¡Lara, espera! —le grita Darío. Frenamos de golpe frente a ella, intentando recuperar el aliento tras la breve pero intensa carrera de obstáculos.

—Darío... —murmura ella con el ceño fruncido—, ¿qué ocurre?

—Sólo quería que conocieras a una persona antes de marcharte. Ella es Paula. —Me señala y ambas no podemos quedar más sorprendidas ante tan inesperada presentación.

—Vaya —dice ella con una mueca—, así que tú eres la famosa Paula.

—¿Famosa? —le pregunto alzando una ceja.

—Bueno, sí, famosa entre nosotros —responde—. Porque la noche que pasé con Darío no pude oír más veces tu nombre.

De forma evidente, me tenso ante su alusión, pero a Lara no parece importarle, y continúa con unos detalles que no esperaba saber y menos aún oír de su boca.

—Imagínate conseguir al hombre que llevas demasiado tiempo deseando, aunque sea con ayuda del alcohol. Imagina que te lo llevas a tu casa, lo metes en tu cama y que lo único que le oyes decir mientras te lo tiras sea Paula esto, Paula lo otro, Paula lo de más allá... Paula, Paula..., ¡por Dios! Estuve a punto de echarlo desnudo a la calle y dejarlo tirado en compañía de su cogerza.

—Basta, Lara —interviene Darío—. No he venido corriendo hasta aquí para que relates aquella noche.

—Oh, vale, entiendo. —Nos mira a los dos y deja escapar un suspiro—. Imagino que nuestra famosa Paula no tiene claro si hemos vuelto a liarnos. Pues no —dice mirándome a mí—, por desgracia, no ha pasado nada más entre nosotros, mi querida Paula. No voy a decirte que me arrepienta de lo que ocurrió, porque aquí tu hombre me pone, pero sé reconocer una derrota. —Termina de abrir la portezuela de su coche y se introduce en él—. Que seáis muy felices, chicos —añade con retintín antes de arrancar y marcharse.

—Bueno —me dice Darío una vez solos en medio del aparcamiento—, no era eso precisamente lo que esperaba oír, pero ojalá te haya servido. Sólo ha venido a verme para decirme que la entrevista ha sido un éxito para el periódico y...

Y yo, tras el aturdimiento inicial, no puedo impedir que toda esta situación me haga gracia. Ha sido un momento de lo más surrealista y, para colmo, Darío me mira con una mueca de culpabilidad que consigue que me eche a reír. Primero río sólo un poco, pero, después, comienzo a ir subiendo de volumen hasta que estallo en carcajadas. El pobre me mira como si me hubiese vuelto loca de remate, pero consigo que acabe riendo también.

—Lo siento, cariño —le digo, todavía llorando de la risa—. Sé que tu intención era buena, pero te ha salido como el culo. —Y continúo riendo sin parar.

—A mí no me hace tanta gracia, pero en fin. —Me coge de nuevo de la mano y volvemos a acceder al edificio por la misma salida de emergencias

que hemos utilizado hace tan sólo unos minutos—. Podríamos entrar por la entrada principal —comenta mientras subimos los escalones.

—No tengas prisa en presentarme como tu novia —le digo de forma divertida pero sincera.

—¿Por qué no? —me pregunta cuando ya hemos accedido al pasillo que nos lleva a la zona de su despacho—. Así quedaría claro.

—Y ¿de esa forma pretendes anunciarlo? —replico—. ¿Entrando por la puerta principal y pasando por delante de todo el mundo cogidos de la mano?

—No me parece mala idea. —Compone una mueca—. Aunque yo lo había imaginado un poco más teatral, como presentarnos en tu sección y besarnos delante de tus compañeros.

—No, por favor, Darío —suspiro—. Deja que las cosas sucedan sin montar una escena de película.

Al tiempo que le digo esas palabras, yo misma dudo un poco de mi argumento, porque no se me ocurre esa manera perfecta para anunciar lo nuestro. Me gusta la discreción debido a mi timidez, pero reconozco que, si la gente se enterase de golpe, sería mucho más rápido el proceso de aguantar sus cuchicheos.

De pronto, al fondo del pasillo, bebiendo agua en una de las fuentes, aparece como por ensalmo la solución que estoy buscando. Sonrío ladina. A veces la suerte me acompaña, aunque esté tan acostumbrada a que pase de largo que, cuando me es favorable, no me lo crea ni yo.

—Acércate, Darío. —Lo pillo desprevenido y tiro de su corbata—. Y bésame ahora mismo.

—¿A qué viene ese ataque repentino de lujuria? —ríe.

—Tú no preguntes y bésame.

Me obedece y me coge de la cintura para pegarme a su cuerpo. Me mira con sus maravillosos ojos claros y consigue que sienta que estamos solos en el mundo, pues sigo teniendo esa fascinante sensación de anticipación cada vez que sé que va a besarme. Por fin, posa su boca en la mía y me la abre,

con sus labios y su lengua, recorriendo lentamente todo el interior. Le respondo con un gemido, abrazada a él, dejando que su aliento y su sabor queden impregnados en mí.

Cuando se separa de mí, sus labios húmedos forman una arrogante pero adorable sonrisa, la misma que me cautivó la primera vez que lo vi.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado?

—Si miras hacia tu izquierda —le digo en un murmullo, sin dejar de mirarlo—, verás a una mujer que camina deprisa, alejándose de aquí. Se trata de Menchu, una comercial de la sección de compras que a cotilla no la gana nadie. En pocos minutos, lo que ha visto se extenderá como la pólvora.

—Vaya —me sonrío—, qué lista eres. Al final va a ser cierto que no cometí un error al contratarte.

—Pues claro que no. —Pongo los brazos en jarras y lo miro ceñuda—. ¿Qué pensaba usted, señor San Martín? ¿Que yo era una simple enchufada?

—Una simple, no —responde travieso—. Te enchufó el mismísimo presidente de la compañía.

—Capullo... —Le doy un manotazo en el hombro y camino hacia su despacho—. Por cierto, cuando vi salir a Lara venía a pedirle permiso a tu ayudante para poder hablar contigo.

—Tiene usted mi permiso para lo que guste. —Me hace una manida reverencia y ambos entramos en su despacho—. ¿Qué querías decirme?

—Antes de nada —le digo—, tendrías que asegurarme que Aarón no va a entrar y nos va a pillar hablando de él, porque se trata del asunto con Dánae.

—Eso lo arreglo yo enseguida.

Pulsa un botón y su asistente contesta al otro lado.

—Dime, Darío.

—Por favor, Aarón, no me pases llamadas, visitas ni ningún tipo de interrupción. Paula está conmigo y creo que voy a romper la norma de no follar en mi despacho.

—Por supuesto, señor presidente —le contesta él con sorna.

—Arreglado.

Darío se levanta, cierra la puerta por dentro y después se deja caer sobre el filo de su mesa con los brazos cruzados.

Alucinada es poco.

—Tú... —le digo indignada—, ¡eres un capullo! ¿Cómo se te ocurre decirle eso?

—Es la forma más efectiva de que no me interrumpa. Y ahora cuéntame lo que tengas en esa mente tuya tan retorcida, o, si lo deseas, podemos aprovechar y hacer lo que mi ayudante piensa.

Se acerca a mí, aparta la solapa de mi blusa y desliza las yemas de los dedos sobre la piel desnuda de mi clavícula. Por supuesto, mi respuesta física es un temblor por toda la columna que me hace estremecer desde los dedos de los pies hasta el vello de la nuca.

—No, Darío. —Me aparto—. Escúchame. Es importante.

—Como quieras. Pensé que te parecería interesante saber que serías la primera en echar un polvo conmigo en mi despacho.

—Menudo honor. —Pongo los ojos en blanco.

Antes de que me convenza de hacer algo que no debería, pero que me apetece demasiado, le cuento con detalle lo que creo que podemos hacer para ayudar a Aarón y Dánae.

—No está mal pensado —sonríe—. Sencillo pero eficaz.

—¿Me ayudarás hoy mismo?

—Por supuesto. Lo estoy deseando. Esos dos necesitan ya estar juntos. Llevo semanas soportando a mi ayudante de tan mal humor que a punto he estado alguna vez de darle un puñetazo. Lo he tolerado porque sé lo que es estar frustrado por no tener a la mujer que deseas.

—Bien —ríe—. En cuanto te dé la señal acordada, procede.

Me encamino hacia la puerta del despacho, pero, antes de tocar la manija, recuerdo que está cerrada, que Aarón va a creer de todas formas que estamos echando un polvo sobre la mesa... ¿Por qué no aprovecharlo?

—Estaba pensando, Darío —le digo mientras me doy la vuelta—, que deberíamos darle tiempo a Menchu para que propague bien el rumor antes de que aparezca en mi puesto.

—Y ¿qué se te ocurre hacer para dejar pasar el tiempo?

Me acerco a él. Conforme doy los pocos pasos que nos separan, comienzo a desabrochar los botones de mi blusa. Cuando me detengo, muestro la prenda ya abierta, que deja ver el encaje negro de mi sujetador. Sé que Darío no lo esperaba, pero, como el hombre que está acostumbrado a que las mujeres se le insinúen, lo disimula a la perfección, mostrando una sonrisa presuntuosa.

—Nunca pensé que un hombre con tu experiencia me hiciese esa pregunta.

Bajo la cremallera de mi falda y la dejo caer al suelo al mismo tiempo que me deshago de la blusa. Por suerte, desde que me eché un amante, procuro ir conjuntada en cuanto a ropa interior se refiere. Quedarme sólo con mi sujetador y mis bragas de encaje negro frente a Darío ha hecho que me sienta poderosa a la vez que muy excitada.

—Ahora la alumna enseña al maestro —me dice.

Me toma de la cintura y me sienta sobre su mesa. Me conmueve que me mire y me toque como si fuese un inesperado regalo.

—Qué bonita eres —susurra mientras desliza las puntas de sus dedos sobre mi clavícula, mis pechos, mis caderas y mis piernas—. Estoy deseando saborearte más lentamente, cariño, pero me temo que soy un hombre muy ocupado.

—Pues entonces —le susurro traviesa—, date prisa.

Capítulo 26

Dánae y Aarón

Dánae se encontraba muy concentrada en las cifras que le ofrecía el programa de su ordenador. Después de varios años revisando y archivando facturas, era capaz de encontrar el más mínimo error con sólo una rápida ojeada. Tal vez su puesto en la empresa no estuviese demasiado reconocido o no pareciese demasiado interesante, pero estaba hecha para los números y se sentía orgullosa de ello.

—Dánae, ¿podrías hacerme un favor?

—Un momento —contestó sin levantar la cabeza—. Estoy en modo calculadora.

—Vale, perdona.

Había oído perfectamente la voz de su amiga Paula, pero, si no interrumpía su lectura, podía continuar con sus cálculos sin temor a equivocarse.

—Ya está. —Suspiró al levantar la vista—. Dime, ¿qué necesitas?

—Tengo un proyecto entre manos —le explicó Paula—, y necesito saber la referencia de algunas piezas que ya no se fabrican.

—Las puedes obtener de las facturas antiguas en papel. Las podrás encontrar en el archivo, donde están ordenadas por fechas.

—Lo sé —suspiró su amiga—, ya he ido, pero no hay manera de entenderme entre tanta caja.

—Si quieres, te acompaño.

—Tengo una reunión dentro de cinco minutos con el jefe de diseño y algunos ingenieros. No tengo tiempo de nada —bufó—. Estoy de los nervios...

—Está bien —dijo Dánae al observar a su amiga tan agobiada—, ya bajaré yo. ¿Me dices el modelo y la fecha?

—Gracias, cariño. —Paula cogió una ficha de encima de su mesa y se la ofreció a Dánae—. Me has salvado la vida. —Y le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer corriendo.

—Genial —suspiró Dánae.

Lo haría por su amiga, porque si hubiese sido cualquier otra persona de la empresa la habría mandado a freír espárragos. No le gustaba nada bajar al sótano, y menos sola. Hacía bastante tiempo que no iba allí, y pensar en volver a pasar un solo minuto en aquel tétrico lugar la puso de muy mal humor.

En fin, tendría que aguantarse. Lo hacía por Paula, pero también le iría bien aprovechar para recuperar algunos albaranes y facturas que había necesitado en varias ocasiones, ya que había ido posponiendo demasiadas veces lo de bajar a las mazmorras de la empresa, como ella llamaba al sótano que albergaba el archivo.

Descendió a la primera planta, donde se encontraba la recepción, saludó a la recepcionista y caminó hasta una puerta situada junto al cuarto de contadores de la luz. La empujó, accedió a un oscuro pasillo y lo atravesó mientras no dejaba de despotricar por la rabia de estar allí.

—Al menos podrían gastarse dos duros en colocar luces en condiciones en este maldito lugar —rezongó—. Que esta gentuza tiene dinero para coches y putas, pero no para un par de bombillas. Claro —continuó murmurando—, como la única que suele bajar aquí es la rarita de Contabilidad, para qué nos vamos a molestar.

Entre quejas y maldiciones varias, cogió de su bolsillo la llave de la puerta que daba directamente al sótano, la introdujo en la cerradura y abrió. Por

fortuna, en aquel apartado lugar sí que había suficiente luz: varias hileras de fluorescentes se iban encendiendo conforme iban detectando movimiento. En ese instante, se iluminaron únicamente los de la escalera metálica que tenía que bajar. Sintió un leve escalofrío cuando oyó a su espalda el clic de la puerta, pero no le dio importancia y continuó bajando. El problema fue cuando oyó perfectamente el sonido de la cerradura de esa puerta. Alguien acababa de cerrarla por fuera.

—¡Joder! —exclamó mientras subía de nuevo los escalones. Empujó la barra de la puerta, pero ésta no cedía. La habían encerrado en el sótano, no había duda. Sintió pavor nada más pensarlo—. ¡Eh! —gritó al tiempo que aporreaba la puerta a puñetazo limpio—. ¿Quién coño ha cerrado? ¡Abrid de una vez! ¡No tiene ni puta gracia!

De pronto oyó un sonido proveniente del sótano. Allí abajo había alguien que iba corriendo hacia ella. Las hileras de fluorescentes se iban iluminando al paso del origen del ruido.

—¿Quién anda ahí?

Dios, ¿por qué tenía que sucederle eso a ella? Nunca había pasado tanto miedo en su vida. Juró mentalmente que, si salía de ésta, se dejaría el pelo de su color natural.

El ruido se transformó en presencia. Sí, había alguien en el sótano, y apareció al pie de la escalera en cuestión de segundos.

—¿Aarón? —preguntó alucinada—. ¿Qué haces aquí?

—¡Me he quedado encerrado, joder!

Apartó a un lado a Dánae y volvió a empujar la barra de la puerta con todas sus fuerzas, pero ésta continuaba sin ceder.

—¡Mierda! —exclamó—. Cuando he oído ruido pensé que venían a sacarme de aquí, y resulta que es una pardilla que se ha quedado encerrada igual que yo.

—¡Oye, gilipollas! ¡Acabo de pasar un miedo del carajo, así que procura no insultarme! ¡Y pardillos hemos sido los dos!

Muy cabreada con la situación, Dánae comenzó de nuevo a golpear la puerta, a gritar y a maldecir, hasta que notó que sus cuerdas vocales comenzaban a resentirse.

—¡Esto no me puede estar pasando! —exclamó. Aarón, por su parte, bajó los escalones y comenzó a fabricarse un lugar donde sentarse—. ¿Se puede saber qué haces?

Dánae bajó también y alucinó al contemplar a Aarón montando un asiento con los restos de unas estanterías.

—Intentando ponerme cómodo.

—Esto es el colmo... ¿Ésa es la única solución que se te ocurre? ¿Sentarte?

—¿Tienes alguna idea mejor?

El tono flemático e imperturbable de su superior estaba poniendo a Dánae de los nervios.

—¡Pues sí! —contestó muy ufana—. ¡Tengo un móvil en el bolsillo!

Satisfecha consigo misma, extrajo su teléfono del bolsillo delantero de sus vaqueros y lo desbloqueó. No obstante, sintió toda su repentina alegría convertirse en decepción cuando observó el aspa en la parte superior de su pantalla.

—Joder, no hay cobertura. ¡Ni una pizca!

—No me digas —contestó Aarón con sorna.

Dánae sintió unas enormes ganas de darle una patada en la espinilla con sus botas cuando lo vio acomodarse en su asiento improvisado, como si estuviese en un bar con sus colegas.

—¡Tú lo sabías!

—También tengo teléfono, chica lista. —Lo sacó del bolsillo de su americana y lo dejó sobre uno de los archivadores de cartón—. Pero ahora mismo no sirven para nada.

—¿Entonces? —preguntó ella exasperada—. ¿Qué podemos hacer?

—Esperar.

—¿Esperar? ¿Y si tardan horas en venir? Es más, ¿y si tardan días?

—Pronto nos echarán de menos, ya lo verás. —Le señaló el hueco que quedaba en su asiento y la invitó a sentarse a su lado—. Siéntate y tranquilízate.

—No voy a sentarme ahí —rezongó de nuevo—. Aquí no hay más que polvo y telarañas. Cada vez que tengo que bajar aquí, me cago en todos vosotros.

—No sabía que este lugar estuviese tan mal. —Aarón miró a su alrededor con una mueca de desagrado—. Hablaré con mantenimiento para ver si hay alguna posibilidad de mejorarlo un poco.

—Estaría bien. —Suspiró ante aquella pequeñísima muestra de comprensión—. Te lo agradecería, ya que creo que soy la única que baja a este lugar.

—Lo haré, te lo prometo. Y ahora, siéntate. Esperemos que no tarden mucho.

—Está bien. —Obedeció a su jefe y ocupó un hueco junto a él en el improvisado asiento metálico—. No entiendo que lleves tan bien el estar aquí esperando. Yo tengo ganas de gritar, de maldecir y de liarme a patadas con todas estas estanterías.

—Estoy acostumbrado —explicó Aarón—. Muchas veces me encerraron en lugares parecidos en el colegio cuando era niño y siempre salía. Siempre había algún profesor o empleado que me echaba de menos y me acababa rescatando.

—¿Te encerraban? ¿Quién? ¿Dónde?

—Mis propios compañeros, en sótanos, taquillas... Cosas de críos.

—Pero ¿por qué?

—Porque era listo, porque me gustaba leer, porque sacaba buenas notas, porque no me gustaba el fútbol... Supongo.

—Nunca había pensado en cómo se sentiría alguien desde ese lado —dijo Dánae algo taciturna.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo era del grupo que hacía esa clase de putadas.

—¿Eras una abusadora de pobres niños empollones como yo?

—Abusadora, no. —La mente de Dánae abandonó por un instante aquel polvoriento lugar para viajar hasta el pasado, al colegio—. Pero sí pasé por una etapa rebelde a los doce o trece años. En casa no me hacían mucho caso, y me sentía importante cuando los profesores me castigaban o cuando otros niños me temían.

—Supongo que debió de ser cuando decidiste llevar un aspecto nada convencional.

—No —confesó—, eso fue algo más tarde, poco antes de tener a mi hija. Me resistí a convertirme en adulta tan de golpe y pensé que, de esta forma, la gente seguiría viendo a una adolescente.

Hasta ese momento, Dánae no se había dado ni cuenta de las cosas que le estaba confesando a Aarón. Él había empezado contando aquel aspecto de su niñez y ella lo había seguido, inducida por la confianza que le había brindado y porque, por primera vez en años, no estaban discutiendo.

—Antes —explicó Dánae con una sonrisa—, cuando me he visto aquí encerrada, he pasado tanto miedo que me he prometido que si no me pasaba nada me cortarían el pelo para que continuara creciendo de su color natural. Mira si estaba cagada.

—No te justifiques —respondió él—. Yo también lo he pasado fatal. Y, por cierto, seguro que estarías muy guapa con tu pelo castaño natural, pero creo que me he acostumbrado a pensar en ti como en la chica del pelo azul.

A Dánae le golpeó con fuerza el corazón. Aarón no estaba comportándose sencillamente de forma correcta con ella, sino que le estaba lanzando cumplidos. Y le fue imposible no recordar la noche que pasaron juntos. En realidad, había pensado en ello cientos, miles de veces, pero en ese momento, tan cerca de él, encerrados en un sótano, confesando ciertos aspectos de sus vidas, le resultó demasiado impactante. Una cosa era pensar en él en sus

húmedas y solitarias noches, y otra muy distinta hacerlo cuando lo tenía a un palmo y la estaba mirando y hablándole.

¡Y cómo la miraba! Por un instante pensó que su ropa se acabaría desintegrando sobre su piel. Siempre había adorado sus grandes ojos verdes, su pelo ondulado que él domaba con gomina, su sonrisa, la más bonita de la Tierra... Y, en aquel momento, admitió para sí que cada vez le gustaba más.

—Gracias —se limitó a decir—. Pero deberías saber que estoy a punto de sufrir una apoplejía. ¡Me has lanzado un cumplido! —Teatralmente, se llevó la mano al pecho.

—Vale —rio el aludido—, captada la indirecta. Pero reconoce que tú sueltas cada ráfaga de veneno por la boca que eres capaz de dejar a tu adversario por los suelos.

—Lo siento —se lamentó Dánae—. Deberíamos haber pensado hace tiempo en llevarnos algo mejor, ¿no crees?

—Sí, lo creo.

Nunca antes habían hablado tanto, mucho menos de ellos mismos. Sobre los dos se estaba posando una extraña nube compuesta de perdón, de arrepentimiento, de buenas intenciones, que los cubría y que sentían cómo les estaba influyendo.

Aarón tampoco podía dejar de mirarla. Adoraba la piel de su rostro, tan fina, tan clara, tan perfecta, donde destacaban sus grandes ojos azules. Le estaba resultando demasiado duro ignorar el recuerdo de la noche juntos y tener que quedar con ella en llevarse bien y ser buenos compañeros. Como si él tuviese suficiente con eso.

—¿Has pensado alguna vez en la noche que compartimos? —terminó por preguntarle.

Al estar encerrados, fue como si el mundo exterior hubiese dejado de existir y, por tanto, no importara la gente, el qué dirán, el orgullo o la vergüenza. Aquel sótano se había convertido en una especie de capullo de

seda que los cobijaba y los protegía de cualquier preocupación, de cualquiera que pudiese osar decir que no pegaban ni con cola.

Dánae, a pesar de todo, se puso nerviosa. No esperaba esa alusión a su noche de sexo, al menos, no de forma tan repentina e inesperada. De todos modos, consiguió aguantar la profunda mirada de Aarón.

—Claro —susurró—. Cómo no voy a pensar en ella, si fue perfecta.

—A mí también me lo pareció. —Aarón estaba igualmente nervioso. Él mismo había quedado sorprendido de haber soltado aquella pregunta—. Lo que me ha llevado a preguntarme todo este tiempo, ¿por qué no hemos hablado de la posibilidad de repetir?

Dánae sintió a la perfección cómo se le descolgaba la mandíbula y ésta casi llegaba a rozar el suelo cubierto de polvo. ¿Cómo? ¿Había oído bien? ¿Aarón quería volver a acostarse con ella?

—¿Repetir, dices? —susurró casi sin voz. Había quedado tan sorprendida que no le había dado tiempo ni de saltar de alegría en su mente.

—Sí, bueno. Me gustó, te gustó, lo pasamos bien...

—No sé, Aarón —contestó, aún desconcertada.

—Tienes razón, ha sido una estupidez decirte eso. —Él se levantó de su asiento y se pasó la mano por su pelo engominado—. Tengo como norma no repetir, y voy a continuar de la misma forma.

Al ver la duda en los ojos de Dánae, Aarón lo interpretó como si fuese un modo de rechazarlo de forma sutil. Se sintió estúpido y a la vez decepcionado.

Pero Dánae se sintió de otra manera: percibió la ira trepar por sus piernas hasta alojarse en el mismo centro de su garganta. Se levantó también y dio un manotazo a un par de archivadores, que cayeron al suelo desparramando las facturas y levantando una nube de polvo.

—¡No entiendo que aún estemos aquí, joder! ¡Cuando pille a Paula le voy a decir que no vuelva a pedirme en la vida otro favor si va a ser como éste!

—Un momento. —Aarón reaccionó a las palabras de Dánae—. ¿Paula te

pidió que bajaras aquí?

—Sí, ¿por qué? —le gritó, todavía enfadada por haberle ofrecido un caramelo para después quitárselo.

—Porque ha sido Darío quien me ha pedido que baje aquí a por unas facturas antiguas.

—Joder... —exclamó Dánae.

Su amiga Paula ya le confesó en otra ocasión su manipulación para encontrarse con Aarón. ¡Claro! ¡Había hecho lo mismo! Igual que la otra vez, había solicitado la ayuda de San Martín. Dios, qué tonta había sido. Le estaba muy agradecida a su amiga, pero esta vez no iba a tener tanta suerte de que la perdonara. Pensaba decirle cuatro cosas bien dichas por haber intentado un imposible.

—¿Qué ocurre? —interrumpió él sus pensamientos—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Han sido ellos —murmuró—. Ellos lo han vuelto a organizar.

Estaba claro que San Martín nunca le había confesado a su asistente su manipulación.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Tu jefe y Paula. Lo han vuelto a hacer.

—Explícate.

—¿No sabías que, cuando nos encontramos en aquel hotel, no fue una casualidad?

—¿De qué estás hablando?

—Paula y Darío obtuvieron nuestras claves de la página de contactos e hicieron posible que concertáramos aquella cita.

—Pero ¿con qué propósito? ¡Dime! ¿Para reírse de mí?

Aarón no sólo estaba confundido, sino molesto, muy molesto.

—¿De ti? Querrás decir de los dos.

—¡No! ¡Darío era la única persona en el mundo que sabía lo que yo sentía por ti! ¡Maldita sea! —gruñó furioso—. ¿Por qué tuvo que hacerme pasar una

noche contigo? ¡Es mi amigo, joder!

—¿Lo... que sentías por mí? —preguntó Dánae. Debía de haber tenido una alucinación y él no había dicho eso en realidad.

—¡Sí! —Harto, Aarón decidió soltarlo todo de golpe. Era ya mucho el tiempo que llevaba con ese dolor alojado en el pecho, sin poder decir nada, sin poder hacer nada, años de frustración y de deseo insatisfecho—. ¡Me gustas, joder! ¡Me gustas mucho! ¿No lo sabías? ¡Pues ya lo sabes! ¡Y ahora ya puedes mearte de la risa y soltar tu habitual veneno por la boca! —Se dejó caer en su asiento y apoyó la espalda en la pared—. Llámame ridículo, gilipollas, retrógrado, almidonado y todo lo que te venga en gana.

Dánae se tapó la boca, incapaz de reaccionar. Se felicitó a sí misma por no caerse muerta al suelo y por conseguir, al final, mantener la compostura y responderle a Aarón con la suficiente serenidad.

—Tu amigo ha hecho por ti lo que mi amiga ha hecho por mí. Paula lo organizó todo porque sabía que yo estaba enamorada de ti.

—Vamos, Dánae —rezongó Aarón—, cualquier cosa menos eso. Ríete de mí de una forma más cruel, más despiadada, si cabe, pero más sincera. No lo hagas de un modo que suene tan ridículo y absurdo. Me acostumbré en su día a que se rieran de mí, no debes preocuparte por mi dignidad.

Dánae no daba crédito. Aarón acababa de confesarle que ella le gustaba, pero estaba tan seguro de que no era recíproco que no había podido sonar peor, transformando un momento mágico e inesperado en algo desesperante. La ira le bulló por dentro y sintió ganas de darle un puñetazo en toda la boca.

—¡¿Tú eres idiota o qué?! —le gritó—. ¡Te he dicho que Paula supo hace tiempo que me gustabas y que por eso se ha tomado tantas molestias en juntarnos! ¿Qué es lo que no entiendes?

Aarón tensó su actitud relajada y la miró fijamente, como no la había mirado antes. Pese a que se creía un hombre inteligente y de rápida capacidad de reacción, tardó bastantes segundos en asimilar lo que le estaba diciendo Dánae.

—¿Me estás diciendo que nos hemos gustado todo este tiempo pero nos hemos comportado como dos asnos?

—Más o menos —susurró Dánae.

Se sentó al lado de él, aunque un poco tiesa. Al fin y al cabo, le daba un poco de vergüenza haber confesado sus sentimientos, aunque acabara de averiguar que eran mutuos. Todavía no le había dado tiempo a digerir aquella nueva información y no sabía muy bien qué decir.

—¿Desde cuándo? —le preguntó él.

Sus grandes ojos verdes emitían una luz diferente, una luz que Dánae captó y que la conmovió hasta el mismo centro de su ser.

—Desde que entré a trabajar aquí —le contestó—. Fue verte y sentir que desaparecía la gravedad terrestre. Me pareciste guapo, inteligente, seguro de ti mismo... Pero enseguida comprendí que a tu lado debía de parecer una infeliz en la que no te fijarías en la vida. Obviamente, tu gusto debía de ir más por el lado de la sofisticación, de mujeres con tres carreras que ambicionaran llegar a directora general. Y me daba tanta rabia pensar que sólo era un bulto para ti que comencé a llamarte cosas horribles. Me consolaba saber que te insultaba a tus espaldas y no te enterabas. ¿Y tú? —preguntó tras su larga confesión—. ¿Cuándo te fijaste en mí?

—Pues el primer día que entraste aquí, hace ya tres años.

—No puede ser —rio.

—Me pareciste preciosa. —Levantó la mano derecha y la posó sobre la mejilla de Dánae—. Tu piel sin mácula, tus enormes ojos azules... Y también me pareciste divertida, ocurrente, además de digna de admiración. Busqué por entonces tu ficha y pude ver que, a pesar de haber dejado el instituto por quedarte embarazada, retomaste tus estudios años más tarde para poder tener tu título de contabilidad.

—Qué fuerte... —susurró Dánae, conmovida tras aquella maravillosa descripción de sí misma.

—Y, por supuesto —continuó él—, también pensé que no me harías ni

caso, que preferirías a tipos duros con aspecto de moteros, y no a uno del que no se tiene clara ni su orientación sexual.

—Yo puedo corroborarla —dijo ella divertida—. Doy fe de tu gusto por las mujeres. Aunque sea una con este aspecto. —Se señaló a sí misma y compuso un mohín.

—¿Te refieres a esto? —Aarón pasó las yemas de los dedos por el *septum* que atravesaba su nariz, por los múltiples aros metálicos que adornaban sus orejas, por su cabello de color azul y por sus labios pintados de negro—. Me encanta todo.

—¿Qué cambiarías en mí? Vamos, no te cortes.

—Nada, te lo juro. ¿Y tú de mí? —le preguntó—. Pero no vale decir mi ropa. Necesito que en el trabajo se me respete más de lo que lo hacían los chicos en el colegio.

—Lo sé —murmuró Dánae—, por eso tampoco cambiaría nada de ti. Aunque —achicó los ojos e inclinó la cabeza— tal vez disminuiría esa cantidad incesante de gomina. —Introdujo los dedos entre su pelo y se lo alborotó.

—Vale —sonrió—, lo tendré en cuenta.

—Sabes que no pegamos ni con cola. —Dánae posó una mano sobre la áspera mejilla de él.

—¿De verdad te importa?

—Claro que no. Lo que temo es que evites presentarme a tus amistades o algo así. Soy como soy y no voy a cambiar porque un tío se avergüence de mí.

Antes de que acabara, Aarón la tomó de la cintura y la sentó en su regazo.

—Yo podría pensar lo mismo. —Sus rostros estaban tan cerca que cada uno se reflejaba en las pupilas del otro—. Pero resulta que ambos llevamos gustándonos tres años tal y como somos, así que, en este momento, opto por dejar de decir más tonterías y pasar a la acción. Quiero besarte.

—Y yo que me beses.

Volver a sentir los suaves labios de Dánae en los suyos le resultó a Aarón lo más placentero y sensual que había sentido en la vida. Su piel aterciopelada, su olor fresco, su sabor intenso... Cuando ella introdujo su lengua en la boca de él, no pudo evitar expulsar un gemido mientras enredaba las manos entre sus guedejas azules.

—No pares todavía —suplicó Dánae con languidez—. Necesito besarte mucho más tiempo.

—No sé si es buena idea —susurró Aarón—. Desde que tuve aquella cita contigo, todos mis encuentros sexuales me han parecido tan nimios y mediocres que no he dejado de pensar en aquella noche, de soñar contigo, con tu cuerpo. Te deseo tanto que si comenzamos...

Dánae no lo dejó terminar. Se abalanzó de nuevo sobre su boca al tiempo que se colocaba a horcajadas sobre él para tener un mejor acceso a su lengua, a su pelo, a su cuello, que besaba también, lo mismo que su mandíbula y su barbilla, para luego volver a buscar sus labios y su lengua. De forma inconsciente, movía las caderas y golpeaba la hinchada entrepierna de Aarón.

—Dios, cariño, para —le rogó—. O tendré que desnudarte ahora mismo.

Dánae soltó una carcajada. Con rapidez, se apartó de él, se quitó las botas, los pantalones vaqueros y la camiseta. Dejó sobre su cuerpo, únicamente, su conjunto de color burdeos y volvió a colocarse a horcajadas sobre Aarón.

—Dios... —susurró él, como si sintiera dolor—, no me digas que voy a follarte en el trabajo, en el archivo, mientras todo el mundo está trabajando. Resultan tan... morboso.

—Tendremos que aprovechar este encierro. —Dánae continuaba hablando sin dejar de apartar ropa con rapidez. Deshizo el nudo de la corbata, desabrochó su camisa y lanzó su boca sobre el pecho masculino para deleitarse con su olor, su sabor y el tacto de su piel caliente. Sin dejar, por supuesto, de desabrochar también sus pantalones.

De pronto recordó algo que le hizo parar de golpe todos sus movimientos.

—Por tu madre, Aarón, dime que llevas un condón encima.

—Creo que sí —contestó él, respirando a toda velocidad ante el asalto inesperado de la chica. Buscó en los bolsillos de sus pantalones, en los de su chaqueta, y, al final, encontró el preciado botín en el forro interior de la americana—. ¡Bingo!

—Qué suerte —suspiró ella—. Y ahora, date prisa, por favor. Si a alguien se le ocurre venir a rescatarnos ahora y nos interrumpe, lo mato.

Desde ese momento, más tranquilos por tener protección, ambos se lanzaron en pos del cuerpo del otro. Aarón apartó las copas del sujetador de Dánae para poder besar y lamer sus pechos mientras ella rescataba de su encierro su miembro hinchado y palpitante. Lo frotó, lo acarició y, seguidamente, le colocó el preservativo. A continuación, sin perder tiempo, se apartó las bragas, se colocó encima del excitado miembro y se lo introdujo hasta el fondo.

—Oh, sí —gimió—. Cuánto tiempo soñando con esto, cuánto tiempo soñando contigo...

—Desde aquella noche —jadeó él—, nada ha sido igual. —Su voz quedó amortiguada por posar su cabeza entre los pechos femeninos y por el esfuerzo de ayudarla a ella a subir y bajar sobre su miembro—. La primera vez que te besé, la primera vez que te toqué, la primera vez que saboreé tu orgasmo en mi lengua...

Las palabras de Aarón, sus caricias, su aliento y su miembro golpeando con fuerza le fueron más que suficiente a Dánae para estallar en un profundo orgasmo con inusitada rapidez. Él la acompañó sólo unos segundos después, profiriendo un fuerte rugido cuando el placer los inundó y los elevó a las alturas para después descender y así permitirles abrazarse y dejarse caer el uno en el otro. Ni siquiera se habían dado cuenta de que habían acabado derrumbando el improvisado banco metálico y se encontraban en el suelo, sobre restos de planchas de metal, polvo, telarañas y algún que otro insecto que no pudieron ni quisieron reconocer. Todavía entrelazados, ignorando

cuanto los rodeaba, se besaron con dulzura tras los últimos residuos del placer.

—Sería un puntazo que, justo ahora, entraran a rescatarnos —rio Aarón—. Aunque si, como dices, ha sido Paula quien ha montado esto, no creo que se sorprendiera.

—¿Y si no fuera Paula? —preguntó Dánae mientras se desligaba de los brazos de su amante, se ponía en pie y comenzaba a vestirse—. ¿Te importaría que alguien más se enterase y lo propagase por ahí?

—Claro que no. —Aarón la imitó y comenzó a recomponer sus ropas—. Es más, ojalá sea así y nos ahorren el trabajo de decirle a todo el mundo que estamos saliendo.

—¡Como Paula y San Martín! —rio ella—. Han decidido besarse delante de Menchu para acelerar el proceso de propagar que están juntos.

—Porque nosotros también estamos saliendo, ¿verdad? —preguntó Aarón. Más o menos adecentado, se aproximó a Dánae y la tomó de la barbilla para hacerle la pregunta con el corazón en los ojos.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella—. ¡O pensaré que me has vuelto a liar para echarme un polvo y dejarme tirada otro montón de meses para que languidezca por ti!

—Nunca más. —Aarón la abrazó con todas sus fuerzas y besó su inconfundible cabello azul.

En ese instante oyeron unos ruidos y, a continuación, la voz conocida de Paula:

—¡¿Hola?! ¡¿Estáis ahí?! ¡Dánae! ¡Aarón!

—Ha ido de un pelo —bromeó él.

—Es mi amiga —dijo Dánae con sonrisa ladina—. Y las amigas están para lo que haga falta.

Capítulo 27

Dos desconocidos, tres semanas antes

El hombre sólo era una sombra producida por la luz de la luna en mitad de la noche. Apostado tras una de las columnas del aparcamiento, la rabia lo hizo aspirar el humo del cigarrillo hasta notar la falta de aire en sus pulmones. Cuando tiró la colilla al suelo, la pisó con fuerza, hundiendo el pie en el asfalto hasta dejarla desintegrada.

Ahora sí, estaba completamente seguro de que ella estaba allí, con otro. Lo inundó un deseo enorme de aplastar algo, de golpear, de colocar sus manos alrededor de un cuello y apretar y apretar... Inspiró y espiró con fuerza varias veces y dejó que esos pensamientos fluyeran hasta desaparecer, tal y como le habían enseñado.

Cuando decidió que lo mejor era marcharse de allí y canalizar la ira de otra forma, un leve movimiento tras las columnas lo hizo detenerse. Fue sólo un segundo y sólo una sombra, pero estaba seguro de que había otra persona en aquel oscuro lugar. Con sigilo, ante el amparo de cada una de las columnas, fue ganando terreno, paso a paso, conteniendo la respiración. Un pequeño e imperceptible sonido tuvo lugar hacia su izquierda, así que no tuvo más que dirigirse a la derecha y rodear varios metros para poder colocarse a su espalda. Por fin, la vio. Ya no era una sombra, era la silueta de una mujer. Ésta pareció percibir su presencia y se dio la vuelta para colocarse frente a él. Al verlo, no aparentó la más mínima sorpresa.

—Te estaba esperando —lo saludó y lo dejó perplejo, aunque él supo

disimularlo bien.

—¿Quién eres?

—Una aliada.

El hombre la miró detenidamente. Tras salir del cobijo de la oscuridad hacia el resplandor argentino del cielo, pudo contemplar de forma algo más clara sus facciones. Era hermosa, pero en sus ojos brillaba un alto grado de maldad. Y él conocía bien ese brillo, porque era casi idéntico al que veía cada vez que se miraba en el espejo.

—No necesito aliados.

—Yo creo que sí —insistió ella—. Porque estás aquí, igual que yo, has venido por el mismo motivo y no es la primera vez que lo haces. Y creo que tenemos, además, un objetivo común: analizar la situación antes de actuar.

—Pues a mí me parece que estás muy equivocada. Ya no me importa la situación y no pienso actuar. Ya he tenido bastante castigo por dejarme engatusar por una zorra.

—Una zorra con piel de cordero —prosiguió la mujer—. Y yo estoy dispuesta a arrancarle esa piel y dejarla al descubierto o, en su defecto, ponerle un buen cepo para que caiga y deje libre mi camino.

—Ya te he dicho que...

—Tú no tendrías que hacer nada —lo interrumpió—. Únicamente necesito un poco de información.

—Y ¿qué obtengo yo a cambio?

—Satisfacción.

El hombre extrajo un cigarrillo del paquete que guardaba en el bolsillo y luego se lo tendió a la mujer. Ella aceptó y esperó a que él le ofreciera fuego, antes de encendérselo él mismo y expulsar ambos una bocanada de humo. Ella aguardaba impaciente la respuesta. Él la meditaba.

Ya estaba harto de cárcel, castigos y terapias. Ya estaba harto de pedir perdón. Ya estaba harto de canalizar rabia cada vez que pensaba en ella. Tal vez, ahí estaba la solución. Si él no actuaba, no tendría nada de lo que

arrepentirse. Si otra persona lo hacía por él, podría obtener, tal y como le había dicho la mujer, un poco de satisfacción sin tener que ensuciarse las manos.

—Está bien —claudicó—. Pero sólo tendrás información. Yo no intervendré.

—Sabía que nos íbamos a entender —sonrió la desconocida—. Aunque, quizá, al final, decidas cambiar de opinión y prefieras disfrutar aunque sea un poco del sabor de la venganza.

El hombre notó que se le ponía de punta el vello de la nuca y rectificó su anterior pensamiento: aquella mujer no poseía la misma maldad que él, sino mucha más.

Capítulo 28

Paula

Antes de entrar en la habitación, doy un par de golpes en la puerta y la abro cuando recibo la autorización de Noa.

—Hola, guapa —la saludo.

Se encuentra sentada ante su escritorio haciendo los deberes, aunque lleva en la cabeza, como casi siempre, unos auriculares blancos para escuchar la música que tiene descargada en el móvil. La luz natural que todavía entra por su ventana ilumina toda la superficie de trabajo y se puede admirar lo ordenada que es.

—Perdona, veo que estás con tus cosas.

—Sí —responde sin levantar la vista de sus apuntes—. Mañana tengo una exposición oral en inglés y debo preparármela.

—¿Y ya te apañas bien con música? Yo suelo preferir el silencio cuando estudio.

—A mí me va bien así —contesta parcamente.

—Puedo ayudarte —insisto—. En inglés siempre he sido bastante buena y...

—Paula —me interrumpe—, no necesito ayuda, de verdad. Sé perfectamente que mi madre ha salido con Aarón. Ya me lo ha presentado, es muy majo y todo está perfecto. No te sientas mal por ello ni creas que tengo algún tipo de trauma porque mi madre salga con un tío.

—Ya —suspiro—, perdona.

Lleva razón. Noa se ha vuelto tan concisa a la hora de dar explicaciones que he temido que lo estuviera pasando mal porque su madre ya saliera abiertamente con alguien. No obstante, tengo que reconocer que no es así. Simplemente es una adolescente, y las chicas de esa edad cuentan cosas cuando les apetece, no cuando se lo exiges, así son las cosas. Todos hemos pasado por lo mismo.

—No tienes que pedir perdón, Paula. —Deja el bolígrafo sobre los papeles y se gira en su silla para poder tenerme de frente—. Estoy muy agradecida de teneros a todas vosotras para ayudarme con los deberes, para acompañarme cuando se me hace tarde, para defenderme de un dragón que osara atacarme. —Sonríe—. Pero, en esta ocasión, no necesito nada, de verdad. Es más, ya le he dicho a mi madre lo feliz que estoy porque se haya decidido a dar el paso para tener una relación. Lleva demasiados años pendiente sólo de mí y de tía Emily, y se había olvidado de ella misma. Tiene todo el derecho del mundo a enamorarse.

Me deja boquiabierta y no puedo evitar sonreír y darle un beso en la mejilla.

—Qué razón tenías cuando te presentaste como la más sensata de esta casa —le digo con orgullo.

—Te lo dije, es cierto —ríe. Vuelve a colocarse los auriculares, gira su silla de nuevo y coge el bolígrafo entre los dedos mientras dirige la vista a sus apuntes—. Debo seguir con esto, Paula. Nos vemos luego.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Si tía Emily está preparando algún té de su especialidad, no voy a ser yo quien se lo rechace.

Pero no está en la cocina. La veo surgir de su dormitorio arreglada para salir. No es que vaya vestida para un gran acontecimiento, pero sí lo suficiente como para pensar que va a cualquier recado cerca de casa, pues no sería la primera vez que la veo de punto en blanco para ir a buscar el pan. Lleva un traje de pantalón y chaqueta en color claro de vaporosa tela, algo

anticuado, sí, pero unido a su aura de elegancia, consigue que se te olvide y la veas la mujer más estilosa del mundo.

—Oh, veo que vas a salir —le digo.

—Sí —responde mientras se coloca sus enormes gafas de sol—, voy un momento a comprar algunas provisiones y, ya de paso, a dar una vuelta. — Me guiña un ojo y desaparece pasillo abajo—. Chao, Paula. Hasta luego.

Vale. Está claro que esta tarde me quedo sola. No hay nadie en casa el día que tampoco puedo quedar con Darío porque ha tenido que viajar esta semana a Múnich y volverá hoy mismo de madrugada.

En fin, tengo trabajo por hacer y puedo aprovechar. Poco a poco voy llevándome alguna de mis cosas a casa de Darío para ir acostumbrando a Isabella a mi presencia, aunque no hemos observado ningún problema por su parte. Está encantada con salir con Darío y conmigo, con vernos a los dos en casa. Me hace tan feliz la situación que a veces pienso si, después de unos años tan horribles, no será de mal agüero que todo me vaya tan bien.

Subo a mi buhardilla y abro el armario, de donde comienzo a sacar algunas prendas de ropa. Únicamente pensando en lo que es mejor para llevarme, mis cavilaciones quedan interrumpidas con el sonido de mi móvil. Lo compruebo y, ahí está, el motivo por el que la felicidad nunca puede ser completa: Abel y sus constantes llamadas.

Le cuelgo y prosigo con mi tarea. Pero, de nuevo, insiste.

—Joder —refunfuño mientras vuelvo a colgar. Elimino el volumen de llamada y dejo el teléfono sobre la mesilla.

Pero esta vez no cede. El zumbido de la vibración me pone tan nerviosa que acabo tirando con furia todas las perchas sobre la cama, donde queda toda mi ropa en un montón informe de tela.

—¿Qué quieres, Abel?! —le grito al teléfono después de descolgar—. ¡Dime qué coño quieres de una vez!

Silencio. El mismo silencio que me saca de quicio.

—¡Pero ¿por qué no me hablas?! —vuelvo a gritar—. ¡¿Qué quieres de

mí?!

Nada.

—Estoy harta de ti, Abel —le digo con inquina. Aprieto tanto el teléfono que mis nudillos están blancos—. Haz el favor de dejarme en paz o decirme qué quieres. ¡¿No tuviste bastante con joderme media vida?!

Sonido de respiración. Pero no la misma de siempre. Esta vez me parece el sonido que desprendería una risa macabra. Todo el vello se me acaba de poner de punta.

Cuelgo y el teléfono acaba cayendo sobre la cama después de que lo suelte como si me hubiera mordido. Respiro tan aprisa que creo que voy a hiperventilar. He cambiado tantas veces mi número que ya he perdido la cuenta, sin embargo, siempre me encuentra. Dios, ¿no voy a poder deshacerme de su sombra constante? ¿No tuve bastante con soportarlo a él y su maltrato? Debo de haberme portado muy mal en otra vida.

De pronto, el zumbido que emite el móvil, casi cubierto por la ropa que aún yace sobre la colcha, es más breve. Parece de un mensaje de WhatsApp. Lo miro y compruebo que es de Abel:

Tenemos que vernos. Ahora. En el mismo lugar de la anterior cita. Será la última vez.17.58

En un principio, mis dedos casi se ponen a escribir para dar una respuesta del tipo «vete a la mierda» o «que te jodan», pero acabo por rectificar. Decido que ya no puedo seguir viviendo así, que, si hace falta, llego hasta las últimas consecuencias. Estoy harta de vivir a medias, de mirar hacia atrás cuando oigo un ruido, de sobresaltarme cada vez que suena el teléfono. En resumen, estoy cansada de vivir con miedo. Aun así, ya no soy la misma que era antes, y es de eso de lo que debo aprovecharme.

Así que le respondo:

Dentro de una hora estoy ahí. 18:02

Decidida, pero usando la sensatez y la prudencia, escribo una nota dirigida

a Dánae que dejo sobre mi almohada. En ella le explico dónde estoy y lo que debe hacer si no he vuelto esta noche. Salgo de casa, me meto en el coche y conduzco disparada en dirección a la autopista. Antes de entrar en ella, mientras circulo todavía por una carretera sin apenas tráfico, siento que una sombra emerge justo detrás de mí y se me echa encima.

—¡Joder! —grito presa del pánico. Doy un volantazo y freno en el arcén derecho.

—Chist, tranquila —me dice Abel desde el asiento trasero, donde se había agazapado—, soy yo.

¡Como si eso pudiese tranquilizarme!

Lo veo por el espejo retrovisor y, antes de poder girarme hacia él, me coloca su brazo con fuerza desde atrás alrededor de mi cuello. Apenas puedo respirar y el pánico comienza a hacer estragos en mí.

—Y ahora, cariño, vas a ser buena y te vas a colocar en el asiento de al lado para dejarme conducir a mí.

—¡Suéltame! —le digo con esfuerzo.

Él se da cuenta de que aprieta demasiado y me suelta. Tengo que respirar a toda velocidad para recuperar el aire perdido. Me duele la garganta, pero más me duele tener que soportar de nuevo sus amenazas.

Me quito el cinturón y me siento en el lugar del acompañante. Él pasa al asiento delantero por el estrecho hueco sobre el cambio de marchas y le da a la llave para proseguir el camino.

—Lo primero que vas a hacer —me ordena— es darme tu teléfono.

—¿Mi teléfono?

—¿Estás sorda o eres tonta? Sí, he dicho tu teléfono.

Le hago caso y saco el móvil de mi bolso. Él me lo coge de la mano, baja la ventanilla y lanza el teléfono sobre el asfalto. Observo cómo impacta y cómo saltan las piezas por todas partes.

Sube de nuevo el cristal y continúa conduciendo, hasta creo que me dirige una sonrisa que ya conozco y que me produce escalofríos.

—Necesitamos intimidad —me dice como excusa a su acto despreciable.

Apenas puedo moverme ni reaccionar, pero no pienso volver a demostrarle miedo. Procuero mantener la compostura y una expresión de lo más relajada, aunque me cueste media vida.

—Al final —le digo—, sí que tenías el otro juego de llaves del coche, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo no te lo robé ni intenté atropellarte. —Habla con tranquilidad, mirando al frente. Su expresión es de total normalidad, como si asaltar a alguien en su coche en mitad de un trayecto no fuese algo que recriminar.

—¿Ah, no? —pregunto escéptica—. Y ¿quién fue, entonces?

—Para eso he venido, para explicártelo todo.

Contemplo las diversas posibilidades. Puedo abrir la puerta del coche y tirarme sobre el asfalto, pero le veo demasiados inconvenientes. Obviando que me puedo matar y acabar igual que el móvil, dada la velocidad que ya llevamos, él regresaría a por mí y vuelta a empezar.

Otra posibilidad sería tener a mano algo con lo que atacar a Abel, lo que me daría una gran satisfacción. Pero necesito acabar con esto de raíz, no sólo momentáneamente, aparte de que podríamos matarnos los dos.

Entre un pensamiento y otro, observo que se pasa la entrada a la autopista y continúa por una carretera secundaria bastante apartada de cualquier tipo de civilización.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Te lo he dicho —responde, como si yo fuera corta de entendederas—. Vamos a aclarar algunas cosas.

Sí, tengo miedo, no voy a negarlo. Por mi cabeza pasa la idea nefasta de que, harto de mí, muerto de celos o por cualquier otro motivo, ha decidido deshacerse de mí, matarme y enterrarme en algún apartado lugar donde nunca me encontrarán. Sólo tengo el consuelo de la nota que dejé en mi dormitorio,

pero contaba con el móvil para que rastrearán mi ubicación. Ahora ¿cómo van a saber dónde estoy?

—¿Por qué haces esto, Abel? —le pregunto, para ir tanteándolo—. ¿Por qué no aceptas que entre nosotros ya no puede haber nada y que no podemos...?

—Cállate, Paula, por el amor de Dios. ¿Crees que esto es para recuperarte? Por favor, no me hagas reír. No me interesas ni un ápice. Ya no has sido sólo mía y no me gusta la mercancía usada.

Por un lado me sigue dando asco escucharlo, aunque, por otro, siento alivio.

—Entonces ¿para qué me secuestras en mi propio coche?

—No te estoy secuestrando. Sólo quiero que hablemos.

Me dan ganas de decirle que poco podemos hablar, que lo único que le pasa es que está mal de la cabeza. Lo conozco demasiado bien, por desgracia, y sé que lleva mucho tiempo sin controlar la situación. Detesta no ser él quien mande, y ha decidido despedirse de mí a su manera, para que me quede bien claro quién manda y ha mandado siempre.

El trayecto se me ha hecho enormemente largo, pero parece que estamos cerca de lo que supongo es nuestro destino. Abel ha dejado la carretera para girar hacia un camino de tierra que se adentra a campo través y que nos lleva hasta una masía. Estaciona y para el coche frente a una puerta trasera.

—Baja —me ordena.

De momento, obedezco. Quiero saber adónde me llevará todo esto. Nos acercamos a la puerta, la abre y accedemos al interior, donde nos recibe una cocina algo lúgubre y desordenada. Después, me conduce hasta el salón, igual de sombrío, debido a las ventanas cerradas y las cortinas echadas. Huele a humedad y a abandono, aunque parece un poco más ordenado, pues apenas tiene unos pocos muebles y un par de jarrones con flores marchitas y secas.

—¿Vives aquí? —le pregunto.

—Claro que no —responde con desdén—. Soy el mejor comercial de mi

empresa, y esta semana me mudo definitivamente a Madrid, lejos de toda la mierda que me rodea aquí. Mientras tanto, vivo en hoteles o apartamentos de alquiler, siempre en buenas categorías. ¿O has pensado que soy un perdedor?

—He pensado muchas cosas malas de ti, Abel, pero nunca que fueses un perdedor. En todo caso, un grandísimo hijo de puta maltratador, un cobarde y un cabrón.

—No te creas tan perfecta, Paula.

Se pone tenso, esperaba que lo hiciera, pero no puedo amilanarme ahora. Siento la imperiosa necesidad de que lo sepa, de que entienda que no me destrozó del todo, que he sido capaz no sólo de reponerme, sino de hacerme más fuerte, plantarle cara y demostrarle que no ha podido conmigo.

Aunque no soy de piedra y temo que quiera hacerme daño. La diferencia está en que lucharé hasta el final.

—Nunca me lo he creído —respondo—. Y, ahora, sólo quiero saber para qué me has traído aquí.

—Este lugar es de un amigo —explica.

Yo sigo plantada delante de un antiguo mueble bufet mientras él se deja caer en el filo de la mesa. Tiene las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo y ha cruzado una pierna sobre la otra, por lo que parece tranquilo y dominador de la situación. Pero lo conozco, he convivido con él durante más de diez años y sé que está conteniendo una gran ira. Lo que no tengo claro es de qué forma la va a expresar, aunque empiezo a hacerme una ligera idea.

—Hemos venido aquí —continúa su explicación— por la razón que ya te he dicho. Antes de irme definitivamente tenía que dejarte claras algunas cosas. Como, por ejemplo, que paso de ti, que ya no me interesas y que yo no estoy detrás de todo lo que te está pasando últimamente.

—Entonces ¿quién? —le exijo—. Si no eres tú, ¿a quién puede interesarle putearme de esta manera? ¿Quién sigue llamándome por teléfono?

—Cállate y déjame explicarte.

—¿Quién me pinchó las ruedas o me dejó sin coche para intentar

atropellarme con él? —insisto, cada vez más alterada.

—¡He dicho que te calles, joder!

Antes de poder reaccionar, lo último que ven mis ojos es el brillo de su maldito anillo en su dedo anular frente a mi cara. Lo siguiente es verlo todo rojo por el doloroso impacto que recibo en el rostro y, a continuación, el que siento en la espalda. La fuerza del golpe me ha lanzado contra el mueble que tengo detrás de mí, que se me clava en la zona lumbar y me hace rebotar para acabar cayendo al suelo, donde me golpeo la cabeza. Creo que he arrastrado en el proceso un jarrón que adornaba el mueble, pues siento el estruendo de cristales que caen a mi alrededor. Por último, oigo un penetrante zumbido en mi cabeza y todo se vuelve negro.

Parpadeo con esfuerzo y consigo abrir un poco los ojos. Siento toda la escala de intensidad de dolor en mi cuerpo, desde las contusiones en mi espalda por el golpe o en el cuello por la postura, pasando por el dolor de mi mejilla, hasta el terrible palpitar que sacude mi cabeza. Siento, asimismo, escozor en ciertos puntos de mi pierna derecha o en las manos y compruebo que es debido a los fragmentos de cristal que me han lacerado esas zonas. No puedo evitar revivir aquel horrible momento en el que me vi sentada sobre restos de platos rotos que se me clavaron en los glúteos y que me dejaron una fea cicatriz.

Con cuidado, levanto la vista para comprobar mi entorno. Abel sigue aquí, sentado frente a la mesa del salón. Está fumando y debe de llevar haciéndolo mucho rato, pues una opaca nube de humo lo envuelve y un cenicero cargado de colillas preside la mesa donde apoya sus brazos. Tengo una idea de la hora que puede ser por los tenues rayos de sol que atraviesan las rendijas de las persianas. Son directos y entran paralelos al suelo, por lo que ya debe de ser primera hora de la mañana.

Mierda, llevamos toda la noche aquí. Mi amiga ya debe de haber visto mi nota y, si ha seguido mis instrucciones, debe de haberse puesto en contacto con la policía y con Darío. Aunque lo preocupante sea que nadie pueda saber dónde estoy.

—Podría haber estado muerta y ni siquiera te has preocupado —son las primeras palabras que digo tras recuperar la conciencia.

—Tenías pulso —contesta cínicamente mientras expulsa una bocanada de humo.

—Has vuelto a pegarme, cabrón. —Abel reacciona, apaga el cigarrillo y se levanta de la silla.

—¡Tú me has obligado! —grita—. ¡Sólo tenías que escucharme! Pero no, la señora no puede hacerme caso, tiene que hacer siempre lo que le da la gana.

—Y tú sólo tenías que explicarme de una vez por qué coño sigues acosándome.

—¡Te he dicho mil veces que yo no te acoso!

Cierro los ojos ante el dolor de cabeza que me producen sus gritos.

—¿Te molesta que grite? —me dice, mordaz—. ¡Pues te jodes!

—Bravo por tu valentía, Abel —le digo—. Bravo por pegar de nuevo a una mujer, por amedrentarla y por sentirte más hombre así. Debe de producirte una erección cada vez que me golpeas o me oyes suplicarte por teléfono.

Mis palabras vuelven a ponerlo muy furioso. Da un manotazo sobre la mesa y hace saltar por los aires el cenicero, que acaba hecho añicos en el suelo y cuyo contenido queda esparcido por toda la estancia. Después, parece intentar controlarse, respira varias veces y se acerca a mí. Temo que sea para propinarme una patada, como tantas veces hizo, pero se limita a estarse quieto, de pie frente a mí.

De todas formas, me niego a seguir indefensa, esperando el momento en el que decida golpearme. Sin desviar un milímetro la vista de Abel, tanteo con

la mano derecha los fragmentos que se encuentran a ese lado de mi cuerpo. Justo debajo de mi palma percibo el que debe de haberme producido la herida de la pierna. Lo estudio, lo tanteo. Tiene forma triangular, así que rodeo su base con la mano. Contengo la respiración cuando noto las aristas clavarse en mi carne.

—Eres una maldita zorra. Ahora me alegro de haber aceptado la proposición de aquella mujer. Como bien dijo ella, tus caídas sólo me han producido satisfacción.

—¿Qué mujer? —le pregunto interesada.

—Tal vez ahora decida no contestarte —replica, con lo que me hace bullir de ira—. Quizá ahora decida decirte, simplemente, que esa mujer sólo te hacía daño para divertirse, aunque también como compensación hacia mí por haberle dado algunos detalles de ti. Pero, en realidad, a quien quiere hacer daño es a su examante, el que ahora es tu amante.

—¿Darío? —exclamo.

Mi mente funciona a toda velocidad. La única persona que querría vengarse de mí y de Darío ha de ser la misma que encontré medio desnuda en su casa, que me mintió para separarnos.

—¡Celia! —le grito—. ¿Qué quieres decir con hacerle daño a Darío?

—Que mi acuerdo con ella incluía quitarte de en medio por unas horas, crearme una coartada y dejar que ella hiciese el resto.

El miedo que siento ahora es mil veces más intenso que el que pudiese sentir antes por pensar que Abel iba a matarme. Es un frío que me ha penetrado hasta los huesos al imaginar a aquella maldita mujer haciéndole daño a Darío.

—¡Dime ahora mismo qué piensa hacerle! ¡Y déjame avisarlo, por el amor de Dios!

—No sé qué piensa hacerle —me dice tan tranquilo—. Y, aunque lo supiera, créeme, no te lo diría. Más que nada porque ese tipo me importa una mierda, y tu preocupación, otra.

Se acabó. Este cabrón no tiene ni idea de lo que puede hacer esa preocupación que él menciona. Con la fuerza que me otorga la rabia, tanto la reciente como la acumulada durante años y años de mi vida, me impulso hasta quedar de rodillas en el suelo frente a Abel. Mi brazo derecho coge la inercia necesaria y, con esa misma fuerza, mi mano acaba clavando en su pierna el fragmento de cristal que encerraba entre mis dedos hacía rato. Yo misma percibo con claridad los centímetros de carne que atraviesa la afilada y larga punta de mi arma improvisada.

El alarido de dolor retumba en el vacío de la casa. Abel cae al suelo mientras se sujeta la pierna y me mira desquiciado cuando contempla la sangre que le brota del muslo.

—¡Dios! ¿Qué me has hecho, grandísima puta? ¡Sácame esto de aquí!

Lo que yo pensaba. Tan hombre para golpear, tan cobarde en todo lo demás.

—Yo que tú no lo haría. —Me pongo en pie, ignorando el mareo que me desestabiliza, y me acerco a él cuando temo que pueda sacarse el cristal—. Por la cantidad de sangre que mana de la herida —le digo en tono profesional—, y por su color rojo vivo, diría que te he seccionado la arteria femoral. Si te desprendes ahora del objeto punzante, te desangrarás en pocos minutos.

No tengo ni la más mínima idea de si he atravesado nada, puesto que me ha surgido así, en plan película. Sólo sé que ahora es Abel quien tiene la cara de pánico que siempre me había tocado tener a mí.

—¿Qué hago entonces?! —grita desencajado—. ¡Llama a una ambulancia, grandísima zorra!

—Me tiraste el teléfono por la ventanilla, ¿recuerdas?

—¡Coge el que hay sobre la mesa! ¡Es uno antiguo de tarjeta, para que no se pueda rastrear!

Despacio, regodeándome, me acerco a la mesa y cojo su teléfono.

—¿Dónde nos encontramos? —le pregunto—. Para poder dar la dirección. Me da los datos y comienzo a pulsar en el teclado, pero, tras pensarlo

mejor, decido dejar de teclear.

—Como esto parece un cúmulo de hechos que se han llevado a cabo a cambio de otros —le digo—, acabo de pensar que llamaré a una ambulancia cuando me digas exactamente lo que quiero saber.

—¿De qué estás hablando?! —chilla.

—Empieza por no tomarme por tonta. —Me acuclillo frente a él y lo miro como si fuese escoria. Gruesas gotas de sudor bajan por su frente mientras continúa sujetando su pierna con expresión de dolor y miedo. Casi temo que se ponga a llorar—. Dime, ¿es Celia quien lo ha organizado?

—¿No sé cómo se llama!

—Morena, muy guapa y elegante, pero una bruja manipuladora.

—¿Sí, supongo que es ella!

—Y ahora, me vas a contar todo el plan.

—¿Cuándo piensas llamar a la ambulancia? ¡Me estoy desangrando, joder!

—¿Duele, Abel? —me regodeo en preguntarle—. Y no me refiero a tu herida, sino a sentirte indefenso, a temer que otra persona pueda tener tu vida en sus manos. ¿Duele mucho?

—Y tus amigos y tu amante deben de creer que eres una mosquita muerta —me suelta con desprecio—. No tienen ni idea de la mala puta que has sido siempre.

—No, Abel, no te confundas —le digo satisfecha—. Sí es cierto que puedo ser ahora esa mala puta que dices, pero no lo era antes. Tú me has obligado a serlo. No imaginas el esfuerzo que estoy haciendo para no largarme y dejarte aquí para que te devoren las ratas.

—¡Maldita sea —grita desesperado—, le di a Celia tu número de teléfono para que pudiera llamarte y ponerte nerviosa! ¡Yo ni siquiera estaba en Barcelona cuando te pincharon las ruedas, y tampoco cuando intentaron atropellarte! ¡Todo fue obra de ella!

—Dime lo que me interesa. ¿Qué piensa hacerle a Darío?

—Durante esta mañana —explica, algo más calmado a pesar del

incremento de sudor de su rostro—, alguien en complot con ella boicotará el coche de ese amante tuyo. Creo que un antiguo empleado al que echaron por espionaje industrial y que ahora no encuentra trabajo por ninguna parte con sus antecedentes.

—¿Qué clase de boicot? —pregunto, sintiendo el pánico penetrar en mi sangre, dejándome helada.

—Creo que lo dejarán sin frenos. Así, cuando tú, supuestamente, lo llames para pedirle ayuda, él cogerá su coche y tendrá un accidente por el camino.

—¡Piensa matarlo! —digo conmovida.

—Tiene un buen coche, su vida no corre peligro. Ella pensó que únicamente tendría un accidente y que sería suficiente para vengarse de vosotros dos.

—¡Joder! —exclamo, tanteando el móvil con nerviosismo—. ¡Tengo que llamar ahora mismo! ¡Y tengo que ir! —Cojo las llaves del coche del bolsillo de la chaqueta de Abel y me dispongo a salir del salón.

—¡Y ¿yo qué?! —grita él—. ¡¿Vas a dejarme aquí para que muera?!

—No tendremos esa suerte —me limito a decirle—. Ni yo, ni el mundo en general.

Apenas me atinan los dedos cuando trato de utilizar el teléfono y abrir el coche. El espejo retrovisor me devuelve una imagen tan horrible de mí misma que desisto de seguir mirando, pues mi pómulos está hinchado y amoratado, mi ojo derecho apenas se abre y tengo restos de sangre seca en la nariz.

Lo primero que hago es llamar a Darío, pero no me contesta. Decido, después, llamar a una ambulancia para comunicarles dónde se encuentra Abel. Arranco el coche mientras vuelvo a teclear el número de Darío, pero sigue sin contestar.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta.

Soy incapaz de recordar de memoria el número de la empresa, dado que en estos tiempos nos hemos acostumbrado a recurrir a nuestra agenda sin tener

que memorizar los contactos. Vuelvo a intentarlo una y otra vez y continúo sin obtener respuesta.

Entre los nervios, mi cabeza, que todavía no se encuentra al cien por cien, y el pánico que me atenaza, sólo soy capaz de recordar el teléfono de Dánae. Ella, por suerte, sí me contesta.

—¡Dánae, por favor, soy Paula!

—¡Paula, por Dios, ¿dónde estás?!

—No tengo tiempo para explicaciones. Tienes que decirle ahora mismo a Darío que no coja su coche, ¿me oyes? Que no coja su coche, que le han dejado sin frenos.

—Dios, Paula, Darío ya ha salido a buscarte... en su coche.

—¡No! —grito—. ¡Llama a la policía, por favor! —le pido—. ¡Y explícaselo!

—¡Ahora mismo!

Tiro el móvil al asiento del acompañante. Jamás en mi vida me he sentido tan impotente. Conduzco a toda velocidad, sorteando como puedo el resto de los automóviles, sin tener aún muy claro cuál puede ser mi objetivo. Se me pasa por la cabeza encontrar el coche de Darío y ponerme a su lado, echarlo de la carretera antes de que tenga una colisión más grave, pero antes tengo que localizarlo. Vuelvo a marcar su número y, esta vez, me contesta.

—¿Sí?

—¡Darío, ¿dónde estás?!

—¿Paula? ¡Estoy conduciendo! ¿Se puede saber dónde...?

—¡Darío, escúchame! ¡Tu coche está sin frenos!

—¡No me digas!

A continuación, un zumbido me deja casi sorda. Un golpe, un chirriar de ruedas sobre el asfalto y, después..., nada.

—Darío, por favor, háblame...

Capítulo 29

Darío, una hora antes

Toda esta gente que habla a mi alrededor no tiene ni idea de las pocas horas que he dormido. Tras aterrizar en Barcelona de madrugada, sólo me dio tiempo a ir hasta mi apartamento y tirarme sobre la cama, donde me quedé dormido con la misma ropa que llevaba, puesto que las negociaciones me habían mantenido en vela las últimas veinticuatro horas.

Pero al personal de mi empresa no puedo contarle mis penas. A primera hora de esta mañana había una importante reunión, y aquí estoy. El director de marketing está mostrando unos gráficos en la pantalla y, gracias al litro de café ingerido, puedo seguir el hilo. De todos modos, tengo la suerte de tener a Aarón, que, sentado a mi lado, no deja de tomar notas y hacer las preguntas pertinentes que debería formular yo si estuviese un poco más despierto.

Me sobresalto cuando oigo el zumbido del móvil de mi ayudante, pues me ha hecho recordar que dejé el mío sobre la mesa de mi despacho. Está claro que haber dormido menos de dos horas en dos días tenía que pasarme factura de alguna forma.

Aarón comprueba el origen de su llamada y frunce el ceño. Se levanta, pide disculpas y sale de la estancia. Qué raro que deje una reunión de esa manera. Debe de haber llamado algún responsable de producción con algún problema grave.

Intento centrarme en el nuevo gráfico de la pantalla, aunque es imposible si la puerta vuelve a abrirse y mi asistente interrumpe de nuevo la reunión.

—Lo siento, señor San Martín —me dice Aarón—, pero es importante que salga un momento.

Joder. Bufo mentalmente y me levanto tras disculparme. ¿Qué cojones pasará ahora?

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Aarón una vez he cerrado la puerta. Me inquieta que Dánae lo acompañe y esté más pálida que nunca.

—Paula no ha venido a trabajar hoy —me explica mi ayudante—. Dánae ha venido a decírnoslo.

—¿Cómo que no ha venido a trabajar? —Miro a su amiga—. ¿Dónde está Paula?

—Yo... —titubea nerviosa—, lo siento, señor San Martín. Cuando llegué anoche a casa era tarde —mira de reojo a su reciente novio— y no entré en su habitación para no molestarla. Y cuando me he levantado esta mañana y he comprobado que no estaba, he creído que habría pasado la noche con usted...

Qué espantosa es la sensación de miedo, de ese pánico que se introduce muy adentro y luego va surgiendo hacia afuera como si te atravesaran témpanos de hielo.

Nos quedamos todos expectantes cuando suena el móvil de Dánae.

—Dime, tía Emily... Oh, Dios mío...

—¿Qué ocurre? —le exijo.

—Mi tía ha encontrado una nota en el dormitorio de Paula —exclama alterada—. En ella dice que ha ido a ver a su exmarido y que, si esta mañana no había vuelto a casa, llamáramos a la policía y lo informáramos a usted.

—¡Maldita sea! —grito—. Aarón —le ordeno mientras voy a mi despacho—, cancela la reunión y pide disculpas. Llama a la policía y cuéntales todo lo que sabemos.

—Ahora mismo, Darío. ¿Adónde piensas ir?

—¡No lo sé! —exclamo—. ¡Pero mantenedme informado!

Corro hacia el aparcamiento, entro en el coche y miro el móvil. Observo que tengo un montón de llamadas perdidas de números desconocidos, así que

arranco y salgo del edificio sin tener nada claro mi destino. Únicamente he creído que, en cuanto sepa algo de Paula, estaré más cerca que si me quedo en mi despacho.

Sigo acelerando al entrar en la carretera. Recibo una llamada y observo en la pantalla del coche que se trata de uno de los números que me han llamado anteriormente. No estoy seguro de cogerlo por si ocupo la línea, pero, ante la insistencia, decido contestar.

—¿Sí?

—¡Darío, ¿dónde estás?!

—¿Paula? ¡Estoy conduciendo! ¿Se puede saber dónde...?

Intento frenar para poder hablar y que me indique su paradero. Presiono el pedal con el pie pero se hunde hasta el fondo sin oponer resistencia.

—Pero ¿qué coño...?

Ya sólo me da tiempo a oír a Paula por el altavoz antes de reaccionar:

—¡Darío, escúchame! ¡Tu coche está sin frenos!

—¡No me digas!

Hay coches por todas partes y sé que esto acabará en desastre, así que lo único que se me ocurre en este momento es reducir de marcha mientras me desvío hacia un camino menos transitado, lo que consigue que se me clave el volante en el pecho y casi me quede sin respiración. A continuación, pongo punto muerto y acciono suavemente el freno de mano. Siento perfectamente cómo se bloquean las ruedas traseras, cómo, de pronto, estoy cabeza abajo y, después, todo es oscuridad.

Capítulo 30

Paula

Pude hablar con el médico y me quedé más tranquila. Darío estaba bien y sólo tendría que pasar una noche en el hospital para una mejor observación. No he ido a verlo ni he hablado con él, porque sé que entonces no me quedarán fuerzas para hacer lo que estoy haciendo ahora mismo.

Estoy conduciendo, de camino a un pueblo del interior, donde aún creo que debe de mantenerse en pie la antigua casa de mis padres, donde yo me crié. Mientras voy en el coche, recapitulo los últimos momentos vividos, y creo que puedo marcharme tranquila.

La policía logró apresar a Celia cuando pensaba tomar un avión. Sus ansias de saberse vencedora y paladear la sensación la llevaron a quedarse más tiempo de la cuenta, lo que facilitó su detención.

El explegado que manipuló los frenos también ha sido detenido y se encuentra en espera de juicio.

Abel sigue en el hospital, aunque está fuera de peligro, pero será acusado, junto a Celia, de unos cuantos cargos. Ella tiene la acusación más grave, pero Abel es reincidente, con lo que se espera que ambos acaben encerrados un tiempo. Se lo merecen.

Y yo... pues he aprovechado para cogerme las vacaciones que ya me correspondían. Nadie sabe adónde he ido y así lo he preferido, pues debo pensar en todo lo que ha pasado. Han sido tantas cosas... Me siento tan culpable...

En unas cuatro horas consigo llegar a mi destino. La casa, como yo pensaba, sigue en aceptables condiciones, aunque todo el entorno me resulta desconocido. Ya no siguen los mismos comercios, no conozco a la gente que pasa por la calle y la mayoría de los antiguos vecinos ya no viven aquí o han muerto.

Entro en la casa y abro las ventanas para ventilar el olor a cerrado. A pesar de todo, me tranquiliza estar rodeada de parte de mi infancia. Estoy segura de que he elegido el lugar ideal para poner en orden mis ideas.

Tres semanas más tarde

Observo por la ventana el cielo de color plomizo. Me cierro un poco más la chaqueta de lana que llevo puesta, pues sólo de pensar en el frío que hace fuera, noto que baja la temperatura de la estancia a pesar de la estufa que lleva horas encendida.

Han sido varias semanas prácticamente aquí encerrada, en las que no he dejado de hacerme un montón de preguntas, todas del tipo «¿y si hubiera...?», «¿y si no hubiera...?». Aun así, no tengo respuesta y empiezo a agobiarme al pensar que el final de las vacaciones se acerca y yo sigo igual.

Decidida, apago la estufa y convengo que estaría bien que me diera el aire, aunque tenga pinta de venir helado. Me pongo un anorak, un gorro, una bufanda y unos guantes y salgo a la calle. Mi boca desprende una gran cantidad de vaho y apenas hay nadie, pero comienzo a caminar por la acera sin un rumbo marcado. El fresco me aclara las ideas y, por primera vez en estos días, admito que no sé muy bien qué hago aquí, por qué no estoy en casa de Darío, junto a él, junto a Isabella. Echo en falta las risas de la niña, sus ansias por que la ayude a descubrir cosas. Y echo de menos los besos de su padre, su fuerza y su cariño. Añoro a mis amigos, el trabajo, mi vida... Joder, mi vida es mía. ¿Cómo he podido dejar que nadie me la arrebatara? Sólo por sentirme culpable, otra vez.

Pero ¿qué demonios? ¡Yo no tengo la culpa de nada! ¡Qué manía con

hacerme responsable de las mierdas de los demás!

Celia no soportó que Darío se enamorara de mí. Abel no soportó que yo dejara de ser la débil Paula. Yo no tengo la culpa de que decidieran llevar a cabo actos tan despreciables que incluso pusiesen en riesgo nuestras vidas.

Y yo aquí, lamentándome por creer que Darío estaba en el hospital por algo que yo había hecho mal. ¡Reacciona, Paula, por el amor de Dios!

Doy media vuelta en medio de la acera por donde iba caminando y comienzo a deshacer mis pasos con desenvoltura. No me había dado cuenta de que la llovizna se ha convertido en aguanieve y ésta, poco a poco, comienza a transformarse en pequeños copos. ¡Dios, está nevando!

Río feliz mientras acelero mis pasos. Algún pequeño copo se posa en mis pestañas y se funde con las incipientes lágrimas que no consigo controlar, aunque son de felicidad. Porque quiero darme prisa para llegar a casa y abrazar a Darío y a Isabella, nuestra niña, y empezar a vivir sin pensar en que debo nada a nadie, sólo por el mero hecho de vivir.

Sólo me quedan unos metros para alcanzar mi antigua casa cuando observo un coche oscuro que para junto al bordillo y un hombre que emerge de su interior. El corazón casi se me sale del pecho cuando reconozco la figura alta de Darío. Acaba de subirse el cuello de la chaqueta cuando ha sentido la humedad de la calle y parece estar mirando a través de la ventana de mi casa, adivinando si vive alguien al otro lado.

Corro y mis deportivas hacen salpicar el agua de los pequeños charcos formados por la anterior llovizna. No puedo siquiera imaginar que no lo alcanzo a tiempo y susurro su nombre sin darme cuenta de que debo de haberlo gritado, pues él se gira al instante.

—Darío...

Se queda parado en medio de la acera y yo freno cuando estoy a un metro de él, lo mismo que he frenado mi impulso de lanzarme en sus brazos al ver su rostro serio y taciturno. No puedo dejar de mirar sus ojos claros, sus labios tensos y su cabello alborotado, sembrado de diminutos copos de nieve que se

acaban posando en sus hombros. Qué alegría contemplar otra vez su atractivo rostro, el que no he dejado de ver en sueños durante días y días.

—Estás aquí... —susurro.

—Tus compañeros de trabajo te necesitan —me dice con voz ronca.

Yo inspiro con fuerza para mantenerme serena.

—Tus amigos te echan de menos.

Contengo la emoción.

—Isabella no deja de preguntar por ti.

Me muerdo el labio inferior para parar el temblor.

—Y yo... muero un poco cada día que pasa y no sé nada de ti. Por favor, Paula, vuelve a casa con nosotros.

—Es lo que había decidido —le digo mientras noto perfectamente mis lágrimas mezclarse con la humedad de la nieve en mis mejillas—. Que quería volver a casa.

Darío deja escapar un gemido antes de que me lance sobre él, rodee su cuello con los brazos y unamos nuestros labios en un apasionado beso. Sentir de nuevo su sabor, su calor y el tacto de su piel consigue que me haga revivir tras un breve letargo.

—Perdóname por marcharme —le digo tras el beso, mientras él no separa su rostro de mi pelo—. Yo... me dio miedo pensar que yo había provocado tu accidente, que por mi culpa Abel no dejaría de acosarnos, que Celia se había puesto en contacto con él también por mi culpa...

—Chist, para —me dice. No deja de deslizar sus manos entre mi pelo húmedo y de mirarme—. Tú nunca has sido la culpable de nada. Ellos son los que nos han hecho daño. Pero ya ha pasado, cariño, ya nadie va a hacernos nada.

—Lo sé.

Cierro los ojos y me dejo acariciar. A pesar de la agradable y tibia sensación, no puedo evitar que mi cuerpo tiemble por estar parados bajo la nieve y por las bajas temperaturas.

—Vamos a pillar una pulmonía si seguimos aquí fuera —me dice al tiempo que rodea mi cuerpo con el brazo y me hace caminar hasta la puerta—. Entremos en tu casa y te cambias de ropa. Y, ya de paso, invítame a un café para que también pueda entrar en calor.

—Humm —murmuro antes de entrar, mientras hundo mi nariz en su cuello—, me gusta que me hables de quitarme la ropa y de entrar en calor. Si no tienes prisa, podríamos aprovechar...

—Eso ni lo dudes —me susurra.

Epílogo

Paula

—¡Papi, papi, mira! ¡Qué castillo tan bonito!

Mientras atravesamos las puertas del castillo del marqués de Requesens, no podemos dejar de mirar la deslumbrante y fascinada expresión que luce Isabella al tiempo que no deja de admirar todo lo que nos rodea. Sobre todo, al bajarnos del coche, que es cuando gira sobre sí misma y se comporta como una esponja que quiere absorberlo todo, cada detalle, cada piedra, cada retazo de historia.

—¿Te gusta? —le pregunto—. Ya te dije que un día te traería al castillo de mis amigos.

—Es un castillo de verdad... —murmura extasiada—, como los de las princesas de los cuentos... Gracias, Paula, por traerme.

—Somos princesas amigas, ¿recuerdas?

Aún en medio del trance, nos da la mano a Darío y a mí para atravesar el camino de piedra que nos lleva a la escalinata de la entrada. En este momento, Aarón acaba de llegar y aparca al lado de nuestro coche. De su deportivo de color rojo emergen Dánae, Noa y Emily.

—Vaya pasada de castillo —murmura Noa.

—Me recuerda a la mansión de un lord inglés con el que conviví un tiempo —interviene Emily, que para la ocasión ha elegido un vestido en color fuego estilo años veinte—. Aunque aquél tenía servicio... Oh, veo que nos espera un mayordomo, qué clase. Me encanta...

—Vas a tener que comprarte un coche familiar —bromea Darío con su

ayudante—, o a este paso tendréis que sacar las piernas por la ventanilla.

—No me importa en absoluto —contesta Aarón— si he de cambiar mi coche deportivo por otro más grande y familiar. Tengo muchas otras ventajas a cambio.

Dánae se ha acercado a él y le ha dado un beso en los labios. Ambos se miran de una forma que consigue hacernos suspirar.

Mi amiga le propuso a su novio desprenderse de sus *piercings* o del color azul de su pelo para parecer más «normal», a lo que Aarón se negó en rotundo, alegando que era parte de su esencia rebelde. Lo que sí decidió ella fue prescindir del oscuro maquillaje y sustituyó el color negro de sus párpados por el tono natural de su piel. Parece más joven todavía, si ello es posible, y está realmente más guapa que nunca.

Por fin, nos topamos con los anfitriones, Micaela y Roderic. El marqués nos saluda, envolviéndonos a todos en su aura aristocrática, y dejando boquiabiertas a Dánae, Noa y Emily. Incluso Isabella tiene sus ojos clavados en él.

—Bienvenidos al castillo Requesens —dice sin apartarse de su muy embarazada mujer.

—Dios, Micaela —le grito en nuestro abrazo—, estás a punto de dar a luz y estás guapísima.

—¡No me digáis eso! —se queja—. ¡Estoy gorda!

—¿Gorda? —exclama Claudia, que surge también del interior del castillo—. ¡Tú no sabes lo que es estar gorda! ¡Yo sí supe lo que era estar muy gorda! ¡Y todavía lo estoy!

—Aún le estás dando el pecho. —La tranquilizo con un beso mientras todos accedemos al vestíbulo rodeado de armaduras y estandartes—. Así que deja de quejarte y déjame coger un rato a tu bebé.

—Creo que lo tiene su padre —suspira.

Salva aparece instantes después, bajando la escalera de piedra. Lleva en brazos a su pequeño hijo, que casi se pierde entre tanto músculo tatuado. Su

otro hijo, Joel, camina junto a su padre vestido de soldado medieval en actitud protectora, como si con su espada de madera pudiese defender lo que es suyo de quien osara arrebatárselo.

—Oh, mi pequeño Salva —digo ante todos cuando mi amigo se encuentra delante de mí. Cojo al bebé en brazos y lo arrullo con cariño, besando su perfumada cabecita y acariciando sus pequeñas y rosadas manos. Cuando levanto la vista, todo el mundo me está mirando con evidente tensión—. Oh, por favor, ¿queréis dejar de mirarme como si fuera a desmayarme? Tengo un bebé en brazos. ¿Y qué?

Con mi comentario, logro distender un poco el ambiente. Dejo que Isabella toque un poco al bebé y Joel contempla la escena sin perder detalle.

—Hola —lo saluda la niña después de admirar a su hermano—. Yo soy Isabella, ¿y tú?

—Joel.

—¿Vives en este castillo?

—No, pero viven mis tíos y vengo cuando quiero —contesta muy ufano, hinchando su pecho de orgullo infantil.

—¿Eres un príncipe?

—No —responde tras dudarlos unos momentos—, pero soy el jefe de los soldados del castillo.

—Oh, vale —contesta Isabella tras parecer meditarlo—, creo que me puedes servir. ¿Puedo jugar contigo?

—Claro. —Joel se encoge de hombros y sale corriendo espada en ristre mientras su nueva amiga lo persigue dejando atrás la estela de su largo y rubio cabello.

—Qué facilidad para hacerse amigos —ríe Micaela.

Tras la cena, Claudia y Salva se marchan a casa con el bebé, aunque dejan que se quede a dormir su hijo mayor, que compartirá habitación con Isabella. Tras recorrerse durante horas muchas de las estancias del castillo, ambos han caído rendidos en la cama.

Nos damos todos las buenas noches antes de retirarnos a nuestras habitaciones: Micaela y Roderic por un lado, Aarón y Dánae por otro, Emily y Noa, que compartirán alojamiento, y Darío y yo. Ya en nuestro dormitorio, me asomo a una de las estrechas ventanas que dan al bosque que incluye las tierras que rodean el castillo. Siempre me ha encantado pasar la noche aquí, aunque he procurado no decírselo a Micaela o no habría dejado de invitarme a dormir y no quería ser pesada. Como siempre, Paula no quería molestar.

—Bonitas vistas —comenta Darío.

Yo sigo mirando por la ventana abierta el cielo nocturno mientras él se aproxima por detrás.

—Son preciosas —contesto—. El cielo, el mar, los árboles...

—Yo me refería más bien a éstas.

Despacio, baja la cremallera de mi vestido y deja que caiga al suelo como una ligera pluma. Únicamente con las bragas sobre mi cuerpo, me estremecen las manos de Darío recorriendo mi espalda, apartando mi pelo para besarme en el hombro. Cierro los ojos ante el asalto a mis sentidos y me dejo caer en su pecho. Por el tacto de su vello en mi espalda, adivino que está desnudo.

—No me había dado cuenta de que te habías quitado la ropa —le digo, todavía apoyada en su pecho.

—Te he visto muy embelesada mirando por la ventana y he decidido ir ganando tiempo.

Sus manos abarcan ahora mis pechos y los pellizcan mientras sus labios siguen dejando su huella húmeda sobre mi piel.

—Un momento, Darío, tengo que decirte algo...

—Chist, ahora no —susurra—. Luego, cuando te haya hecho el amor en los aposentos de un castillo.

Desliza la tela de encaje de mis bragas y pasa con suavidad su mano sobre la fina piel de mis nalgas. Son caricias tan sutiles y sensuales que mi sangre ya comienza a bombear con fuerza por mis venas.

Ahora, una de sus manos se desplaza hacia mi pubis y lo acaricia, frotando

mis labios íntimos con suavidad pero con destreza. En sólo unos pocos minutos, me encuentro moviendo las caderas y gimiendo de placer.

—No te corras tan pronto —vuelve a susurrarme—. Disfruta, cariño.

—No puedo evitarlo. —Me doy la vuelta para tenerlo de frente y me apoyo en sus hombros para encaramarme sobre él y rodear sus caderas con mis piernas mientras nos fundimos en apasionados besos—. Cada vez que me tocas... me siento arder. Desde la primera vez que me tocaste...

Tal y como me tiene cogida, me sienta sobre el alféizar de la ventana, que continúa abierta. Siento el frío helado de la piedra en mis glúteos y la fresca brisa de la noche a mi espalda. En el silencio nocturno, sólo parece oírse el rumor lejano del mar chocar contra las rocas, sonido que rompemos con nuestros propios gemidos.

Tras besarnos con pasión, Darío abre mis piernas y me penetra mientras sujeta mi cintura para evitar el vértigo de la altura. No me da tiempo a decirle que no hace falta, que no tengo miedo, que no puede haber nada mejor que hacer el amor con él delante de una ventana abierta al cielo de la noche.

No dejamos de mirarnos mientras sus caderas embisten con fuerza. Se inclina para tomar mis pezones con los labios y yo enredo las manos en su pelo mientras clavo mis dientes en su hombro, en su cuello. Le hago levantar la cabeza para buscar su boca y besarlo de nuevo, para saborearlo mientras la tensión en mi vagina me hace moverme aún más aprisa y gritar cuando el orgasmo me alcanza. Él no deja de embestir, de lamer mis pezones, de besarme. Sentimos nuestras pieles húmedas del sudor por el esfuerzo, pero vuelvo a sentir de nuevo el hormigueo en mi vientre y en mi vagina que me anuncia un nuevo orgasmo. Exploto cuando siento que su semen caliente inunda mi cuerpo y ambos nos estremecemos hasta que los espasmos cesan y caemos en los brazos del otro. Darío aprovecha para cogerme en sus brazos y llevarme a la cama, donde nos tumbamos sobre las frescas sábanas de raso. Él se apoya en un codo y acaricia sutilmente mis pechos con la otra mano.

—Tienes una piel tan suave...

—Es para encajar mejor contigo. —Paso mi mano por el vello crespo de su pecho, su sexo y sus piernas.

—Por cierto, ¿no querías decirme algo?

—Oh, sí, llevo rato intentando decírtelo, pero no hay manera de que me escuches.

—La culpa es tuya, que me distraes. —Le da un lametón a uno de mis pezones y continúa con el otro.

Aprovecho que no me mira para soltarle lo que tengo que decirle. A la una, a las dos y a las...

—Estoy embarazada.

Me muerdo el labio para no reír cuando contemplo su cabeza paralizada. Poco a poco, la levanta y me mira fijamente. Sus ojos claros se clavan en los míos y consiguen que se me pare el corazón.

—¿Cómo has dicho? —susurra.

—Que estoy esperando un hijo tuyo, Darío San Martín.

Agradecimientos

A mi familia, lo que más quiero y más necesito: gracias a mi marido, por la fe que siempre tuvo en mí; a mi hijo y mi hija, todavía «mis niños», que se han convertido en mi mayor ayuda. Son mis correctores, mis lectores, mis asesores informáticos, cada día más preparados. Estoy tan orgullosa de vosotros...

A mis padres, orgullosos por tener una hija escritora; a mis hermanos, porque siempre están a mi lado.

Gracias a mi amiga Coral. Nunca pensé que la distancia fuese tan poco impedimento para sentirse tan cerca de alguien: Coral, porfa, sigue a mi lado, hablándome, haciéndome reír, enviándome los fragmentos de tus novelas para que te pueda decir lo mucho que vales. No imaginas todo lo que aportas a mi vida.

Gracias a mi amiga Montse: me siento afortunada por seguir teniéndote, después de tantos años. Gracias por tus charlas, por leerme y por conseguir que parezca que no ha pasado el tiempo, que seguimos siendo aquellas niñas en el colegio.

Gracias a mis primas: Loli, por convertirte en mi lectora; Paqui, por leerme y decirme todas esas cosas tan bonitas después de disfrutar cada una de mis historias.

Gracias a todas las personas que me siguen y me apoyan a través de las redes, de Facebook o Instagram. Os agradezco vuestra ayuda de corazón.

Mil millones de gracias a las lectoras y lectores que han vivido mis historias a través de la lectura. Sois la razón de todo, como en este caso, que

me pedisteis tantas veces una historia para Paula y que yo he escrito encantada. Si ya me habéis leído, espero volver a entreteneros. Si eres un nuevo lector o lectora, bienvenido. Espero entrar a formar parte de tu lista de lecturas.

Gracias al equipo de Planeta, en especial a mi editora, Esther Escoriza: gracias por volver a agitar tu varita y que yo pueda continuar con este maravilloso sueño.

GRACIAS A TODOS.

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace sólo algo más de un año decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Referencias a las canciones

Fumando espero, Fonotrón, S. L., interpretada por Sara Montiel. (N. de la e.)
Back to You, Interscope Records, interpretada por Selena Gomez. (N. de la e.)

Si te atrevieras a quererme...

Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19609-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



SI TE ATREVIERAS A QUERERME...

LINA GALÁN

